

AIMEE BENDER

*La insólita
amargura del
pastel de limón*



ESPA
PDF

Rose Edelstein está a punto de cumplir nueve años, y prueba a escondidas un pedazo de pastel que su madre ha cocinado para ella. Ella espera disfrutar del sabor del limón mezclado con el azúcar, pero de repente su boca se llena de soledad y tristeza. Sin que nadie sepa cómo ni por qué, la niña descubre que puede adivinar los sentimientos de quien cocina, y desde entonces comer será su arma secreta para conocer mejor a los demás



Aimee Bender

La insólita amargura del pastel de limón

ePUB v1.0

más libros en espaebok.com

Título original: *The Particular Sadness of
Lemon Cake*

Aimee Bender, 2010.

Traducción: Catalina Martínez Muñoz

Diseño portada: Windmill Books

Fotografía portada: Steve Banks

ePub base v2.1

Para Mir

Alimento es toda aquella sustancia que, sometida a la acción del estómago, puede asimilarse o transformarse en vida mediante la digestión y de este modo reparar las pérdidas que sufre el cuerpo humano como consecuencia del acto de vivir.

BRILLAT-SAVARIN, *Fisiología del gusto*

Primera parte

Comida

1

Ocurrió por primera vez un martes por la tarde al pie de las colinas de Hollywood, un cálido día de primavera en que la brisa del mar agitaba los pétalos de los pensamientos recién plantados en nuestras jardineras.

Mi madre estaba en casa,

preparando un pastel para mí. Abrió la puerta nada más verme entrar en el jardín, sin darme tiempo a llamar.

¿Qué tal una clase de repostería?, dijo, apoyada en el marco de la puerta. Me agarró para darme un abrazo y me estrechó contra ese delantal que me gustaba tanto, el de algodón muy gastado, adornado con un ribete de cerezas gemelas.

Los ingredientes ya estaban listos en la encimera de la cocina: el paquete de harina, la caja de azúcar y dos huevos morenos anidados en las junturas de las baldosas; un bloque de mantequilla con los bordes desdibujados; un cuenco de

cristal con ralladura de limón. Eché un vistazo a la hilera completa. Esa semana cumplía nueve años y el día se me había hecho eterno en el colegio, entre las clases de caligrafía, que odiaba a muerte, y la bronca en el patio por desacuerdos con la puntuación del juego. La cocina inundada de sol y la mirada dulce de mi madre eran como brazos abiertos que me daban la bienvenida. Introduje un dedo en la bolsita de terrones de azúcar moreno y murmuré sí, por favor, sí.

Mi madre dijo que tardaríamos alrededor una hora, así que saqué mi cuaderno de ortografía.

¿Puedo ayudar?, pregunté mientras desplegaba lápices y papeles sobre los mantelillos de vinilo.

No, dijo ella, mezclando la harina con la levadura.

Nací en el mes de marzo, y ese año mi cumpleaños cayó en una radiante semana de primavera que inundó de vida y de luz las calles estrechas del barrio residencial donde vivíamos, a unas manzanas al sur de Sunset. El jazmín que abría sus flores por la noche y que trepaba por la verja del vecino destilaba un perfume embriagador al caer la tarde

y las montañas ondulaban en el horizonte, al norte, con sus laderas salpicadas de casas. Los días pronto serían más largos, y a mis nueve años asociaba mi cumpleaños con los primeros indicios del verano, con la sensación de ventanas abiertas en clase, ropa más ligera y el fin de los deberes en un par de meses. En primavera se me aclaraba el pelo, pasando del castaño claro a un tono casi rubio parecido a la borla de la coleta de mi madre. Los agapantos empezaban a alargar sus tallos de robot en los jardines del barrio y a llenarse de flores violetas y azules.

Mamá batió los huevos y tamizó la

harina. Había reservado un cuenco con cobertura de chocolate y otro con fideos de todos los colores del arco iris.

Un desafío como aquel no era una empresa vespertina habitual. Mi madre no hacía pasteles con demasiada frecuencia, pero disfrutaba con cualquier actividad táctil, y el pastel en cuestión era un experimento más en la larga y reciente sucesión de trabajos manuales. En los últimos seis meses había cuidado con mimo una mata de fresas hasta convertirla en una parra, había confeccionado tapetes de encaje y, en un arranque de inspiración, había instalado una puerta trasera de roble en

el dormitorio de mi hermano con ayuda de un carpintero. Antes trabajaba como administrativa en una oficina, pero no le gustaban las fotocopadoras, ni los zapatos incómodos, ni los ordenadores, y cuando mi padre terminó de pagar el crédito que había solicitado para hacer un máster de derecho, mi madre le preguntó si le parecía bien que se tomara un poco de tiempo libre para aprender a hacer más cosas con las manos. Con mis manos, dijo, obsequiándolo con un toque de cadera; mis manos no han recibido clases de nada.

¿De nada?, dijo él, apretando con

fuerza esas manos. Ella soltó una risita y dijo: De nada «práctico».

Me estaban estorbando en mitad del pasillo mientras saltaba de habitación en habitación con un leopardo de plástico. Perdón, dije.

Mi padre hundió la nariz en la melena de mi madre para aspirar su dulce fragancia. Generalmente accedía a todas sus peticiones, porque llevaba escrito en todo su ser que era el sostén de la familia, y porque la quería como un amante de las aves que se sobrecoge al oír el canto de la espátula rosada, una zancuda esponjosa y suave que entona su arrullo melodioso en los manglares. ¡Sí,

señor!, dice el amante de las aves. Claro que sí, dijo papá, dándole un golpecito en la espalda con el montón de cartas que tenía en la mano.

El leopardo rugió y emprendió el camino de regreso a su guarida.

Me puse a hojear el cuaderno en la cocina disfrutando de los chasquidos que hacía el horno al calentarse. Si algo podía turbar mi bienestar en ese momento, solo sería como cuando una nube veloz oculta el sol por espacio de unos segundos. Sabía, vagamente, que mis padres habían discutido la noche

anterior, pero los padres discuten a todas horas, en casa y en la tele. Además, no paraba de darle vueltas a la bronca por la puntuación desde la hora de comer. El árbitro era Eddie Oakley, el de las pecas, y nunca era justo arbitrando. Empecé a leer el cuaderno de ortografía: breva, breve, bravo; carro, carreta, carretilla. Mi madre vertió la masa amarilla y espesa en un molde engrasado y alisó la superficie con una espátula de plástico rosa. Comprobó la temperatura del horno y se retiró un mechón de pelo sudoroso de la frente con la muñeca.

Allá vamos, dijo, deslizándose el

pastel en el horno.

Levanté la vista del cuaderno y la vi frotarse los párpados con las yemas de los dedos. Me lanzó un beso con un soplido y dijo que iba a acostarse un rato. Muy bien, asentí. Dos pájaros se peleaban en el jardín. Elegí en el cuaderno a la persona que conducía el carro y le pinté los cordones de los zapatos de rojo y la cara de naranja claro. Me juré que en lo sucesivo botaría la pelota con mucha más fuerza y que la lanzaría justo a la esquina donde estuviera Eddie Oakley. Añadí un par de manzanas a la carretilla.

La cocina empezaba a llenarse de

olor a mantequilla derretida, a azúcar, a huevos y a limón. A las cinco sonó el reloj del horno y saqué el pastel. La casa estaba en silencio. El cuenco con la cobertura de chocolate estaba preparado en la encimera, y los pasteles recién salidos del horno es cuando están más ricos. No pude resistirme: corté por un extremo del molde, donde menos se notara, saqué un pedacito de bizcocho dorado, esponjoso y caliente, y lo cubrí de chocolate. Me lo metí en la boca.

Después de dejar su trabajo mi madre se pasó unos seis meses poniendo la casa bonita. Cada semana emprendía un nuevo proyecto. Primero se ocupó de esa mata de fresas en el jardín: ató las ramas a la valla hasta que los frutos empezaron a asomar con sus puntas

rojas como una guirnalda. Cuando terminó con las fresas se dedicó a cubrir el sofá con volutas de encaje y colocó el mejor de sus tapetes debajo de un cuenco lleno de fresas recién cortadas. A continuación montó la nata para cubrir las fresas de su enredadera y las sirvió en el cuenco de cerámica que había hecho cuando estudiaba en la universidad, colocado sobre el tapete. El resultado era una composición roja y blanca, delicada y elegante, pero a mi madre no le gustaban los halagos. Cuando la enredadera de las fresas comenzó a languidecer quiso probar algo más duradero, de manera que llamó

a una amiga que conocía a un carpintero y solicitó sus servicios con la condición de que le permitieran ayudar en el montaje de la puerta trasera que decidió instalar en el dormitorio de mi hermano, por si resultaba que alguna vez le daba por salir de allí.

¡Pero si nunca sale de su cuarto!, protesté cuando fueron a la habitación de Joseph para tomar las medidas. ¿Por qué no me hacen una puerta a mí?

No tienes edad de tener una puerta, dijo mi madre. Mi hermano se resguardó detrás de la mochila y asintió con la cabeza cuando mi madre le preguntó si le parecía bien el lugar elegido. ¿Cuánto

tardarán?, preguntó Joseph.

Trabajaremos solo mientras estéis en el colegio, nos tranquilizó mamá. Y sacó una libreta para hacer la lista de los materiales necesarios.

Se pasaron tres semanas serrando, lijando, destruyendo y reconstruyendo, mi madre en vaqueros, con la coleta metida por debajo del cuello de la blusa, y el carpintero enzarzado en interminables explicaciones sobre el tamaño de la puerta. Cuando abrieron el hueco en la pared, Joseph tuvo que dormir con un edredón de más, porque prefería su propia cama. Trabajaron sin descanso hasta que el marco de madera

estuvo listo, el cristal instalado, la cerradura montada y unas cortinas rojas muy alegres cubrieron parcialmente la moldura. Mamá quiso enseñárselo todo a Joseph en cuanto volvió del colegio. ¡Tachán!, exclamó, cogiéndolo de la mano y haciendo una reverencia. Mi hermano abrió la puerta, salió, rodeó la casa para entrar por la puerta principal y se fue a la cocina a tomarse unos cereales. Está bien, dijo desde la cocina. Mamá y yo abrimos y cerramos la puerta unas cincuenta veces corriendo y descorriendo las cortinas una y otra vez. Cuando papá —que medía un metro ochenta y cinco y casi tenía que

agacharse para pasar por las puertas— volvió a la hora de siempre, fue derecho a su dormitorio a hacer unas llamadas de teléfono, y cuando mamá lo arrastró para que admirara su obra, dijo muy bonito, muy bonito, y cruzó los brazos.

¿Qué pasa?, preguntó mamá.

Nada.

Tiene llave, dije yo.

Me hace gracia, dijo papá arrugando la nariz. Tanto trabajo para hacer una puerta en una habitación en la que solo entra un miembro de la familia.

Puedes usarla, dijo Joseph desde la cocina.

En caso de incendio, señalé.

Hemos tenido que lijar mucho, dijo mamá, acariciándose las palmas de las manos encallecidas.

Muy suaves, dijo papá, comprobando el tacto de las cortinas.

Después de la cena, cuando papá volvió a su dormitorio para terminar un trabajo pendiente, mamá se tumbó en la alfombra del salón delante de la chimenea de ladrillo rojo, y aunque la temperatura exterior era suave, casi veintiún grados, encendió el fuego con un tronco de pino viejo que había encontrado en el garaje. Siéntate, Rose, me dijo, y nos acurrucamos juntas a contemplar las temblorosas llamas que

lamían el tronco hasta convertirlo en cenizas. Esa noche tuve pesadillas, porque al parecer es fácil tener pesadillas cuando hace demasiado calor. Soñé que nos hundíamos en ríos helados.

Mi pastel de cumpleaños era el último proyecto de mamá. Quería inspirarse en varias recetas para inventar su propio pastel: yo le pedí que fuera de limón, porque a los ocho años me encantaban los sabores ácidos. Hojeamos juntas varios libros de repostería hasta dar con el pastel

perfecto, y el olor que se respiraba en la cocina era absolutamente delicioso. Para entendernos, el pedacito que probé estaba riquísimo: una masa cítrica ligera y cálida envuelta en la frescura del azúcar moreno bien batido.

Empezaba a oscurecer y, después de haber probado ese primer bocado, pasada la primera impresión, experimenté un cambio sutil, una reacción inesperada. Fue como si un sensor que hasta entonces hubiera estado enterrado en lo más hondo de mi ser desplegara un periscopio para explorar el entorno y alertar a mi boca de un fenómeno desconocido. Y es que la

calidad de los ingredientes —el mejor chocolate, los limones más frescos— parecía ocultar algo más grande y más oscuro, un sabor más recóndito que comenzaba a abrirse camino. Distinguí perfectamente el chocolate, pero también a ráfagas, por momentos, como si algo despertara o emergiera, tuve la sensación de que la boca se me llenaba de un sabor a pequeñez, una sensación de encogimiento, de malestar; saboreé una distancia que, sin saber por qué, comprendí que estaba relacionada con mi madre, percibí sus pensamientos enredados como una espiral y casi me pareció sentir el apretar de mandíbulas

que le había causado el dolor de cabeza que ahora tendría que mitigar con un montón de aspirinas, una hilera de puntos blancos dispuestos sobre la mesilla de noche como la elipsis de su comentario: Voy a acostarme un rato... Ninguno de los sabores era desagradable, pero detectaba en ellos una especie de vacío, como si el limón y el chocolate rodearan el borde de un agujero enorme. Las hábiles manos de mi madre habían preparado aquel pastel, y su buen juicio le había indicado el equilibrio exacto de los ingredientes, pero ella no estaba allí. Me asusté tanto que saqué un cuchillo de un cajón para

cortar un pedazo más grande y estropeé la perfección del círculo: necesitaba probarlo por segunda vez. Lo serví en un plato de flores rosas y cogí una servilleta del cajón. El corazón me latía a toda velocidad. Eddie Oakley se convirtió en una insignificante mota de polvo. Quise pensar que eran figuraciones mías —quizá un limón pasado o el azúcar rancio—, pero incluso cuando buscaba estas explicaciones supe que lo que había sentido no tenía nada que ver con los ingredientes; encendí la luz y me llevé el plato a la habitación contigua para sentarme en mi butaca favorita, la que

estaba tapizada con un tela de rayas naranjas, y a cada bocado me decía: umm, delicioso, el mejor que he probado nunca; pero en cada bocado sentía ausencia, hambre, espirales, agujeros. En ese pastel que mi madre había hecho para mí, su hija a la que tanto quería, yo la veía desbordada, como esas veces en que, al volver del colegio, me recibía con los puños apretados y notaba en su manera de abrazarme una torpeza que en nada se correspondía con lo mucho que quería darme.

Me comí la porción entera, desesperada por demostrar que me

estaba equivocando.

Mi madre se levantó pasadas las seis y, al entrar en la cocina, vio que al pastel le faltaba un pedazo, y me encontró desmoronada a los pies de la butaca de rayas naranjas. Se arrodilló y me apartó el pelo de la frente.

Rosie, cielo. ¿Estás bien?

Traté de abrir los ojos y me pareció que los párpados me pesaban como si me hubieran colgado unas pesas de plomo diminutas de cada pestaña, a la manera de una caña de pescar.

He tomado un pedazo de pastel, dije.

Mi madre sonrió. Yo seguía notando su dolor de cabeza, la pulsación en la sien izquierda, pero su sonrisa era sincera.

No importa, dijo, frotándose la sien. ¿Qué tal ha quedado?

Bien, contesté; pero me tembló la VOZ.

Cortó un trozo de pastel y se sentó conmigo en el suelo, con las piernas cruzadas. Tenía las marcas de las sábanas grabadas en las mejillas.

Umm, dijo, probando un bocado. ¿Te parece demasiado dulce?

Sentí que una montaña crecía en mi garganta y el dolor se extendía por el

cuello.

¿Qué pasa, cariño?

No lo sé.

¿Ha vuelto Joe de clase?

Todavía no.

¿Qué pasa? ¿Estás llorando? ¿Te ha pasado algo en el colegio?

¿Os habéis peleado papá y tú?, dije.

No tiene importancia, dijo, limpiándose la boca con mi servilleta. Solo ha sido una discusión. No te preocupes por eso.

¿Estás bien?, pregunté.

¿Yo?

Tú, dije, incorporándome un poco.

Mi madre se encogió de hombros.

Claro que estoy bien, dijo. Solo necesitaba una siesta. ¿Por qué lo preguntas?

Sacudí la cabeza para pensar con claridad. Me ha parecido que...

Ella enarcó las cejas, animándome a continuar.

Sabe a «vacío», señalé.

¿El pastel? Se rió un poco, sorprendida. ¿Y eso es malo? ¿He olvidado algún ingrediente?

No, dije. No es eso. Es como si estuvieras lejos. ¿Te encuentras bien?

Seguí sacudiendo la cabeza. Palabras estúpidas que no tenían ningún sentido.

Estoy aquí, dijo mi madre en tono alegre. Estoy bien. ¿Algo más?

Me ofreció el tenedor cargado de cacao y luz del sol, pero no pude probarlo. Tragué saliva y con cierto esfuerzo conseguí rodear la montaña que se había formado en mi garganta.

No debería estropear la cena, dije.

Solo entonces, y por espacio de un segundo, mi madre me miró de un modo extraño. Qué graciosa eres, dijo. Se limpió los dedos con la servilleta y se levantó. Bueno, dijo. ¿Empezamos?

¿La cena?, dije.

Pollo, dijo, mirando el reloj. ¡Es tarde!

La seguí a la cocina. Joseph apareció diez minutos después. Oí el golpe seco de su mochila en el suelo, como si un yunque cayera del techo. Venía acalorado del camino, con los ojos gris claro, el pelo humedecido de sudor, y a juzgar por las mejillas encendidas y el brillo en su mirada, como si quisiera contar algo que le había pasado, alguna anécdota divertida, alguna broma o alguna tomadura de pelo. Pero se lavó las manos en el fregadero, en silencio. Mi hermano parecía concentrar el aire a su alrededor para envolverse en un manto.

Mamá lo abrazó como si llevara un

año sin verlo. Él le dio una palmadita en el hombro, como si fuera un perrito, y nos pusimos a trocear y a lavar mientras mi madre preparaba pechugas de pollo rebozadas con judías verdes y arroz. Joseph roció la tabla de cortar en el fregadero con un poco de lejía diluida. El aceite chisporroteaba en la freidora. Yo me esforzaba por pensar en el colegio, pero estaba angustiada y ajena a los preparativos. Vi a mi madre rebozar el pollo con pan rallado y me pregunté: ¿Y si vuelvo a sentir lo mismo al probar el pollo? ¿O el arroz?

A las siete menos cuarto llegó mi padre y aparcó el coche. Abrió la puerta

gritando con voz jovial: ¡Ya estoy aquí!, como hacía siempre. Se lo decía al pasillo. Al final del día siempre tenía el pelo enmarañado y revuelto de tanto pasarse las manos por culpa de las preocupaciones del trabajo.

Se detuvo en la puerta de la cocina, pero estábamos todos demasiado atareados para salir corriendo a recibirlo.

¡El equipo en acción!, dijo.

Hola, papá, saludé, blandiendo un cuchillo. Mi padre siempre me parecía un invitado. Bienvenido a casa, dije.

Un gusto volver a casa, dijo él.

Mamá apartó la vista de la sartén y

asintió con la cabeza.

Tuve la sensación de que papá quería acercarse a darle un beso, pero no estaba seguro de que fuera buena idea, así que dejó el maletín apoyado en la puerta del armario, desapareció por el pasillo para cambiarse de ropa y volvió justo cuando nos estábamos sentando a la mesa, rodeados de cuencos y de fuentes humeantes. Joseph empezó a servirse y yo fui llenando mi plato a cucharadas, lo más despacio que pude. Media pechuga de pollo. Siete judías verdes. Dos puñaditos de arroz.

Había anochecido. Las farolas de la calle emitían una vaga fluorescencia

azul.

La cena me resultó algo más llevadera que el pastel, aunque por los pelos. Me hundí en la silla. Me tiré de la boca.

¿Qué pasa?, preguntó mamá. No lo sé, dije, agarrándome de su manga. El pollo sabe raro.

Mamá masticó con aire pensativo. ¿Es por el pan rallado? ¿Le he puesto demasiado romero?

A mí me sabe bien, dijo Joseph, que comía sin levantar la vista del plato para evitar el contacto visual y a ser posible la conversación.

Mientras cenábamos nos habló un

poco de los cursos de astronomía que estaba haciendo después de clase, y nos contó que un cosmólogo de la UCLA vendría a explicarles la aceleración del universo. Ahora mismo, dijo, se está acelerando. Lo indicó con el tenedor y un grano de arroz salió volando por encima de la mesa. Papá contó una historia del perro de su secretaria. Mamá desmenuzó el pollo en hebras.

Cuando terminamos de cenar, sacó el pastel helado y algo mellado en un plato de porcelana amarilla e hizo una floritura con las manos.

¡Y de postre...!, anunció.

Joseph aplaudió, papá emitió un

«ñam», y yo, como no sabía qué hacer, me obligué a tomar un poco más de pastel, secándome las lágrimas con la servilleta. Perdón, murmuré. Perdón. No me encuentro bien, dije. Observé sus platos atentamente: mi padre vació el suyo en un abrir y cerrar de ojos, y hasta Joseph, que en general no disfrutaba con la comida y siempre decía que preferiría tomar una pastilla para desayunar, otra para comer y otra para cenar, dijo que mamá debería presentarse a un concurso de repostería. Eres la única persona que conozco capaz de hacer puertas y pasteles y de organizar los archivos del ordenador, dijo, levantando la vista del

plato apenas dos segundos.

Rose cree que le falta algo, dijo mamá.

Yo no he dicho eso, protesté, aferrándome al plato con mal sabor de boca, como si el pastel fuera de goma.

De eso nada, dijo Joe. Es perfecto.

Gracias, contestó mi madre. Y se puso colorada.

Cada uno tiene sus propios gustos, me dijo, alborotándome el pelo.

Yo no quería decir eso. Mamá...

De todos modos, será el último pastel por algún tiempo, dijo mamá. Mañana empiezo un trabajo a tiempo parcial. En una carpintería de Silver

Lake.

Primera noticia que tengo, dijo papá, limpiándose la boca. ¿Vas a instalar más puertas?

He dicho carpintería, corrigió mi madre. No construcción. Voy a hacer mesas y sillas.

¿Puedo levantarme?, pregunté.

Claro, dijo mamá. Enseguida iré a verte.

Me di un baño y me acosté. La oí llegar al cabo de un rato, cuando ya empezaba a adormilarme. Se quedó de pie junto a mi cama. La profundidad de una sombra percibida a través de los párpados. Dulces sueños, dulce Rose,

susurró; y yo me aferré a esas palabras como si fueran un hilo de oro que me indicara el camino en la negrura. Asiéndolas con fuerza me quedé dormida.

Mi familia vivía en uno de los numerosos centros de Los Ángeles, a quince minutos de distintos enlaces de autopistas embutidas entre Santa Monica Boulevard y Melrose. Nuestro barrio limitaba con los *delicatessen* rusos al norte y con las famosas tiendas de

segunda mano al sur, y era una zona principalmente residencial donde se mezclaban familias, inmigrantes llegados del este de Europa y guionistas que vivían en grandes bloques de apartamentos y siempre tenían muchos problemas para vender sus guiones. Los veía en los balcones al volver del colegio, fumando, y cuando aparecía una furgoneta sabía que alguien había encontrado trabajo. O eso, o a seguir tirando de los ahorros.

Nuestra manzana en Willoughby era muy tranquila de noche, aunque por las mañanas empezaban a zumbar los aspiradores de hojas, a rugir los coches

de los vecinos y a llenarse las calles de tráfico. Me despertaba con el ajetreo del desayuno en la cocina. Mi padre siempre era el primero en levantarse y a las siete y cuarto ya estaba lavando su taza de café en el fregadero y salpicándolo todo de agua mientras canturreaba. Tarareaba canciones que yo no conocía y rezumaba una vitalidad matinal que a las siete de la tarde se había convertido en puro deseo de televisión y nada más.

Cuando se marchaba a la oficina siempre se despedía con un toque de claxon. ¡Piii! Nunca decía que iba a tocar el claxon, nunca preguntaba, pero

yo esperaba acurrucada en la cama hasta que oía sonar el claxon y entonces me levantaba.

Buenos días. Mi estómago parecía en orden.

Me tomé una inofensiva barrita de cereales en la que no detecté ninguna amenaza, serví un vaso de leche para mi madre y entré de puntillas en su dormitorio para dejarlo con cuidado en la mesilla.

Toma, susurré.

Gracias, dijo, con los ojos entrecerrados y las manos abiertas como

un abanico encima de la almohada. La habitación olía a tibieza, a sueño profundo y a crisálidas. Me agarró de la mano y me dio un beso en la mejilla.

Tienes el almuerzo en la nevera, murmuró, dándose la vuelta.

Salí de puntillas. Joseph y yo cogimos nuestros bártulos y echamos a andar en fila india por Willoughby hasta Fairfax. El cielo era de un azul muy intenso. Yo iba dando patadas a las piedras, preguntándome si la comida volvería a hacerme pasar otro mal rato y pensando en el buen día que me esperaba: íbamos a estudiar las luciérnagas, y quizá dibujaríamos con

lápices pastel. Eddie Oakley empezaba a recuperar su tamaño normal en la zona de mis pensamientos reservada a la indignación. La mañana era templada: habían anunciado una semana de primavera especialmente calurosa, hasta treinta y dos grados.

Esperamos en la parada del autobús casi a un metro el uno del otro. Yo mantenía las distancias con Joseph porque mi presencia generalmente le fastidiaba, como si le causara una especie de sarpullido fraternal, pero ese día se acercó unos pasos y se quedó justo a mi lado. Aspiré hondo.

Mira, dijo, señalando hacia lo alto.

En un punto lejano del cielo se dibujaba una rodaja de luna muy fina y blanca sobre una hilera de árboles.

¿Ves lo que hay al lado?, preguntó.

¿Qué?, dije, entrecerrando los ojos.

¿Ese puntito a la derecha?

Me fijé bien y conseguí verlo: un pinchazo de luz, apenas perceptible en el cielo de la mañana.

Es Júpiter, dijo.

¿El grandote?, pregunté, y la frente de mi hermano se relajó un segundo.

El mismo.

¿Qué está haciendo?

Solo está de visita. Por hoy.

Me quedé mirando el punto de luz y

rezándole como si fuera Dios hasta que llegó el autobús; antes de que Joseph hiciera ademán de subir le cogí de la manga para darle las gracias. Tuve cuidado de no tocarle el brazo, para no molestarlo.

Se sentó varias filas por delante de mí y yo me acomodé detrás de una chica que iba canturreando una balada pop. Los niños no paraban de hacer globos con el chicle y de gastar bromas a grito pelado, pero Joseph iba muy tieso en su asiento, como si todo fuera un insulto para él. Mi hermano mayor. Me fijé en el corte clásico de su perfil: la nariz recta, los pómulos altos, las pestañas

negras, el pelo ondulado, castaño claro. Una vez mamá dijo que era guapo y a mí me sorprendió, porque no lo era; sin embargo, cuando lo miraba, todos sus rasgos me parecían bien modelados.

Me puse a mirar por la ventanilla incrustada de polillas, siguiendo el rastro de Júpiter mientras avanzábamos hacia el sur. Los coches pasaban por Fairfax como flechas a los pies del autobús. Cuando paramos en un semáforo saludé con la cabeza a una mujer mayor que iba conduciendo con los rulos puestos. Y saludé con la mano a un motorista, que me respondió haciendo un semicírculo con los brazos.

Miré el cogote de mi hermano para indicarle que mirara. Estaba leyendo. Se lo dije mentalmente. Joseph se echó a reír y miró por la ventanilla.

Llegamos sin incidentes. Cuatro personas me saludaron con la mano al verme. Joseph bajó del autobús y echó a andar hacia el edificio anexo del instituto. Yo crucé el patio de asfalto y entré en mi clase de tercero.

Ejercicios de mates, lectura, un rato de alfombra y un dibujo del cielo con pinturas de cera. Recreo. Cuatro empates. Dos puntos. El cartón de leche. Historia, ortografía. El timbre del almuerzo.

Me pasé la hora de la comida en la fuente de porcelana que estaba casi atascada de chicles rosas, bebiendo sin parar sorbos del agua caliente y metálica que corría por las viejas tuberías instaladas en los años veinte, enjuagándome la boca con óxido y flúor para borrar el sabor del bocadillo de mantequilla de cacahuete.

Mi madre se levantaba tarde porque no dormía bien. Una vez, cuando fui a llevarle su vaso de agua, me contó que le pasaba desde que era pequeña. Me quedaba esperando a ver si conseguía sentir cómo me dormía, me dijo cuando me incliné hacia su cama. Y esperaba

mucho rato queriendo sorprender al sueño, como si fuera el Ratoncito Pérez. No se puede sorprender al sueño, dije yo, dándole vueltas al vaso sobre el platito de corcho. Me miró con los ojos entrecerrados y sonrió. Qué niña tan lista, dijo.

A veces la oía cuando me despertaba a medianoche. No era raro oír el interruptor de la cocina a las dos de la madrugada y el silbido del hervidor del agua. La luz se extendía por el pasillo y proyectaba un tenue resplandor en la pared de mi habitación. Los ruidos me resultaban agradables, me recordaban la presencia de mi madre, producían

sensación de actividad y de función, aunque sabía que por la mañana se le notaría el cansancio en la cara, en la mirada perdida en busca del descanso.

De vez en cuando me levantaba en mitad de la noche y la encontraba sentada en la butaca de rayas naranjas, con un chal en las rodillas. Con cinco o seis años, me subía a su regazo como un gato, y ella me acariciaba el pelo como si fuera un gato. Me acariciaba mientras se tomaba una infusión. Nunca hablaba, y yo enseguida me quedaba dormida en sus brazos, con la esperanza de que mi peso lograra contagiarle un poco de somnolencia. Siempre me despertaba en

mi cama, por lo que nunca supe si mi madre volvía a su dormitorio o si se había pasado la noche en vela, contemplando los pliegues de las cortinas en la ventana.

Siempre habíamos vivido en la misma casa. Mis padres se conocieron en la Universidad de Berkeley, se casaron nada más terminar la carrera, se trasladaron a Los Ángeles para que papá hiciera un máster en derecho, y Joseph nació poco después de que compraran la casa de Willoughby. Mamá tuvo problemas a la hora de decidir su

especialidad en la carrera, porque no sabía bien qué le gustaba, pero eligió la casa a la primera, porque era acogedora, con tejas rojas y una enorme buganvilla derramada sobre el porche, y porque las varillas de las ventanas en forma de rombo parecían indicar que allí solo podía vivir una familia feliz.

Papá estudió mucho, sacó buenas notas y se despidió de sus profesores con un apretón de manos. Elaboraba listas de tareas en cuadernos de color amarillo, listas para acordarse de Hablar con el bibliotecario, Regalar el jersey verde al albergue de Jefferson para personas sin techo y Comprar

manzanas. Casarse no figuraba en ninguna de sus listas, pero se prometió antes que la mayoría de sus compañeros, y una vez casado se sintió satisfecho. Compraba regalos acordes con los aniversarios, enmarcó las mejores fotos de la boda para colgarlas en el pasillo, y aunque Tener un hijo y Tener una hija resultaba mejor sobre el papel que cuando llegó la hora de los llantos y el cambio diario de pañales, mi padre estaba contento con el esquema hijo mayor / hija menor. El mundo se acercaba bastante a lo que había soñado, y mi padre asumió plenamente la vida que entre los dos habían construido.

Siempre estaba de buen humor cuando volvía del trabajo, aunque lo cierto es que no sabía muy bien qué hacer con los niños y nunca nos enseñó a montar en bici, ni a ponernos el guante de béisbol y tampoco hizo señales en los marcos de las puertas para medir nuestra estatura, de manera que fuimos creciendo a nuestro aire, sin testimonio alguno. Salía siempre a la misma hora por la mañana y volvía a la misma hora por la tarde, y los primeros recuerdos que conservo de mi madre son una imagen suya esperando en la puerta en cuanto se acercaba la hora, conmigo en brazos y Joseph de la mano, viendo pasar los

coches hasta que llegaba el de papá. No es que él llegara tarde, sino que ella siempre se anticipaba. Por las tardes, cuando se cansaba de ocuparse de nosotros, a veces nos lanzaba una pelota blanca de plástico y nos contaba historias de nuestros primeros años. Sobre todo de cuando nacimos. Al parecer, mi padre se negaba a pisar un hospital, y mi madre nos dio a luz sola, mientras él esperaba en la acera, sentado en un cajón de embalaje y tratando de distraerse con una novela de detectives.

Tuve la suerte, decía, empujando la temblorosa pelota de plástico, de ser la

primera en conoceros.

Mi padre llegaba, subía dando saltos por el jardín, entraba por la puerta, besaba a mi madre, nos besaba a nosotros, se descalzaba y echaba un vistazo al correo. Si alguien había llorado por algún motivo, sacaba un pañuelo de papel, nos secaba la mejilla y decía que la sal era para la carne, no para la piel de la cara. Después se quedaba sin saludos, miraba las paredes y se marchaba a su habitación para cambiarse de ropa. Lo que mejor se le daba y más cómodo le resultaba era estar por ahí en esas largas horas que mi madre pasaba bañándonos, vistiéndonos,

dándonos de comer y haciéndonos eructar, horas en las que el mundo parecía una universidad gigantesca, una repetición del problema que había tenido de joven, decidiendo qué especialidad elegir. Se sentía abrumada ante tantas posibilidades. Me encanta todo, me dijo una vez, cuando yo aún tenía edad de ir en brazos. ¡No sé lo que me gusta!, dijo alegremente, besándome en la nariz. ¡Eres una monada!, dijo. ¡Una monada! ¡Sí! ¡Sí!

Apenas conocí al resto de la familia. O vivían lejos o estaban muertos. Tres

de mis cuatro abuelos murieron antes de que yo cumpliera cuatro años, pero mi abuela materna al parecer tenía una salud de hierro, y eso que no había hecho ejercicio en toda su vida. Vivía en el norte, en el Estado de Washington.

Mi abuela odiaba viajar y nunca venía a vernos, pero un sábado por la tarde, cuando yo tenía ocho años, llegó un paquete marrón, muy grande, con la palabra ABUELA escrita en el remite en letras mayúsculas. ¡Un paquete!, exclamé, arrastrando a mis padres hasta la puerta. ¿Es el cumpleaños de alguien? No, dijo mamá, con voz cortante, y empujó el paquete con la punta del pie

para meterlo en casa.

En la caja, debajo de varias capas de espuma, encontré un paño de cocina que llevaba mi nombre. Para Rose, había escrito mi abuela con letra de araña en un trozo de papel pegado al paño. El paño estaba deshilachado y descolorido. Lo saqué de la caja y me lo pasé por la mejilla. ¿Qué es esto?, preguntó mi padre, esparciendo tiras de espuma por el suelo y sacando una taza de té desportillada, con dibujos de margaritas y su correspondiente etiqueta: Para Paul. ¿Su taza de té rota?, dijo. El regalo de Joseph era una serie de fundas de almohada azules y limpias,

y el nombre de mi madre figuraba en una bolsa de plástico llena de estuches de colorete agrietado y seco. Es muy mayor, dijo mi madre, probando un poquito de colorete en el dorso de la mano. Mi abuela vivía sola y era posible que a esas alturas hubiera perdido un poco el juicio, pero nadie se atrevía a sacarla de su casa. Todavía es capaz de ir a la oficina de correos, dijo mamá, y guardó la bolsa de coloretes en el fondo de un cajón de la cocina. Papá se sacó un puñado de monedas del bolsillo y dijo: ¡Guauu! ¡El amor entre vosotras sigue intacto! Y dejó la calderilla en la taza de té para que nadie

se atreviera a usarla.

A mí me encantó mi paño de cocina. Era de dos tonos y tenía por un lado un bordado de grandes rosas púrpura sobre un fondo de color lavanda, y por el otro unas rosas lavanda sobre un fondo púrpura. ¿Por cuál de los dos lados lo usaría? Una ilusión óptica con la que podría secar los platos. Era suave, de puro viejo, y olía a detergente de los buenos.

Como no nos visitaba en persona, mi abuela llamaba por teléfono una vez al mes, siempre en domingo por la tarde, y mamá nos reunía a todos alrededor del teléfono, lo dejaba en la mesa de la

cocina y pulsaba el altavoz. La abuelita era gruñona, pero divertida. Le gustaba mucho hablar de sus reuniones geológicas, de cómo había invitado a sus amigos a cavar en el jardín y a etiquetar las piedras que encontraban y cuando entraron en casa les pidió expresamente que guardaran silencio.

A veces les tapo la boca con cinta de embalar, dijo. Si me dejan. Una bendición. ¿Verdad que tú lo entiendes, Joseph?

Sí, dijo mi hermano.

Bebimos mucho, dijo la abuela, un poco nostálgica. ¿Eres tú, Rose? ¿Estás ahí?

Hola, abuela, dije yo.

Estás muy callada, dijo mi abuela.

Di algo.

Hice un tubo con un mantelito de plástico.

Te quiero, dije a través del tubo.

Hubo un silencio. Mi madre, que estaba escuchando agazapada en un rincón, se sobresaltó.

¿Me quieres?, dijo mi abuela a través de los agujeritos negros.

Sí.

¡Pero si ni siquiera me conoces!
¿Cómo puedes quererme? No me lo merezco. Eres demasiado empalagosa.
Es demasiado empalagosa, Lane, dijo la

abuela.

Mamá, protestó mi madre, tirándose de la punta de la coleta.

No soy empalagosa, dije.

Es de lo más empalagoso que hay, dijo Joseph. ¿Qué piedras has encontrado?

¿Cómo estás, mamá?, intervino mi madre. ¿Va todo bien?

No, dijo la abuela, no va todo bien. Me han retirado el carnet de conducir. Basalto, Joseph. Encontramos un montón de basalto. Te mandaré unas muestras.

La semana siguiente llegaron varias cajas con piedras oscuras y cristalinas. Repoblamos con ellas el jardín. Cuando

una profesora nos pidió que dibujáramos a nuestros abuelos para hacer un trabajo sobre los antepasados, yo monopolicé la pintura de cera negra y dibujé una jaula negra rodeada de rayas para indicar la VOZ.

5

Después de comer la profesora me envió a la enfermería.

Los miércoles por la tarde teníamos clase de naturales. En tercero estudiábamos los insectos y yo estaba muy emocionada porque ese día tocaban las luciérnagas, pero mi estado de ánimo

había cambiado por completo durante la hora de la comida y cuando volvimos a clase apoyé la cabeza en el pupitre. Lo hice sin querer, como si alguien me hubiera puesto un imán en la frente y otro en el cuaderno y mi cabeza no tuviera más remedio que ir allí.

La profesora interrumpió la clase.

Cerrad los ojos, niños. Imaginad que sois una luciérnagas y vais volando y lanzando destellos de luz en la oscuridad de la noche.

Se acercó a mi pupitre, se arrodilló a mi lado y me preguntó si me encontraba bien. Le dije que estaba mareada, y mi amiga Eliza, que estaba

imaginando a mi lado, abrió un ojo y dijo que me había pasado toda la hora de la comida bebiendo en la fuente.

Tenía muchísima sed, susurró Eliza.

¿Es por el calor?, preguntó la profesora.

Creo que no, dije.

Me llevó a su mesa y escribió una autorización a mi nombre. Mientras mis compañeros extendían los brazos como si fueran alas, yo crucé los pasillos vacíos, entre trofeos antiguos y dibujos de casas, hasta la puerta de la enfermería, y allí me detuve, apretando con fuerza la autorización. Nunca había estado en la enfermería. Rara vez me

ponía enferma. Nunca fingía.

Una mujer con una blusa de cuadros amarillos estaba sentada detrás de una mesa de pino llena de marcas, revisando un taco de fichas naranjas y rosas. Levanté la mano para enseñarle la autorización y me indicó que pasara.

Espera un momento, dijo, mientras garabateaba en un papel.

Yo había visto a la enfermera en algunas reuniones, normalmente al lado de alguien que se había roto un hueso. Era toda una experta en huesos rotos. No vestía bata blanca, pero sus brazos parecían muy suaves, y llevaba una cinta de seda color burdeos como correa de

reloj. Terminó de hacer sus anotaciones en dos fichas y por fin me miró. Me había sentado en la única silla de la enfermería. Otra niña enferma en la larga cadena de niños enfermos.

¿Qué te pasa, cielo?, preguntó, sacando un termómetro y agitándolo.

Apoyé los codos en la mesa y me quedé pensando.

¿Tienes calor?

No.

¿La nariz taponada?

Aspiré por la nariz. Noté un leve olor a medicina con aroma a cereza. Me quedé mirando sus brazos suaves, la cinta de tela roja oscura. Me confié a

esos brazos.

La comida me sabe mal, dije.

Eso no era del todo cierto, puesto que me había comido una manzana muy rica. La leche que tomé en el recreo también estaba buena. Pero todo lo demás —el pastel, el pollo de la cena, el brownie casero y la angustia que noté en el sándwich de mantequilla de cacahuete— me había provocado más o menos la misma sensación de miedo.

¿Mal?, preguntó la enfermera, mirándome de arriba abajo. ¿Crees que estás gorda?

No, dije. Me sabe a vacío.

Cogió un papel en blanco y una

tablilla de cartón para apoyar. ¿Te sientes vacía?

Yo no, dije con dificultad. Es la comida. Como si hubiera un agujero en la comida.

La comida tiene un agujero, escribió la enfermera despacio. Ví que ponía un signo de interrogación al final. Arco, raya, espacio, punto.

El aire de la enfermería se volvió más ligero. Me tomó la temperatura. Cerré los ojos e imaginé que era una luciérnaga que volaba y emitía destellos de luz en la oscuridad de la noche. Normal, dijo al cabo de un minuto, tras comprobar lo que marcaba el

termómetro. Entonces, ¿estás segura de que no te ves gorda?

No.

Cada vez son más jóvenes, dijo, como si quisiera recordármelo.

Pero yo como, dije.

Anotó también eso en el papel. Dice que come. Bien, dijo. Toma.

Me ofreció un vaso de papel. El agua era supuestamente de un manantial, pero llevaba semanas envasada en plástico y era como beber una solución acrílica con una pizca de sabor a montaña.

Muy bien, cielo, dijo.

Asentí. Quería ser amable con ella.

¿No estaba buena?, preguntó, mientras limpiaba el termómetro con un algodón empapado en alcohol.

El agua es importante, dije, agarrando el vaso con fuerza. Si no bebiéramos nos moriríamos.

Y lo mismo pasa con la comida, dijo ella.

Me gusta la comida, contesté, subiendo un poco la voz.

¿Comes tres veces al día?

Sí.

¿Y alguna vez intentas vomitar?

No.

¿O estás tomando alguna pastilla para ir al baño?, preguntó levantando las

cejas.

Negué con la cabeza. El conducto de ventilación emitió un zumbido y el termostato del aire acondicionado entró en funcionamiento. Noté que otra vez se me llenaba la garganta de lágrimas, pero las deshice, las separé unas de otras. Las lágrimas solo son una amenaza cuando están en grupo.

Bueno, suspiró la enfermera. Esperaremos un par de días. Dejó a un lado la tablilla.

¿Ya está?, pregunté.

Ya está, dijo sonriendo.

¿No me da ninguna medicina?

No. Estás bien.

Pero ¿qué me pasa?, dije.

Se ajustó el reloj en la muñeca y levantó los hombros. No lo sé, dijo. ¿Quizá una alergia?

¿A la comida?

¿O una imaginación muy activa?, sugirió.

Cogí mi autorización. Tuve la sensación de que el día iba a ser muy largo.

Descansa un poco. Te llamaré dentro de un par de días, dijo la enfermera deshaciéndose del vaso de papel. Bebe mucho líquido. Y no te preocupes. ¿Tu familia está bien?

¿Mi familia? Sí, ¿por qué?

Solo por saberlo, contestó mientras se acomodaba en su silla. Se echó una rebeca amarillo canario sobre los hombros. A veces esas cosas influyen, dijo.

6

Me pasé el resto de la tarde en la alfombra verde de la biblioteca, leyendo libros con ilustraciones de animales para ver si se me pasaba el malestar. Fue una tarde seca como una astilla. Eddie y Eliza vinieron a verme con ojos curiosos y me preguntaron si me

apetecía jugar al cuadrado o balón prisionero después del colegio, pero les dije que no me encontraba bien. Mejor que no os contagie, dije tosiéndoles un poco en la cara. Fui arrastrando los pies hasta el autobús. En la parada me encontré con Joseph, que también parecía agotado y se sentó como siempre junto a la ventanilla, pero ese día iba con un amigo, un chico de cejas muy arqueadas y brazos y piernas larguiruchos. Se enfrascaron los dos en un libro y fueron señalando y cuchicheando todo el trayecto.

Era miércoles, y George siempre venía a casa los miércoles después de

clase. Era el mejor y único amigo de mi hermano. George Malcolm: medio blanco, medio negro, con el pelo alborotado y rebelde, entre rizado y rizadoísimo. Una vez, alrededor de un año antes, se había estirado un rizo de pelo para hablarme de remolinos y de hélices. Es una corriente circular que se dirige a una estación central, dijo, y me pidió que lo sujetara. Yo tiré del muelle. Entonces dijo que la naturaleza estaba llena de formas repetidas, me llevó al cuarto de baño, abrió el grifo del lavabo y señaló cómo se arremolinaba el agua antes de colarse por el desagüe. Luego me llevó a la estantería, abrió un libro

sobre el clima y me enseñó un ciclón. Después una galaxia en espiral. Volvió a llevarme al lavabo, donde yo tenía un tarro lleno de caracolas, y señaló el mismo rizo en miniatura. ¿Lo ves?, dijo, comparando la caracola con su pelo. ¡Sí!, aplaudí yo. Me miró con la expresión cálida y satisfecha del maestro. Es pelo galáctico, dijo con una sonrisa.

Para entonces George ya era una leyenda en el colegio. Se le daba tan bien la física que una tarde, cuando estaba en octavo, el profesor de ciencias le pidió que improvisara para sus compañeros una explicación básica de

la teoría de la relatividad. George se levantó y la explicó de maravilla, con ayuda de un pisapapeles, una regla y el clásico reloj de aula. Lo hizo tan bien que el profesor le ofreció un billete de veinte dólares y le dijo: Me gustaría ser la primera persona que te pague por tu claridad mental. Con los veinte dólares George pidió pizza para todos. Con doble ración de salchichón, me contó cuando le pregunté.

Esa tarde bajamos los tres del autobús en la esquina de Fairfax y Melrose y eché a andar tras ellos, mustia, siguiendo el rastro del olor salado y grasiento de los burritos de

pastrami que llegaba desde Oki Dog, y cuando George se volvió para señalar un avión que pasaba en ese momento, me vio y me saludó con la mano.

¡Eh, Rose! ¿Qué tal?

Hola, dije. Mucho calor.

Joseph siguió andando, con su camisa azul descolorida, sin volverse a mirarme.

¿Llevas todo el tiempo detrás de nosotros?, preguntó George.

Asentí. Él seguía andando hacia atrás, como si esperara algo, de manera que levanté la mano.

George se echó a reír y dijo: ¿Sí? ¿Señorita Edelstein?

¿Has ido alguna vez a la enfermería del colegio?, pregunté.

No, dijo.

Pues no vayas.

Vale, dijo con aire aburrido.

Vi que iba a darse la vuelta y volví a levantar la mano.

Espera. Perdona, dije. Quiero hacerte una pregunta. Una pregunta de ciencias.

Mi hermano me miró entonces, con aire de fastidio.

Oye, estamos ocupados, dijo. No queremos hablar de luciérnagas.

¿Por qué puede ser que la comida tenga un sabor raro?, dije.

¿Has probado los burritos de esa cafetería?, preguntó George, que seguía andando de espaldas. Y se dio con el lápiz en la cabeza, como si fuera un tambor. Hoy he comido uno. Ha sido muy divertido.

¿No tienes clase de flauta?, me preguntó mi hermano lanzando las palabras hacia atrás.

Los lunes, dije. La mayor parte de la comida.

¿No vas con Eliza?, dijo Joe.

Tiene ballet.

¿Qué quieres decir?, preguntó George.

¿Qué puedo hacer?, dije.

No lo pillo, dijo George.

Creo que me pasa algo, dije con la voz quebrada.

George parpadeó, desconcertado. Mi hermano y él eran los raros del instituto; crecían sin proporción, a distintas velocidades, y en ese momento George tenía las cejas tan altas y tan picudas que siempre parecía escéptico o sorprendido.

Llegamos a la puerta de casa y Joe rebuscó en la mochila hasta que dio con la llave. Los miércoles por la tarde estábamos solos y Joe se había comprado un llavero con su paga: un disco de plata maciza con un ingenioso

mecanismo en el contorno del círculo que ocultaba un compartimento invisible. Encontró la llave, nos cedió el paso y se colgó el llavero de una trabilla en la cinturilla del pantalón, como un fontanero.

Cruzó el pasillo derecho a su habitación, pero George se detuvo en la entrada.

¿Tocas la flauta?, preguntó.

Solo un poco.

Oye, George, dijo mi hermano blandiendo un libro que sacó de la mochila. Te reto con el número doce. Una lancha motora llena de delincuentes sale de un muelle de seis metros de

altura a una velocidad constante de veinticuatro kilómetros por hora. Un coche de la policía está a punto de llegar al muelle para atrapar a los delincuentes. ¿A qué velocidad debería ir el coche para aterrizar sobre la lancha, si el coche salta del muelle cuando la lancha ya se ha alejado diez metros?

Pero George cruzó los brazos, como hacía a veces cuando se ponía a entrar y salir de la habitación de Joseph. Copiaban en la biblioteca problemas de física extra, al margen de los deberes, y los hacían juntos: Joseph sentado a la mesa, George dando vueltas. Abrían la

puerta trasera para que entraran el aire y las ramitas de los árboles y se devanaban los sesos para subir nota resolviendo problemas que ni siquiera el profesor sabía resolver.

George me miró fijamente con sus ojos castaños y penetrantes.

¿Qué te pasa?, dijo.

Me puse colorada. Le conté lo mismo que le había contado a la enfermera. George se quedó en el pasillo y me escuchó, pero Joseph no salió de su cuarto. Tiró el libro encima de la cama y se sentó a la mesa, de donde cogió una hoja de papel milimetrado y un compás que sacó de su

funda. Mientras yo hablaba, clavó la punta de acero del compás en el papel, ajustó el extremo del lápiz y empezó a trazar, con mucho cuidado, un hermoso arco. Todos sus movimientos eran exactos, como si supiera perfectamente qué misterio del universo estaba a punto de desentrañar.

¿Es como un queso gruyere?, preguntó George cuando terminé de contárselo.

No. Es un agujero grande. La enfermera dijo que tenía una imaginación muy activa.

Joseph hizo una bola con su arco perfecto y cogió otra hoja de papel

milimetrado.

No la rompas, Joe, dijo George.

La he cagado, dijo mi hermano, lanzando la bola a la papelera.

¿Te acuerdas de ese plano que hice de mi cuarto?, dijo George. Empapelé la pared con todos los errores, añadió volviéndose hacia mí. De todos modos, dijo, te pondremos a prueba. Vamos a comer algo.

¿Ahora?, dijo Joseph, que ya estaba desplegando el compás y clavando la punta en la esquina de la intersección de dos cuadrículas azules.

Serán solo unos minutos, dijo George. ¿Tienes algo que hacer?, me

preguntó.

No.

Aplaudió. Primer punto en la agenda: descubrir qué le está pasando a Rose, dijo.

Joseph abrió la boca para protestar.

Segundo punto, dijo George. ¡Manos a la obra!

Me incliné ligeramente ante él. Me elevaba cada vez que pronunciaba mi nombre. Como si saliera mi número en una rifa.

Joseph estuvo a punto de hacer otra pelota con la hoja de papel, pero detuvo el puño a tiempo y se la pasó a George, que la sostuvo a contraluz y admiró las

curvas como si se tratara de un cuadro. La pared norte, dijo asintiendo con la cabeza. Perfecto.

Esa tarde me comí cuatro sándwiches, patatas fritas y una tostada con mantequilla, y bebí gaseosa y un batido de chocolate. Saqué el frigorífico. Mi madre aún no había vuelto de su nuevo trabajo en la carpintería, que estaba cerca de Micheltorena, pasado Sunset, ya en las colinas, y mi hermano y George se pusieron mermelada y azúcar en las tostadas y hablaron de su serie favorita

de la tele, la de robots, mientras yo probaba, masticaba y daba a George el parte correspondiente. George encontró un bloc de notas junto al teléfono y se lo puso en las rodillas. Hizo una lista con dos columnas: a la izquierda los alimentos, a la derecha mis respuestas. Medio hueco, dije al probar los restos del guiso de atún que había hecho mi madre. ¡Asqueroso!, dije tragando un bocado del pudin de mantequilla de mi padre que quedaba en un cuenco. Papá es muy despistado. Fui incapaz de identificar un solo sabor. El sensor no se limitaba a la comida de mi madre, sino que había todo un torrente de

información por clasificar, pero gracias a la presencia de George en la tarde todavía tibia de primavera, con el sol derramándose por las ventanas, mientras me untaba una tostada con mantequilla que yo degustaba feliz, tranquila y complacida por su atención y su amabilidad, poco a poco logré abrirme camino entre las capas. El repartidor del pan, la fábrica de pan, el trigo, el agricultor. La mantequilla, que tenía una acidez triste. Leí el envoltorio y vi que venía de una granja de Wisconsin. La nata sabía a delgadez, dejaba un regusto como de parachoques metálico. La leche sabía a cansancio. Todos esos

ingredientes remotos y amontonados, como el sonido lejano de un avión o como un aparcamiento, acechaban en segundo plano, ocultos tras el estado de ánimo de quien hubiera preparado el alimento.

Quieres decir que cada alimento va asociado a una emoción, dijo George cuando intenté describirle el amargo resentimiento en la gelatina de uvas.

Eso creo, dije. Un montón de emociones.

Dibujó varias cajas en el bloc de notas. ¿Es esa la sensación?, preguntó.

Negué con la cabeza. No lo sé, dije.

¿Cómo te sientes?

Cansada.

¿Te sabe a cansancio?

En parte, dije.

Joseph, que tenía el libro de texto abierto sobre la mesa, se había preparado una tostada con mantequilla, mermelada y azúcar. Aproveché un momento de distracción para acercarme a su plato y coger un pedazo. Debí de poner una cara rara al instante, porque George me miró enseguida. ¿Qué?, preguntó mientras anotaba en la columna de la izquierda Tostada de Joseph con letras mayúsculas. Estoy mareada, dije con la boca llena. Explícate, insistió con el lápiz a punto. No me atrevía a mirar a

mi hermano. Me costaba tragar el trozo de tostada. El pan me parecía una masa de goma y no podía masticarlo. Sentí una especie de vacío granuloso, algo que se cerraba sobre sí mismo. ¿Una ortiga de mar?, musité. Joseph levantó la vista de la etiqueta de su té helado, que era un cuadrado perfecto, y se quedó mirando el marco de la puerta. ¡Estoy bien!, dijo riéndose. Me encuentro bien.

Escupí el pan en una servilleta.

Joseph llevó su plato al fregadero.

¿Hemos terminado?, preguntó. Le prometí a Patterson que descriptaríamos el código de las carreras.

De acuerdo, dijo George poniéndose en pie. Se estiró y al hacerlo se le subió un poco la camiseta y enseñó un trozo de piel. Me sonrió y dijo: Buen trabajo, niña.

Cuando me quedé sola en la cocina guardé la leche y la mermelada en la nevera y saqué un cuchillo para rasparme la lengua con la sierra para eliminar el sabor de la tostada de mi hermano. Al ver que no funcionaba, cogí de la despensa un paquete de galletas con forma de espiral; las galletas, que no había hecho nadie en particular, solo conservaban el aroma remoto de la harina, la mantequilla, el chocolate y las

fábricas. Me comí seis. La temperatura exterior empezaba a suavizarse. Lavé los platos dejando que el agua fresca me corriera por las manos y devolví su brillo a los cuchillos y los tenedores.

Hecho esto, saqué un juego de mesa del armario del pasillo y me instalé en la puerta de la habitación de Joseph, para estar lo más cerca posible sin violar el cartel de *Prohibido el paso*. Me aferraba al sonido sordo de la voz de George a través de la madera de la puerta.

¿Cómo sigues?, me preguntaba de vez en cuando.

Bien, dije avanzando el peón

amarillo cuatro casillas.

Está pirada, dijo Joseph mientras tecleaba. O está de mal humor. Ya sabes. Algo del ánimo.

Tenía el estómago encogido. Puede ser, dije en voz baja hablando con los montones de dinero falso que había ganado jugando contra mí misma.

Repetiremos la prueba el fin de semana, cuando esté de mejor humor, dijo George. Fuera de casa. Oye, Joe, vuelve a leer el ocho en voz alta.

¿El fin de semana?, dijo Joe. Imposible no detectar el temblor en su VOZ.

Buscaremos un rato el sábado, dijo

George. ¿De acuerdo, Rose? ¿Un poco más de información? ¿El sábado a mediodía?

Vale, dije mientras me cobraba un millón de dólares del montón.

Una vez, haría cosa de un año, descubrí que papá tenía mucha facilidad para dibujar balones de fútbol en hojas de papel, con cada hexágono perfectamente encajado en su pentágono contiguo del color contrario. Mi padre, a quien le gustaba mucho el fútbol, se

sintió halagado. Las levantó en alto, una por una, y se puso a ulular mientras nos sentábamos a ver el partido. ¡Esto es lo que yo llamo arte!, dijo. Y las pegó con celo encima de la tele. Pero a mí entonces se me ocurrió añadir a los balones unos ojos grandes, con pestañas largas, y una boca roja y sonriente. ¡Ay, Rose, no!, dijo mi padre rascándose la barbilla. No he podido evitarlo, contesté pasándole la quinta cara risueña. Quedaban muy sosas.

A partir de ese día dejé de ver los partidos de fútbol con él, pero fue la única vez que recuerdo haber demostrado alguna habilidad especial.

Me encantó encajar los hexágonos con sus vecinos los pentágonos. Dibujé líneas discontinuas para representar las puntadas. Yo nunca destacaba en nada, ni para bien ni para mal. Aprendí a leer a la edad normal. Me iba bien en el colegio, pero nadie se llevaba a mis padres a un lado para comentar mis capacidades en voz baja. Todo parecía indicar que mi nivel era satisfactorio sin más.

Mi hermano era el genio de la familia. A los seis años construía maquetas de constelaciones con piezas de Lego y las perforaba con un instrumento que se llevó de la consulta

del dentista con permiso de este. Usaba palabras complicadas desde muy pequeño; por ejemplo, se llevaba a la boca un copo de cereal y decía voy a desmenuzarlo, y siempre hacía reír a los mayores, que adoraban sus ojos grandes y grises y su expresión seria, y trataban de abrazarlo, pero él no se dejaba. No tocar, decía, balanceando los brazos adelante y atrás como si fuera un robot.

Joseph es muy inteligente, comentaban los adultos cuando se marchaban, y movían la cabeza con admiración al ver sus dibujos de planetas aún por descubrir, con sus atmósferas y sus lunas. Mi madre bajaba

los ojos, complacida por los elogios. A mí me admiraban por mi simpatía.

¡Qué fácil te resulta hacer amigos!, decía mi madre cuando yo le sonreía al hombre que nos cambiaba el aceite del coche, que me sonreía a su vez.

La verdad es que no tenía competencia, porque Joseph nunca sonreía a nadie, papá se limitaba a enseñar los dientes y las sonrisas de mi madre estaban tan cargadas de pesar que la gente casi se encorvaba un poco al recibirlas. Era difícil saber cuánto ofrecía.

Alrededor de las cinco y media, después de que George y yo hubiéramos saqueado la nevera a conciencia, mi madre volvió tras su primer día en el taller de carpintería. Tenía las mejillas coloradas, como si hubiera estado corriendo. ¡Ha sido maravilloso!, dijo

apretándome la mano con fuerza. Fue a buscar a Joseph, que estaba leyendo en su habitación. George ya se había marchado. Vamos a hacer una visita rápida a los árboles del barrio, dijo mi madre en tono confidencial. Y me dio la mano. Eso es un abeto, dijo señalando un árbol oscuro, de hoja perenne, que crecía en el centro de un jardín. Su madera es blanda. Este es un sicomoro, dijo, dando un golpecito en la corteza del siguiente. Frunció el ceño. No creo que fabriquen muebles con sicomoro, aunque no sé por qué.

Pelé un trozo de corteza gris del tronco del árbol. Reconocía en el

entusiasmo de mi madre la primera fase de una nueva afición. La segunda fase empezaba al cabo de tres o cuatro meses, cuando daba un puñetazo en la pared al sentir que su primer arranque de habilidad natural se había agotado y tenía que empezar a esforzarse para ponerse al nivel de las personas normalmente dotadas. La tercera fase venía acompañada de mucho sacudir la cabeza y mucho preguntar por qué esa actividad en concreto —ya fuera la sociología, la cerámica, los ordenadores o el francés— no iba con ella. La cuarta fase era el largo e inquieto período de espera que yo identificaba con los

despertares a las dos de la madrugada, cuando cruzaba el pasillo a tientas para sentarme en sus rodillas.

Demasiado fina, dije, doblando la corteza por la mitad.

Me apoyé en su brazo mientras paseábamos por la sombra de Martel saludando con la mano a los vecinos que regaban el césped con una manguera. A las cinco y media la temperatura era suave, agradable, y el aire empezaba a afilarse y a brillar. Mamá me preguntó si me encontraba mejor y le dije que sí, mientras intentaba quitarme de la cabeza la próxima cena y concentrarme en lo que mi madre comentó a continuación,

algo así como que le preocupaba no poder seguir el ritmo de los demás en el taller. Eso no tenía sentido. Mi madre tenía problemas para elegir y para perseverar en lo elegido, pero de entrada se le daba bien todo lo que hiciera con las manos; la cama, por ejemplo, la dejaba tan perfecta que me pasé años durmiendo encima de las sábanas para no estropear su asombrosa exactitud con mi cuerpo.

Yo creo que lo harás bien, dije.

Me pasó un mechón de pelo suelto por detrás de la oreja. Gracias, dijo. Eres un apoyo estupendo. Mucho mejor que tu padre.

Y a partir de ese momento se mostró más alegre, de muy buen humor mientras continuábamos la ronda de los árboles por Gardner y Vista y dábamos la vuelta.

La cena fue una repetición completa del malestar de la noche anterior, solo suavizada por el recuerdo de la amabilidad de George. Seguí el consejo de la enfermera y traté de captar si pasaba algo, pero nadie parecía molesto por nada. Papá preguntó por el taller y mamá nos contó que su primer trabajo consistiría en cortar un tablero.

¡Un tablero!, dijo entrechocando su

vaso con el de ella. ¿Habéis oído?

Ella lo miró con mala cara. No seas malo, dijo.

¿Qué he dicho?, preguntó mi padre agrandando los ojos. Yo no soy capaz de construir nada. Solo sé arreglar taburetes.

Y le guiñó un ojo. Ella apuró lo que le quedaba en el vaso.

¿Has oído esa historia, Rose?, preguntó mi padre.

Cientos de veces, dije.

Joseph cogió el pimentero y lo agitó para lanzar sobre su plato una lluvia de motas negras. Como nuestra madre, también tenía las manos largas y bonitas,

manos de pianista, con dedos capaces de afinar y enfocar como ojos.

¿Demasiado soso?, dijo mi madre.

Mi hermano negó con la cabeza.

Solo estoy experimentando, dijo.

Hoy, anunció papá dando una palmada en su mantel, he visto a un hombre paseando a un mono. No me lo invento.

¿Dónde?, pregunté.

En Pershing Square.

¿Por qué?

Se encogió de hombros. No tengo ni idea, dijo limpiándose la boca. Así ha sido mi día. El siguiente.

Joseph dejó el pimentero. El mío ha

estado bien, dijo.

El mío medio bien, medio horrible, dije yo.

¡Medio horrible!, repitió mi padre, y esperó a que añadiera algo más.

He perdido la cabeza, dije.

Yo te la veo donde siempre, dijo él.

¡No digas eso Rosie!, dijo mamá.

Ella también se echó un poco de pimienta y se inclinó para acercarse a mi frente. Tienes una cabeza preciosa. Ahí dentro hay una niña muy linda.

La comida está llena de «sensaciones», dije apartando mi plato.

¿Sensaciones?, dijo papá. Y me miró fijamente un segundo.

No pude comerme el sándwich, dije con voz temblorosa. No puedo comer el pastel.

Ah, ya veo, dijo mi padre recostándose en la silla. Claro. Yo también era un poco quisquilloso con la comida. Me pasé un año entero comiendo solo patatas fritas.

¿Sabían como la gente?, pregunté.

¿La gente?, dijo arrugando la nariz.

No. Sabían a patatas.

Yo te veo bien, dijo mi madre. Probó con cuidado un poco de pollo. Mejor con pimienta, asintió. Mucho mejor, sí.

Joseph se cruzó de brazos. Solo era un experimento, dijo.

El sábado saldré con George y Joseph, dije yo.

Solo porque es tu cumpleaños, dijo mi hermano.

Su cumpleaños, repitió mamá. Nueve años. ¿No es increíble?

Se levantó, cogió la hoja de la receta y escribió con letras mayúsculas: ¡AÑADIR PIMIENTA!

¡Ya está!, dijo.

Apilé mi plato encima del de mi padre. Él apiló los dos encima del de Joseph.

¿No lo ves?, le pregunté.

¿Si veo qué?, dijo.

Señalé a mi madre.

Lane, dijo. Sí. Veo a una mujer guapa.

Yo seguí mirándolo fijamente.

¿Qué?, repitió.

Ella, dije.

¿Yo?, dijo mi madre.

¿Qué pasa, Lane?, preguntó mi padre. ¿Ocurre algo?

Nada, dijo ella negando con la cabeza mientras le ponía el capuchón al bolígrafo. Se echó a reír. No sé de qué está hablando. ¿Rose?

Dice que necesita apoyo, dije.

Ah, no, no, dijo mamá poniéndose colorada. Ha sido una broma. Me siento muy apoyada por todos vosotros.

¿Puedo irme?, preguntó mi hermano.

Está haciendo un tablero, dijo mi padre acercando los platos al fregadero. ¿Qué más se puede decir? Hará un tablero perfecto. ¿Algo de postre?

Yo no me moví. Mamá empezó a pasarse el pelo por detrás de las orejas. Despacio, despacio. Joseph se levantó.

¿Puedo irme?, repitió.

¿Qué te apetece hacer el sábado, Rose?, preguntó mi madre. Podríamos ponernos guapas y salir a dar un paseo juntas por el parque. Queda un poco de pastel de limón, Paul. Está ahí.

Tengo un plan importante con George, dije.

Joseph se pegó a la pared para salir del rincón de la mesa. Después del sábado, se acabó, me dijo. ¿Vale?

¿George?, dijo mamá. ¿El George de Joe?

¡Si necesitara apoyo yo lo sabría!, dijo mi padre desde el fregadero.

Joseph salió de la cocina. Mis padres se volvieron a mirarme con expresión alegre. Nos quedamos delante de los manteles vacíos.

¿Damos las gracias?, pregunté.

Las gracias se dan antes de comer, dijo mamá. Se acercó al fregadero lleno de platos. Por los alimentos que vamos a recibir, dijo.

Cerré los ojos.

Por la comida que ya no está,
susurré. Gracias.

Como era el que traía el dinero a casa, mi padre estaba exento de lavar los platos, y Joseph era tan meticuloso que la tarea resultaba mucho más fácil cuando él se marchaba a su habitación, así que mi madre y yo nos pusimos delante del fregadero lleno de agua jabonosa: ella lavaba y yo secaba. Froté a conciencia la cubertería de plata con el gastado paño rosa de mi abuela. Mi madre parecía de buen humor, me apretó

el hombro y me lanzó una serie de preguntas rápidas sobre el colegio, pero yo seguía notando en la boca la espiral de angustia en el sabor del pollo y me costaba confiar en su alegría, no soportaba la información que había entrado en mi cabeza. Sequé los platos trazando círculos con el paño y los apilé en el armario. Metí el trapo en las tazas para secarlas por dentro y cuando hube terminado lo colgué de una anilla metálica del cajón.

Después me cargué la mochila al hombro y eché a andar por el pasillo camino de mi cuarto. Iba despacio, como si mi cerebro fuera un vaso lleno

de agua y tuviera que andar con mucho cuidado para no derramarla.

Para mi sorpresa, la puerta de la habitación de mi hermano estaba entreabierta. Eso era tan raro y tan bueno como una invitación escrita, porque últimamente había instalado en su puerta una cerradura que también compró con su paga en la misma ferretería que el llavero. Guardaba la llave de la cerradura en el elegante llavero de plata.

Aún quedaba un leve resplandor del día, pero tenía las cortinas cerradas y había encendido la lámpara de mesa. Estaba tumbado en la cama con las

piernas cruzadas, leyendo *Discover*, con un montón de piezas de radio a un lado.

Hola, dije. Apartó los ojos de la revista. Su mirada, en lugar de saludarme, formaba una barrera entre los dos.

Perdóname por haber acaparado a George, dije.

Me guiñó un ojo.

No hace falta que me hagas ningún regalo por mi cumpleaños, añadí. El sábado será mi regalo de cumpleaños. ¿Estás mejor?, pregunté.

¿Qué quieres decir?

Lo de antes, con la tostada.

Volvió la mirada a la revista.

¡Eres la monda!, dijo. Te crees que todo el mundo está mal. He pasado un buen día, dijo sin apartar la vista de las páginas. Lo que pasa es que no quería perder la tarde viendo probar comida a mi hermana, ¿vale?

Pasó la página y siguió leyendo.

Me quedé un rato esperando en la puerta. Toqué con el dedo una O del cartel de Prohibido el paso.

Levantó las cejas: ¿Algo más?

Nada más, dije.

Buenas noches, dijo.

Di media vuelta y casi había salido cuando noté con la visión periférica una forma borrosa cerca de donde estaba mi

hermano. Durante medio segundo, los dibujos del edredón se volvieron más luminosos, o las partes blancas, más blancas. Volví a mirar y todo estaba igual, todo quieto, él leyendo.

¿Estás bien?, pregunté sacudiendo la cabeza para despejarme.

Me miró. ¿No hemos hablado ya de eso?

Es que...

Agrandó los ojos, con cierto interés.

¿Han cambiado los colores?, pregunté. ¿Va a venir George?

¿Ahora?, dijo mi hermano. No, ya es de noche.

¿Te acabas de mover o algo?

¿Yo?

Sí. ¿No te has levantado de la cama?

Soltó una carcajada breve y brusca.

He estado aquí todo el tiempo.

Perdona, dije. Da igual. Buenas

noches.

Mamá quería más a mi hermano. No es que a mí no me quisiera: sentía a diario que derramaba sobre mí un torrente de amor, pero era un amor distinto, bombeado desde una reserva de agua diferente y más mansa. Yo era su querida hija; Joseph lo era todo.

Joe no era lo que normalmente se espera de un hijo predilecto. Papá, que aseguraba no tener favoritos, a veces miraba a mi hermano como si se hubiera caído de un árbol, y muy pocas personas, excepto George, podían acercarse a él con naturalidad. Siempre había sido distante —guardo el vago recuerdo de que una vez, cuando yo tenía dos años, lo sorprendí sentado en su habitación, a oscuras, en una actitud que incluso un cerebro tan infantil como el mío asoció con las cavernas—, pero en tercer curso mamá empezó a llevárselo del colegio. Se aburría en clase, mortalmente, y la profesora tomó

la costumbre de darle su bolso para que clasificara y ordenara su contenido mientras los demás aprendían a sumar. Cuando mamá fue a buscarlo, le enseñó una especie de cadena que había hecho con gominolas de menta, ensartándolas con una aguja que encontró en el costurero de clase. Mira, mamá, le dijo, sosteniendo en alto la cadena de gominolas verdes. Son bacterias. La profesora se encogió, como si no supiera dónde meterse. Y, como si le doliera, susurró: Es tan inteligente.

Una tarde mamá se presentó en el colegio conmigo en brazos, dijo en secretaría que Joseph tenía cita con el

médico y lo sacó en mitad de una clase de gimnasia, cuando estaba aprendiendo a lanzar la pelota. Por eso nunca aprendió a lanzar la pelota. En secretaría no hicieron preguntas, y los compañeros tampoco dijeron nada, porque Joseph era pálido, flacucho y encorvado, y parecía necesitar un montón de cuidados médicos. Mamá nos llevó al coche y me ató en la silla de bebés.

¿A qué médico vamos?, preguntó Joseph. ¿Estoy enfermo?

Nada de eso, dijo mi madre. Encendió la radio mientras salíamos del aparcamiento. Resonó un estruendo de

trompetas. Estás perfecto y muy sano, dijo. Vamos al mercado.

¿Tenía que pasarse el día ensartando gominolas de menta?, me diría mi madre años después, recordando el incidente.

Yo estaba siempre con ellos, en todo, pero era más un eco que un participante activo.

Esa tarde fuimos a una tienda de ropa, al mercadillo de fruta y verdura y a la tintorería. Recorrimos en el coche Wilshire Boulevard de punta a punta, desde la costa hasta el centro de la ciudad, y volvimos a casa por la Sexta, entre los palacios de Hancock Park, bajo los altos y elegantes pinos

plantados en 1932 por los gerifaltes de la industria del cine. Paramos a comprar raviolis y espinacas para cenar. Ese año mamá estaba en una de sus pausas entre trabajo y trabajo y no le gustaba conducir sola. A veces mi hermano y ella se ponían a hablar de cómo crecían los árboles o de por qué la lluvia era tan necesaria; otras veces iban callados mientras yo desmenuzaba trocitos de galleta en el asiento de atrás. A ella le encantaba escuchar a Joseph; asentía con aprobación a cada palabra que él pronunciaba. Alguna vez paró el coche junto a la acera y le pidió consejo sobre su vida, cuando él solo tenía ocho años.

Mi hermano contestaba a sus preguntas con un lento monólogo en voz baja. Ella agarraba con fuerza el cinturón de seguridad, clavaba sus ojos en él y lo escuchaba con mucha atención.

Esto duró muchos meses, nadie le dijo nada a papá, y todo fue bien hasta que una tarde Joseph se quedó en clase durante el recreo porque no le gustaba jugar a balón prisionero. La profesora estaba limpiando la pizarra con un trapo húmedo. Joseph estaba en cuclillas, analizando los tonos de las fibras de la alfombra, cuando la profesora, muy preocupada, le preguntó si estaba mejor. Mi hermano dijo que estaba

perfectamente.

Pero los médicos deben de estar dándote un montón de medicinas, dijo la profesora. Era un poco mema. Más tarde me tocó en su clase y al verme dio un gritito, como si temiera que fuera a torturarla con la desmedida inteligencia de los Edelstein. Cuando le dije que yo no era un genio, se tranquilizó visiblemente.

No, dijo mi hermano.

Entonces, ¿qué hacen los médicos?, preguntó la profesora mientras terminaba de eliminar los restos de tiza de la pizarra. En esa época Joseph faltaba mucho a clase, a veces tres días

a la semana. Mi hermano no contestó. Estaba arrodillado a los pies de la mesa, examinando la veta de la madera.

¿Joseph?

Vamos al mercado, dijo.

¿Vas al mercado con los médicos?

Con mamá.

¿Antes de ir al médico?, preguntó la profesora, que era de efecto retardado.

Es lo que ha mandado el médico, dijo Joseph, mirándola un momento para observar sus ojos fruncidos.

Me sabía la historia de memoria, al derecho y al revés, porque la había oído contar cientos de veces por teléfono, a los amigos, a mi padre, a cualquiera,

mientras investigaban a mi madre. Se pasó años hablando de eso. Un par de trabajadores sociales vinieron a casa y estuvieron dos horas interrogándola en el salón. Los grupos del barrio partidarios de la educación en casa lanzaron por las calles panfletos escritos a mano. Cuando papá se enteró de lo que estaba pasando, se sentó a la mesa a la hora de cenar con un cuaderno, para tratar de comprenderlo, y nos repitió mil veces las mismas preguntas mientras mi hermano y yo escarbábamos en el plato. Explícamelo otra vez, le pidió a mi madre agachando la cabeza. ¿Por qué lo has estado sacando del colegio? Porque

se aburre como una ostra, dijo mamá moviendo el tenedor en el aire. ¡Para que descubra el mundo por sí mismo! Papá escribía deprisa en el cuaderno y lo iba llenando de líneas torcidas. ¡Pero no lo llevabas a un museo!, dijo. Lo llevabas a la tintorería. Mamá apretó los dientes. A él le gustaba, dijo ella. ¿Verdad que aprendiste algo, cariño? Joseph se enderezó en la silla. Utilizan disolvente en vez de agua, recitó.

Mamá tuvo que hablar con el tutor y con el director del colegio, y la obligaron a demostrar a todas horas sus habilidades educativas. Años más tarde, cuando un día quiso sacarme del colegio

para ir al médico de verdad, por culpa de una gripe persistente, tuve que esperar en secretaría mirando los diminutos peces azules que zigzagueaban en el acuario, mientras el secretario llamaba al doctor Horner para confirmar si nos había citado.

Tose, Rose, me dijo mamá cuando entramos en secretaría. Y solté una traca de espasmos bronquiales.

¿Lo ve?, le dijo mi madre al secretario. ¿Podemos irnos?

El secretario me miró con aire preocupado. Lo siento, dijo parpadeando, es la política del centro. Estuvo quince minutos al teléfono con el

doctor Horner y casi perdemos el turno. En la sala de espera de la consulta, mamá se puso a hojear las revistas como si abofeteara las páginas.

Esos meses de recados en horario escolar parecían inofensivos: madre e hijo yendo de tiendas juntos. Incluso fueron tiernos, en cierto sentido. Los trabajadores sociales se fueron de casa ese día con una rebanada de pan de plátano recién hecho por mi madre y le dieron las gracias al entrar en el coche. En cuanto Joseph reanudó la rutina escolar, papá se olvidó del asunto. La

única consecuencia real de estas faltas de asistencia fue que mi hermano, que ya de por sí era poco sociable, tuvo todavía más dificultades para entablar relación con sus compañeros. En los años anteriores había tenido un par de amigos, y aunque nunca los traía a casa, en su conversación siempre aparecían los mismos nombres: Marco, Marco, Marco, Steve, Marco, Steve, Steve. A partir de tercero, Marco y Steve pasaron a ser «ellos». Ellos han salido al recreo. No me caen bien. Juegan al ajedrez. Llevan refrescos para la hora de la comida. ¿Yo también puedo? ¿Puedo quedarme en casa? Al parecer nada de

esto era un problema para mamá: para ella Joseph era perfecto, aunque a menudo estuviera de mal humor, rara vez estableciera contacto visual e ignorara a todo el mundo. Decía que Joseph era como el desierto. Lo dijo una tarde de verano, cuando paseábamos por el muelle de Santa Mónica, porque, así lo explicó, Joe era un ecosistema que simplemente necesitaba menos estímulo exterior. A Joe le basta con el sol, dijo dirigiéndole una sonrisa radiante. Joseph iba a medio metro de nosotras, absorto en las casetas alineadas a lo largo del muelle.

A Joe le gusta economizar sus

recursos, me dijo mi madre al ver que no nos oía.

¿Y yo qué soy?, pregunté mientras cruzábamos el pantalán situado al final del muelle, donde los pescadores se pasaban el día entero de pie con sus cañas de pescar antiguas.

¿Tú?, dijo. Y se quedó mirando el agua. Humm. Una selva tropical.

¿Una selva tropical? ¿Y eso qué quiere decir?

Que eres exuberante.

¿Necesito lluvia?

Muchísima lluvia.

¿Y eso es bueno?

No es ni bueno ni malo. ¿Una selva

es buena o mala?, dijo.

¿Y tú qué eres?

Se encogió de hombros. Yo voy cambiando, dijo. Como la isla principal de Hawai.

¿Eres Hawai?

La isla principal tiene siete climas distintos. Tú también puedes ser Hawai si quieres.

¿Eres una selva tropical?, pregunté.

Creo que no.

¿Un desierto?

A veces, dijo.

¿Un volcán?

De vez en cuando, sí. Y se rió.

Me alejé y eché a andar sola junto a

la barandilla. El mar parecía cobrar una textura granulada con el calor. Cuando llegamos a la punta del pantalán, me paré junto a un pescador japonés, bajito y anciano, que me contó que estaba pescando caballa desde las seis y media de la mañana. ¿A qué hora te has levantado tú?, me preguntó. A las siete, dije. Pues yo ya estaba aquí, respondió mirando su reloj. A los pies tenía un cubo lleno de peces, dentro de una nevera. Eran las tres y media. Y aquí sigo, añadió.

Ahora yo también estoy aquí, dije.

Los dos estamos aquí, dijo.

¿Has visto salir el sol?, pregunté.

Por encima de la montaña.

¿Fue bonito?

Asintió y dijo: Naranja. Rosa.

Yo prefiero ser el mar en vez de la selva tropical, dije en el coche de vuelta a casa.

Claro que sí, dijo mi madre, que llevaba un buen rato pensando en otra cosa.

Joseph se acercaba a mí de vez en cuando, como el desierto que a veces produce una flor. Uno se acostumbraba a los matices del beige y el marrón, y de pronto una amapola amarilla como el sol

estallaba en el borde de un cactus. ¡Cuánto disfrutaba yo esos momentos de floración!, como cuando señalaba la luna y Júpiter, pero eran raros y siempre inesperados.

Por todo eso, me sorprendió bastante que una tarde de otoño, cuando mi hermano estaba en séptimo, yo, que lo estaba espiando, lo viera volver de la parada del autobús con alguien al lado. Con alguien de su edad. Yo estaba sentada en la puerta del jardín, dibujando relámpagos con tizas de colores, porque ese día en clase de naturales habíamos estudiado los fenómenos meteorológicos: tormentas,

tornados y huracanes. Todos ellos exóticos en el cielo azul de Los Ángeles. Estaba ocupada en perfilar los bordes del primer relámpago cuando levanté la vista y los vi doblar la esquina. Al principio pensé que no había visto bien. Coloreé el relámpago de naranja fuerte. Volví a mirar: seguían siendo dos. Entonces se me ocurrió que había algún truco. Quizá a mi hermano le habían encasquetado a ese otro chico. O quizá el chico fuera un payaso que le estaba gastando una broma.

¿Qué hacéis aquí?, pregunté cuando llegaron a la puerta del jardín. Creo que yo tenía siete años. Joseph, como de

costumbre, no me contestó. Viento del desierto. Serpientes y escorpiones.

Hola, dijo George. Soy George.

Se agachó y me dio la mano. Me pareció que tenía fuerza para estar en séptimo.

¡Relámpagos!, dijo al fijarse en mi dibujo.

¿Qué hacéis aquí?, repetí mientras los seguía a casa.

Joseph se fue derecho a su habitación. George se volvió y dijo que iban a hacer los deberes.

¿Te está dando clases?, le pregunté.

No.

Entonces, ¿por qué has venido con

mi hermano?

Por los deberes de ciencias, dijo.
Cosas de ciencias.

Me fijé en sus cejas. En sus pantalones, que eran los típicos de un chico de su edad.

¿A ti también te gustan las ciencias?, pregunté.

Mucho, dijo George, y desapareció en la habitación de Joseph.

Me pasé el resto de la tarde yendo y viniendo de mis relámpagos a la puerta de mi hermano. No oía qué estaban haciendo, aunque me pareció que hablaban de los deberes. Dibujé una hilera de relámpagos muy rápidos y cogí

la tiza azul para salpicarlo todo de lluvia, en un cielo seco y sin nubes.

Fue la cuarta o la quinta vez que George vino a casa cuando descubrí la verdad. Volví a sentarme a la puerta de Joseph, para oír lo que hacían. Seguía pensando que mi hermano debía de estar dando clases a George, al no entender por qué continuaba viniendo dos o tres veces a la semana. Fingí que era feliz construyendo un tren con Legos y que, debido a las normas de circulación ferroviaria, tenía que pasar obligatoriamente por delante de la puerta de Joseph.

¿Y eso por qué pasa?, preguntó una

voz. La voz de mi hermano.

Por la resistencia del viento, dijo George.

Esperé que Joseph le diera entonces alguna explicación.

¿Por qué lo resuelves así?, preguntó.

Es una vía más rápida, dijo George, arañando el papel con el lápiz.

Espera, repítelo, dijo Joseph.

¿Qué parte?

Esa.

Mi tren de juguete avanzaba a trompicones por una vía roja y azul. Estuve media hora escuchando y ni una sola vez Joseph le explicó nada a su invitado.

Si yo hubiera estado en su misma clase no me habría sorprendido tanto. La rápida evolución de mi hermano, que había asombrado a todo el mundo cuando tenía mi edad, se estancó en algún momento y, cuando llegó a séptimo, destacaba en matemáticas, sí, pero había al menos tres compañeros que iban por delante de él. Por primera vez tuvo que esforzarse en hacer los deberes para no perder el ritmo. Había pasado de genio a muy inteligente, y aunque muy inteligente está muy bien, para un niño prodigio significa caer en picado.

El tren volvió traqueteando a la

estación.

Yo pensaba que aquello tenía que ver con algo más, no solo con su inteligencia. Desde que nació había dado por sentado que Joseph era muy raro porque era muy listo. De repente descubrí que George, que era todavía más listo que mi hermano, sabía mi nombre. Siempre se acercaba a saludarme. Me decía adiós con la mano cuando se iba.

Ese día me pillaron. Estaba tumbada boca arriba en la alfombra del pasillo, dando vueltas a las ruedas del tren, cuando George abrió la puerta para llamar por teléfono.

Hola, Rose, dijo.

Perdona, me disculpé. Estoy haciendo un tren.

¿Adónde va?, dijo.

Quiero decir la vía de un tren, dije.

¿Qué me has preguntado?

¿Adónde va el tren?

Ah, dije. A Ventura.

Lárgate, gruñó mi hermano desde las profundidades de su habitación.

Acerqué el tren a la cocina para espiar la conversación de George. Llamaba para ver cómo estaba su hermana, que era retrasada. Le oí decir: Necesito un dibujo nuevo de un elefante, ¿vale? Mi elefante necesita un amigo.

Mi madre también estaba en la cocina, lavando el brócoli en un colador debajo del grifo.

La miré cuando George colgó el teléfono y se marchó.

Qué buen chico, dijo.

No es un desierto, contesté.

¿Qué quieres decir?, preguntó. Apartó el brócoli y lo dejó escurriendo en el fregadero.

Tú dijiste que Joseph era el desierto, dije.

Mi madre metió las manos debajo del chorro. No, no es un desierto, protestó, como si aquella conversación nunca hubiera tenido lugar. Joseph es

como una geoda, dijo. Normal y corriente por fuera, pero fascinante por dentro.

La miré mientras se secaba las manos. Los dedos ágiles y habilidosos. A esas alturas, aún me dolía cuando mi madre elogiaba a mi hermano. Tuve celos de que él fuera una geoda, ¡una geoda!, pero también me sentí aliviada de que él absorbiera toda la atención de mi madre, que a mí a veces me hacía sentir como si me ahogara en luz. Mi hermano tomaba esa luz y la encerraba entre las paredes de la roca para ocultar los bordes biselados del topacio y la turmalina.

Tiene distintas facetas y prismas, dijo mi madre. Es una sorpresa geológica muy complicada.

Me quedé junto a la encimera. Aún tenía el tren en la mano.

¿Y papá qué es?, pregunté.

Ah, tu padre, dijo apoyando una cadera en la encimera. Tu padre es un canto rodado gris, grande, resistente y tenaz. Y se rió.

¿Y yo?, pregunté, aprovechando la ocasión por última vez.

¿Tú? Tú, cariño...

Me quedé esperando.

Tú...

Me sonrió mientras doblaba un paño

a cuadros azules y blancos. Tú eres el cristal que se encuentra en las playas. Ese verde tan bonito. Todo el mundo te quiere y te invita a su casa.

Me llevó un rato recoger todas las piezas de la vía del tren y llevarlas a mi habitación. Yo no era más que un cristal verde, y de esos la playa estaba llena.

El sábado amaneció soleado y caluroso. Oficialmente ya tenía nueve años. Nada más levantarme estaba lista para salir. George no llegaría hasta las doce, pero estuve brincando por la casa, abriendo y cerrando la puerta y asomándome a la acera ya desde las

diez, haciendo un camino de hojas caídas, y cuando George por fin apareció en la esquina, entré corriendo en casa para abrir la puerta como si me hubiera pillado desprevenida. ¡Hola! Me dijo hola y me cantó deprisa el cumpleaños feliz. Luego entró en la habitación de Joseph. Tras los diez minutos que tardó en convencerlo, Joseph salió con una gorra de béisbol que decía: *Lo mejor del béisbol es la gorra*. Y George me preguntó si me apetecía dar un paseo hasta una tienda de Beverly donde vendían galletas caseras al precio exorbitante de tres dólares la pieza. Dije que me parecía

bien y asentí con la cabeza. Me gustó la idea.

La ola de calor se había suavizado un poco y ese día soplaba algo de brisa. Papá se había ido a jugar al tenis y mamá estaba en el taller aprendiendo a usar las herramientas mientras nosotros tres cruzábamos Melrose y dejábamos atrás las agradables hileras de edificios de cuatro viviendas bordeados de jacarandás que se extendían a lo largo de Spaulding.

Para cruzar la calle, según mi madre, aún tenía que ir de la mano de alguien. A los diez años podría cruzar sola. Muchas veces le había dado la mano a

Joseph, desde hacía muchos años, pero darle la mano era como coger una planta, y la decepción que producían sus dedos mustios era tan intensa que a partir de cierto momento opté por colgarme de su brazo. Eso hice cuando cruzamos las primeras calles, pero al llegar a la esquina de Oakwood tuve un impulso y le di la mano a George. Sus dedos me apretaron al momento. El sol. Más enredaderas de buganvillas derramándose sobre las ventanas en grandes manojos de color rosa oscuro. La cálida palma de su mano. Un gato rubio atigrado en la acera. Gente con camisetas negras viejas, sentada en los

escalones de la casas, fumando. La ciudad se desplegaba ante nuestros ojos.

Al llegar a la acera nos soltamos. ¡Cómo deseé en ese instante que el mundo entero fuera una calle que cruzar!

Mientras ellos iban por delante, y Joseph agitaba una hoja de ficus para demostrar algo relacionado con el momento de fuerza, yo me fijaba en sus espaldas y en cómo gesticulaban con los brazos. Tan grande era la alegría de poder acompañarlos que me olvidé por completo del motivo de la excursión, pero cuando llegamos a la esquina y torcimos en Beverly, el sedoso olor del azúcar y la mantequilla me lo recordó de

golpe; y ese olor que hacía que a la gente se le cayera la baba, a mi estómago le causó pavor.

Ñam, dijo George.

Joseph puso los ojos en blanco. Parecía a prueba de olores por alguna razón. Se sentó a la puerta de la tienda, en un muro de piedra bajo que rodeaba unas azaleas mustias, y sacó su inseparable bloc de papel milimetrado.

Yo os espero aquí, dijo. Y se puso a trabajar muy concentrado.

Empezó a hojear los papeles. George sostuvo la puerta para cederme el paso, y entramos los dos juntos.

Si ya era raro pasar algún rato con

Joseph, nunca había estado sola con George. No tenía la menor idea de qué hacer. Me sentía como si me hubiera sacado a bailar, como si me hubiera pedido algo. La tienda estaba vacía y me quedé en el centro, dando vueltas, leyendo los entusiastas carteles que cubrían las paredes con la promesa de que todas las galletas eran de elaboración propia, lo cual, según habíamos acordado previamente George y yo, era un factor decisivo para la prueba de ese día.

Es mejor que estés lejos de casa, dijo acercándose a mí. Quizá podamos llegar a conclusiones distintas si no

conoces a la gente.

Muy bien, dije.

La idea consiste en sacar el elemento de su entorno y repetir la prueba, dijo, dibujando con los dedos en el aire el signo de las comillas.

Elegí una galleta de avena con trocitos de chocolate. George pidió lo mismo y me miró atentamente por debajo de sus cejas arqueadas. De acuerdo, dijo. ¿Preparada?

Supongo que sí, dije.

Me senté a una mesa roja y crema.

Tómate todo el tiempo que necesites, dijo George.

Mordí un trocito de chocolate. Me

relajé.

Para entonces ya había pasado una semana y había aprendido a clasificar más deprisa las distintas capas de sabores. Los trocitos de chocolate eran de una fábrica, por lo que tenían un sabor ligeramente metálico, un sabor ausente, y la mantequilla se había fabricado con leche de vacas estabuladas, de manera que su calidad no era óptima. Los huevos tenían algo remoto y plástico. Sentí el rumor lejano de todos los ingredientes, y después el del repostero que había mezclado la mantequilla y amasado la masa: estaba enfadado. La galleta estaba llena de

rabia.

¿Rabia?, dijo George, que estaba echando un vistazo a las galletas expuestas en los mostradores: de chocolate blanco, de mantequilla sin azúcar...

¿Es una galleta con rabia?

Asentí aunque vacilando un poco. Probó un trozo de la suya y noté que ponía mucha atención al masticar, tratando de detectar lo mismo que yo. Fijó la vista a media distancia.

¡Vaya!, dijo al cabo de un minuto negando con la cabeza. Nada.

Fue al mostrador y tocó el timbre. Al rato apareció un empleado, joven, con el

pelo corto y teñido de negro y una nariz de orgulloso arco, vestido con un uniforme rojo oxidado.

Sí, dijo el empleado. ¿Qué?

¿Has hecho tú estas galletas?, preguntó George.

El joven, que no tenía mucho más de veinte años, miró la mitad de la galleta que George tenía en la mano.

¿Cuál es?

La de trocitos de chocolate, dijo George.

El empleado sorbió por la nariz y miró el reloj. Sí, dijo.

George se acodó en el mostrador y cruzó los pies, con sus pantalones caquis

de un millón de bolsillos. Para entonces, yo estaba enamoradísima de él. No me importaba que mi hermano llevara toda la mañana lanzándome maldiciones con sus ojos de láser. Sabía que los dos no tardarían en centrarse en otra cosa —en el aspersor roto, o en los patrones del cambio del tiempo, o en la red de carreteras de La Brea—, pero por el momento yo era el Proyecto Número Uno, y el joven del uniforme rojo respondería a las preguntas de George como hacía todo el mundo, porque George quería algo de él, quería detectar en ese momento su personalidad, con esa sonrisa radiante a

la que tanto costaba resistirse.

Estamos haciendo un trabajo para el colegio, explicó George acercándose un poco más. ¿Puedo hacerte unas preguntas?

Supongo, dijo el chico.

¿De qué humor estabas cuando hiciste estas galletas?

De ninguno. Yo me limito a hacer galletas. Meterlo todo en el cuenco, mezclar, hornear y listo.

¿Te gusta tu trabajo?

No, dijo el chico. Es una puta mierda.

George cambió de posición junto al mostrador. Se volvió a mirarme un

segundo. El azúcar glasé se deslizaba despacio por mi garganta.

¿Por qué?, preguntó George.

¿A ti te gustaría vender galletas nada más salir de la universidad?, dijo el chico.

Puede que no, contestó George.

Ni siquiera me gustan las galletas, dijo el otro.

Mordisqueé la parte de avena. Las mismas capas: primero la avena, bien secada, pero no tan bien hidratada, después las pasas, medio insípidas, hechas con uvas resecas, recogidas por vendimiadores sedientos, y por último el repostero, apresurado. Había tanto

apresuramiento en la galleta que si no me la comía deprisa terminaría por devorarme ella a mí.

Avena con prisa, le dije a George subiendo un poco la voz.

Chocolate enfadado, respondió dando media vuelta. ¿Qué dices de la avena?

Que tiene prisa, repetí.

Se volvió hacia el chico.

¿Preparaste tú la avena?

No. Eso lo hace Janet.

¿Quién es Janet?

Trabaja aquí por las mañanas, dijo el chico. Se queja mucho del tráfico. Me miró y dijo: Siempre llega tarde.

Noté que me ponía colorada. George sonrió y le dio las gracias.

Volvió conmigo y me recogió el pelo en dos coletas.

Al-guien es muy lis-ta, canturreó.

Quise aferrarme a él, atarme a su manga.

Pues yo no se lo deseo a nadie, dije.

¿En qué consiste el trabajo?, preguntó el chico haciendo como que ordenaba los montones de cupones en el mostrador.

Yo estaba sentada en una silla roja fijada al suelo con clavos de plástico. Casi rozaba el suelo con las puntas de los pies. La mesa lacada mostraba un

dibujo de puntos de color beige que trataban de sugerir espontaneidad. No podía seguir comiendo ninguna de las dos galletas, y las dejé encima de la mesa.

Podríamos llamarlo una prueba de localización, dijo George inclinándose para coger los restos de mis galletas. Tratamos de localizar la emoción que hay en la galleta, explicó mientras masticaba.

El chico arrugó la frente y un rizo de pelo negro le cayó sobre los ojos.

Eso o estoy pirada, dije desde mi silla.

¿Y?, dijo el chico.

La verdad es que me resultaba muy difícil ver que George podía comerse las galletas sin vacilar. Sin apreciar el menor indicio de precipitación en la avena de Janet, que era como comerse la agenda de un ejecutivo, o sin ver al chivo expiatorio que había detrás de cada trocito de chocolate. Para entonces yo envidiaba el paladar de cualquiera, pero quería a George en parte porque me creía; porque sabía que si me ponía a gritar FUEGO en una habitación fría y blanca, él entraría a preguntarme por qué gritaba. Precisamente por eso George era un científico excelente.

Espera un momento, dijo el chico.

Se metió en la trastienda y volvió con un sándwich en la mano, envuelto en una lámina de plástico.

¿Funciona también con esto?, dijo.

Me quedé quieta. El chico me ofreció el sándwich. George observaba con una especie de curiosidad neutral, y yo no sabía qué hacer, así que lo desenvolví y probé un bocado. Era un sándwich casero de pan blanco, de jamón y queso con mostaza y una hoja de lechuga en el centro. Como comida no estaba mal. El jamón bueno, la mostaza normal, de una fábrica cualquiera. El pan corriente. Los recolectores de lechuga cansados. Pero en conjunto

notaba algo parecido a un grito. Como si el propio sándwich me estuviera gritando quiéreme, quiéreme, con mucha fuerza. El chico me miraba muy atento.

Ah, dije.

Lo ha hecho mi novia, explicó.

¿Tu novia te hace los sándwiches?, preguntó George.

A ella le gusta, dijo el chico.

Yo no sabía qué decir. Dejé el sándwich encima de la mesa.

¿Qué?, preguntó el chico.

El sándwich quiere que lo quieras, dije.

Se echó a reír, a pesar de que lo dije con una voz muy apagada. George se

acercó a probarlo. ¿Es de jamón?

¿El sándwich?, preguntó el chico.

Me ha gritado, dije cerrando los ojos. Me ha pedido a gritos que lo quisiera.

George probó otro bocado y envolvió el pan con el plástico.

¿Te encaja esa emoción con tu novia?, preguntó.

No, dijo el chico, riéndose un poco más.

¿Tú la quieres?, dijo George.

El chico se encogió de hombros. Depende de lo que entiendas por amor, dijo.

Apoyé la cabeza en la mesa. El grito

había sido muy fuerte, contenía demasiada información, demasiada para una niña de nueve años. George le devolvió el sándwich al empleado por encima del mostrador.

Ya vale, dijo. No habrá más pruebas para Rose.

Se inclinó, me dio la mano y me apretó con fuerza. Y eso que no estábamos cruzando una calle.

Gracias por tu ayuda, le dijo al chico mientras se ponía en pie y me ayudaba a levantarme. Lo has hecho genial. Dile a Janet que se relaje un poco.

¡Buff!, dijo el chico sacudiendo la

cabeza. ¿Os vais?, dijo como si quisiera que nos quedáramos.

Tiramos las servilletas y salimos por la puerta. Yo seguía sin soltar la mano de George. Me tranquilizó mucho oír el tráfico, ver las burbujas en que se convertían los coches con sus ventanillas cerradas, a sus ocupantes fuera de mi alcance, camino de sus quehaceres.

Joseph seguía sentado en el muro de piedra que protegía las escuálidas azaleas rosas, dibujando una composición de curvas como pétalos.

Bueno, dijo George acercándose a él. Es auténtico. Levantó mi mano como

si hubiera ganado un trofeo. Tu hermanita es vidente, tiene poderes con la comida, o algo así.

Joseph levantó la vista sin mover un solo músculo de la cara. En vez de decir algo, le pasó a George tres hojas de papel milimetrado llenas de figuras perfectas. Unas cuantas cagadas para empapelar tu pared, dijo. Guay, contestó George, tomándose su tiempo para mirarlas una por una.

Bueno, dijo George, volviéndose hacia mí cuando echamos a andar. Parece que lo que notas principalmente son emociones que la gente ni siquiera sabe que tiene, ¿eh?

Eso me parecía a mí, pero no me hacía ninguna gracia, dije.

¡No veas lo enfadado que estaba el tío!, le contó a mi hermano riéndose, refiriéndose al empleado.

Joseph escuchó la historia completa. Yo le daba la mano a George cada vez que cruzábamos una calle, y él me sujetaba con dedos firmes y cálidos. A veces se olvidaba de soltarme cuando llegábamos a la acera, y yo dejaba mi mano en la suya hasta que él necesitaba un brazo para describir con un gesto la belleza gótica de la rosa negra o la elegancia del ángulo de una chimenea. Entendí perfectamente el sabor del

sándwich que acababa de probar. Observaba las hileras de apartamentos con mi mano en la suya y sentía oleadas de amor mientras atisbaba por las amplias ventanas laterales que mostraban habitaciones pintadas de borgoña oscuro y rojo mate. Soy vidente, pensé, aunque al pensarlo me dieron ganas de meterme debajo de los edificios y no salir nunca de allí.

Disfruté cada instante del paseo, y bien que hice, porque nada más volver a casa la cuerda se partió. O Joseph la cortó. Entró corriendo en su habitación y

buscó un libro ilustrado que había sacado de la biblioteca, un libro raro, un libro sobre fractales que era un poderoso estimulante para un alumno de octavo con mentalidad científica, y se pasaron el resto del día, hasta que oscureció, admirando la forma de una hoja.

A medida que los días se hacían más largos papá retomó sus partidos de tenis y empezó a trabajar en un caso sobre derechos de redistribución. Mamá seguía en su carpintería y regresaba a casa con olor a resina y a serrín. Un día trajo una tabla de teca y una caja tan

pulida que la madera parecía raso. Otro día apareció con una silla de pino de cuatro patas rectas con el respaldo tallado, teñida de marrón dorado. Todos admiramos su obra. Mamá abrió los dedos en abanico y se quejó de las astillas, y poco después salió con mi hermano en misión especial a una tienda de cosmética para que él eligiera las mejores pinzas. Aún disfrutaban haciendo recados juntos. Ese sábado por la noche, después de cenar, Joseph se sentó con ella en el sofá, hundió las pinzas con mucho cuidado en un cuenco de agua templada y, con ayuda de sus dedos largos y su destreza manual, le

quitó a mi madre las astillas de las manos. Cada vez que sacaba una astilla, limpiaba las pinzas con un trozo de papel de cocina y las lavaba antes de pasar a la siguiente. El procedimiento duró una hora y desde ese día se convirtió en la rutina de los domingos por la noche.

Podrías ser cirujano cerebral, Joe, murmuró mamá mientras lo observaba.

Yo a veces me preguntaba si no se frotaría las manos en la madera los sábados, apostó, para poder disfrutar de ese momento tan especial con él.

Aguanté como pude el resto del curso. Hacía mis ejercicios de ortografía. Cogía el autobús. En el recreo me ponía la primera en la fila para jugar a balón prisionero y la profesora a veces tenía que apartarme del juego porque lanzaba la pelota con demasiada fuerza. Eddie me llamaba tramposa. Eliza me miraba con demasiada compasión y yo le lanzaba la pelota. Le rompí las gafas a un niño por apuntar demasiado cerca de la cara.

No sabía con quién hablar, a quién contárselo, así que empecé a tomar por

mi cuenta productos envasados y aprendí a distinguir las sutiles diferencias en las distintas fábricas de todo el país, a comer comida precocinada preparada por empleados felices, empleados nerviosos y empleados frustrados, y a veces me daba pánico abrir la nevera. Los alimentos al horno eran los más potentes, puesto que requerían más tiempo de elaboración a partir de ingredientes más variados, y preferí ceñirme a una combinación de productos muy procesados y por lo tanto anónimos —golosinas, galletas de mantequilla de cacahuete y patatas fritas—, de vez en cuando una hamburguesa

fabricada por máquinas, es decir, por nadie en particular, y frutas y verduras crudas. Me llevaba al colegio una manzana y una zanahoria, me gastaba mi paga íntegra en aperitivos que sacaba de la máquina, y con eso pasaba el día.

Le pregunté a papá si no podríamos salir a comer fuera más a menudo, para que mamá no tuviera que cocinar. ¡Pero si me encanta cocinar!, dijo ella cepillando el aire con la mano. ¿Tan mala te parece mi comida? No, no, dije. Le tiré a papá de la manga y le rogué: Por favor. A él no le gustaban las exageradas raciones de los restaurantes, pero apretó los labios, pensativo, y

habló de un nuevo restaurante italiano en Beverly que podía estar bien. Fuimos el sábado. La minestrone del chef tenía un punto hosco, pero era agradable, sencilla, fácil de comer. ¿Se convertirá en tradición?, pregunté con voz cantarina y esperanzada cuando volvíamos en el coche.

Yo no necesito medio kilo de carne de una sentada, dijo papá mientras se saltaba los semáforos en ámbar. ¿Acaso es necesario?

Mamá se frotó el cuello. Todavía estás en edad de crecer, dijo.

¡De eso nada!, dijo papá, dando una palmada en el volante. ¡Yo ya no crezco!

¡Solo a lo ancho!

La enfermera del colegio me llamó para ver cómo seguía. Había adelgazado dos kilos. Me recomendó helados. Los helados en general no me afectaban. Recuperé mi peso normal.

Pero ¿qué hago?, le pregunté a George un par de meses después de la excursión a la tienda de galletas, aprovechando un momento en que mi hermano había salido de su habitación para hacer palomitas. George estaba tumbado en el suelo. Se había comprado un puntero láser y estaba señalando las esquinas del techo.

Eh, dijo. Mira.

Introduce un pie en el cuarto para observar el punto de luz roja en las cuatro esquinas del techo.

Son rayos de luz, dijo.

Muy bonitos. Pero ¿qué hago?, repetí tras una pausa.

¿Con qué?

Con mi problema con la comida.

Me apuntó con el láser a la frente. Ahora pareces india, dijo.

¿George?

No es un problema, dijo apartando el punto de mi frente. Es genial.

Yo no lo soporto, dije. Y me tiré de las comisuras de los labios.

Puede que termines

acostumbrándote, dijo. Disparó el punto rojo a través del ojo de la cerradura de la puerta.

Me sonrió con sinceridad, pero su sonrisa me pareció más distante. Nuestros barcos se habían alejado. Debería haberme demostrado más lealtad. Oí el petardeo de las palomitas en la cocina y noté el delicioso olor de la mantequilla derretida. Joseph murmuraba algo mientras las preparaba. Las palomitas se hinchaban hasta encontrar la muerte por explosión. No pensaba probar ni una.

Puede, respondí.

Creo que podrías convertirte en

superhéroe, dijo George. Me apuntó con el láser a la boca. Ábrela, dijo.

El láser pasó por mi garganta.

Eso es, dijo mientras el punto rojo rebotaba por todas partes. Superboca.

Casi seis meses después del incidente del pastel de limón, un sábado por la mañana del mes de agosto, me desperté oliendo a fruta y a levadura y encontré a mamá trajinando en la cocina, preparando un pastel. Joseph se fue temprano al parque con George, a lanzar un cohete teledirigido, y el claxon del coche de mi padre había sonado a la

hora de siempre, a pesar de que era sábado. La situación en casa estaba un poco tensa: papá brusco; mamá como una autómatas. Cuando papá estaba en casa, ella le contaba historias, muy deprisa, y él parecía incapaz de prestar atención y no paraba de mover los ojos hacia todas partes.

Esa mañana, cuando entré en la cocina en pijama, mamá me saludó como si fuera su amiga del alma y me hubiera perdido hacía mucho tiempo. ¡Rose!, exclamó al verme en la puerta. ¡Buenos días! ¿Cómo estás? ¿Qué tal has dormido? Me abrazó con mucha fuerza. Acababa de lavarse el pelo y olía como

un campo de lavanda. Vamos a ver, cariño, dijo batiendo palmas. ¿Te apetece pastel para desayunar?

El mero hecho de que ya estuviera levantada significaba que no había vuelto a dormirse desde las dos de la madrugada y había empezado a preparar el pastel a eso de las cinco, de puro aburrimiento. La encimera estaba llena de fuentes, cucharas y salpicaduras de harina.

¿Qué tal unos cereales?, dije.

Estoy probando la última receta que ha salido en el periódico, dijo. Tarta de melocotón y tarántula. ¿Lista, peque? ¿La probarás conmigo?

¿Tarántula?, pregunté. ¿Eso no es una araña?

Arándano, corrigió. Algo parecido.

Me llevó a la mesa con una sonrisa radiante. Tanta imprecisión era impropia en ella. La mañana estaba llena de peligros.

Últimamente mamá hacía más tartas, pero se las llevaba al taller de carpintería, porque su jefe, gracias a Dios, era muy goloso. Le ha encantado la tarta de queso, me contaba, resplandeciente de felicidad. Se ha comido todas mis galletas de avena. Cierta combinación mágica de la carpintería, de sus compañeros y del

tiempo que pasaba con su hijo para que le quitara las astillas de las manos permitió que mi madre por una vez perseverara en algo, aunque siguiera tropezando con las limitaciones de siempre, y todas las noches, cuando me metía en la cama, daba las gracias porque el jefe de la carpintería fuera capaz de comerse lo que yo no podía probar. Pero ese día era sábado, la carpintería estaba cerrada, yo era la única que estaba en casa y la cocina olía a la América rural, a los huertos de Atlanta y los arbustos de Oregón, al legado de la repostería inglesa que llegó al continente en el equipaje de los

puritanos del *Mayflower*.

Cuando se es una niña no hay más remedio que probarlo. Sentí la misma amenaza y la misma esperanza que había sentido otras veces, y con esa esperanza me comí el trozo de tarta que mi madre me sirvió en un plato blanco, con tenedor de plata, bajo las dos bombillas del aplique del techo, con mi pijama de margaritas y mis zapatillas de conejito rotas. Me supo tan mal que a duras penas lo aguantaba en la boca.

¿Qué te parece?, preguntó mamá parpadeando mientras probaba su porción. Y se recostó en la silla, como otras veces.

Yo también me recosté. Esta vez me fue imposible disimular. Me deslicé de la silla y me desmoroné en las baldosas del suelo. Terminé en el suelo porque necesitaba descender. La silla era demasiado alta. La luz me hacía daño en los ojos.

¿Rose? ¿Cariño? ¿Estás bien?

No, respondí en voz baja.

¿Te has atragantado?

No, dije. Pero cerré los ojos. Tenía un nudo en la garganta. Los grumos de la masa, el sirope de melocotón, todo mezclado con la misma angustia insoportable.

¿Era ella? ¿Era yo?

Oí a los niños del barrio salpicando al pasar con las bicis por los charcos que se formaban en la calle al regar los jardines por la mañana. El mes de agosto había sido suave hasta entonces, y el día era limpio y claro. Me gustaba pasear por la calle y aspirar el aire impregnado de rocío por los aspersores, rescatar a las lombrices perdidas con ayuda de una hoja para devolverlas a la tierra. Yo era, en general, una niña así de fácil, una rescatadora de lombrices. Pero esa mañana, mientras los demás niños montaban en bici y alborotaban en la calle, cogí una servilleta de papel para frotarme la lengua a conciencia.

Y empecé a tirarme de la boca y a gritar: ¡Fuera de aquí!

¿Qué te pasa, cariño?, preguntó mamá levantándose con dificultad.

Mi boca, dije, y rompí a llorar. Las lágrimas me abrasaron las mejillas. Todo se desbordó. Intentaba sacármelo de la boca con los dedos. ¡Sácamelo!, supliqué. Por favor, mami. ¡Sácamelo!

Las baldosas estaban frías, y me alegré tanto de que el suelo estuviera allí, como siempre, que apoyé la mejilla para que su frescor me tranquilizara.

Mamá se arrodilló a mi lado, preocupadísima. Rose, cielo. No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

Tiré la servilleta y cogí otra. Volví a frotarme la lengua. Cogí otra servilleta. Llevaba meses evitando las galletas y las tartas de mi madre, aunque de las cenas no podía librarme, porque las preparaba todas las noches con esfuerzo y cariño. Meses intentando que ningún gesto me delatara. Metiéndome en la boca una patata frita de bolsa después de cada bocado. Meses pidiendo comida a mis amigas en el colegio, dando vueltas por la cafetería hasta que veía a la cocinera triste, con el pelo recogido en una redecilla, que preparaba una pizza esponjosa. Era una mujer muy triste, pero su tristeza me resultaba tan

real y tan familiar que la salsa de tomate y el queso fundido terminaron por resultarme comestibles, incluso buenos. A la hora de comer, yo intentaba llegar a la cafetería antes de que ella se marchara, porque a veces descansaba para comer a la misma hora que nosotros. Salía de clase corriendo y empujando a todo el mundo para ponerme la primera en la fila y asegurarme de que me atendería ella, pero la profesora me llevaba a un rincón para preguntarme qué me pasaba. Es que hay una señora, en la cafetería..., empezaba a decir con la mirada puesta en los pendientes de cuentas azules de la

profesora. Pero ella me decía: Tienes que ir con los demás, Rose. Y no me perdía de vista. La cocinera terminaba su tiempo de descanso diez minutos antes de que sonara el timbre, así que me acostumbré a mordisquear una manzana o picotear cualquier producto envasado hasta que la veía aparecer en su ventanilla, y entonces me acercaba corriendo para que me diera cualquier cosa que hubiera pasado por sus manos, sabiendo que siempre encontraría la misma emoción. Comía muy deprisa, de una forma muy parecida a como me agarraba del brazo de mi hermano al cruzar la calle para no sentir en su mano

la decepción. Buscaba por todas partes algo que me llenara, y en ese empeño se consumían mis días. Un día sí, otro no, fingía que me gustaba la comida en casa, a pesar de la distancia y de los silencios que notaba entre mis padres, a pesar de que mi madre tenía los ojos enrojecidos, de no dormir, pero esa vez, por alguna razón, no pude fingir que me gustaba el pastel de frutas.

Allí estaba, en la encimera, con dos raciones cortadas.

¿Qué pasa, Rose? ¿Es por la tarta?

¿Por qué estás tan mal?, pregunté a las baldosas.

¿Qué quieres decir?, preguntó mi

madre poniéndome una mano en el hombro. ¿Le estás hablando al suelo? ¿Te refieres a mí, Rose?

Estás muy triste ahí dentro, contesté. Y sola, y enfadada y triste...

¿Dentro de dónde?, preguntó mi madre.

Dentro de la tarta.

¿Dentro de la tarta?, dijo parpadeando. No te entiendo, pequeña.

No me llames pequeña, protesté. Ya no soy pequeña.

¿Rose?, dijo. Volví a soltar un torrente de lágrimas. Lo veía todo borroso. Me clavé las uñas en la boca. ¿Qué estás haciendo?, dijo mi madre

sujetándome las manos. ¿Qué pasa, cielo?

Me aparté de ella y grité: Ya lo he probado.

Pero, Rose, dijo mi madre. ¿Qué has probado?

¡A TI! ¡TE HE PROBADO A TI! ¡SAL DE MI BOCA!

Me llevó al hospital. No paré de llorar en todo el camino, y seguí llorando mientras esperábamos sentadas en unas sillas de plástico. Por fin llegó el médico, me puso una inyección y me acostó en una cama. No hay manera de consolarla, le oí decir a mi madre con una voz muy preocupada mientras me

quedaba dormida.

Los médicos no acertaban a diagnosticar mi enfermedad, pero dijeron que tenía una idea delirante relacionada con mi boca. Ese día estuve seis horas en la sala de urgencias del Cedars-Sinai, sometiéndome a un montón de pruebas, respondiendo

preguntas y haciendo pis en un vaso de plástico.

Llegamos al hospital a las diez y media de la mañana, y muchas horas después, cuando me tranquilicé y se me pasó el efecto de la inyección y terminaron de hacerme todas las pruebas, un médico alto, con gafas en forma de media luna, entró en la habitación donde yo me recuperaba. Estaba en la cama, muy callada, avergonzada por la escena que había montado. Mamá estaba sentada en una silla, muy nerviosa, ordenando y limpiando su bolso. Era una habitación pintada en tonos color crema, con una

franja de un color tostado, una pared de color marfil y una acuarela de unas espigas en un jarrón, enmarcada con muy buen gusto.

El médico se sentó en el borde de la cama y me hizo varias preguntas. Cómo me sentía. Si dormía. Qué comía.

¿Te acuestas a las ocho y media?, preguntó mientras anotaba mis respuestas en un papel.

Sí.

¿Y a qué hora te levantas?

A las siete.

¿Y te despiertas en mitad de la noche?

A veces.

Volvió a anotar y me preguntó: ¿Por qué?

Solo a veces, dije. Me despierto a las dos.

Mamá arrugó la nariz, como si notara un olor raro.

Cuando la oigo levantarse, añadí señalando a mi madre.

El médico se volvió hacia ella y preguntó en tono comprensivo: ¿Insomnio?

No, dijo mamá. Solo un poco de inquietud.

Claro, dijo el médico. Inquietud, la conozco bien. ¿Es usted de aquí?

De la Bahía, dijo mi madre.

¡La Bahía!, exclamó el médico. Qué sitio tan bonito. Yo soy de Sacramento.

¿Ah sí?, dijo mi madre.

Perdón, interrumpí.

Me miraron los dos.

¿He terminado?, pregunté.

El médico abrió la boca para decir algo, pero volvió a centrarse en la ficha. Me hizo más preguntas, por ejemplo si vomitaba, igual que la enfermera del colegio, y fue tomando nota de todo con su letra de médico. Después se marchó. Mamá salió para hablar con él. Volvieron al cabo de un rato, acompañados de una doctora, y se quedaron todos a los pies de la cama. La

papelera estaba llena de pañuelos de papel usados, de caramelos pegajosos y de tarjetas de visita rotas: toda la basura que mamá acumulaba en el bolso.

Me miraron los tres desde la cumbre de su adulez.

Gracias por su ayuda, dije incorporándome un poco. Ya me encuentro mejor.

Me dieron una sopa de fideos de hospital que sabía a rencor puro y duro. Me la comí toda, asegurándome de que me vieran. Me comí también un paquete de galletas saladas de una fábrica de East Hanover, en Nueva Jersey.

Lo siento mucho, dije. ¿He tenido

fiebre?

Sabes que no puedes quitarte la boca, dijo la doctora.

Lo sé, dije. Es una parte de mi cuerpo.

La doctora se rascó la cabeza y empezó a decir: Pero...

No sé por qué lo he dicho, dije. Me sentía mal.

Mi madre, que estaba en un extremo, se acercó a susurrarle algo al médico alto: ¿Creen que...?

Pero él y la doctora negaron con la cabeza. No parece que le pase nada, dijeron. Dele un poco de tiempo. Podría tratarse de un episodio aislado.

Me terminé la sopa. Me vestí mientras mi madre firmaba unos papeles. Un anciano pasó por delante de la puerta de la habitación en una silla de ruedas. En el pasillo, los fluorescentes teñían el suelo de linóleo blanco de un resplandor mortecino y engañoso que impedía adivinar qué hora podría ser, pero al fondo vislumbré un ventanal del suelo al techo, iluminado por la intensa luz de la tarde.

Cuando mi madre terminó con el papeleo, el médico me dio una piruleta de cereza procedente de una fábrica de Luisiana, donde, una vez aromatizado el caramelo, lo dejaban enfriar en moldes

metálicos redondos y después le añadían el palito de cartón blanco. Ni rastro de emoción en la piruleta. Gracias, dije. Me la comí entera.

En el aparcamiento, abrí con cuidado la puerta del coche y me senté en mi asiento.

Gracias, dije.

Faltaría más, dijo mi madre. Y arrancó.

¿Estaban bien las pruebas?, pregunté.

Estaban bien, dijo.

Sujetaba el volante con los dedos como si quisiera llevárselo al pecho.

Encontramos mucho tráfico en la

calle Tercera. Había una maratón o algo así. Las tiendas de ropa, con los escaparates decorados con jarrones de vidrio soplado, estaban abarrotadas.

Te he asustado, dije con un hilillo de VOZ.

Mamá suspiró y se volvió para acariciarme el pelo. Sí, dijo, me has asustado.

Lo siento.

¡Ay, Rose!

No volveré a hacerlo, prometí.

Ella bajó la ventanilla, sacó el codo y se puso a tamborilear con los dedos sobre la puerta del coche.

Dijiste que..., empezó a decir mi

madre. ¡Da igual! Vamos a casa.

¿Qué?, pregunté.

Dijiste que yo me sentía mal, que era muy infeliz, que casi no estaba.

¿Eso dije?, pregunté, aunque recordaba perfectamente la conversación, como si la hubiera grabado. El aire fresco entraba por la ventanilla abierta. Ya eran casi las cuatro y la luz del sol parecía de oro.

Estoy bien, dijo mamá. Quiero que lo sepas, cielo. No quiero que te preocupes tanto por mí.

Lo dijo y apartó sus ojos grandes y limpios, de un color azul oscuro como el mar al terminar el día. Pero en su mirada

seguía viendo el mismo anhelo. Y lo que sus ojos me decían era: Por favor, preocúpate por mí.

Tenía que fingir que no recibía el mensaje.

Vale, dije.

Mamá encendió la radio. Escuchamos un concurso de preguntas sobre palabras con distintos significados. Yo no podía concentrarme y me limitaba a ver pasar las casas y las tiendas de Fairfax, fiuu, fiuu, que aparecían y desaparecían en un instante.

Qué triste puede llegar a ser la imagen de la gente que va de compras cuando no tienes un buen día. Como

aquel día, cuando yo volvía del hospital porque había tenido un ataque y había intentado arrancarme la boca. No era un día fácil para ver a la gente con su ropa de colores alegres, su pelo limpio y brillante, señalando y sonriendo al ver un jersey bonito.

Quería borrar a todas esas personas. Y a la vez quería ser como ellas, y no podía borrarlas y ser como ellas al mismo tiempo.

Cuando llegamos a casa Joseph estaba más amable que de costumbre y pasamos una hora jugando al parchís en silencio, en una franja de sol que aún iluminaba la alfombra. Papá pasó por

allí y me dio un cojín. Mamá se fue a echar una siesta. Joseph ganó. Me acosté temprano. Me levanté igual que me había acostado.

Segunda parte

Joseph

Mis padres se conocieron en un rastrillo que organizó el compañero de casa de papá en la universidad. Estaban los tres en Berkeley, en tercer curso de carrera, y Carl, el compañero de papá, era un tipo muy maniático considerando que tenía poco más de veinte años.

Engrasaba las bisagras de las puertas por diversión. Papá, que era bastante dejado por naturaleza, contaba que a veces abría la nevera solo para mirar los envases de comida congelada colocados con tanto cuidado y las bolsas de palomitas posadas sobre las porciones de pizza.

Era un buen compañero para mí, dijo papá.

Carl organizaba un rastrillo cada dos años en el garaje de su casa, para deshacerse de todas las porquerías. A mamá le gustaban mucho esos rastrillos, porque tenía poco dinero y era muy aficionada a los objetos encontrados,

según decía ella. Le interesaban sobre todo los muebles, ya por aquel entonces, y había comprado varios taburetes de terciopelo que usaba en su casa para recibir a los invitados. Su compañera de piso se llamaba Sharlene y era una chica de melena rojiza, apasionada de la cocina, y entre las dos organizaban a menudo cenas con platos de otros países: festines marroquíes y banquetes italianos, y la mesa decorada con velas granates y mapas antiguos y rotos, porque ninguna de las dos podía permitirse el lujo de viajar. Sharlene se pasaba semanas eligiendo el menú y mamá se ocupaba de proporcionar los

asientos. Los sábados se iba a explorar por San Francisco, Oakland y Berkeley en busca de más taburetes, en el mercadillo de Ashby y en todos los garajes donde se vendía algo, y esa mañana en particular, cuando el sol reanimaba los jardines, se detuvo a curiosear los objetos pulcramente expuestos en aquella casita al pie de las colinas, donde un joven alto y atractivo que estaba instalado en una hamaca le preguntó si podía ayudarla en algo.

¿No tendrás por casualidad algún taburete de terciopelo?, dijo ella recorriendo con la mirada los zapatos y los cacharros de cocina en el césped.

Un taburete, dijo él, como si lo pensara bien. ¿Todo de terciopelo?

Solo el asiento, respondió ella.

Él sacudió la cabeza. No, lo siento, dijo.

¿O todo de terciopelo?, dijo ella.

Tampoco, dijo él, volviendo a negar con la cabeza. Nada que se le parezca.

Ella levantó la barbilla y le sonrió. En esa época llevaba el pelo suelto hasta la cintura, y sus amigos me contaban que parecía una sirena con piernas. Con una piel tan fina que daban ganas de protegerla.

A mi padre le gustó la tarea.

¿Qué clase de taburete de

terciopelo?, preguntó mientras se levantaba de la hamaca.

Cualquiera, dijo ella. Más o menos así de alto, explicó, señalando con la mano a la altura de la rodilla. Con el asiento de terciopelo. De cualquier color.

Carl estaba al otro lado del jardín, poniendo las etiquetas con los precios a unos libros. No, dijo. Pero ¿qué te parece un batidor manual por cincuenta centavos?

Mamá bajó la cabeza. Había visto carteles en los postes del teléfono que anunciaban otros rastrillos en el barrio. Gracias de todos modos, dijo.

¿O una tostadora?, dijo Carl, moviendo las manos con mucha gracia, como un buen vendedor.

Mamá se echó a reír. Buen intento, dijo. Pero tengo una misión concreta.

Papá le preguntó si podía acompañarla, y ella se encogió de hombros, un gesto que los hombres de aquellos tiempos entendían como una señal de asentimiento. Un encogimiento de hombros a veces se interpretaba como un sí, sobre todo si se trataba de una belleza tan delicada como ella. Papá entró un momento en la casa para coger el periódico local, donde los vecinos más motivados anunciaban sus ventas, y

se fueron los dos de ronda por el barrio, hasta más allá de Shattuck, incluso llegaron a Elm y a Oak, donde los jardines estaban menos cuidados y el color del césped oscilaba entre el verde, el amarillo y el marrón. En cada casa en la que paraban, mientras mamá husmeaba entre los bártulos, papá ponía una excusa para entrar y preguntaba a los dueños si por favor le dejaban usar el teléfono. Es importante, decía. Se lo agradecería mucho. Era encantador, y alto, y se ofrecía a ayudar si tenían que sacar al jardín cualquier objeto pesado, y todos le decían que sí, y desde cada casa llamó a Carl para darle

instrucciones. Por favor, susurraba. Necesito que mandes a alguien a la tienda a comprar terciopelo. Tapaba el micrófono con las manos y, cuchicheando con ardor, le prometía a Carl que limpiaría el cuarto de estar, que quitaría de allí todos sus libros y sus zapatos si él desmontaba la funda de lana del único taburete que tenían. El taburete es mío, dijo papá, tratando de alejarse de la puerta principal y del rastrillo, para que ella, que estaba abriendo y cerrando los cajones de una mesilla de roble antigua, no pudiera oírlo.

Lo haré. Todo el año. Recogeré mis

cosas de todas las habitaciones, le prometió a Carl.

La novia de Carl, que disfrutaba con cualquier broma, fue corriendo a la tienda de telas más próxima, compró un retal de terciopelo rosa, del más barato que encontró, y cortó una pieza cuadrada. Papá tuvo a mamá entretenida con la visita a los rastrillos del barrio el mayor tiempo posible y después fueron a comer a un café en Durant, donde hablaron de la universidad y del abismo que los esperaba después, y él se mordió la lengua y no hizo más preguntas. Después de compartir un brownie con doble de chocolate y

crema, ella suspiró. Le brillaban los ojos. Tengo que volver, dijo. Claro, asintió él. Vamos. Cogió el bolso, donde ella llevaba varios libros y discos nuevos. Podemos intentarlo de nuevo en casa, dijo, con la mayor naturalidad posible. ¿Quién sabe? A veces la gente ofrece un trueque en vez de dinero, señaló.

De todos modos tienes el coche al lado, dijo.

Dejó que ella se adelantara un poco cuando ya estaban cerca. Carl y su novia estaban cansados, repantigados en las hamacas, contando el dinero y decidiendo si bajaban los precios para

liquidar lo poco que quedaba por vender, cuando mamá lo vio. Salió corriendo y aplaudió de alegría al ver el taburete de madera cubierto con una especie de terciopelo rosa gastado, doblado por debajo del asiento y bien sujeto con grapas. Lo vio junto a un montón de libros mohosos y de objetos de plata desparejados.

¡Es increíble!, dijo. ¡Paul! ¡Mira!

Lo cogió y acarició el asiento con los dedos.

Papá se acercó corriendo. ¡Estás de broma!, le dijo a Carl. ¿Te lo han ofrecido a cambio de algo?

De la tostadora, dijo Carl, de una

manera muy elocuente. Así que ahora necesitamos una tostadora nueva.

Papá asintió y dijo: Yo compraré una tostadora nueva.

Me parece un buen plan, dijo Carl cerrando los ojos. He pensado que podría interesarte, le dijo a mamá.

Ella se puso como un tomate y respondió: Me interesa mucho.

Se sentó en el taburete, cruzó las piernas y dijo que le gustaba mucho la textura, mucho. Es rosa como una rosa, señaló, y la novia de Carl esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Costaba siete dólares, según la etiqueta, y mamá rebuscó en el bolso y pagó el taburete,

sin que papá se lo impidiera, lo cargó en el coche con su ayuda, y quedaron en verse la noche siguiente. Todo fue tan natural como si se conocieran desde hacía meses. Y en su lista de tareas de ese momento mi padre anotó: Verla. Y dibujó un cuadrado alrededor de las letras. El día de su boda, Carl, que era el padrino, contó la historia completa a la hora del brindis, con su flauta de champán en la mano, una historia que mi padre nunca le había contado a mi madre. Los invitados se morían de la risa. La luz atravesaba como una lanza el champán dorado. Mamá, que aparecía en las fotos con un vestido mucho más

vaporoso de lo que en realidad era, parecía una aparición, una aparición a la que en cualquier momento podría sorprenderse desnuda. Era una obra de arte el vestido, a medio camino entre lo muy tangible y lo muy intangible, y costaba distinguir la tela de su piel. En la foto del brindis, mamá sale de pie al lado de papá, todo solidez con su traje negro y sus hombros firmes. Ella tiene los ojos muy brillantes.

Una tarde, cuando yo tenía once años, me dio por hacer preguntas sobre la boda, para tratar de entender cómo era posible que dos personas tan distintas hubieran llegado a casarse.

Mamá cogió el álbum de fotos de la estantería, se sentó a mi lado y lo abrió encima de nuestras rodillas. Se quedó un rato mirando la foto en la que Carl aparecía con la copa de champán en la mano y la boca entreabierta mientras pronunciaba el brindis. Pasó los dedos por la punta de los zapatos de Carl y me contó la historia, y mientras me la contaba comprendí que en su relato se entremezclaban dos emociones: asombro, por el hecho de que un hombre hubiera hecho tanto por ella en un par de horas, y por lo competente que era ese hombre al haberlo conseguido, y porque incluso se había vuelto más ordenado a

raíz de la promesa que le hizo a Carl, cosa por la que ella siempre le daba las gracias a Carl cuando se veían y le contaba que todos los días papá dejaba su maletín en el armario del vestíbulo, se quitaba los zapatos y colgaba la chaqueta..., todo eso mezclado con la resbaladiza inquietud de que al final no hubiera sido obra del destino. Yo pensaba, dijo, que las señales apuntaban a él. ¡Y resultó que era él quien hacía las señales!, dijo rozando la foto con la punta del dedo.

¿Te enfadaste?, pregunté.

¡Era nuestra boda!

Pasó la página. Fotos de gente

bailando: gente a la que yo conocía. Todos más jóvenes.

¿Y tú habías confiado en las señales?, pregunté.

Movió la cabeza, pero no con intención de negar. Fue más bien para no pensar en ello. Siguió pasando las páginas de cartulina negra mate con delicadas esquinas para sujetar las fotos y fue señalando a personas de la familia a las que yo no conocía, y al padre de mi padre, que murió antes de que yo naciera, que aparecía con la cara cubierta con una servilleta como un vaquero. Empezaba a oscurecer, y el vaporoso vestido blanco de mamá

iluminaba las páginas. Yo me fijaba en la gente y hacía algún comentario para aparentar interés, pero lo cierto es que seguía atrapada en las páginas anteriores. Mi madre siempre estaba buscando señales. Si alguien era antipático con ella en el supermercado, lo interpretaba como una señal de que tenía que ser más amable con los desconocidos. Joseph le sonreía por sorpresa y ella se ponía a repasar todo lo que había hecho para ver si se merecía esa sonrisa. Una vez, al llegar a casa, encontramos un caracol en los escalones de la puerta. Dijo que era una señal de que había que bajar el ritmo y

dio una vuelta a la manzana a paso de tortuga convencida de que algo estaba esperando a que ella lo descubriera y para eso necesitaba tomarse su tiempo. Volvió con la vitalidad de costumbre. Gracias, caracolito, dijo, y dejó al caracol en la sombra fresca del jazmín. Siempre buscaba alguna orientación inesperada, y resultó que en aquel rastrillo el mundo le escupió justo lo que había pedido. ¿Podía haber mejor presagio? Por eso debió de llevarse un chasco monumental al descubrir, el día de su boda, que la mano que movía los hilos era la misma mano que en ese momento estaba unida a la suya.

Llegamos a las últimas fotos del álbum. La abuela con un vestido recto con dibujos de margaritas. La hermana de mamá, Cindy, con pantalones vaqueros. Unos tíos de papá con las mejillas coloradas.

Tú estás ahí, dijo mi madre.

No estoy.

Sí que estás. Tú y Joe. En el aire. Vuestro origen, dijo. Y me besó en la cabeza.

En la última página, como para subrayar sus palabras, el beso nupcial: papá y mamá muy juntos, él envuelto entre las capas de aquel vestido irreal. Nos quedamos un rato mirándola.

¿Todavía tienes el taburete?, pregunté.

Fuimos al garaje y encendimos la luz. En aquel espacio fresco, con el suelo de piedra vieja y la ventana por la que entraba el viento, revolvimos entre montones de trastos viejos apartando cajas y cajas. Lo encontré al cabo de media hora, encajado detrás de un rastrillo y varias escobas: un asiento de terciopelo desvaído, de color melocotón, con una estructura de mimbre barnizada de marrón brillante en forma de tijera. ¡Mira!, exclamé, acariciando el asiento. Mamá estaba hundida hasta las rodillas en una montaña de juguetes

de bebé, y lo miró como se mira a alguien a quien no se ve desde hace mucho tiempo y con quien se tuvo un último encuentro difícil. Creo que puedo hacerte uno mejor, dijo, con aire dubitativo. Quiero este, dije. El terciopelo era muy suave. Aparté los montones y me lo llevé a mi habitación. Un mueble.

En la vida hay años cumbre. Uno fue el de los nueve años. Otro el de los doce. El tercero, el de los diecisiete. Mi hermano dibujaba figuras en las secuencias del papel milimetrado; yo veía esos años como un trío, pero no quería cartografiarlos en ninguna

cuadrícula. No habría sabido qué nombre dar al gráfico, ni cómo llamar a los ejes de la x y la y . Se mezclaban en mi pensamiento como el código de un candado para cerrar un armario. El mecanismo es confuso, pero una vez se introducen los tres números en la muesca, se libera un pequeño resorte con un chasquido.

En las películas, para indicar una aventura amorosa, a veces la cámara espía la habitación de un motel, o muestra una mancha de carmín en el cuello de una camisa blanca. Tenía doce

años cuando, una noche de febrero, nos sentamos a cenar rosbif con patatas y sentí tal bofetada llena de culpa y de aventura amorosa en el primer bocado, que al instante supe que mi madre había conocido a alguien. Olas enormes en la carne y en la nata agria, y en los aros verdes de las cebolletas cortadas con esmero. ¡Ay!, dije. Y me bebí un vaso de agua entero. ¡Ay!, dijo mi padre, soltando un suspiro de final del día. Rosbif, murmuró, dándose un golpecito en la tripa. Mi plato favorito. Me levanté a por un bote de ketchup para poder tragar aquello, mientras Joseph pasaba las páginas de un libro y mamá

se servía un poco de vino. ¿Te gusta?, preguntó. La miré. Todo encajaba: últimamente tenía mejor aspecto, se arreglaba más, se la veía un poco más feliz, se ponía coleteros de colores y pulseras en los dos brazos. En general, el curso de las cosas había cambiado: Joseph había enviado su solicitud de ingreso a varias universidades y confiaba en irse de casa y en compartir habitación con George en el Caltech. Mamá decía a todas horas que iba a echarlo muchísimo de menos, pero él nunca contestaba y cada vez que llegaba por correo un paquete de mi abuela o de quien fuera, Joseph lo vaciaba, se

quedaba con la caja y la iba llenando con sus cosas. Ya casi tenía listo el equipaje, con varios meses de antelación. Si le hubieran dejado, habría cenado en su habitación, pero papá insistía en que nos sentáramos todos juntos a la mesa.

He leído un estudio, dijo papá desdoblando la servilleta de un manotazo para ponérsela en las rodillas, que dice que las familias que cenan juntas son más felices.

Yo creo que en esas familias también hablan los unos con los otros, señalé.

Mamá, que estaba detrás de nosotros, sirviendo las verduras, se echó

a reír.

Era verdad: nuestras cenas, enmarcadas por las cortinas de colores y las fuentes humeantes, transcurrían casi siempre en silencio en esa época, a menos que a mi madre le diera por contarnos las últimas noticias y cotilleos de la carpintería. Papá hablaba poco de su trabajo. ¡El trabajo lo dejó en el trabajo!, era su mantra. Eso sí, en cuanto terminábamos de cenar, se iba a su dormitorio a hacer llamadas y seguía trabajando hasta las diez o las once, salvo que yo llamara con sigilo a su puerta para anunciarle que estaba a punto de empezar algún drama en la tele,

como las peripecias de un pescador para atrapar a un atún esquivo. Desde que yo tenía diez años, si le susurraba el nombre de la película con suficiente convicción, conseguía apartarlo de su montón de papeles para que viniera a verla. Actuábamos así en connivencia: siempre y cuando yo no anunciara que era una niña, él no se comportaba como un padre, y a veces los dos podíamos tomarnos un respiro y abandonar nuestros respectivos papeles por espacio de una hora.

A él solo le gustaban las series de médicos. Las de abogados le ponían de mal humor.

Durante su adolescencia, Joseph se acostumbró a leer mientras comía, y a la hora de cenar siempre se llevaba un libro a la mesa, lo dejaba abierto sobre las rodillas y le echaba un vistazo entre bocado y bocado. Normalmente era un libro de texto, aunque a veces era una novela de suspense. Tanto mi padre como mi madre renunciaron a quitarle esa costumbre, porque cuando le quitaban el libro de las manos se quedaba mirando al vacío de un modo tan desconcertante que nos hacía sentir como si le hubiéramos tapado la cabeza con un saco. A veces, cuando no tenía un libro, yo plantaba una caja de cereales

delante de él para que pudiera ocupar la vista en ella, y lo veía aferrarse a las palabras impresas, como si sus ojos no pudieran hacer nada más que divagar y flotar en el aire sin ayuda de las letras y los números que los anclaban a nuestro mundo. Cuando cumplió los diecisiete años debía de saberse de memoria todas las cantidades de vitaminas presentes en las distintas variedades de cereales de avena con pasas, y si le hubiera preguntado qué porcentaje de niacina contenía una ración de Cheerios, no me habría sorprendido que me dijera el número exacto con la misma precisión que su peso o su estatura.

Esa noche estaba leyendo el folleto de información general del campus de Caltech, quizá por vigésima vez. Parecía más interesado en las habitaciones que en los planes de estudio. Mamá se sirvió más vino. Me pilló espiando y me guiñó un ojo.

Yo no hablaba en la mesa, porque bastante tenía con sobrevivir a la comida. Tras el incidente del hospital, no quise volver a compartir mis experiencias con nadie. Si lo haces te toman por loca y estás perdida. Un niño puede montar una escena ante sus padres: una escena de dolor con la que intenta decir algo; y con mi llanto, con

mi intento desesperado de arrancarme la boca para revelar lo que me estaba pasando, yo buscaba obtener algo a cambio. ¿Lo obtuve? Qué va.

A los ocho años era una niña sociable; a los doce me había vuelto nerviosa y preocupada. Hacía mis deberes y jugaba a la pelota cuando podía. Mi boca, siempre tan activa, tan alerta, ya era capaz de identificar hasta cuarenta o cincuenta estados de ánimos en cualquier alimento que probara. Me esforzaba por detectar en mi plato los elementos más recónditos, y cada noche, a la hora de cenar, mientras masticaba la comida, flotaba en mi mente un mapa de

Estados Unidos del que me servía para desentrañar los matices del perejil, la naranja o las patatas asadas, siguiendo su rastro hasta Florida, California y Kansas respectivamente. A veces conseguía identificar el condado del que venían los huevos. Y entretanto escuchaba las historias de la carpintería que contaba mi madre o vaciaba el frasco de ketchup. Me gustaba el juego; aunque acaparaba parte de mi atención me permitía distraerme de la influencia mucho más ruidosa y compleja del estado de ánimo de quien hubiera preparado la comida, que abarcaba todo el espectro posible de emociones. Era

vagamente consciente de la conversación mientras cortaba la carne, y el resto del tiempo lo pasaba circulando por todas las carreteras del país entre camiones cargados de cebollas amarillas. Cuando iba con mamá al supermercado comprobaba la exactitud de mis conclusiones, y a los doce años era capaz de distinguir un gajo de naranja de California de otro de Florida en menos de cinco segundos, porque las de California tenían un sabor más completo, por la tierra del desierto y el agua ácida y clara que traían los sistemas de riego desde fuentes muy lejanas. Todo esto me tenía muy

ocupada. Apenas podía participar en la conversación.

Pero mi madre sí hablaba. En cuanto se sentaba y tomaba un par de sorbos de vino, para animarse, los demás nos replegábamos y dejábamos que ella ocupara todo el espacio. Le agradecíamos la distracción. Podíamos divagar mientras ella lanzaba una perorata con la mano ligeramente posada en el cuello de la botella de vino. Nos contaba hasta el último detalle de la carpintería, que era una cooperativa y no solo había logrado mantener vivo su interés, sino que también lo había ampliado. Había

aprendido muy deprisa en los últimos cuatro años, y hablaba de vitrinas, de ensambladura a cola de milano, de las derrotas y las victorias al cortar un tablero con una sierra de mesa. O de las diferencias de textura entre el cedro y la picea. O de la mortaja, la espiga y el montante. Nos hablaba de los demás carpinteros y de la opinión que le merecía cada uno, y fue así, mientras yo analizaba con desesperación las sutilezas del rosbif y trataba de discernir si la carne venía del centro de California o del sur de Oregón, como descubrí que mi madre tenía una aventura.

Bobbie no cumple con su parte de la limpieza, dijo mi madre.

Amber, murmuró, es una buena artesana, pero no tiene imaginación.

¡Larry!, exclamó elevando la voz como una voluta, ha encargado una tarea al nuevo grupo de aprendices.

Escritorios, murmuró, como si hablara de rosas.

Yo la escuchaba a medias mientras cortaba otra loncha de rosbif, todavía acalorada y atrapada en un remolino de emociones. Llegué a la conclusión de que la ternera era de Oregón y de ganadería ecológica. De pronto, esa manera de elevar la voz como una voluta

coincidió con la sensación que yo tenía en la boca. Larry, me dijo la ternera. Larry. Mastiqué y mastiqué.

¿Quién es Larry?, pregunté después de tomar un poco de agua.

Joseph pasó una página de su folleto. Papá estaba cortando su patata como si la diseccionara.

¿Larry?, dijo mi madre mirándome con los ojos muy abiertos.

Larry, repetí. ¿Es de los de siempre?

Es el presidente de la cooperativa, dijo cambiando de postura en la silla. Y nadie con unas dotes mínimas para la escucha habría podido no advertir un brillo inconfundible de orgullo en su

VOZ.

Ah, dije. El presidente. Escupí un trozo de cartílago en la servilleta.

¿Qué tal está la carne?

Bien, dije. ¿Es de Oregón?

Eso creo, dijo ella. ¿Te has fijado en la etiqueta?

No.

Al presidente lo elegimos por votación, explicó mientras se subía la hilera de pulseras por un brazo. Lo dijo como una niña enamorada que intenta deslizar algún detalle en la conversación para seguir con el tema sin que se note demasiado su interés. Entendí por qué seguía en la carpintería. Joseph bebió un

buen trago de zumo. Papá limpió el plato con el suave interior de un panecillo. Para entonces yo ya había logrado comer lo suficiente, aunque con mucho esfuerzo, y fui a la despensa para coger una caja de Pringles rancias.

¿Puedo?, pregunté con la patata ondulada ya en la lengua.

Mamá se hundió en su silla y suspiró: Adolescentes.

Poco después papá retiró su plato y se disculpó. Joseph volvió a su habitación, porque estaba haciendo un trabajo sobre electromagnetismo. Mamá limpió las encimeras con una bayeta. Recogí lo que quedaba en la mesa,

envolví en plástico los restos de rosbif y lo guardé en la nevera para prepararme unos sándwiches de adulterio al día siguiente.

Tengo que hacer unos recados, dijo mamá cuando el lavavajillas empezó el ciclo de lavado. Se lo dijo al aire, como si lo lanzara sin más. Hacía un buen rato que papá y Joseph se habían marchado, pero yo acababa de recoger justo en ese momento, estaba en la puerta y sus palabras me hicieron daño. Sentí como un pinchazo pequeño y frágil en la garganta. ¿Adónde vas?, pregunté. A comprar materiales para mi proyecto de escritorio, dijo. Y me dio un beso en la

mejilla. ¿Puedo ir contigo?, dije. Lo siento, capullito de rosa, tienes deberes, dijo. Y salió por la puerta diciendo: ¡Hasta dentro de un par de horas!

Todavía recibíamos con regularidad paquetes de la abuela, que iba deshaciéndose poco a poco de su vida y enviándola por correo desde Washington. Últimamente los paquetes llegaban con más frecuencia, casi cada quince días, y en el último me había

enviado una pastilla de jabón usada. No me apetecía usarla, así que la guardé en un cajón.

La abuela había empezado bien — con sus paños de cocina de dos colores, sus anticuados pisapapeles de cristal y hasta un osito—, pero con el tiempo se fue volviendo más amargada y los regalos se fueron deteriorando hasta el punto de sorprendernos abriendo cajas que contenían paquetes de pilas, los cierres de plata de unos pendientes y una lista de la compra con la mitad de los productos marcados con cruces, cosa que hizo que mi padre diera un respingo al verla. El último paquete estaba en el

cuarto de estar, junto a la chimenea de ladrillo rojo. Un par de años antes yo le había preguntado a mi madre por qué la abuela nunca venía a vernos. Mamá agachó la cabeza, pensativa, cortando con el filo de las tijeras la cinta de embalar marrón por la línea del centro entre las solapas.

A la abuela no le gusta viajar, dijo.

Entonces, ¿por qué no vamos nosotros a verla?, pregunté mientras levantaba las solapas de la caja.

A la abuela no le gusta tener invitados, dijo mamá.

Empecé una especie de interrogatorio, y mi madre pasó un dedo

por el filo de las tijeras y contestó:

Tu abuela se crió en una familia de siete hermanos. Cuando por fin tuvo su propia casa solo quería tranquilidad.

¿Qué quieres decir?, pregunté.

Dejó las tijeras y se acercó a mí. Me cogió de una mano y dijo: ¡Qué uñas tan bonitas!

¿Tú eras tranquila?, pregunté.

Posó mi mano encima de la suya.

Lo intentaba. Cuando le pedía demasiadas cosas a la abuela, me llamaba camión de la basura, dijo.

Apoyó la mejilla en nuestras manos entrelazadas y cerró los ojos. Llevaba una sombra de ojos nueva, rosa pálido,

como una flor posada en sus párpados. Me entraron unas ganas enormes de proteger aquellos párpados frágiles cubiertos con esa sombra brillante. Le acaricié el pelo suavemente.

Eso es muy ruin, dije.

Sus párpados aletearon. Segundos después se incorporó para abrir del todo las solapas de la caja. No se molestó en mirar qué había dentro. Todo tuyo, peque. Quiero decir, Rose, perdona. Quédate con todo lo que te guste.

Esa tarde, cuando mamá se fue a hacer los recados, decidí repasar el paquete recién llegado. Esta vez la abuela nos enviaba un taco de Post-it

menguado, verde pálido, un libro de historia de Oregón, desencuadernado, y un paquete de galletas saladas. Me comí un par de galletas. Rancias. De Kentucky. Aparté el taco de Post-it para llevarlo a mi habitación y dejé lo demás en el garaje, junto al montón donde se almacenaban los envíos de la abuela, embutidos en una estantería al lado de un frasco de mermelada mohosa que mamá no había guardado en la nevera. La caja estaba en buen estado, así que la dejé en el pasillo, delante de la puerta de mi hermano. Caja nueva, dije, llamando a su puerta. A los pocos minutos, cuando volví a pasar por allí,

la caja ya no estaba.

Seguía inquieta por culpa del rosbif, y decidí llamar a Eliza Greenhouse, mi vieja amiga del recreo, la del flequillo tieso y recto, para preguntarle por los deberes de historia. Mientras sonaba el teléfono me puse a recortar flecos en los bordes del taco de notas, y al contestar Eliza oí gritos al fondo. Perdona, dijo entre risas. Mi hermana pequeña está haciendo una guerra de cosquillas con mi padre.

¿De verdad?, dije.

¡Para ya!, la oí gritar, y darle un manotazo a alguien.

Estuvimos un rato hablando del

colegio mientras yo rompía los flecos en trocitos pequeños, y cuando colgamos mi casa me pareció un desierto. Creí oír el tictac de los cimientos al asentarse. Todo estaba limpio y recogido. Me acerqué al cubo de la basura y derramé una lluvia de trocitos de papel desde mis puños. Tardé cuatro minutos en tirarlos todos. Se me ocurrió llamar a George, solo para decir hola, pero no sabía cómo iba a responderme a eso, de manera que dejé el teléfono y me fui al cuarto de estar. Mi padre estaba tumbado en el sofá, leyendo el periódico y moviendo los pies. Los movía tanto que parecía como si hubiera una

mascota en la habitación.

¿Qué estás leyendo?, pregunté.

Nada, dijo. Sacó un libro de contabilidad con las tapas de cuero rojo de una estantería que tenía al alcance de la mano y lo abrió. Filas y columnas de números.

De todos modos, al margen de sus escasas habilidades paternales, mi padre era un hombre muy decente. Como abogado se conformaba con unos ingresos medios para no exprimir a nadie, y estudiaba mucho para hacer su trabajo como es debido. Ganaba un buen

suelo, pero nunca alardeaba de eso. Se había criado en Chicago, educado por una madre judía lituana que había tenido una infancia muy pobre y siempre contaba cómo tenían que ingeniárselas para estirar un pollo al máximo. Por eso, cuando íbamos a un restaurante, en cuanto le servían la comida, papá pedía un recipiente y apartaba la mitad para llevársela. Las raciones son exageradas en todas partes, refunfuñaba, y se daba una palmadita en la tripa. Solo se llevaba la comida si los cortes de la carne eran limpios, porque pensaba que el indigente a quien se la ofreciera se sentiría humillado si viera marcas de

mordiscos en los bordes. ¡Ni que fueran perros!, decía papá. ¡O bacterias! La dignidad, decía mientras guardaba la mitad de la lasaña en el envase, no es un detalle menor.

Cuando salíamos del restaurante le daba el recipiente, con un cuchillo y un tenedor de plástico, al hombre o a la mujer que estuviera en la esquina con una manta del ejército, en Wilshire o en La Brea. Tome, decía. Por favor, no me dé las gracias. Se lo vi hacer montones de veces. Él quería que mamá pudiera comprarse ropa bonita, o las joyas que le gustaran, para quitárselas después. Quería vestirla y desnudarla. El mejor

modo de describirlo que se me ocurre es que mi padre era un hombre perfectamente centrado, un hombre inteligente y esencialmente sencillo que, por su sencillez, había terminado compartiendo su vida con tres personas tremendamente complicadas: una mujer que parecía abrasarse de soledad, un hijo de mirada tan inquietante que alguien tenía que plantarle una caja de cereales delante para rebajar un poco la tensión, y una hija incapaz de tener una comida normal en el colegio si después no daba un paseo de quince minutos para sobreponerse. ¿Quiénes eran esas tres personas? A veces me daba pena cuando

veíamos la tele juntos y notaba cuánto anhelaba la representación de la vida que mostraban los anuncios, y cómo él, más que ninguno de nosotros, era el que se había llevado el mayor batacazo con esa vida.

Un rasgo curioso de mi padre, aparte de haber elegido a mi madre, con la que no parecía tener nada en común, era su aversión a los hospitales. Era más que aversión: era pavor. Cuando íbamos en el coche y teníamos que pasar por una zona en la que hubiera un hospital, daba un rodeo larguísimo para evitarlo y se metía por todas las calles laterales.

El caso es que, cuando nacimos mi

hermano y yo, mi padre ni siquiera fue capaz de entrar en el vestíbulo. Mamá tuvo que salir del coche sola y registrarse sola en el Cedars-Sinai, un hospital agradabilísimo, caro, situado a unas veinte o treinta manzanas de casa. Papá aparcó, localizó el pabellón de maternidad, llamó por teléfono, preguntó por el número de habitación de mi madre y le pidió a la agobiada enfermera que le indicara la posición exacta de la ventana. Ella no se lo decía, y mi padre volvía a llamar pasado un minuto, hasta que la enfermera terminó gritando: ¡Al sur! ¡Octava planta! ¡Tercera ventana desde la izquierda! ¡Y

ahora deje de llamar de una puta vez! Tras lo cual papá llamó a una floristería para que le enviaran a la enfermera un delicioso ramo de rosas y tulipanes, que llegó mucho antes que Joseph.

La misma determinación y la misma eficacia con que había sacado de la nada un taburete a la medida las aplicó a vigilar durante horas esa ventana, sin apartar la vista de allí, aunque las limitaciones esta vez fueran mucho menos tentadoras. Mientras mamá se pasaba horas empujando y su amiga Sharlene la animaba a seguir, papá esperaba en la calle. Allí estuvo las ocho horas que duró el parto de Joseph y

las seis que duró el mío. Dando vueltas. Hablaba con los transeúntes o se ponía a hacer ejercicio, a saltar sin moverse del sitio, subiendo y bajando los brazos a la vez que abría y cerraba las piernas. Parece ser que cuando nací yo se llevó un cajón y se sentó a leer una novela de misterio hasta que el policía del aparcamiento lo echó.

Mamá nos había contado esa historia, aunque a papá le daba vergüenza. La contaba bastante a menudo. Cuando nació Joseph, decía, se acercó a la ventana con su bata de hospital hecha trizas, el recién nacido berreando en los brazos, para

enseñárselo a mi padre. Papá era una figura muy pequeña en la acera, pero ella lo reconoció enseguida, y al ver el bulto en una manta azul, él se puso a dar saltos. Hizo aspás con los brazos y gritó: ¡Mi hijo, mi hijo! Se lo decía a los coches que pasaban. Mamá dejó un reguero de gotas de sangre en el suelo. Papá abrió una caja de puros, encendió uno y ofreció los demás a los transeúntes.

Después de hablar con Eliza, y de que mi madre se hubiera marchado a hacer sus recados, me instalé en el sofá del cuarto de la tele. Papá seguía con el libro rojo en las rodillas, anotando números en nuevas columnas. La tele estaba encendida, sin volumen. Me senté

y me quedé un rato mirando a mi padre.

¿Sí?, preguntó al cabo de unos minutos. ¿Quieres algo?

No, dije.

Papá tenía una frente que llamaba la atención: ancha, con una ligera elevación en la línea de nacimiento del pelo que le daba un aire de formalidad. El pelo —denso, negro, salpicado de canas— se agarraba con fuerza a la cima de la frente trazando un arco limpio y bien definido. Parecía el presidente de una importante compañía.

Justo la noche anterior, George se había quedado a cenar y le hizo a mi padre muchas preguntas sobre sus años

de instituto. Que mi padre hubiera ido al instituto alguna vez me hizo gracia, y que estuviera dispuesto a hablar de ello me sorprendió. No sé cómo lo hacía George, pero el caso es que siempre conseguía abrir con sus preguntas la caja fuerte de la paternidad. Fui el protagonista de un musical, dijo papá mientras tomaba un poco de agua. Se me cayó el tenedor al suelo. ¿Qué? Pues claro, dijo él. Participamos todos. ¿Un musical?, preguntó George. Sí señor, dijo papá. Hasta mamá se rió. Papá se llenó la boca de batata. ¿Qué musical?, pregunté, y todos esperamos mientras él masticaba, tragaba y se limpiaba con la

servilleta, un proceso que concluyó con una palabra desconocida: *Brigadoon*.

¿Quién era mi padre? La noche en que descubrí la aventura en el rosbif él había quedado completamente excluido, a pesar de que se comió hasta el último bocado, y quizá por eso se mostraba un poco más asequible que de costumbre. Me incliné hacia él, sentada en el otro extremo del sofá.

¿Qué hay, Rose?

Hola, dije.

Dejó el lápiz.

¿No tienes deberes?

Sí.

Levantó una ceja. ¿Y por qué no vas

a hacerlos?

¿Puedo hacerlos aquí?

Tosió y se tapó la boca con la mano.

Sí, si estás callada, dijo.

Fui corriendo a por mi libro y mi cuaderno. Mientras él trabajaba en los detalles de su presupuesto y en su plan de trabajo, yo me puse a estudiar historia de California y respondí obedientemente a las preguntas que venían al final del capítulo sin necesidad de leerlo entero. Era facilísimo localizar la frase a la que se refería la pregunta, y enseguida encontraba la línea en cuestión, como un buen ratón de laboratorio, levantando la

vista de vez en cuando para mirar a los actores mudos que discutían en la pantalla de la tele, con mirada muy expresiva. Trabajamos juntos en silencio. Con mi padre al lado, mientras él anotaba rápidamente todos esos números con su elegante portaminas, creo que hice los deberes en menos de la mitad de tiempo.

¿Papá?, pregunté, tras escribir las cinco razones por las que podía afirmarse que la fiebre del oro creó la economía californiana.

¿Sí?

¿Adónde ha ido mamá?

A hacer unos recados.

¿Cuándo volverá?

Pronto, dijo. Supongo que a las diez como muy tarde.

¿Papá?

Volvió a levantar las cejas. ¿Sí, Rose?

Da igual, dije. Nada.

Continuó con su trabajo. Yo terminé la lección y pasé a la siguiente, porque nuestra profesora no creía en la variedad y todas las semanas nos ponía la misma tarea, idéntica. El tictac del reloj nos acompañaba.

Al cabo de un rato volví a mirarlo. Había escrito en el libro rojo muchas más filas de pulcros números. Al

parecer él también avanzaba más deprisa.

¿Puedo hacerte una pregunta?, dije.

Estaba concentrado en la página, con los ojos puestos en la base de la última columna. Soltó el lápiz.

Adelante, dijo.

Y se arrellanó en el sofá. Vi en su ademán una puerta abierta. Casi no recordaba cuándo había estado sola con él por última vez. En realidad no sabía qué preguntarle, y le solté lo primero que se me pasó por la cabeza.

¿Alguna vez has sabido algo?, dije.

¿Cómo dices?

Tomé aire. Perdona, dije. Quiero

decir si alguna vez has sabido algo que supuestamente no debías saber, pregunté.

Ladeó la cabeza. ¿A qué te refieres?

No sé... ¿Alguna vez te enteraste de un secreto por casualidad mientras ibas andando por un pasillo?

Se quedó pensativo casi un minuto. No, dijo por fin. ¿Por qué lo preguntas?

¿Y si te ocurriera?

Guardaría el secreto, dijo.

Cambié de postura y dije: Vale. Vale. ¿Tienes alguna habilidad especial?

Tragó saliva. No, dijo.

No quiero decir que no la tengas, quiero decir si...

No, no la tengo, dijo. Se volvió para

mirarme de frente, con una expresión muy cordial. Mis notas no pasaron de la media en toda la carrera, dijo. Y en la prueba de acceso al máster de derecho quedé justito. Saqué un cinco. Asintió con aire complacido.

Cerré mi libro.

Pero actuaste en *Briga...*

Doon, dijo él. Era un cantante regular. Hasta el profesor lo decía.

Aborreces los hospitales, dije.

¿Y?

No sé, respondí mientras tiraba de la esquina de mi libro. ¿Por qué los odias tanto?

Eso no es una habilidad especial.

No, dije. Y esperé a que añadiera algo más.

Ahuecó el cojín que tenía en la espalda. En ese momento apareció en la pantalla el anuncio de nuestra serie favorita de médicos de urgencias. Ese día empezaba la nueva temporada.

No me gusta la gente enferma, dijo.

¿Porque te hace sentir algo?

¿Qué quieres decir?, preguntó.

¿Como si sintieras su enfermedad o algo así?

Se rascó la nariz. Y me miró de una forma un poco rara. No, dijo. Solo que no me gusta. Pero ¿tú cómo sabes eso?

¿Estaba de broma? En la tele salió

un anuncio de niños bailando que ocupaban una calle de tres carriles.

Mamá nos ha contado mil veces la historia de cuando nacimos, dije. Si no te gustan los hospitales, ¿por qué te gustan las series de médicos?

Señaló con la mano la pantalla. Eso es diferente, dijo. Es divertido.

Se desarrollan en un hospital, dije.

Es un decorado, dijo él.

Yo creo que es un hospital de verdad.

Da lo mismo. No huele.

¿Y si te pusieras enfermo?, pregunté.

Nunca me pongo enfermo.

Cogió el mando a distancia y se puso

a darle vueltas encima del sofá. Las preguntas se amontonaban en mi cabeza, me golpeaban como si yo fuera un tambor, y me hundí en el extremo del sofá tratando de recordar cómo lo hacía George cuando cenaba en casa, con mucha delicadeza, como si la respuesta no fuera trascendente. Como si la pregunta fuera una semilla colocada a unos pasos de un pájaro curioso.

¿Nunca te pones malo?, dije tras una pausa.

Papá volvió a mirarme y movió los pies.

Tengo buenos genes, contestó encogiéndose de hombros. Siempre los

he tenido. Gracias al pollo lituano.

Miramos los dos al frente. Volví a tirar de la esquina del libro, donde el forro de plástico se había roto y mostraba las capas de cartón desprendidas.

¿Vendrías a verme si yo tuviera que pasar un tiempo en el hospital?

Aleteó una mano y dijo: Tú eres una niña sana.

¿Y si me pasara algo grave?, insistí.
No te ha pasado.

¿Pero si me pasara?

Miró de nuevo el reloj que parpadeaba en verde en la base de la tele. Faltaban dos minutos para que

empezara la serie.

Yo..., empezó a decir.

Seguía mirando el reloj.

Puede que sí, dijo.

Posó la mano en la cubierta del libro rojo. La pantalla se llenó de colores.

No había mucho más que decir, y nos pusimos a ver los anuncios de coches. Según los anuncios, el primer coche te volvía viril, el segundo te volvía rico, y el tercero te volvía divertido.

Señalé un coche amarillo y veloz, de cinco puertas, conducido por un payaso. La verdad es que no me gustaba tanto, pero necesitaba hacer algo. Papá se fijó en la imagen. Abrió su libro de

contabilidad por una hoja en blanco, anotó el nombre del coche y mi nombre al lado, señalado con una flecha perfecta.

No te falta tanto para cumplir los dieciséis, dijo.

Activó el volumen del televisor y el sonido lo inundó todo. Ruido de cláxones, voces y fragmentos de canciones. Tuve la sensación de que estábamos intercambiando códigos de cómo ser padre y cómo ser hija, como si los hubiéramos leído en un manual traducido de otra lengua y nos esforzáramos por comprenderlo lo mejor posible. Gracias, papá, dije.

Terminaron los anuncios y empezó la serie, con dos enfermeras muy atareadas en urgencias. Un hombre tenía convulsiones en el suelo. Alguien gritó a través del interfono. Me metí tanto en la trama que cuando llegó el intermedio y papá dijo mi nombre al principio no me di cuenta.

¿Para ti, Rose?, estaba diciendo.
¿Por tu cumpleaños?

Lo miré y, como lo tenía más cerca que de costumbre, distinguí las arrugas finas en la frente. La urgencia silenciosa con la que intentaba decirme algo.

¿Sí?, dije.

Movió una mano en el aire.

Para ti, Rose, dijo. Te he comprado unos prismáticos.

Mamá llegó justo cuando terminó la serie. A las diez en punto. Oímos primero el coche y luego la llave en la puerta, y entró como la brisa, con un brillo en las mejillas que a mí se me hacía insoportable. Miré a papá para ver si él lo notaba, pero estaba absorto en las imágenes de la pantalla: otro anuncio de coche, el cuarto; este te volvía perspicaz. Pensé que mi padre debería comprarlo. Saludó a mamá sin moverse del sofá y le preguntó qué tal los

recados.

Muy bien, dijo ella. ¿Todavía estás levantada, Rose? ¿Qué tal ha estado la serie?

¿Qué has comprado?, pregunté.

Varias cosas, dijo apartándose un mechón de los ojos.

¿Y las bolsas?, dije.

En el coche, respondió señalando con la mano.

Volvió a mirarme.

Hora de acostarse, dije, antes de que lo dijera ella.

Siéntate, le dijo mi padre dando una palmada en el sofá.

Salí de la habitación.

Esa noche, mientras me acurrucaba entre las sábanas que mi madre seguía estirando y remetiéndome mejor que nadie, cerré los ojos y procedí a mi rutina habitual, que consistía en dar gracias a Dios por la misteriosa abundancia del mundo, por la máquina de aperitivos del

colegio, por la cocinera triste de la redecilla en el pelo que seguía trabajando en la cafetería, por la existencia de George y por todos los que en la cooperativa se comían las galletas de mi madre. Como decía lo mismo todos los días, solo tardé un segundo en volver a la realidad, me desvelé por completo y hundí la cabeza en la almohada: Larry, pensé. Y me levanté. Larry, ese hombre tan simpático que me libraba de comer las galletas de mi madre, el hombre al que yo llevaba casi cuatro años dando las gracias mientras ella llevaba al taller montones de bandejas con tartas y galletas. ¡Joseph!,

llamé a mi hermano golpeando en la pared que separaba nuestras habitaciones. Lo llamé en voz alta. Volví a golpear con los nudillos, con fuerza, para sacarlo de la fase de estudio profundo en la que estuviera. Seguí dando golpes.

Al cabo de diez minutos entró en mi cuarto, en pijama.

¿Qué pasa?

Era alto, como papá, pero delgado, a diferencia de papá. No le gustaba el fútbol. Sus ojos eran cavernas. Vi que iba a marcharse sin más, que estaba a punto de salir por la puerta. Sin embargo, mientras se quedó allí, con los

brazos cruzados, severo, tenso, el pelo aplastado, recuerdo que sentí un alivio inmenso por su presencia tangible, por el mero hecho de que hubiera sido capaz de entrar en mi habitación, aunque le fastidiase. Fue un antídoto contra la sensación de que no había nadie en casa.

Últimamente a mi hermano le había dado por desaparecer. No desaparecía como hacen los adolescentes, cuando nadie sabe dónde están y por fin vuelven a casa a las dos de la madrugada, borrachos, con las rodillas manchadas de hierba y el pelo aplastado y

sudoroso. No. Joseph desaparecía a media tarde, sigiloso y etéreo. De pronto estaba, de pronto no estaba. Le oía en su habitación llenando cajas, revolviendo, haciendo ruido, y al momento no oía nada.

Un domingo por la noche, pocos días después de la cena del rosbif, mis padres le pidieron a Joseph que se quedara conmigo mientras ellos iban a una fiesta del bufete en el centro de la ciudad. Era la fiesta anual de la empresa de mi padre tras las vacaciones de verano, y ese año se celebraba en el Bonaventure, un hotel en forma de poste de plata que Joseph siempre había

admirado por su ascensor exterior, que subía y bajaba por la fachada como una cremallera. A él le gustaba el interior hermético de la cabina; a mí el bar giratorio en la cumbre. Mamá disfrutaba en las fiestas, mientras que a papá le parecían un molesto compromiso laboral. Se vistieron para la ocasión, se marcharon en el coche, se tomaron un cóctel y charlaron con los demás invitados mientras Joseph se ganaba veinte pavos por cuidar de una niña tan nerviosa como yo.

Que Joseph me cuidara consistía básicamente en que compartiéramos la casa una noche. Casi nunca estábamos

en la misma habitación. Con doce años, yo ya no tenía edad para que nadie cuidara de mí, según la opinión de casi todo el mundo, pero aquel acuerdo con mi hermano era la manera de no reconocer que la mayoría de los chicos de diecisiete años se morían por salir de casa, mientras que a Joseph no le interesaba. O no paraban de dar la lata hasta que les dejaban salir o se largaban sin más. Un día Joseph fue con George a un concierto de rock y volvió en taxi, solo, al cabo de una hora. Demasiado para mí, dijo, cuando mamá le preguntó por qué había vuelto tan pronto.

Le pedí permiso a mamá para hacer

algo distinto esa noche, por ejemplo ir a casa de una amiga, pero dijo que le gustaba pagar a Joseph para que cuidara de mí. Por favor, me pidió. Así se siente el hermano mayor. Pero si no me hace ni caso, protesté, dando una patada a la pared. Mi madre sacó un billete de la cartera y dijo: ¿Qué tal si te pago a ti también? Y me dio veinte dólares.

Ese domingo me pasé la tarde viendo la tele. Enrollé mi billete de veinte dólares como un tubo y lo guardé en un cajón del joyero. Jugué veinticinco solitarios y perdí veinticuatro, hasta que

me harté del mazo, lo saqué al jardín y construí una flotilla de aviones en miniatura con los trece diamantes de la baraja. Di los últimos retoques a mi redacción sobre inventos del mundo moderno y me quedé un rato mirando al vacío, sentada en la hierba, rodeada por los trece aviones de nariz respingona estrellados. Me sentía saturada de información. En los últimos días había descubierto que mi madre tenía una aventura y había tenido aquella conversación con mi padre. Las dos cosas me dejaron mal sabor de boca. Es verdad que me sentía un poco más cerca de mi padre, pero sabía que si me

estuviera muriendo en un hospital él se limitaría a ondear una bandera desde el aparcamiento. Era un alivio para mí que mi madre tuviera a otra persona a quien darle las galletas, pero esa persona había destrozado la estructura familiar y mi padre no tenía la más remota idea. ¿A quién podía contárselo? Quería mucho a mi hermano, pero confiar en él era como encerrar el aire en un puño. Yo absorbía como una esponja los momentos que pasaba con George, pero él estaba a punto de adentrarse en un futuro en el que no había lugar para mí.

A veces lo veía al otro lado del patio que separaba el colegio del

instituto, pasando el brazo por encima del hombro de una chica para susurrarle algo en el pelo, como si fuera lo más normal del mundo. Para entonces no solo sus cejas guardaban proporción con el resto de sus facciones sino que también parecía evolucionar por dentro. A Eliza le pasaba lo mismo que a él. Cuando iba a su casa después del colegio, hojeábamos revistas de moda y probábamos brillos de labios. En su casa nos comportábamos como adolescentes. En la mía, yo sacaba de debajo de la cama una caja de zapatos llena de muñecas, animales de peluches y las cosas que me mandaba mi abuela.

Querubines decapitados, Barbies dobladas de puro viejas y joyas rotas. Eliza me seguía la corriente de buen grado, pero me hacía jurar que no le diría ni una sola palabra a nadie en el colegio. Como cuentas esto, me dijo una vez con los ojos muy abiertos, mientras cepillaba la melena de una Barbie, te entierro. Asentí obedientemente. Me pareció razonable. Al fin y al cabo teníamos casi trece años. Con las muñecas desnudas o un bebé de plástico en la mano, a veces nos sentíamos pedófilas.

Mi madre se había comprado un vestido nuevo para la fiesta, y desfiló para mí desplegando en el aire la falda plisada de color lavanda mientras mi padre terminaba de vestirse. Muy bonito, le dije al espejo. A papá le encantará.

¿Te parece bien lo de esta noche?, preguntó asomándose a la puerta de mi cuarto.

Claro. Me has pagado.

Por favor, eso ni se te ocurra decirlo, me advirtió bajando la voz. Solo el cuidador recibe dinero.

Lo dices en broma, dije.

No, dijo muy en serio. Es un acuerdo excepcional.

Volví la vista al suelo, donde estaba revisando los últimos regalos de mi abuela: una piedra pulida de color marrón y una pulsera de estrás roja con el cierre doblado.

He dejado en la puerta de la nevera el teléfono del hotel, dijo mamá. Se alisó los pliegues de la falda. Parecía nerviosa y tranquila a la vez. El sentimiento de culpa que yo había descubierto en el rosbif era como un vector que apuntaba en una dirección y que apenas se alteraba por el vector del

deseo que apuntaba en dirección contraria. No podía soportarlo: era como leer su diario en contra de mi voluntad. Al parecer muchos chicos descubrían que sus padres tenían defectos, y eso les arruinaba la vida después. Y a mí no me hacía ni pizca de gracia saberlo tan pronto y con tanta fuerza.

Esa tarde la casa olía a piñones tostados, porque mi madre se había pasado el día entero en la cocina mezclando frutos secos. ¡He hecho pretzels!, anunció a las cuatro de la tarde. Apagó el horno y se soltó la coleta para rehacerla. Tuve que

probarlos —rebosante de orgullo y de esperanza me presentó en un plato unos pretzels diminutos y calientes— y resultaron ser la comida que mejor la representaba a ella: cada pretzel proclamaba a gritos el deseo de hacer el pretzel perfecto, de tal forma que el propio pretzel parecía un nudo apretadísimo, y esta vez la forma del alimento se correspondía con el contenido. Un pretzel muy bueno, sí, dije con la boca llena.

Cuando vino a mi cuarto a enseñarme el vestido se puso a mirarlo todo para llenar el tiempo, hasta que posó la mirada cerca de mi cama.

¡Pero bueno!, exclamó.

El taburete de mimbre y terciopelo hacía las veces de mesilla, pegado a la cama. Estaba allí desde hacía tiempo, pero mi madre no se había fijado hasta ese momento. El asiento era perfecto para apoyar un libro, y entre la estructura de mimbre podía colocar mis deberes.

Me gusta, dije.

Se acercó y apretó el relleno del cojín. ¡Qué viejo está! Deberíamos tapizarlo. No tardaría más de un día en el taller. ¿Qué te parece? Eliges el color y la tela que más te guste y...

Me gusta así, dije.

¡Paul! ¡Ven a ver esto!, dijo.

Se oyó a papá cerrar unos cajones en su habitación. Apareció con dos corbatas alrededor del cuello.

¿La azul?, preguntó. ¿O la roja?

Mira, dijo ella.

¿Qué?

La roja, dije yo.

Asintió desde la puerta, casi con timidez. Estábamos un poco más unidos desde el día en que vimos la tele juntos. Llevaba una americana azul con relucientes botones dorados. El vestido color lavanda; la corbata roja. Parecía que hubieran cambiado sus modelos viejos por el de una encantadora pareja

de enamorados.

Queda muy bien, dije, mientras se quitaba del cuello la corbata azul y la colgaba en una estantería.

Mamá señaló el taburete y dijo: Mira. Nuestra hija es la historiadora de la familia.

Papá, concentrado en anudarse la corbata, echó una ojeada a la habitación y, al ver el taburete, su expresión se iluminó. Se acercó, se arrodilló en el suelo y acarició el terciopelo ajado.

Vaya, dijo. Me miró sin levantarse del suelo. ¿Dónde lo has encontrado?

En el garaje. Hace tiempo, dije.

A las polillas les encanta, señaló mi

madre.

Papá se inclinó sobre el asiento para olerlo. El terciopelo había perdido el color y ahora era de un tono crema claro. Comprobó la estructura de mimbre, que seguía en buen estado.

Mamá quiere tapizarlo, dije.

¡De eso nada! ¡Ni hablar!, dijo papá amenazando con el dedo índice. Y añadió: ¿No me preguntaste si tenía alguna habilidad especial? Pues esta fue mi habilidad especial. ¡Crear este taburete!

Mamá cruzó los brazos y dijo: ¡Está lleno de agujeros! ¿De qué habilidad hablas?

Él se acercó y le pasó un brazo por encima de los hombros. Este chisme marca nuestra vida, dijo, dándole un beso en la mejilla. ¿Conoces la historia, Rose?

Me reí. Mamá se rió. Pero no abrazó a mi padre. Esa expresión serena que había visto en ella minutos antes se había vuelto rígida y sus ojos parecían hundidos. Ninguno de los dos entendía cómo las cosas podían haberse torcido de ese modo. Cuando se conocieron, él pensó que la inseguridad de mi madre era una señal de espontaneidad y dejaba que ella planificara los fines de semana: subían al BART y terminaban en los

sitios más insospechados comprando discos viejos en mercadillos callejeros. Ella pensó que mi padre, tan seguro, era capaz de abordar cualquier situación, de resolverlo todo, y le encantaba ver cómo se ocupaba de las facturas, cómo estudiaba y cómo hacía sus listas de tareas pendientes. Mi padre seguía haciendo las tres cosas.

De pronto, mientras abrazaba a mi madre en la puerta de mi habitación, dio la impresión de sentirse atrapado, como quien tropieza en público y se disculpa ante nadie en particular.

Cuida bien de ese taburete, me dijo en un tono muy serio.

Alguien tiene que hacerlo, respondí.

Por espacio de un segundo, tensó los hombros bajo la americana azul. Les dije adiós con la mano, para que se fueran de una vez. Que os divirtáis en la fiesta, dije.

Mamá fue la primera en desaparecer envuelta en un círculo violeta. ¡Adiós!, dijo, al pasar por delante de la habitación de Joseph. ¡Nos vamos!, dijo papá en voz demasiado alta mientras salían por la puerta.

Oí arrancar el coche. La casa se adaptó a la nueva situación. El día

tocaba a su fin y el azul del cielo se volvía más oscuro. Encendí la luz y estuve una hora entretenida, paseando a las muñecas en barcos hechos con zapatillas, casando y divorciando a los peluches. Saqué la taza de té rota de mi abuela del armario de la cocina y la usé como compañera del flamenco, porque le encantaba el té. La piedra pulida se hizo íntima amiga de la Barbie decapitada. La corbata azul de mi padre se convirtió en un río en el que zambullirse. Al final, me empecé a aburrir y hasta sentí un poco de vergüenza. Una parte de mí tenía cinco años y la otra tenía cuarenta. Ya no

quedaba luz para lanzar pelotas de tenis por el barrio, la única actividad acorde con mi edad que se me ocurría. Me fui a la cocina y me comí una tostada de pan industrial untada con margarina industrial al tiempo que abría y cerraba los cajones. Pensé en llamar a Eliza, pero recordé que no estaba en casa. Fui a la habitación de Joseph y llamé a la puerta. No hubo respuesta. Volví a llamar.

Los domingos por la noche Eliza iba al cine con sus padres. Le dejaban escoger la peli. Decía que les encantaba compartir un cuenco de palomitas con sal y mantequilla. Eliza se ponía las

palomitas en las rodillas, y sus padres, sentados uno a cada lado, iban hundiendo la mano en el cuenco, como si Eliza fuera el libro más preciado de su biblioteca.

Mi hermano no contestaba. Volví a llamar.

Solté una especie de arcada y una tos forzada.

¡Emergencia!, dije. ¡Me ahogo!

Nada.

Había demasiado silencio en el pasillo, flanqueado por las paredes cubiertas de retratos de familia. Oía pasar los coches por la calle buscando aparcamiento cerca de Melrose. El

elástico del camisón me hacía daño en los brazos. Estaba nerviosa y cansada; había ido acumulando tensión a lo largo de la semana y mi reserva de cortesía estaba al límite. ¿Cuál era la situación? Mi madre llevaba una doble vida, mi padre reverenciaba un pasado remoto, George pronto se iría a la universidad y dejaría de cenar en casa y yo empezaba a estar harta de ser obediente. Hasta las narices. Decidí ignorar el letrero de «Prohibido el paso» escrito en diecisiete idiomas distintos junto a la calavera pintada con tinta negra y las tibias que normalmente me producían pesadillas, y giré el pomo de la puerta.

Debían de ser las ocho. Ya se había puesto el sol. La casa estaba a oscuras porque mi padre, además de apartar en el restaurante la mitad de la comida que le servían, era un ferviente defensor de no encender las luces si no había nadie en las habitaciones. Por las facturas. A mí, por el contrario, me gustaba tener todas las luces encendidas y no tardaría en encender todas las luces de la casa. La luz es buena compañía cuando uno se siente solo. Me consolaba verla, y la cálida bombilla del cuarto de estar había llegado a convertirse en una especie de niñera luminosa. Pero esa noche necesitaba localizar a mi

guardián, aún no me había dado por vencida y entré en su cuarto, en contra de mi instinto natural. La puerta chirrió al abrirse. ¿Habría oxidado mi hermano los goznes adrede? El cerrojo no estaba echado y la habitación estaba a oscuras: solo entraba el resplandor de la farola del jardín del vecino por debajo de la puerta trasera, formando en el suelo un ángulo como un rayo de luna. La habitación de Joseph era como una cueva en el interior de la casa, como un sótano elevado. Entré. Se me aceleró ligeramente el pulso. Ni un ruido, ni un movimiento. Libros amontonados en el suelo. Una bandeja de poliespán llena

de lechuga encima de la mesa. Joseph no estaba, pero sentía su presencia vagamente. Me asomé al armario. ¡Sus camisas! ¡Sus zapatos! Perchas vacías; paraguas. ¿Joe?, dije temblando. ¿Estás ahí? Silencio total. Vacío, pero no vacío. ¿Me estaba observando alguien? ¿Las paredes? ¿Joe?, susurré.

La sensación era tan inquietante que salí corriendo y encendí todas las luces de la casa mientras llamaba a mi hermano y abría las puertas de los armarios, volvía a llamarlo y pulsaba todos los interruptores que encontraba a mi paso: el horno, la tele, las luces del jardín, las bombillas de los armarios.

Empecé a asustarme de verdad y, cuando volví dando gritos al pasillo, iluminado por completo, vi a mi hermano, alto, doblado, como si le hubieran dado un puñetazo en la cara. Estoy aquí, dijo en voz baja. No hace falta que grites. Pero ¿dónde estabas?, pregunté con voz todavía demasiado alta. Chist, dijo. En ninguna parte. Haciendo cosas. Pero ¿dónde?, insistí dando un salto sin moverme del sitio, y la luz del pasillo reveló sus ojeras, las arrugas en las mejillas, una cara demasiado vivida para alguien que no tenía tantos años.

Estaba en tu habitación, dijo.

Me quedé pasmada. ¿Qué?, dije. Mi

hermano odiaba mi habitación y todas las cosas de niñas. ¿De verdad? ¿Estás bien? ¿Por qué?

Se rascó la nariz.

Necesitaba una pluma rosa de Pegaso, dijo.

Tardé un minuto en responder. Nos miramos desconcertados. Las palabras de desintegraban a nuestro alrededor. Plu. Ma. Ro. Sa. Pe-ga. So. Entonces soltó una especie de ronquido y empezamos a reírnos a carcajadas. Me llevé las manos al estómago. Él se sentó en el suelo sin parar de reírse. Yo tenía retortijones de tanto reír. Tuve que tirarme a la alfombra para parar. Me

reía por la nariz y por la boca al mismo tiempo. ¡No puedo respirar!, acerté a decir. Y volvimos a partirnos de risa. Él se reía bajito, casi sin hacer ruido, con una risa ahogada. Yo me apreté contra la pared para tranquilizarme y, al oírle soltar un suspiro entrecortado, estallé y no pude parar en otros diez minutos.

¡Basta!, dije casi sin aliento, apretándome contra la pared.

Por fin pudimos parar, agotados, tosiendo, y Joseph se levantó despacio, como si los huesos y las articulaciones le pesaran más de lo normal. Con paso deliberado fue apagando todas las luces, una por una. Oí el chasquido de cada

interruptor desde el pasillo, el ruido de la cadena de metal cuando apagó la bombilla del armario. La casa se fue llenando de oscuridad, como una ciudad en miniatura cuando los vecinos se van a dormir.

Nos había ocurrido algo inexplicable que nos dejó completamente exhaustos. A las nueve cada cual se metió en su cama y se quedó dormido.

No oí llegar a mis padres. El lunes por la mañana me despertó mi padre tocando el claxon, como siempre. Me removí en la cama y me quedé escuchando. Silencio en el dormitorio de mis padres. Mamá seguía durmiendo. Un pájaro trinaba en el jardín.

Oí a mi hermano en la cocina preparándose el desayuno: el crujir de los cereales en un cuenco, el chorro de leche.

Salí de la cama y encontré a Joseph sentado a la mesa, en su sitio de costumbre.

Hola, saludé.

Él siguió masticando.

Los zapatos de tacón de mi madre estaban tirados junto al lavavajillas. Sus joyas metidas en uno de los zapatos. Eso significaba, muy probablemente, que no se había acostado nada más llegar, que se quedó tomando un té, sentada en la butaca de rayas naranjas y mirando por

la ventana.

Abrí la nevera. Reviví mentalmente la escena de la noche anterior con Joseph y me entró un poco de risa.

Mientras me servía un zumo hecho con naranjas de Florida, recogidas por trabajadores acuciados por problemas económicos, transportadas en camiones que recorrían el país de noche, me senté enfrente de mi hermano, empecé a soltar un monólogo sobre lo que nos había pasado la noche anterior y terminé recordando el chiste de la pluma rosa de Pegaso.

Mientras me comía un gofre, dividido en pequeñas celdillas y

elaborado en una fábrica de Illinois, cada celdilla concebida para contener el sirope recogido y hervido por una familia de trabajadores de Vermont con problemas de adicción a las drogas y el alcohol, volví a repetir la broma. Y la repetí otra vez en el fregadero, mientras lavaba los platos. Me correspondía a mí, por ser la hermana pequeña pelma, contar el mismo chiste sin parar hasta quitarle toda la gracia. Cada vez que soltaba la frase me quedaba quieta hasta que notaba el cosquilleo en la garganta, la risa incontenible.

Joseph no se rió ni una sola vez. Sus labios formaban una línea recta mientras

me veía abofetear la mesa. Solo hace gracia la primera vez, dijo. Y se fue a por su mochila.

Nuestros colegios estaban en la misma manzana de Wilshire, y fuimos juntos en el autobús, como siempre, separados por varias filas de asientos. Por la ventanilla vi una cuadrilla de hombres desplegando unos rollos de papel junto a una valla publicitaria para construir la barbilla gigante de una mujer. Un grupo de chicos y chicas estaba parado junto a una verja en Fairfax High. Para entonces ya no

saludaba con la mano a los conductores de los coches —me había vuelto desconfiada ahora que sabía que la gente tenía vidas interiores tan complicadas— y me limitaba a observar y a pensar hasta que las puertas se abrían y todos bajábamos del autobús disparados como bolas de billar.

En clase de castellano, a tercera hora, me senté detrás de Eliza. Mientras la profesora repartía los exámenes de la semana anterior me acerqué y le susurré al oído:

He pasado un fin de semana increíble con mi hermano. Nos reímos tanto que casi vomito. *Vómitos*, dije en

español.

Se volvió a mirarme con aire distante. Llevaba una estrellita brillante pegada en un pómulos.

¿Qué tal te ha ido a ti el fin de semana?, pregunté.

La profesora se paseaba entre las mesas, y Eliza apartó los ojos de mí para mirar a la puerta abierta. El sol transformaba los setos del jardín en un helicóptero de acero verde. Cuando yo iba a casa de Eliza, su padre, que trabajaba en el mercado de valores desde casa, a veces se tomaba un descanso y hacía magdalenas para despejarse. Cada bollito de chocolate

rebosaba una ardiente plenitud.

Íbamos a ir al cine, dijo Eliza. Pero al final, como estábamos cansados, nos quedamos en casa jugando al Yahtzee. Bostezó en dirección a la puerta. Perdón, se disculpó. Lo pasamos bien, dijo.

Dibujé una estrella en la mesa con el lápiz y la taché con un aspa. La señora Ogilby me devolvió el examen. Notable alto. No me sabía la conjugación del pretérito perfecto del verbo «ir». En mi examen todo estaba en presente.

¿Estaba George?, preguntó Eliza mientras guardaba el examen en la agenda.

¿Dónde?

En tu casa, dijo. Con tu hermano.

Me acerqué para seguir hablando.

¿George? ¿Te refieres a George Malcolm? Siempre está en casa.

Eliza lanzó un suspiro. La estrella que llevaba en la mejilla resplandeció a la luz del sol.

Es como mi segundo hermano, dije. Aunque podría casarme con él.

Eliza pasó un dedo por la ranura para el lapicero de mi mesa. Parece simpático, dijo.

Odia el Yahtzee, contesté.

¿Qué?

Me lo dijo una vez. Le parece

despreciable.

¿Cómo? ¿Qué has dicho, Rose? ¿Qué te dijo?

Nada, respondí en castellano al ver que la profesora nos estaba mirando.

Vete, vete, vete, dije.

Tenía que leer mi redacción en la quinta hora. Teníamos que escribir sobre algún invento de la sociedad moderna que nos pareciera importante y que no existiera en la época de nuestros abuelos, y leer un par de párrafos en voz alta. Me tocaba detrás de una niña que habló de las ventajas de la bicicleta de

montaña y antes de un niño que había preparado un tríptico en cartulina sobre el tratamiento de la malaria.

Me aclaré la voz. Mi redacción es sobre los Doritos, anuncié.

La profesora asintió y dijo: La nutrición es importante.

No es sobre nutrición, dije.

Me quedé quieta, con la hoja en la mano.

Para mí, leí con voz clara, lo bueno de los Doritos es que no necesito prestar atención. Si me fijo, saben como cualquier otro aperitivo. Pero si dejo de fijarme se convierten en la cosa más rica del mundo.

Abrí una bolsa enorme de Doritos —mi atrezzo para la ocasión— y pedí que la fueran pasando y que todo el mundo cogiera uno.

¡Mordedlo!, dije.

Se oyó un crujido general. Eliza se rió. Sus padres no le dejaban comer Doritos. Yo le proporcionaba la droga en ese sentido.

¿Lo veis?, pregunté. ¿A qué sabe?

A Dorito, dijo un listillo de la primera fila.

A queso, dijo otro.

¿De verdad?, pregunté.

Se concentraron en el sabor. Está muy bueno, dijo alguien.

Exacto, asentí. Está muy bueno.

El sabor que yo noto, dije, leyendo lo que había escrito, es una mezcla de lo que recuerdo de mi último Dorito y de los productos químicos que producen ese sabor; y luego está esa parte de mi cerebro a la que en realidad le da lo mismo a qué sabe. Recuerdo, química y cerebro. Es una combinación mágica. Las tres partes se conjugan para crear un sabor que me empuja a comerme la bolsa entera, incluso otra más.

¿Tienes otra bolsa?, dijo un chico que siempre iba en monopatín. Y se chupó los dedos.

No, dije. En conclusión, continué, un

Dorito no te pide nada, y eso es un regalo. Solo te pide que te olvides de ti mismo.

Me incliné ante mis compañeros. Eliza aplaudió. El chico del monopatín, que apestaba a marihuana, me preguntó si había traído Cheetos para comparar. Por favor, rogó. Si la profesora lo permite, dije, propongo que hagamos una expedición científica a la máquina de aperitivos. Nos levantamos todos a una y salimos del aula antes de que la profesora tuviera tiempo de protestar. Nos pasamos quince minutos apelotonados, echando monedas en las ranuras y probando todos los productos

disponibles mientras leíamos en voz alta los impronunciabiles ingredientes. Claro, claro, dijo el chico del monopatín. Cuando me concentro cambia por completo, dijo. Cerró los ojos. Eliza me abrazó tres veces con las manos pringosas de polvillo. Volvimos al aula muy alborotados y cuando terminó la clase la profesora me llamó para darme una copia de la pirámide alimentaria. Me dijo que había hecho un buen trabajo pero que debía comer proteínas porque estaba en edad de crecimiento. Gracias, dije. Ella inclinó la cabeza y yo volví a asentir agradecida.

Joseph tenía un examen de recuperación, así que ese día volví sola en el autobús y pasé por la tienda de revistas de Fairfax para celebrar el éxito de mi redacción con una bolsa de aperitivos. Las calles estaban tranquilas. Había menos tráfico a esa hora de la

tarde. Un hombre dirigía los montones de hojas caídas hacia la alcantarilla con un aspirador de hojas.

En casa me esperaba otro paquete de la abuela: una caja alargada, hecha con listones de madera, que contenía una silla plegable gris, y otra caja del tamaño de un aparato de aire acondicionado en la que había metido una balda de una estantería vieja y un taburete roto envuelto en papel de periódico. Llegaron juntas, en una furgoneta de reparto.

Mamá estaba en la cocina, probando una receta del periódico.

¿Cuántos años tiene?, pregunté.

Ochenta y uno, dijo mamá blandiendo una cuchara de madera.

¿Y cómo aguanta?

Se encogió de hombros. No lo sé.

Alisó el periódico para leer mejor los ingredientes.

La receta de ese día venía en la sección del Metro y era una salsa de tomate típica del sur de Italia, preparada a fuego lento, con champiñones y aceite de oliva. A mi padre le encantaba la cocina italiana, era su favorita, y mamá preparaba esos platos cuando se sentía culpable. Pegó la receta en un armario con cinta adhesiva, para tenerla más a la vista. Se le notaba en los ojos que no

había dormido, pero llevaba un color nuevo en los labios, rosa, y estaba de muy buen humor.

¿Te apetece ayudarme?, preguntó al ver que me lavaba las manos.

Me dio un cuchillo, una tabla de cortar y un montón de pimientos verdes. Yo aún tenía la cabeza despejada, gracias a las bolsas de aperitivos. Me gustaba esa parte de la cocina que consistía en participar en segundo plano, para no destacar, siempre y cuando no tuviera que mezclar o batir nada. Comer algo preparado por mí me ponía los pelos de punta, pero disfrutaba con los preparativos: pelar, cortar en dados,

picar, trocear, hacer tiras o rodajas; atacar todas esas cosas que dominaban mi vida a sabiendas de que nada acabaría con mi problema, salvo no probarlas. Sin embargo, disfrutaba de lo lindo rallando el queso, como si lo estuviera matando.

Mientras retiraba las semillas de un pimiento, mamá empezó a dorar la cebolla en la sartén y me habló de la fiesta, de lo raros que eran los abogados. Me preguntó qué tal me iba en el colegio y cuando le dije que no sabía qué asignatura me gustaba más asintió con la cabeza. Lo comprendo. Te pasa como a mí, que tienes problemas para

elegir. ¡Demasiadas opciones!

No sé si es eso, dije tirando las semillas a la basura. Para cambiar de tema, le hablé de la desaparición de Joe. No se lo describí con detalle: solo le dije que se esfumó casi veinte minutos y que no había manera de encontrarlo...

Fue como si hubiera salido, dije. Y de pronto había vuelto. Fue muy raro.

Mamá giró sobre los talones y me miró con gesto preocupado. ¿Crees que se escapa por la puerta trasera?, preguntó con un susurro.

Tiré las semillas de otro pimiento a la basura.

No, dije.

¿Y no será que tiene novia, Rose?

Casi me da la risa. Dije que no.

Mi madre dejó la cuchara de madera con cuidado en la encimera y consultó la receta que había pegado en el armario.

¿Pimientos?, preguntó.

Listos, dije.

Deslizó los pimientos de la tabla a la sartén para mezclarlos con la cebolla y el ajo dorados. Chisporrotearon al entrar en contacto con el aceite.

Me pasó un brazo por los hombros, un gesto que era la manera más sencilla de comunicarnos. Me pegué a su costado. Me acarició la cabeza y dijo: Rose, dulce Rose.

Volvió a coger la cuchara y siguió removiendo la sartén con aire ausente.

Bueno, dijo. Es muy reservado, pero eso tampoco es malo necesariamente.

Es cosa de familia, señalé.

Me sonrió con mirada incierta.

Aclaré la tabla de cortar y empecé a trocear los tomates.

Me quedaré con el taburete de la abuela, dije.

¿Y si fuera un novio?, preguntó expectante.

No.

Yo lo entendería, dijo, inclinándose sobre la sartén. Noté cómo empezaba a maquinar su monólogo de comprensión.

Creo que sería muy bonito, añadió en voz baja.

Lo siento, mamá, dije.

¿Cómo lo sabes?, dijo. ¡No lo sabes!

Volvió a ocuparse de la sartén y a remover los ingredientes.

Le falta una pata, le dijo a la sartén al cabo de un buen rato. ¿Qué vas a hacer con un taburete de dos patas?

Saqué el taburete al jardín y lo dejé al lado de la puerta trasera de Joseph, en la estrecha franja de terreno que rodeaba la casa. Si lo apoyaba contra la pared servía como escalerilla. Cuando mis

padres volvieron a salir otra noche y oí a mi hermano trasteando en su habitación, salí de puntillas y me subí al taburete para asomarme por el ventanuco que había encima de la puerta trasera. Las luces estaban apagadas y solo veía sombras, oscuridad y los bultos de costumbre. Me pareció que estaba sentado a la mesa, leyendo a oscuras. Pasando páginas.

Estuve un rato espiando. Mis ojos se acostumbraron a la penumbra. Joseph leía muy despacio y, antes de pasar a la página siguiente, deslizaba un dedo hasta la esquina superior derecha y la levantaba como si fuera una pluma. Era

muy meticuloso, sobre todo cuando estaba solo.

Fui al baño. Di una vuelta. Cuando volví al taburete, Joseph ya no estaba.

Me concentré tanto en que volviera a repetirse el ataque de risa con mi hermano que ni siquiera pensé adónde habría ido. Lo busqué por toda la casa, llamé a su puerta, me alejé, abrí puertas, ejecuté la misma rutina de la otra vez, y por fin volví a encontrarlo en el pasillo, con la misma extraña pesadez en los párpados y en la piel. Pasé por alto mi violenta curiosidad inicial y me ceñí al

guión que en la ocasión anterior había conducido a las carcajadas. Me sabía el papel de memoria. ¿Dónde estaba? ¿Ocupado? ¿Dónde? Le pregunté si estaba en mi habitación, dijo que sí y quise saber por qué. Y con voz cansada dijo que necesitaba una pluma rosa de Pegaso. Eran alrededor de las ocho y media. Había transcurrido una semana desde su primera desaparición. Papá y mamá habían salido a cenar. Las paredes: frías. Joseph: alto, apoyado en el marco de la puerta. Noté que se esforzaba en repetir el guión para que me riera. Y hasta yo, que siempre estaba dispuesta a fingir la risa las veces que

hiciera falta, comprendí que no tenía ninguna gracia. Nos quedamos callados, mirándonos en la penumbra del pasillo. Parecía muy mayor. Tenía solo cinco años más que yo, pero parecía un viejo, un abuelo.

¿Estás enfermo?, pregunté.

Negó con la cabeza. Estoy practicando una cosa difícil, dijo. Y me cansa.

¿Qué cosa?

No es fácil de explicar.

Ah. ¿Puedo ayudarte?

No.

Apoyó la cabeza en la bisagra más alta de la puerta. Cerró los ojos.

¿Es ilegal?

No, dijo. Y sonrió a medias.

Nos quedamos un rato allí. Joseph respiraba hondo, inhalando el aire escalonadamente. Sus pestañas y sus dedos como antenas. Me pregunté qué sabía de nuestra familia; qué no sabía. En qué familia vivía. Me puse a divagar.

Oye, dije al cabo de un rato. ¿Podrías hacerme un favor?

Fue el primero de los dos favores que he pedido a mi hermano en toda mi vida, y aunque este era menos importante, me ofreció uno de los

mejores momentos de mis años de secundaria. Al día siguiente, a la hora de la comida, cuando Eliza estaba sentada en el suelo, abriendo con cuidado la bolsa de papel que contenía su gozoso almuerzo, George apareció doblando una esquina desde el colegio de los mayores, con su agradable zancada larga. Acababan de admitirlo en el Caltech y fue un regalo verlo salir de detrás de la pared de ladrillo que separaba los dos colegios y acercarse con sus pantalones vaqueros como si tuviera un propósito concreto. Lo tenía. Era yo. Saludó con la mano cuando estuvo más cerca. Eliza le devolvió el

saludo. Otros compañeros nos observaban desde distintas posiciones mientras mordisqueaban su comida envuelta en plástico. Una visita de los mayores siempre era un acontecimiento, pero esta lo superaba todo. George había crecido, y todo rastro del chico empollón y solitario se había suavizado con su simpatía, sus dientes bonitos, su facilidad de trato con las chicas y su forma de vestir. Era alto, elegante, con clase. Llevaba una goma elástica enrollada en el pulgar y la pulsaba como la cuerda de una guitarra, como hacía a veces cuando venía a casa y se ponía a pensar en algo.

Saludó a Eliza con una inclinación de cabeza y me hizo una seña para que me acercara. Será solo un segundo, le dijo a Eliza. ¡Claro!, dijo ella radiante de alegría, con su pegatina de luna pegada en la muñeca a modo de tatuaje. Nos alejamos hasta un poste y se acercó para susurrarme. Joe me ha pedido que venga a verte, dijo. Esbocé una sonrisa resplandeciente. ¿Todo bien?, preguntó. Todo genial, dije. Solo quería darme un poco de importancia delante de Eliza, y eres la persona más indicada para eso. Emitió una especie de gruñido y miró a mi amiga, que estaba a poco más de un metro, espiándonos por detrás del

flequillo y comiéndose un sándwich de pavo. Yo acababa de probar su sándwich. Era una pura sonata de amor: la hoja de lechuga, el tomate orgánico, cultivado en una granja feliz; hasta la mayonesa industrial tenía una delicadeza de sentimientos semejante a un exquisito solo de violín. Era una maldad odiar tanto a mi amiga, y me costaba mucho.

¿Cuándo te marchas a la universidad?, pregunté.

A finales de agosto, dijo. No te preocupes, vendré por aquí.

¿Tu madre está contenta?

Sí, dijo tirando de la goma. Le hace mucha ilusión.

Vi a mi hermano a lo lejos, subido a un banco de color carne, mirándonos.

Joe nos está mirando, dije.

George soltó un soplido. Está pirado, dijo. Bueno. ¿Todo bien por aquí?

Todo bien.

¿No hay matones en los pasillos?

No. No hay matones.

¿Algún chico te está causando problemas?

No mucho, dije. Nos sonreímos.

Espera a que llegue uno que valga la pena, ¿de acuerdo?

De acuerdo, dije.

¿La comida?, preguntó.

El mismo asco.

Suspiró y dijo: Eres muy valiente.

Eliza estaba probando tres tipos de galletas caseras: de chocolate, de avena y de mantequilla. George miró por encima de mi cabeza y cambió de tema.

¿Es suficiente tiempo?, dijo. Tengo que volver.

Claro. Genial. Muchas gracias. Le di una palmadita en el hombro y le dije: ¿Podrías reírte un poco?

La petición le hizo gracia y se rió. Misión cumplida.

Cuando nació Joseph, la mejor amiga de mi madre, Sharlene, la del pelo rojizo que preparaba esos fantásticos banquetes tunecinos de cordero y esas tartas de tomate y berenjena en los tiempos de Berkeley, se presentó en la maternidad con una

camiseta verde lima que decía «Equipo de bebés». Papá estaba fuera. La abuela en Washington.

Sharlene recibió a mi madre como si le pasaran un balón de fútbol y durante horas fue la compañera perfecta —feliz, resolutiva, cariñosa, atenta—, pero Joseph, que estaba tan a gusto, acurrucado y calentito en el útero materno, no parecía tener muchas ganas de salir de allí. Cinco horas más tarde, Sharlene, acalorada, congestionada, con la camiseta empapada en sudor, el verde lima convertido en jade, se arrastró hasta la cabina de teléfono que había en el pasillo para disculparse con su jefe

en la empresa de catering donde trabajaba. Mamá gritaba obscenidades a tal volumen que se la oía en todo el pasillo. En cuanto Joseph asomó la cabeza, berreando, vivo, amoratado, escurridizo, Sharlene besó a mi madre en la frente, la felicitó por lo bien que lo había hecho, dijo que era un día muy feliz y salió pitando para rellenar champiñones en la otra punta de la ciudad.

El médico salió a atender a otra paciente. La enfermera anudó el cordón umbilical y se fue a hundir las narices entre los tulipanes y las rosas.

Mi madre se incorporó despacio,

con el niño en brazos, y estiró las piernas. Le dolía todo el cuerpo. Se levantó de la cama y llegó a la ventana con mucha dificultad para sostener la manta en alto y observar en silencio la figura diminuta de mi padre, que daba saltos de alegría. Papá encendió un puro. Bailó. Mamá tuvo la sensación de estar viendo una película muda de su propia vida. Papá repitió el baile varias veces, hasta que se cansó, se mareó, le lanzó varios besos de despedida y se fue a casa para prepararlo todo. Mamá estaba sola con su hijo recién nacido. En una habitación individual. Me contó que, a pesar de los gritos de las otras

mujeres, de los chasquidos y los pitidos de las máquinas, le pareció que el hospital estaba vacío; todo se fue sumiendo en silencio y quietud, como si se abriera una ventana de tiempo y de calma, y madre e hijo pasaron varias horas juntos, mirándose a los ojos. Los de Joseph temblorosos y nuevos; los de mi madre cansados, solos, profundos.

Me contó esta historia un día mientras me peinaba después de la ducha. Yo tenía siete u ocho años. Lo vi en él, dijo. Y se le quebró la voz. Lo vi, repitió. Y agachó la cabeza. Estábamos sentadas en el suelo del cuarto de baño, en la mullida alfombrilla violeta,

húmeda, mientras me secaba el pelo con una toalla y levantaba el peine para empezar a desenredarme. Yo, para imitarla, me había dejado el pelo largo, hasta el culo, y lavármelo era un suplicio de champú, acondicionador, toalla, peine y secador con un poco de suerte.

A ella le gustaba peinarme, y esos momentos eran para mí un tesoro. Me sentía como un pollito al calor de un radiador eléctrico con su resistencia naranja y roja. Aunque eso muchas veces supusiera hablar de mi hermano, para mí seguían siendo momentos muy valiosos. Además, yo también tenía mi

propia historia. Me contó que me reí a los pocos minutos de nacer, aunque los médicos le aseguraron que los recién nacidos no se reían. ¡Te reíste!, dijo mientras me pasaba el peine de plástico por el pelo, abriendo líneas en el cuero cabelludo. ¡Soltaste una carcajada!

¿De verdad?

De verdad. Deslizó el peine hacia las puntas y la toalla se llenó de grandes gotas de agua, y mientras me peinaba volvió a hundir los hombros con mucha gracia. Miró hacia la rendija de la puerta del baño entreabierta.

Y añadió: Con Joseph...

Yo esperé, con el pelo goteando.

Joseph veía el mundo entero, dijo.

Detuvo la mano en la mitad de mi pelo.

¿Desde que nació?, pregunté.

Era como un anciano profeta en miniatura, dijo.

No lloraba al contar esta historia, pero hablaba en voz muy baja, muy abatida. Joseph se marchaba de la habitación cuando mi madre la contaba. Nos enamoramos en cuestión de segundos, decía mi madre. ¡De segundos literalmente! ¡Zas! Entonces miraba a mi hermano, y él cruzaba la habitación, la que fuera, y se largaba, cerrando la puerta sin hacer ruido. Lo recuerdo así,

saliendo de todas las habitaciones cada vez que mi madre volvía a contar por enésima vez la historia de su nacimiento. En realidad puede que solo la contara un par de veces, pero en mi memoria se repite, y veo a Joseph saliendo de la cocina, del cuarto de estar, del baño, de mi dormitorio, y hasta del jardín, si mi madre estaba sentada conmigo por alguna razón: el pelo, los deberes, el álbum de fotos de la boda. Se largaba sin decir ni mu.

Supe que él sería mi guía, dijo mamá.

Y oí cerrarse la puerta de Joseph.

Me envolvió el pelo con la toalla y

me frotó el cuero cabelludo.

¿Y yo?, pregunté.

¿Tú qué, cariño?, dijo.

¿Yo también soy tu guía?

Claro que sí, contestó mientras me secaba los oídos. ¡Me ayudas a todas horas con todo lo que haces!

Cuando terminó de secarme el pelo y de peinarme, le llevó un buen rato separarlo en tres mechones todavía húmedos para hacerme con sus dedos hábiles una trenza francesa que arrancaba de la coronilla. Mientras cenábamos me pasé una mano por los nudos de la trenza y miré a mi hermano a los ojos, para comprobar qué tenían de

especial, pero él apartó la mirada. ¿Qué?, dijo, cuando volví a intentarlo. ¿Tienes algún problema?

Estoy intentando que tus ojos me guíen, dije.

Joseph cerró los ojos. Los párpados como esferas alargadas; las pestañas negras.

Mis párpados son mi cueva privada, murmuró. Puedo retirarme a ella cuando quiero.

Se lo comió todo con los ojos cerrados y sin derramar nada. Mamá pensó que se estaba concentrando para disfrutar más de la cena, y ella también cerró los ojos. Sí, dijo, llevándose el

tenedor a los labios. Umm, es verdad. Así noto mucho mejor el sabor del tomillo, dijo.

Papá me miró y movió la cabeza.

Os vemos, chicos, dije yo. Pero ninguno de los dos pareció oírme.

Cuando cumplí los trece años había ahorrado unos ochenta dólares por aceptar que mi hermano cuidara de mí cuando mis padres salían. Me los gastaba sobre todo en bolsas de aperitivos, o en unas latas de pelotas de tenis que me gustaba lanzar en la calle

con todas mis fuerzas (y que a veces me devolvía el perro de algún vecino), pero con los últimos dólares fui a la tienda de discos y vídeos y compré un *Brigadoon*, en audio y en vídeo. Primero escuché la música por mi cuenta y después vi el vídeo, otra noche que mi madre salió a hacer recados y mi padre estaba enfrascado en su libro de contabilidad. Levantó la vista cuando empezó la melodía y aparecieron los títulos de créditos entre espirales de violines, y enseguida apartó el libro y se puso a cantar algunos versos entrecortadamente. Se entusiasmó cuando llegó el estribillo, y al cabo de

un rato yo también me puse a cantar, porque ya me sabía la letra, pero la entrada de mi voz tuvo el desafortunado efecto de llamar la atención sobre lo que estábamos haciendo. En mitad del estribillo, mi padre cogió el mando y apagó la tele. Tengo que trabajar, dijo volviendo a su libro rojo. Sacudió la cabeza y añadió: Tiene gracia.

Un sábado por la tarde del mes de abril, un día limpio y luminoso, llegó un sobre al buzón. Contenía una cuartilla pulcramente doblada, con el membrete del Caltech, en la que se decía que, a

pesar de lo mucho que les habían impresionado los méritos de mi hermano, ese año el nivel de los aspirantes era muy alto y no había un hueco para Joseph Edelstein. Le deseaban la mejor de las suertes en sus futuros esfuerzos científicos.

Fui yo quien recogió el sobre y se lo puso en las rodillas a mi hermano, que estaba leyendo un libro sobre Kepler y la revolución intelectual que provocaron sus teorías. Órbitas elípticas, perihelio, áreas iguales en tiempo igual.

Cogió el sobre y se lo llevó a su habitación, de donde no salió hasta pasados dos días. Papá opinaba que

había que darle espacio y tiempo. Las bandejas con comida que mamá le dejaba en la puerta se las comían los pájaros y los bichos.

Llegaron otras dos cartas. Todos los sobres que recibía Joseph eran muy finos. No lo admitieron en la UCLA, y tampoco en la USC. No había enviado más solicitudes. La competición se había endurecido y sus notas habían sido últimamente algo flojas: varios sobresalientes en ciencias, algún suficiente en lengua y en castellano, pocas actividades extraescolares y una prueba de acceso irregular. No podía escribir en su examen: *Pero soy un*

GENIO y pensar que con eso estaba todo resuelto. Tienes que demostrar tu talento, le dijo la orientadora del instituto cruzándose de piernas. Había visto pasar por su despacho a montones de chicos con grandes ideas y capacidades increíbles, pero incapaces de plasmarlas en un papel.

¡Se equivocan!, dijo mamá sin parar de dar vueltas por la casa. Llamó a George, que a su vez llamó al Caltech. Pidió cita con la orientadora, que le enseñó las listas de los visionarios que después de fracasar en el instituto habían inventado importantes vacunas o trabajado en empresas que cambiaron el

mundo.

La indignación de mi madre era tal, que tenía un punto teatral, del mismo modo que quien finge sorpresa ante una fiesta que le han preparado en secreto, pero que ha descubierto, hace más aspavientos que quien ha sido verdaderamente sorprendido.

No había más remedio que aceptarlo. Cuando volvimos a casa encontramos a Joseph en su habitación, tumbado en la cama, leyendo un libro de texto y tomando notas para un trabajo. ¿Puedo irme de casa de todos modos?, preguntó, mientras mamá y yo seguíamos clamando contra aquella injusticia.

La primera desaparición oficial de mi hermano, es decir, la primera vez que había alguien más en casa aparte de mí, ocurrió justo antes de su graduación. Fue una tarde triste de junio, con el cielo de un blanco sucio y los árboles mustios. Joseph llevaba unos días concentrado y

distraído al mismo tiempo, desde que recibió las cartas de rechazo, aunque siguió ocupándose a conciencia y con mimo de las astillas en los dedos de mi madre los domingos por la noche y asistiendo a sus clases hasta el último día. Nuestros padres no habían vuelto a salir a ninguna fiesta o cena, por lo que no hubo, para mi disgusto, posibilidad de que mi hermano desapareciera cuando se quedaba cuidando de mí. Ni carcajadas ni conversaciones. Ese día se suponía que Joseph estaba preparándose para salir, probándose la toga y el birrete, manipulando las horquillas, y que yo, en mi papel de pastora y

hermana domesticada, tenía que acompañarlo al coche para asistir al ensayo en el instituto. Pero el cordero se había escapado. No encontraba a mi hermano en ninguna parte.

Joseph no está en su habitación, le dije a mi madre, que ya estaba en el coche, retocándose los labios en el retrovisor lateral. Ha desaparecido igual que otras veces, como ya te he contado, añadí.

Levantó la vista, con los labios pintados de rosa. ¿No estará en el baño?, dijo.

Ya he mirado, contesté.

Eran casi las doce y teníamos que

irnos. El sol quemaba entre las capas de nubes, y George apareció puntual en la esquina de Vista. Llevaba su birrete negro en la cabeza, la toga planchada y doblada sobre un brazo. Hizo una reverencia teatral.

¡Es increíble que vayáis a graduaros!, exclamó mi madre, llevándose una mano a la frente. Y salió corriendo para darle un abrazo.

Admiramos las dos su birrete y toqueteamos la suave borla dorada, con la fecha colgando de un plástico. Sonó el teléfono. Mamá fue corriendo a contestar. Dejó la puerta abierta y, aunque no distinguí lo que decía, noté su

voz ahogada, muy baja, en ese tono de urgente intimidad que a veces le oía cuando alguien llamaba por las tardes. Me volví hacia George.

Felicidades, dije.

Hola, Rose. Se ajustó una horquilla.

¿Cómo estás?

De repente parecía mayor, con su carta de admisión en la universidad en el bolsillo. Más pulido en general.

Joe no está, dije.

¿Adónde ha ido?

No lo sé.

Bueno, ¿dónde está?, preguntó mi madre, que volvía con los ojos más brillantes.

En su cuarto desde luego que no, dije.

¿Se habrá ido por su cuenta?, preguntó George, que seguía toqueteándose el birrete.

¿Joseph?, exclamé con incredulidad.

Supongo que no, dijo George echándose a reír.

Mi madre cerró la cremallera de su bolso y volvió a entrar en casa. La seguimos los dos. Aunque el momento era de lo más inoportuno, me alegré de que estuvieran los dos allí justo ahora que mi hermano había desaparecido, de que estuviera George, de que la situación volviera a repetirse, esta vez

con testigos. George cruzó el cuarto de estar con paso largo y confiado. Los brownies se estaban enfriando en la cocina, para la fiesta posterior. Llamamos todos a Joseph como si fuera un perro perdido.

Lo llamativo es que era el día de su graduación. Justo el comienzo de la bifurcación. Mi hermano y George seguían pasando muchas tardes juntos y sus respectivos caminos parecían apuntar en la misma dirección, pero el ángulo de separación no tardó en revelarse enorme. En los dos últimos meses, mientras George extendía servilletas de lino sobre las rodillas y

bebía agua helada en copas de cristal durante las comidas en honor de los estudiantes admitidos, mi madre había matriculado a Joseph en el City College de Los Ángeles. Muy bien, dijo él, cuando mis padres le propusieron que probara algún otro centro. Pero ¿puedo irme a vivir solo?, preguntó mientras hojeaba los impresos de matrícula.

¡Es el día de tu graduación!, anunció dando una palmada. ¡Tenemos que irnos!

Mamá cruzó torpemente el jardín trasero; se le hundían los tacones en el césped.

George se quedó en la entrada, oteando la calle. Acarició con los dedos

la corteza del ficus que desgarraba el pavimento con sus raíces, formando arcos y montículos.

¡Jo-seph!, gritó mi madre mientras volvía al cuarto de estar.

Me acerqué a George y le dije: ¿Seguirás siendo su amigo?

Me miró. Sorprendido. Estiró una mano y me alborotó el pelo.

Qué cosas dices. Joe y yo siempre seremos amigos, contestó.

Un vecino pasó por la acera en bici. Apoyé la cabeza un momento en el hombro de George y él apoyó la suya en la mía. Olía a jabón de limón.

¿Volveré a verte?, pregunté.

Pues claro que sí. Vendré muy a menudo.

Notaba la tibieza de su mejilla en mi frente, pero sentí que sus palabras significaban todo lo contrario, como si viera las letras al revés reflejadas en un estanque.

Mi madre asomó la cabeza por la puerta. ¿Lo habéis encontrado?

Todavía no, respondí.

Salió precipitadamente con el birrete y la toga de Joseph envueltos en un plástico. El teléfono volvió a sonar en la cocina. Mamá había empezado a hacerle a George preguntas de cortesía sobre el Caltech, así que fui yo a

contestar.

¿Hola?

Era una voz masculina. Hola. ¿Puedo hablar con Lane?

¿De parte de quién?

Soy Larry, de la cooperativa.

Cogí un bolígrafo y dibujé un círculo en el taco de notas. No esperaba que dijera su nombre con tanta naturalidad.

No puede ponerse, dije. Estamos a punto de salir para la graduación de mi hermano.

Vale, dijo. Tenía una voz agradable, de persona sin complicaciones, de timbre medio. Dile que he llamado. Eres Rose, ¿verdad?

Garabateé una cabeza de demonio.
¿Quién?

¿Rose? ¿Su hija?

Le puse al demonio unos ojos inyectados de sangre. Me imaginé a mi madre contándole a Larry toda nuestra vida mientras trabajaba en cada detalle de cada pieza de madera. Diciéndole los nombres de todos los miembros de su familia. Yo no había sido capaz de dejar de darle las gracias todas las noches, antes de dormirme, mientras veía desfilar las bandejas de tartas y galletas camino de la cooperativa y regresar vacías al día siguiente.

Le dibujé al demonio serpientes a

modo de pelo. Sí, dije. Soy Rose.

Exhaló, como si se riera.

Encantado de saludarte, dijo.

Por la ventana de la cocina vi a George respondiendo a las preguntas de mi madre. Asintiendo con la cabeza. A punto de emprender la huida hacia el mundo de las residencias de estudiantes y de las chicas. Me pareció brutalmente injusto que ya no viniera a casa dos o tres días a la semana. Mamá se acercó al coche sin dejar de hablar, simulando una especie de avión con los brazos.

Sabes que lo sé, le dije a Larry.

¿Que sabes qué?

Sonreí al micrófono del teléfono

mientras mi madre miraba en el maletero del coche. ¿En el maletero? ¿Joseph? Por un segundo me resultó todo de lo más cómico: cómico, absurdo y triste.

Lo sé, dije. Lo que se supone que no debería saber.

Silencio al otro lado de la línea. Un silencio muy incómodo.

Está bien, dije. Quiero decir que está mal. Pero está bien. No vuelvas a llamar a casa. Y los fines de semana nada de nada. ¿De acuerdo?

Un silencio helado al otro lado, pero un silencio intenso y atento. George colgó con cuidado su toga y la de Joe en las perchas del asiento trasero del

coche.

Creo que lo entiendo, dijo Larry.

Mamá seguía charlando animadamente con George al lado del coche. Su boca grande y rosa.

Gracias, dije. Y colgué.

Me incliné sobre el taco de notas y anoté en una hoja limpia: Ha llamado Larry.

A las doce menos cuarto mamá empezó a tocar el claxon. El ensayo estaba a punto de empezar: todos los graduados puestos en fila, con sus togas, en el salón de actos del instituto. Papá y

la familia de George irían más tarde a la ceremonia propiamente dicha.

El claxon solo sirvió para asustar al niño que montaba en bici, de manera que mi madre salió del coche y fue a preguntar a casa de los vecinos. ¡Joseph!, llamó mientras iba por la acera. Pegué la nota en la nevera con un imán. No sabía qué hacer. Me gustaba verla más feliz. La vida era mejor cuando ella estaba más feliz.

Recorrí la casa. Cerré los armarios abiertos y apagué luces. Terminé en la puerta de la habitación de mi hermano. Tanto correr y buscar, tanto abrir y cerrar, parecía una trampa gigantesca.

Tuve la sensación de que estaba muy cerca de su cuarto. Aunque no lo veía, sabía dónde no estaba, y desde luego no estaba en casa de los vecinos. Los libros, las cajas a medio llenar, la ropa apilada. Percibí en el ambiente una tensión familiar.

No tardará en volver, dije.

Mamá venía corriendo por la acera. ¿Qué hacemos?, le preguntó a George. ¡Es la hora!

Lo sé, dije en voz demasiado baja para que ella pudiera oírme. Cerré los ojos. Solo espera un segundo, añadí.

Siguió corriendo hacia el final de la calle. ¡Jo-seph!, la oí gritar. ¡Jo-seph!

George seguía al lado del coche, hablando con el chico de la bici. Se agachó a recoger una piña del suelo.

Salí de la habitación de mi hermano y fui a la mía. Abrí el joyero que mi madre me había regalado por mi último cumpleaños. Lo había hecho con retazos de madera de roble, y tenía cajoncitos perfectos y tiradores hechos con ramitas de árbol. Sus trabajos eran cada vez mejores.

Ella, que quería a mi hermano por encima de todas las cosas, estaba dando voces en la calle. George, su mejor amigo, esperaba en el jardín sin apartar la vista de la acera. Fue un momento

inesperado para mí. Mi hermano y yo nunca habíamos estado unidos, y aunque yo no entendía lo que estaba pasando, al mismo tiempo tenía la sensación de saber más que nadie. No sé por qué me dio por mirar en los cajones del joyero, donde había guardado mi último billete de veinte dólares. Escuché con la máxima atención a la espera de recibir alguna pista, mientras ordenaba las piedras de distintos colores.

La propia habitación no me indicaba nada, pero al desenredar un lazo de raso oí dos pasos en la puerta del dormitorio de mi hermano. Uno y dos. Salí al pasillo, y allí estaba, en la puerta, con la

misma expresión que otras veces, como si se hubiera lavado y secado dentro de una máquina.

¡Jo-seph!, gritó mamá desde la calle.

¡Jo-seph!, repitió George.

Joseph me miró tranquilamente. Nos quedamos mirándonos un minuto más largo de lo esperado.

Listo, dijo.

En agosto los dos terminaron de embalar sus cosas: George se fue a Pasadena, Joseph a Los Feliz. El día que se subió a la furgoneta de U-Haul, con un dibujo de escarpadas montañas de Alaska en el costado, George vino a mi cuarto y me dio un largo abrazo. Nos

veremos pronto, dijo sujetándome de los hombros y mirándome a los ojos. Pero no volví a verlo en muchos meses. Eliza estaba conmigo ese día, y para mi fastidio y su entusiasmo, a ella también le dio un abrazo. Cuida muy bien de Rose, le pidió. Estoy bien, dije cruzando el umbral de la puerta de un salto, pero Eliza asintió con gesto solemne. Noté un rubor en sus mejillas. Podrías enseñarnos tu residencia algún día, dijo. Estuve a punto de pegarle en la cabeza con el cepillo de peinar a las muñecas que llevaba en el bolsillo trasero de los pantalones. Sí, yo quería ver la residencia más que nada en el mundo.

Pero no con Eliza.

Mi hermano convenció a mis padres para alquilar un apartamento en las afueras de Vermont, cerca de Prospect Avenue. A unos quince minutos de casa. Se sentó a ver la tele con mi padre casi media hora (nunca los había visto tanto tiempo solos), y soltó un sentido discurso sobre lo mucho que se proponía estudiar y lo mucho que le ayudaría estar cerca del campus. No le gustaba conducir y desde su nueva casa podría ir andando al City College, al 7-Eleven y al supermercado. El apartamento se encontraba en una hilera de diez viviendas de dos plantas, con el

nombre escrito en diagonal en la entrada de la urbanización: Rexford Gardens o Bedman Vista, o algo por el estilo. Las viviendas formaban un círculo alrededor de un jardín con setos de helechos y una fuente rota en forma de sirena. El apartamento de Joseph se encontraba en el segundo piso y tenía un pasillo exterior que hacía las veces de terraza.

Mamá le ofreció algunos muebles defectuosos del taller. Una cómoda con un cajón muy recargado, una mesa muy pequeña de utilidad incierta, una mesilla de pino y un par de taburetes larguiruchos de arce.

¿Qué te parece esto?, le preguntó el

día de la mudanza sosteniendo en la mano un perchero hecho por alguno de sus compañeros. La madera era elegante, palo de rosa de Brasil, pero no estaba bien cortada y el perchero tenía problemas de equilibrio; había que encajarlo en una esquina para que no se cayera.

Estupendo, dijo Joseph. Genial.

Estábamos cargando las cajas en una furgoneta Ford que le habían prestado a mi madre unos amigos del almacén de madera. Joseph entró en casa y volvió con dos sillas plegables debajo de los brazos. La abuela había ido enviando el juego de sillas completo a lo largo de

los últimos meses, en aquellas cajas alargadas, una por una.

¿Y estas? ¿Puedo llevármelas?, preguntó apoyándose en las sillas como si fueran muletas.

Mi madre arrugó la nariz. ¿Esas? No están muy bien hechas, dijo.

Joseph cargó las sillas y volvió con las otras dos, y después sacó la mesa plegable, y también la ensaladera de bambú agrietada de la abuela, y por último un flexo. Desde luego, no son tan bonitas como las cosas que haces tú, dijo, mientras se acercaba para cargarlo todo en la furgoneta.

El plan era que compartiera el apartamento con algún compañero, pero cuando se reunía con los distintos candidatos se quedaba tieso como un palo y no abría la boca. Los vivarachos desconocidos venían a casa y se sentaban con mi madre y conmigo, deseosos de causar buena impresión, pero se les notaba la decepción cuando intentaban que Joseph se sumara a la conversación, al ver que no contestaba a ninguna de sus preguntas. Ni siquiera gruñía. Estaba peor que nunca. Era como si dijera a gritos: LÁRGATE, porque al parecer lo que quería sobre todo era vivir solo. Decía que estaba contento de

ir al City College, sí. Solo quería tiempo para estudiar. ¿Por qué tienes tantas ganas de vivir solo?, le pregunté, pero hizo como si no me oyera. ¿Somos tan insoportables?, insistí persiguiéndolo por toda la casa. Solo había presentado solicitudes de admisión en las mismas universidades que George, y empecé a pensar que sus ansias por ir al Caltech en realidad no tenían tanto que ver con los méritos del centro en sí, que solo quería ir allí porque George era el único compañero de habitación al que habría podido soportar.

Con intención de ayudarlo, mamá alquiló el apartamento completo a la vez

que intentaba encontrar un buen compañero para Joseph, e incluso ofreció a algunos candidatos un generoso descuento en la renta, pero cuando los decepcionados aspirantes se marchaban con sonrisa tensa, Joseph volvía a suplicarle que le permitiera vivir solo. Propuso usar sus ahorros, regalo de sus generosos abuelos difuntos, para pagar la diferencia del alquiler, y cuando otros dos candidatos renunciaron, mamá habló con papá y finalmente aceptaron. De acuerdo, le dijo ella. Pero tienes que llamar todos los días sin falta, le advirtió. Lo miró fijamente, hasta que Joseph bajó la

cabeza y dijo que sí. Le preocupaba que estuviera deprimido por el rechazo de su solicitud al Caltech, pero cuando le dio la llave del apartamento, mi hermano la cogió del brazo. ¿Es mía?, preguntó. Y se la llevó bailando por la casa sin parar de repetir: ¡Gracias, mamá! ¡Gracias, mamá!, con los codos abiertos y la voz vibrante. Ella se dejó llevar entre risas y lágrimas. Llama a tu padre, le dijo, secándose las mejillas. Y mi hermano fue al teléfono, otra cosa que no le había visto hacer nunca, y llamó a mi padre al despacho para dejarle a su secretaria un mensaje formal de agradecimiento. Antes de salir hizo otra

reverencia y le prometió a mamá que vendría todos los domingos por la tarde a quitarle las astillas.

Se va a vivir solo, me susurró ella. Y me besó en la mejilla.

Para no tocar los ahorros de los abuelos, mamá pagó el alquiler completo con lo que ganaba en la cooperativa más una parte del sueldo de mi padre. A nadie se le ocurrió que Joseph buscara trabajo.

El día de la mudanza cargamos con los muebles y las cajas por las escaleras y el pasillo exterior. Cuando terminamos

de vaciar la furgoneta, mamá y yo inspeccionamos el apartamento. Abrimos y cerramos los armarios. Admiramos lo espacioso que era el baño. Yo tiré de la cadena, por diversión.

¡Es muy mono!, dijo mamá. Entreabrió la puerta del cuarto de estar para que entrara el aire. Se asomó a la terraza. ¿Has conocido ya a los vecinos?

Las puertas del pasillo exterior estaban cerradas. Las cortinas echadas en todas las ventanas.

Nos quedamos en medio del cuarto de estar sin saber qué decir, y Joseph nos dio las gracias varias veces antes de

acompañarnos a la puerta. Se notaba que tenía ganas de quedarse solo cuanto antes.

Ya lo pillamos, dije. Y fui la primera en salir. Adiós.

Todos los días, le recordó mi madre. Sí.

Volvió a abrazarlo y se sonó la nariz. Cuando la puerta se cerró, rebuscó en el bolso y guardó una llave de repuesto de color magenta en el cajetín de la luz.

Por si acaso, dijo mientras bajábamos las escaleras.

George se zambulló por completo en

la vida del campus mientras Joseph vivía como un ermitaño y yo pasaba por los diversos ciclos. Octavo. Noveno. Décimo, undécimo, duodécimo. Me aferré a Eliza, que, a pesar de la promesa que le hizo a George, había encontrado un nuevo grupo de amigas, chicas llenas de vitalidad y siempre sonrientes que parecían ciclistas bajando una cuesta muy empinada, como si vivieran en un milagroso universo de Escher en el que solo hubiera montañas.

Últimamente, a la hora de comer se hablaba del paso a la universidad. Eliza tenía puestas todas sus esperanzas en Berkeley y quería estudiar psicología.

Yo envié un par de solicitudes al azar, pues no tenía nada claro que quisiera seguir estudiando. ¿Quién podía pasarse tantas horas prestando atención? Continué con mis clases de flauta y empecé a tocar en la orquesta del instituto, pero me conformaba con ser la tercera y a veces me arrepentía de no haber estudiado trombón. La flauta no produce ningún estruendo. Mi antiguo rival en balón prisionero, Eddie Oakley, se había convertido en un deportista de brazos fuertes, y algunos días, cuando estaba más nerviosa de lo normal, bajaba al campo de béisbol al terminar las clases y lo convencía para lanzar

pelotas de tenis viejas por encima de la valla metálica. A ver si puedes parar esa, le decía, lanzando la pelota a las nubes.

Estás muy enfadada, decía él, y se reía de mí.

No estoy enfadada. Solo tengo un buen brazo.

Un par de veces nos besamos en la puerta del vestuario de los chicos, mucho después de que las clases hubieran terminado. Apretábamos con tanta furia que nos dolía, como si estuviéramos muy enfadados el uno con el otro y nos peleáramos con los labios, pero al mismo tiempo nos gustaba

mucho. Eddie sabía a deporte. Una tarde, cuando empezaba a oscurecer, me pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y presentí que iba a decir algo bonito; me zafé de sus brazos y le dije que tenía que irme.

Me acercó para darme un último beso que duró otros quince minutos. En una pausa me ajusté la camisa.

Adiós, dije. Me voy.

Eres la chica perfecta, observó, frotándose la barbilla. No esperas nada.

Cogí una pelota del suelo y se la lancé.

Y tú sigues siendo el mismo gilipollas que eras en tercero.

¿Qué?, preguntó con cara de burla inocente. Lo digo en serio, ¿sabes? Y me gusta que sea así. ¿Mañana a la misma hora?

Ya veremos, contesté dando media vuelta.

Soltó una risita ahogada. Ya veremos, repitió. Por supuesto.

A la hora de comer, mientras las chicas enrolladas hablaban de dónde estudiarían y cuándo y por qué, yo me sentaba fuera del círculo, donde la hierba se unía con el hormigón. Veía a los empollones de ciencias sentados en un banco, con los libros abiertos. Como una versión puesta al día de mi hermano

y de George.

Oye, ¿por qué siempre comes comida basura?, me preguntó una de las amigas de Eliza, la rubia-rojiza que era la presidenta del club de tenis. Se alimentaba exclusivamente de apio y mantequilla de cacahuete. Ese día yo estaba justo en un extremo del círculo, como el rabo de la *Q*, y giré el culo para mirarla a la cara.

Eliza estaba atenta, escuchando, a la espera. Estaba coladísima por el presidente del consejo de estudiantes y quería preguntarle a la rubia-rojiza por el último encuentro en el pasillo.

Porque detecto en la comida

sentimientos que la gente ni siquiera sabe que tiene, dije. Y es una mierda que no te puedes ni imaginar.

Enarqué las cejas y la fulminé con la mirada.

Guau, dijo ella dándome la espalda. Solo era una pregunta. ¿Eddie Oakley es tu novio?

No.

Alguien os vio en la pista de tenis.

No era yo.

Rose es muy buena en balón prisionero. Y en castellano, dijo Eliza. A mí Eddie me cae bien.

Ya nadie juega a balón prisionero, dije, y en castellano saqué un notable

bajo.

Eliza se encogió de hombros. Sigues siendo mejor que yo.

¿Tú qué sacaste?

Se miró las uñas, recién pintadas de un rosa chillón y eléctrico.

Un sobresaliente, dijo la presidenta.

Me eché a reír.

¿Crees que me vio en el pasillo?, susurró Eliza.

Me di la vuelta. Los empollones se habían ido a hablar con un profesor.

Ese año les conté a algunas personas lo que me pasaba con la comida. ¿Cómo me siento?, decía cuando alguien me preguntaba. Bueno, estoy un poco

pillada con los donuts. Normalmente pasaban dos cosas: o el otro me miraba mal, como si estuviera pirada, o cambiaba de tema, como hizo la presidenta del club de tenis. Se lo conté a Eddie mientras lanzábamos pelotas a la calle. Se quedó pasmado y me acarició la espalda. Eso era lo normal, hasta que un día, a la hora de comer, apareció una chica nueva, recién llegada de Montana: Sherrie, de ojos color avellana, con un montón de joyas de plata. Había conocido a Eliza en clase de lengua y estaba muy contenta de poder sumarse a un grupo. Mientras mordisqueaba su sándwich de pollo dijo

que Los Ángeles era mucho mejor que Butte. ¡Es enorme!, exclamó abriendo los brazos. ¡Y tiene todo el cine! A mitad de la comida Eliza se marchó para hablar en privado con la presidenta del club de tenis, y me quedé sola con Sherrie entre la hierba y el cemento, aburrida. Por decir algo, levanté en alto el pedazo que me quedaba de un nugget de pollo que había comprado en la cafetería y empecé a enumerar sus complejidades. Prisa en la fábrica de Ohio, el pollo malo, el rebozado estoico. Lo dije por decir, pero Sherrie se acercó a mí y su pulsera de plata tintineó al rozar el suelo. Espera,

espera, susurró. ¿Qué estás diciendo?

¡Qué subidón me dio al ver que me miraba como si fuera la persona más intrigante del mundo! Intenté explicárselo, sin entrar en detalles. Me cogió del brazo y me invitó a su casa esa misma tarde. Preparó un brownie en un abrir y cerrar de ojos y me lo hizo probar, con los ojos como platos. Escupí el primer bocado en la encimera. Aj, dije sin poder tragarlo. Y me bebí un vaso de agua. Tú estás muy deprimida. Sherrie apoyó la cabeza en la encimera y empezó a llorar. Es verdad, dijo. Casi no puedo levantarme de la cama. ¡Increíble! ¡Con lo genial que le parecía

California a la hora de comer, la oportunidad que el traslado le ofrecía para reinventarse, lo fascinante que era todo en el nuevo amanecer de la gloria! Los alimentos cocinados al horno seguían siendo los más intensos. ¿Cuándo puedes volver?, me preguntó al cabo de media hora con los ojos llenos de lágrimas. Salí de allí muy contenta y canturreando para mis adentros: Una nueva amiga. ¡Una nueva amiga de verdad! ¡Un regalo del País de los Grandes Cielos! Fui a su casa muchas veces y siempre hacíamos lo mismo: nos saludábamos casi con un exceso de alegría, empezábamos a probar galletas

de chocolate o lo que fuera, llegando hasta el fondo del sabor, y por fin yo ofrecía mi respuesta mientras ella llenaba la mesa de lágrimas y decía entre gemidos que había dado en el clavo. Al principio no me importaba: me encantaba ser de ayuda y exponer en su cocina mis pensamientos sobre sus emociones. Le describía los sentimientos más ocultos que detectaba. Nos hicimos inseparables durante varios meses. Me llamaba Rose la Maravillosa. Nos encerrábamos en el cuarto de baño a escuchar tétricas melodías electrónicas. Yo me sentaba en el borde de la bañera a comerme sus

postres y ella me teñía el pelo sucesivamente de negro y de rojo. Pero llegó un punto en que cuando me veía pasar por delante de su taquilla me ponía una galleta delante de la cara y me preguntaba cómo se sentía, porque sin mi ayuda no lo sabía. Me perseguía por los pasillos con un sándwich chapucero preparado en menos de cinco segundos para que le dijera si de verdad le gustaba ese chico o si se estaba engañando a sí misma. Yo no lo sé todo, le dije metiéndome un trozo de sándwich en la boca. Te gusta, asentí. Te gusta de verdad.

No me molestó la situación hasta que

una tarde, en su casa, le hablé de Joseph y de sus incomprensibles desapariciones, y ella se alisó el flequillo y preguntó quién era Joseph. Estábamos en la cocina, con algo en el horno como de costumbre. Acabábamos de hablar largo y tendido de su complicado cuelgue con un jugador de voleibol.

¿Joseph? Es mi hermano.

¿Tienes un hermano?, preguntó. ¿Es mono? Oye, prueba esta tostada, por favor. ¿Crees que sigo deprimida?

Tuve la sensación de que las paredes se movían. La tostada tembló en el aire. Oye, dije, muy despacio. Estoy un poco

saturada. Hoy no me pidas nada. Prefiero hacer otra cosa. Sherrie hizo un mohín de disgusto. ¿Qué tal si vemos una peli?, propuse. Pero ¿por qué?, preguntó lamiendo el cuchillo untado de mantequilla de cacahuete. ¿Qué tiene de interesante una peli? ¡Eso lo puedo hacer con cualquiera! Por favor, Rosie, me suplicó. ¿Solo un mordisquito?

Ese día me fui de su casa más temprano y me apoyé en la ventanilla del autobús para llorar un poco escondida detrás de mis gafas de sol, una porquería de seis dólares con forma de ojos de gato que Sherrie me había animado a comprar. Me bajé en la puerta del cine y

agradecí la oscuridad de la sala, el hecho de estar sola, de no comer palomitas, el suave reposabrazos de terciopelo que no tenía que compartir con nadie, que las películas fueran solo imagen, sonido y paisajes bonitos, pues en ellas no veía nada más que lo que me mostraban. Cuando Sherrie me llamó esa noche y me propuso una lasaña para el día siguiente, le dije que tenía planes.

Además, he decidido tomarme un descanso con la comida, añadí. Si este fin de semana te apetece ir al cine o hacer otra cosa llámame.

Me llamó caprichosa y colgó de sopetón.

Por todo eso, a pesar de que no me mimaba demasiado y de que era una chica de lo más normal, yo apreciaba mucho la amistad de Eliza. Ese día, cuando la presidenta del club de tenis me preguntó por la comida, Eliza no dijo nada, pero al día siguiente trajo dos sándwiches. Teníamos demasiado pavo, dijo, dejando uno de los dos encima de un papel encerado, en una parte del cemento donde daba el sol. Creo que hasta entonces ella no había entendido por qué, cuando estábamos en tercero, un día me había pasado una hora bebiendo en la fuente. Cuando vi que no

que tenía intención de comerse el sándwich, lo cogí. Lo desenvolví y me lo comí despacio.

Si pasaba por alto la envidia que me daba Eliza, por lo sencillo que era todo para ella, sus sándwiches me ayudaban a soportar el día.

Las revelaciones parecían coincidir con la primavera. El frescor del aire y los jazmines en flor traían consigo algo más, algo nuevo. Una primavera descubrí mis poderes con la comida. Otra primavera empecé a relacionarme con mi padre y experimenté las

desapariciones de Joseph y la aventura de mi madre, que al parecer no había terminado, pues nunca detecté en sus comidas el sabor de la ruptura.

Era la quinta primavera que mi hermano pasaba solo en su apartamento.

Seguía cumpliendo con la promesa de llamar a diario. Durante años, el teléfono sonaba sin falta a las cinco, normalmente cuando mi madre estaba preparando la cena, y hablaban de sus respectivas clases y actividades del día. Joseph parecía bastante contento en la universidad. Estudiaba mucho. Sacaba

buenas notas. Como mamá estaba cocinando mientras hablaba con Joseph, yo notaba en sus platos una pizca de preocupación y a veces un orgullo desmedido. Mi hijo, decían sus cenas, es de una inteligencia deslumbrante.

Como llamaba todos los días, deduje que si seguía desapareciendo debía de elegir una hora distinta.

Solo una vez dejó de llamar a la hora prevista. Mamá decidió llamarlo, para ver por qué no había llamado, y Joseph no cogió el teléfono. Tampoco contestó a la mañana siguiente. Pasaron dos días, y seguía sin contestar. Mamá, preocupada, entró en su apartamento con

la llave de repuesto y lo encontró vacío. Volvió a casa. Se puso a dar vueltas. Volvió a llamar a intervalos de una hora. Nada. Mi padre, que nunca había dado muestras de interés por las desapariciones de Joseph y las entendía como exploraciones privadas propias de un joven de veintidós años, intentó tranquilizarla mientras ella vagabundeaba por la casa. A la mañana siguiente, el tercer día, mamá volvió a pasar por el apartamento en cuanto amaneció y encontró a Joseph tirado en el suelo del dormitorio, boca abajo, con las piernas y los brazos abiertos como una estrella de mar. Apenas respiraba.

Avisó a una ambulancia y lo llevaron directamente al hospital, donde le hicieron un montón de pruebas y dijeron que estaba muy débil y sufría una deshidratación severa, pero que se pondría bien. ¿Dónde has estado?, le preguntaron mamá y los médicos. Pero Joseph solo negaba con la cabeza. En ninguna parte, decía, y nadie lograba sacarlo de ahí.

Mi padre no fue al hospital, pero envió el tradicional ramo de rosas y tulipanes a las enfermeras, para asegurarse de que su hijo recibía los mejores cuidados.

Hacia mediados de abril, cuando Joseph se hubo recuperado, regresó a su apartamento debidamente hidratado, siguió cumpliendo con su llamada diaria y se matriculó en un curso avanzado de mecánica cuántica en el City College, mi madre dejó el tenedor suspendido en el aire y anunció, con el brazo levantado como una estatua, que se iba de viaje con la cooperativa a Nueva Escocia, una semana. Es una oportunidad única para aprender las técnicas elementales de la ebanistería japonesa, nos dijo. Vamos a aprender a construir con espigas de madera en lugar de clavos, explicó. Y se puso a revolver con el tenedor el montón

de puré de patatas que tenía en el plato.

Mi padre empezó a masticar muy despacio, como hacía siempre cuando se enfadaba. Le habían salido muchas canas.

¿Qué tal está el pescado?, preguntó ella.

Bien, dijo él, limpiándose los labios con la servilleta.

Rose, dijo entonces mi madre. Solo me iré si me aseguras que vas a cuidar de todos.

Claro, dije. Controlaré a Joseph. ¿Puedo hacer la compra? ¿Quién va a ese viaje?

La mitad de la cooperativa.

Queremos buscar nuevas fórmulas. ¿Me llamarás todos los días?

Sin falta, dije. ¿Puedo usar tu coche?

Con un adulto, respondió.

Papá me miró de reojo. Otra de las actividades padre/hija que incluía el manual, además de ver la tele juntos, eran las prácticas de circulación. Yo tenía un par de años más que la mayoría de los conductores novatos, porque mi aprendizaje había sido más lento.

Vale, dije.

Gracias, dijo ella. Me sonrió con mucho cariño. Es una oportunidad muy especial. Te lo agradezco mucho. Algún día te construiré una cabaña en el

bosque, con espigas de madera.

Probé el puré de patatas. Una granja de patatas bien gestionada del norte de California. La vertiginosa ilusión de mi madre ante el inminente viaje se combinaba con su habitual espiral de inseguridad. Me lo comí por un lado de la boca. No hace falta, dije mientras me lo tragaba. Prefiero los clavos. Y las ciudades.

Mi padre levantó la vista un segundo, como si alguien hubiera pronunciado su nombre, y estiró un brazo como si fuera a alborotarme el pelo. Pero como mi pelo no estaba a su alcance, la mano se quedó suspendida en

el aire.

¡Qué mayor es Rose!, dijo.

Mi madre se marchó un miércoles. Había dejado el coche aparcado en el jardín, así que me lo llevé para ir a clase y dar una vuelta por la ciudad a la salida. Eddie me vio en el aparcamiento y me pidió que lo llevara a casa de un amigo. Le dejé subir y estuvimos una hora besándonos en un callejón, pero ese día los besos eran más tranquilos; me había cruzado con Sherrie en el pasillo, del brazo de una amiga nueva, y no tenía ganas de pelearme con nadie.

¿Qué te pasa?, me preguntó Eddie tras intentar restregar su cara contra la mía. ¿Dónde está el tanque?, dijo.

¿Qué tanque?

Tú, respondió con una sonrisa. Así es como te llamo cuando pienso en ti. El tanque.

Me incorporé y me estiré la camiseta.

No soy un tanque, dije. Una vez me dijeron que era como un cristal pulido por el mar.

¡Ja!, dijo. Un cristal. Sí, no está mal.

Se puso a jugar con los botones de la radio. Tenía muchas pecas alrededor de la oreja y la mandíbula.

¿Qué piensas hacer después de la graduación?, pregunté.

Se volvió para mirarme. ¿Yo? Estudiar, supongo. Jugar al béisbol. ¿Por qué? ¿Quieres que nos sigamos viendo?

No, dije.

Esa es mi chica, dijo él. Me acarició el pelo, muy rojo después del último tinte. Y me pasó un dedo por la nariz. Bonita nariz, dijo.

Me hundí un poco en el asiento bajo el tacto de su mano.

Vamos a dejarnos de tonterías, dijo acercándose un poco más. ¡Venga! ¡Abre el tanque de una vez!

Volvió a rozar su cara con la mía,

pero yo no la sentía. Seguimos besándonos unos minutos, hasta que lo aparté.

Se acabó el tiempo, dije.

Vale, vale, vale, dijo acariciándose el pelo. Se miró en el retrovisor lateral. ¿Al menos puedes llevarme hasta Fountain?

Las puertas del coche se abrieron con un clic. El tanque dice que vayas andando, contesté.

Mi padre y yo cenamos esas noches viendo la tele: el miércoles y el jueves. Comida congelada que yo compraba en

el supermercado, los grandes éxitos de mis fábricas favoritas. Una de las mejores, que estaba en Indiana, se preciaba de que en todo el proceso de producción no intervenía una sola mano humana, lo que significaba que todo estaba controlado por brazos robóticos: unos ponían las tortillas en las bandejas, otros las cubrían de queso, otros las bañaban con salsa de tomate y otros las metían en un horno gigantesco para elaborar una enchilada totalmente insípida.

El jueves, después de cenar, mi padre y yo subimos al coche y estuvimos un rato callejeando para que aprendiera

a frenar. Fingí que hacía semanas que no cogía el coche, y él no paraba de acercarse para enderezar el volante cuando me desviaba. Le di un codazo y protesté: Se supone que tienes que avisarme, no sujetarme el volante.

Vale, vale. Perdona. Gira a la izquierda.

Las tardes volvían a ser más largas, a estirarse. Me quedé demasiado tiempo parada en un punto, por lo hermosa que me pareció la luz del sol al filtrarse entre los sicomoros que bordeaban Sierra Bonita, transformando cada hoja en una lámina de jade verde pálido. Los jacarandás estaban a punto de abrir sus

flores azul lavanda en el mes de mayo.

Sigue, dijo mi padre.

Perdón.

Dos chicos en monopatín pasaron por delante.

¿Pasa algo?, me preguntó papá mientras girábamos en Oakwood.

¿Con el coche?, dije tamborileando sobre el salpicadero. No noto nada.

Contigo, dijo sin apartar la vista del frente. Página cuarenta y tres del manual: el padre tiene una conversación íntima con su hija.

No, dije.

Él también toqueteó el salpicadero. Deprisa, concentrado. Moviendo los

dedos con el mismo entusiasmo con que movía los pies cuando se tumbaba en el sofá.

¿Los chicos?, preguntó.

¿Qué pasa con los chicos?

¿Algún problema con ellos?

Agarré con fuerza el volante y dije:
La verdad es que no.

Han mejorado, dijo en tono esperanzado. ¿O ya sabes lo que te interesa?, preguntó bajando la voz tras una pausa.

No. Casi nadie lo sabe a los diecisiete años.

Eso no es verdad. Mucha gente al menos tiene una idea.

Pues yo no la tengo.

Giré en Stanley y después en Rosewood. Me salté adrede un stop, pero él no dijo nada. Tenía la frente contraída por el esfuerzo.

Me salté otro stop.

Ups, dije. Había un stop.

Frena, me ordenó rascándose una ceja. Si te saltas un stop te multan.

Giré en Fairfax. Papá se asomó por la ventanilla para ajustar el retrovisor derecho.

¿Qué tal si vas hasta Sunset y das la vuelta allí?, propuso.

Muy bien, dije. Y aceleré.

¿Todo bien en el instituto?, preguntó

señalando un semáforo en ámbar. Más despacio, dijo.

Reduje para frenar en el semáforo. El motor subió de revoluciones.

Bien, contesté.

¿Te gusta?

No mucho.

¿Por qué no?

No lo sé.

Giré en Sunset. ¿Te apetece una hamburguesa?, preguntó cuando pasamos por delante de una hamburguesería.

No. ¿A ti?

No, dijo con ojos de deseo. Señaló por la ventanilla y ordenó: A la derecha en La Brea.

Seguí sus órdenes. Aceleré para coger los semáforos en verde. Continuamos en línea recta varias manzanas, giré en Willoughby, dejé atrás el edificio del Departamento de Agua y Electricidad y torcí en nuestra calle. Dejé el coche en la entrada del garaje.

Muy bien, dijo papá.

Se quedó mirándome la mano mientras aparcaba y echaba el freno de mano.

Ya casi estás preparada para el examen, dijo. Creo que con otra vuelta más estarás lista.

Nos quedamos dentro del coche, delante del ficus. Él no hizo ademán de

bajar y yo tampoco, y estuvimos un rato mirando la manilla oxidada de la puerta del garaje, con una cuerda inútil atada allí sin venir a cuento.

Las hojas del ficus, de dos tonos distintos, acariciaban el parabrisas. Me pasó por la cabeza una imagen fugaz de George con su toga y su birrete. Una visión de tiempos pasados.

Tu hermano, dijo mi padre.

Esperé a que continuara, pero sacudió la cabeza y no dijo nada más.

Gracias por la clase, dije.

Recorrió el interior del coche con la mirada. El sensor de movimiento de la luz del porche emitió un chasquido al

pasar una vecina corriendo con su perro por delante del jardín.

Tienes muchas cosas que ofrecer, dijo bruscamente.

¿Que ofrecer a quién?

En general. Al mundo.

No se movió, y como me pareció una grosería dejarle con la palabra en la boca, seguimos mirando el parabrisas. Una rama del ficus se deslizaba sobre el cristal.

Me han contado una historia, dije.

Me miró con mucho interés. ¿Una historia?

De un chico del instituto. ¿Quieres que te la cuente?

Por favor.

Me recliné en el asiento.

Verás. En mi clase de lengua hay un chico que el año pasado suspendía todo. Creo que vive en un barrio degradado, cerca del estadio de los Dodger, y no sabía que necesitaba gafas. Lo veía todo borroso.

Seguro que no podía leer, dijo papá. Sus manos se tranquilizaron un poco al empezar el relato, aunque volvió a asomarse para ajustar el retrovisor lateral. ¿Ves bien por aquí?

Sí, veo bien. ¿Continúo?

Sí, continúa.

El caso es que no podía leer. Ese era

el problema. Los profesores le hacían pruebas y él era incapaz de leer una sola palabra. Nunca hablaba en clase y llevaba años sacando malas notas; no entendía que los demás fueran capaces de hacer esa cosa tan mágica y misteriosa que llamaban lectura, hasta que a un profesor se le ocurrió examinarle la vista, y lo llevaron al oftalmólogo.

Papá movió la cabeza con aire de asombro. Es lo primero que deberían haber hecho, dijo. ¡Qué desastre de enseñanza!

Saqué las llaves del motor de arranque.

Descubrieron que veía fatal, seguí diciendo, y que necesitaba gafas, y todos los profesores fueron a verlo cuando se las puso.

¿Era un chico listo?, preguntó.

Muy listo. El caso es que se puso las gafas y de pronto podía leer. No solo descubrió que leer era posible sino que dejó de pensar que todos los demás eran más listos que él.

Una historia muy alentadora, dijo papá. Me gusta. ¿A qué hora empieza nuestra serie?

Dentro de diez minutos, dije. Pero no he terminado.

¿Por qué no?, preguntó con la mano

en la puerta. Me gusta que termine así. Deja que termine así.

El chico volvió a casa con las gafas y el libro de lectura. Y su madre salió a recibirlo a la puerta. Estaba contenta, porque habían llamado del instituto para darle la buena noticia. Pero el chico vio que su madre estaba muy cansada. Llevaba años sin verla bien. ¡Años! Y de pronto vio que estaba agotada, que tenía unas ojeras enormes y que al sonreír se le veía un diente completamente marrón. No tenían dinero para el dentista. ¿Y su casa? Su casa era una ruina. Una pared se estaba derrumbando y había cucarachas en el

suelo y un desconchón enorme en la pared, que hasta entonces él había creído que era un cuadro.

El sensor de movimiento se apagó. El perfil de mi padre se borró en la oscuridad.

Te lo estás inventando, dijo.

No.

¿Cómo se llama el chico?

John, dije.

¿John qué más?

John Barbaducci, dije tras una pausa.

Papá tosió. Barbaducci, repitió. Es el nombre más falso que he oído en mi vida. Podrías llamarlo también Abe

Lincoln o George Washington. Bueno. Vale. Sigue. El chico aborrece lo que ve.

Y se quita las gafas y las pisotea, dije.

¡Caray!, exclamó dando una palmada en el salpicadero. Ya me imaginaba algo así. Ahora no me gusta nada la historia, dijo. Y ha vuelto a suspender, ¿verdad?

Ya no está en eso de leer, pero va tirando más o menos. Le han diagnosticado ceguera parcial y ahora lo consideran discapacitado.

Es una historia terrible, dijo sacudiendo la cabeza. Terrible. Y abrió la puerta del coche.

Salí tras él y cerré con el mando a

distancia.

Haces bien la señal de giro, dijo papá. Pero no te olvides de mirar por los retrovisores laterales.

Yo pensaba que era una buena historia, dije.

Es muy triste, dijo mientras se acercaba a la puerta. ¡Le declaran una discapacidad cuando no la tiene en absoluto! Esas cosas nos sacan de quicio a los abogados. ¿Y creía que el desconchón de la pared era un cuadro?

Se detuvo en la puerta y rebuscó en el bolsillo.

Aquí están, dijo sacando el manojó de llaves.

Volvió a toser cubriéndose la boca con la mano. Sé que es mentira, dijo mientras abría la puerta. Sé que intentas decirme algo, pero no tengo ni idea de lo que quieres decir. Verás, yo no funciono así. ¿Qué quieres decirme?

Nada. Le ha pasado a un chico de mi instituto.

Repíte cómo se llama.

John, dije. Hice una mueca sin querer.

¿John qué más?

Nos miramos, ya en el recibidor. Mi padre cruzó los brazos.

John Barbelucci.

Soltó una exclamación y dio una

palmada al banco de pino que había hecho mi madre en su primer año de carpintera.

¡Ahí lo tienes!, dijo. Me miró fijamente. Antes dijiste Ducci. Estoy seguro.

Dije Lucci.

Ducci.

¿Tienes una grabadora?, pregunté.

¡Estoy seguro! Cierra la puerta, dijo.

Cerré la puerta y eché la llave por dentro.

Y tú, ¿puedes leer?, me preguntó mientras entraba en el cuarto de estar.
¿Es eso lo que intentas decirme?

Me descalcé de un puntapié mientras

él colgaba la chaqueta en el respaldo de una silla.

Claro que puedo, dije.

Eran las ocho en punto. Los dos miramos el reloj. Me serví un vaso de zumo y, sin decir palabra, nos sentamos en el sofá, cada uno en su sitio. Mi padre encendió la tele para ver nuestra serie de médicos favorita, y disfrutamos viendo cómo salvaban a una mujer de ojos grandes y adorables, enferma del corazón.

El viernes por la mañana mi padre se fue a trabajar sin hacer ningún comentario sobre la conversación que habíamos tenido el día anterior. El claxon me despertó a las ocho menos veinte, como de costumbre. Cogí el coche para ir a clase, pero no tenía

ganas de ver a nadie a la hora de comer, así que volví a casa. Me eché una siesta en el sofá y pensé en el fin de semana que tenía por delante. Eliza me había invitado a una sesión doble de cine de terror con las chicas enrolladas. Sabía que Sherrie también iría, y la última vez que habíamos coincidido con otra gente rompió a llorar nada más verme y salió corriendo de la habitación. Estás pirada, tuve la maldad de gritarle. Era posible que ese fin de semana apareciera con su nueva amiga. Eliza acababa de besar al deportista del que estaba enamorada, debajo del toldo de rayas de la cafetería. Dijo que había sido una

sensación comparable a navegar en velero. ¿Navegar? Varias chicas del grupo ya habían tenido relaciones sexuales, lo cual sonaba apetecible siempre y cuando ocurriera con los ojos vendados, en una dimensión temporal deformada y en estado de amnesia. Le dije a Eliza que no sabía si podría ir, porque había pensado pasar por Pasadena a visitar a George en la residencia, para ayudarle a preparar una broma relacionada con graduados y paraguas. Vale, dijo, pero noté que se disgustaba. Pasé toda la mañana muy intranquila, en parte por la conversación del día anterior con mi padre, aunque en

realidad por todo en general. Fui a la cocina, descolgué el teléfono y llamé a George, harta de todo. Saltó el contestador y dejé un mensaje desastroso: Tenía un coche y, si necesitaba algo, podía pasarme por Pasadena, para acompañarlo a hacer algún recado o lo que fuera, estaba libre el sábado y podía lavarle la ropa si estaba ocupado, y tenía un coche, por si necesitaba ayuda con algo. A mitad del mensaje respondió, casi sin aliento. ¡Hola, Rose! ¿Todo bien? Empecé a tartamudear. Le dije que tenía coche, por si necesitaba algo. Yo también tengo coche, dijo amablemente. ¿Cómo estás?

Murmuré algo así como que a punto de graduarme. Me pareció oír la voz de una mujer al fondo. ¿Todo bien, Rose?, preguntó otra vez. Te echo de menos, dije. Y me salió una voz demasiado estridente, con un toque almibarado horroroso. No eres la única, dijo. Hubo una larga pausa. ¿Algo más?, preguntó esforzándose por ser amable. No, dije. Perdona si te he molestado. ¡Tú nunca me molestas!, dijo con demasiada precipitación.

Un minuto después de colgar sonó el teléfono.

Contesté y dije: Lo siento.

¿Hola?, dijo la voz. ¿Rose?

Deseaba que fuera George, que llamara para disculparse, que hubiera marcado el número que se sabía de

memoria para invitarme a pasar el fin de semana con él. A lo mejor se ofrecía a enseñarme la ciudad o se sumaba al plan de Eliza. Pero era la voz de mi madre, que me entró en el oído como una catarata, más acelerada y más chillona de lo normal. No se oía bien: parecía como si llamara desde una cabina al aire libre, pues cada pocos segundos sonaba una ráfaga de viento. No me preguntó por qué estaba en casa, pero entre ruido y ruido le oí decir que se alegraba de oír mi voz y que llamaba desde un pueblecito de Nueva Escocia donde había muy pocos servicios tecnológicos, solo herramientas de carpintería y

gaviotas. Me costaba descifrar las frases completas, pero entre las ráfagas de viento me pareció entender que había llamado a Joseph siete veces, que no contestaba, que tenía el contestador apagado y que necesitaba que fuera a controlar.

¿A controlar?

Por favor, dijo. La línea no paraba de chisporrotear. A Bedford Gardens, añadió. Y se puso a deletrearlo. Con B, le gritó al teléfono.

Ya sé dónde vive, dije. ¿No basta con llamar? ¿No puede llamar papá?

No cogerá el teléfono. Lo tiene desconectado. Por favor.

El viento amainó y se detuvo un segundo. Estoy preocupada, le oí decir con absoluta claridad.

Seguro que está bien, dije.

Tu padre no se toma estas cosas en serio, pero tengo un mal presentimiento, insistió. Hicimos un trato, Rose.

Cogí el montón de cartas que había junto al teléfono y me las puse en las rodillas. Notaba cómo el malhumor se iba apoderando de mí.

¿Estás con Larry?, pregunté.

¿Con quién?

Con Larry, con tu amante.

¿Qué dices? No te oigo con el viento.

La-rry. Tu a-man-te.

Silencio. Solo hablaba el viento. Las gaviotas graznaban.

Sí, está aquí, dijo por fin. Hemos venido la mitad de la cooperativa.

¿Lo estáis pasando bien?, pregunté mientras hacía un avión con un folleto.

No sabía que lo supieras, dijo en voz baja.

Lo sé desde hace años.

¿Cómo?

No es fácil de explicar, dije. Lancé el avión hacia el suelo de la cocina y se estrelló contra un armario. Entonces, Joseph...

¿Lo sabe tu padre?

¿Papá? ¿Mi padre tan observador?
Lo dirás en broma...

¿Lo sabe Joseph?, preguntó con voz temblorosa. ¿Por eso se fue de casa?

Tosí en el auricular. No, dije. Él tampoco lo sabe. Solo lo sé yo. ¿No te extraña que esté en casa? No he ido a clase.

Sus palabras llegaban serpenteantes como olas. No estoy aquí por eso, dijo. Hemos venido casi todos. Es un viaje de trabajo. Estamos trabajando. Lo siento mucho, Rose.

Intenté despegar la etiqueta de uno de los sobres. La factura de la luz. Probablemente muy alta.

¿Cuándo hablaste con él por última vez?, pregunté.

¿Con Larry?

Con Joseph.

Justo antes de marcharme. Por favor, cariño. Siempre responde cuando le llamo. Ya hablaremos de todo esto cuando vuelva, te lo prometo. Por favor. ¿Dices que no has ido a clase?

La etiqueta no se despegaba y dejé la factura con el sobre roto encima del montón. Con las demás facturas, con los papeles que garantizaban de manera discreta el funcionamiento de la casa.

No, dije. Era una broma. Es fiesta.

¿Hoy?

Es el día de Barbelucci, dije.

Oye, dijo. Si pasa algo, voy pitando.

He llamado a los hospitales, por si acaso, pero no está.

¿Ya has llamado a los hospitales?

¿No te acuerdas de lo que pasó la última vez? Si no está en casa, pregunta en el Kaiser, por si acaso. El de Vermont y Sunset. Sabes que no hay nadie más, Rose. Tienes que ser tú. Solo puedes ser tú.

Oí que alguien la llamaba a lo lejos. Oí sacudirse las ramas de los árboles. Otro mundo. Lo siento, tengo que irme, dijo. Gracias, amor. Muchísimas gracias. Hablaremos cuando vuelva.

Cuando colgó me fui al cuarto de estar y me senté un rato en la butaca de rayas. Al otro lado de la ventana, la absoluta quietud de una primavera desierta.

Joseph vivía en un edificio feo, con la fachada de yeso, con setos de cipreses dispuestos como cajones en rígidas hileras y el nombre de la urbanización escrito en la entrada con letras cursivas, un nombre tan vago que nunca lo recordaba.

Cuando llegué en coche, el edificio me pareció más vacío que otras veces. Solo había un Chevy marrón, destartalado, en el porche de un garaje. Caía la tarde, el cielo estaba cubierto de jirones de nubes y la gente empezaba a volver del trabajo, bajaba del coche, descargaba el maletero y echaba a andar hacia su apartamento.

Subí las escaleras arrastrando los pies. Al llegar al pasillo exterior vi que alguien había dejado una cama junto a la barandilla, delante del apartamento de Joseph. Con almohada y edredón: lista para dormir. Busqué a tientas en el cajetín de metal negro situado junto a la

solitaria bombilla de su puerta, hasta que encontré la llave de repuesto. La etiqueta llevaba una J inclinada, con la letra de mi madre. La puerta se abrió con un chasquido, pero la cadena estaba echada por dentro.

¿Joseph?, dije escudriñando en la franja de oscuridad.

Nada.

Estaba de muy mal humor después de las conversaciones con mi madre y con George. Avergonzada por haber llamado a George. Enfadada por haberle dicho a mi madre que lo sabía. Ahora tendría que hablar con ella. Además, me fastidiaba tener que controlar a mi

hermano mayor. La puerta no se abría por más que empujaba, de modo que introduje la mano a regañadientes para intentar soltar la cadena. No alcanzaba la anilla, pero noté que los tornillos que la sujetaban al marco estaban flojos, y en vez de tratar de soltar la cadena cambié de táctica, doblé los dedos, di un par de vueltas y conseguí arrancar la anilla entera. En poco más de un minuto la pieza cayó al suelo y la puerta se abrió.

La sala estaba a oscuras. Vacía.

Yo no había estado muchas veces en el apartamento. Solo veía a mi hermano cuando él venía a casa, o cuando mi

madre iba a recogerlo y lo traía. Alguna que otra vez había venido a cenar con George, pero el contraste entre la animada conversación de George sobre sus experiencias en el Caltech y el mutismo de mi hermano era tan brutal que hasta mi madre lo pasaba mal, y no lo invitaba muy a menudo.

Noté un olor raro, a fideos. Vi pocos muebles, aparte de una mesa con varios libros de ciencias y una silla con el asiento roto que llevaba en el respaldo el apellido de mi abuela escrito en cursiva. *Morehead*, un sonido cadencioso. Todas las cortinas estaban cerradas menos la de la cocina, por

donde entraban los últimos rayos del sol, formando franjas de luz entrecruzadas con las líneas de las baldosas en el suelo. Dejé abierta la puerta principal.

He entrado, dije.

No hubo respuesta.

Eché a andar por el pasillo. Sin fotos. La luz del baño apagada. El dormitorio al fondo.

Me estoy acercando, dije desde el pasillo. ¿Joseph? Hoooola. Soy yo, la vigilante enviada por mamá, dije.

Silencio. Vacío. Encendí la luz del pasillo, pero solo sirvió para atenuar la penumbra con un resplandor amarillo.

No llegaba ningún ruido desde su dormitorio. Silencio absoluto. Ya había vivido la misma situación en otras ocasiones. Oí pasar algún coche por la calle y me llegó el rumor amortiguado de las tuberías en las profundidades del edificio.

Joseph nunca invitaba a nadie aparte de mi madre, nunca daba fiestas, que yo supiera, y en ese momento yo era la primera persona aparte de él que pisaba su apartamento en varias semanas. Este detalle era importante, porque al final del pasillo estaba la puerta de su habitación, con el mismo letrero que tenía en casa cuando era pequeño:

«Prohibido el paso». Un cartel que él mismo había dibujado hacía muchos años, con un rotulador negro que ahora se había vuelto gris. Me sabía de memoria la forma de las *p*, demasiado grandes, y de las *oes*, más bien cuadradas. Era un cartel tan familiar que al principio no me sorprendió verlo. Seguramente se lo llevó de casa alguna de las veces que fue a vernos y lo colgó en su puerta a pesar de que vivía solo. ¿Qué sentido tenía el letrero allí, si no había nadie? ¿Esa calavera y esas tibias mal dibujadas?

Lo llamé al llegar a la puerta y abrí al no obtener respuesta. La habitación

estaba a oscuras. Encendí la luz. Joseph estaba sentado delante de la mesa plegable de la abuela, en mitad de la habitación, con su ordenador portátil. Vestido. Despierto. Se le veía enfermizo y flaco, pero a mí siempre me había parecido un poco enfermizo y flaco.

Me sobresalté y dije: Hola. ¿Qué pasa? ¿Estás aquí? ¿Estás bien?

Estoy bien, dijo en voz baja.

El dormitorio era pequeño, tenía una moqueta de color crema, armarios con espejos, de puertas corredizas, y no había cama; solo una cómoda sencilla, un par de sillas plegables, la mesa y una mesilla. La única ventana estaba

cerrada. En la moqueta se notaba la marca de un rectángulo grande.

¿Has sacado tu cama a la calle?

El suelo me va mejor para la espalda, dijo.

¿Duermes en el suelo? ¿Qué tontería es esa?

Me miró fijamente, sin parpadear, con los ojos demasiado grandes enmarcados por aquellas pestañas oscuras y románticas.

¿Qué estás haciendo?, pregunté.

Trabajar.

Me desconcertaba haberlo encontrado tan fácilmente, con sus vaqueros puestos, la camiseta y los

zapatos de siempre. Nada del otro mundo. Todo parecía normal. Encima de la cómoda había un dibujo de una galaxia con el que ganó un concurso antes del bachillerato, y otro de los joyeros que hizo mi madre cuando ya llevaba un par de años trabajando en el taller. Unas cuantas monedas sueltas y un billete de un dólar muy usado.

Me miró con expectación. Vi otra silla plegable abierta en el centro de la habitación, con el apellido Morehead escrito en el respaldo, y como empezaba a encontrar sospechoso lo normal que parecía todo, como me resultaba más raro que otras veces, cuando parecía que

se lo había tragado la tierra, me acerqué a la silla y me senté.

¿Por qué no has abierto la puerta?
He tenido que romper la cadena.

Estaba ocupado, dijo. Lo estoy.

Observé la habitación. Dos camisas viejas y arrugadas colgaban en el armario sobre varios pares de botas. En la mesilla de pino con manchas oscuras, junto al espacio dejado por la cama, había un par de gomas elásticas, lápices y un bolígrafo. Me levanté para apagar la luz del techo. El sol ya se había puesto y la luz declinaba sobre el edificio, al que seguían llegando coches.

¿Ocupado en qué?, pregunté.

Trabajando.

No es verdad.

Estoy ocupado, Rose, repitió con voz cortante. ¿Por qué no te vas?

Abrí la ventana y me quedé mirando un Honda Civic rojo que acababa de aparcar. Salió una mujer, sacudiéndose el pelo. Abrió la puerta sin mirar y un coche que pasaba casi le arranca la pierna.

Ya te lo explicaré en otro momento. Es un experimento complicado.

Eso seguro, dije. ¿Por qué no coges el teléfono? Me has hecho venir hasta aquí. ¿Por qué me ha resultado tan fácil encontrarte?

...

¿Comes?

...

¿Bebes agua?

Necesito concentrarme, dijo con voz apagada.

Yo seguía en la ventana, mirando los coches.

El aire blanco empezaba a teñirse de azul. El famoso y romántico atardecer del sur de California. Había cumplido mi misión y podía retirarme. Podía llamar a mi madre para confirmarle que estaba vivo, prepararle un sándwich de jamón y un vaso de agua, volver a casa y seguir debatiendo si iba o no iba al cine

con Eliza.

Pero notaba una sensación demasiado familiar en el ambiente. Percibía en el aire la misma pesadez que había visto otras veces en la cara de mi hermano cuando se quedaba cuidando de mí, se esfumaba y aparecía de repente con aspecto agotado y el pelo revuelto, y me sentí como un detective a punto de desentrañar un misterio. Pensé que si me quedaba quieta, muy, muy quieta, quizá lograra ver algo que hasta entonces no había visto.

La idea disipó ligeramente mi mal humor. La irritación empezó a convertirse en una máscara bajo la cual

comenzaba a formarse una flecha que señalaba hacia algo. Seguí apostada en la ventana hasta que la oscuridad borró el edificio de enfrente. La humilde alegría de ver iluminarse las ventanas, el sencillo placer de los rectángulos de luz amarilla que revelaban las ramas oscuras y retorcidas de los árboles.

Varios coches subieron por la calle, con los faros encendidos. Fui a la silla del centro de la habitación y me senté.

Joseph seguía delante de la mesa, visiblemente tenso.

Le escribiré un correo electrónico a mamá, dijo. ¿Te parece bien? Ahora mismo.

Negué con la cabeza.

Lo siento, dije. Me apetece quedarme un poco más.

¿Cuánto es un poco más?, preguntó con voz casi estridente.

No lo sé.

No se volvió a mirarme. Estábamos sentados en fila, él delante de mí, de cara a la pared, como en un tren detenido. El salvapantallas del ordenador se había activado y mostraba un pez dando vueltas en una pecera, de manera que no podía comprobar si de verdad estaba trabajando en algo. No había nada más encima de la mesa. Un par de lápices. Leves marcas de lápiz en

la pared debajo de la ventana. Simples garabatos desordenados, como una ecuación incompleta o una secuencia numérica.

Hundió los dedos en la ranura del borde de la mesa.

Lo siento, volví a decir.

Lo que más me extrañaba era que no siguiera con su trabajo. No hizo nada mientras yo estuve en la ventana. Y tampoco estaba haciendo nada en ese momento. En otra época, cuando yo me quedaba en su habitación, se ponía a hacer cualquier cosa para ignorarme, o se enfadaba y se llevaba el cuaderno y el libro a otra habitación, o me

maldecía, o cerraba la puerta. Pero estaba quieto, sin hacer nada. Movida por un impulso, me acerqué rápidamente y pulsé una tecla para poner otra vez en marcha el ordenador. Joseph no se lo esperaba. La pantalla se iluminó y lo que vi fue un periódico, la portada del *New York Times*, con noticias sobre economía y política internacional. No tenía ningún otro archivo abierto.

¿Ese es tu trabajo?, pregunté. ¿Leer el periódico?

¿Y?

La oscuridad inundaba la habitación.

No veía nada inquietante a simple vista. No detectaba ningún elemento

sexual en el ambiente: ni una manta con la que hubiera podido ocultar algo a toda prisa, ni atisbo de vergüenza, ni indicios de placer. Y tampoco era una situación dramática: no me había encontrado a mi hermano hecho un ovillo en un rincón, llorando, o dándose puñaladas, ni había descubierto su diario en un cajón y lo había leído en voz alta por el altavoz del instituto. Allí no había ingredientes para fabricar una bomba, ni bolsas con droga, ni una espada de samurái o una pistola o una jeringuilla. Lo que estaba ocurriendo era completamente distinto, más íntimo, más hermético: todo se reducía a que quería

estar solo, lo más solo posible, más solo que solo, solísimo, y mi presencia le resultaba tan invasiva como si le hubiera conectado unos electrodos en la cabeza y estuviera leyendo sus impulsos cerebrales.

Solo quiero quedarme un poco más, dije lo más tranquilamente que pude.

¡Eres un puto coñazo!, exclamó. ¡Siempre has sido un puto coñazo para mí! Y cerró bruscamente el ordenador, pero no se movió de la silla.

En cualquier situación similar se habría ido a un rincón, o se habría marchado a la cocina, o a la terraza, pero no se movió, y como era muy raro,

empecé a fijarme en su silla. La observé atentamente. Era una silla igual que la mía. La tercera de la serie de sillas Morehead que la abuela nos había ido enviando por correo y que él eligió para amueblar su apartamento.

Estaba sentado como una persona normal sentada en una silla, pero al prestar atención me pareció que la pata de la silla desaparecía en el interior de su zapato, que las patas de la silla entraban por las perneras de los pantalones. Y al mirar mejor vi claramente que se había hecho unos agujeros en los pantalones para poder meter las patas de la silla, y que la pata,

un tubo de aluminio de color rata con un tope de goma en la punta, compartía el espacio con su pie dentro del zapato.

¿Qué hace la pata de la silla en la pernera del pantalón?, pregunté. Lo dije sin darle importancia, como si me hiciera gracia.

No dijo nada. No me lanzó más exabruptos. Abrió el ordenador y se puso a leer el periódico. En realidad solo miraba la pantalla. Seguí examinando la silla de cerca en el punto donde la pata se introducía en el zapato, pero el zapato estaba oculto por el dobladillo de los pantalones, y algo, algo esencial faltaba allí. Sentí un

conato de arcada, una especie de náusea, la sensación de que lo que estaba a punto de ver, fuera lo que fuese, no iba a gustarme nada, de que tenía que irme, regresar a la noche, llamar a la puerta de la mujer del coche rojo en la acera de enfrente, pedir comida, lo que fuera, abrazarla, buscar a un hombre, llamar a Eddie para que apareciera como caído del cielo y pedirle por favor que me desnudara. Irme. Ya. A la pata de la silla le pasaba algo. ¿Qué? ¿Mi hermano se estaba insertando muebles en el cuerpo?

¿Te duele algo?, pregunté.

Estoy bien, dijo. Me miró con sus ojos grandes y grises, y su voz se

suavizó, se volvió casi dulce.

Vete, dijo. Rosie.

La habitación se volvió gigantesca, como si se alargara entre nosotros. Fue como si hubiera sonado un timbre. Puede que una sola vez, en toda nuestra infancia, me hubiera llamado Rosie. Ni siquiera me llamaba Rose. Ví su rostro, aquellos ojos grandes y grises que de pronto se habían vuelto todo dulzura. Sentí que me ahogaba. No entendía por qué. No entendía lo que estaba pasando.

Me senté en el suelo a sus pies. Era fácil que al arrodillarme me diera una patada, pero no podía, porque tenía las patas de las sillas pegadas a las piernas.

Podría haberme sujetado con una mano para empujarme, pero no lo hizo, y seguía mostrando la misma dulzura: me había llamado Rosie. Me agaché y al levantar la pierna del pantalón no vi ninguna herida. Ni siquiera sé cómo describir lo que vi. No había sangre, y habría sido un alivio inmenso ver sangre: ver la sangre manar de su pierna y que hubiera necesitado cirugía y analgésicos, ver la alfombra empapada de sangre.

Lo único que logré entender es que no se había clavado la pata de la silla en la pierna, sino que solo había una pata de silla, vestida con un calcetín, que

entraba en el zapato. No había ni rastro de carne visible, o apenas un leve atisbo de pierna que no alcanzaba a distinguir. ¿Se había cortado las piernas? No. Repito: no había sangre, ni una gota. Solo veía la sombra de una pierna humana alrededor de la pata de la silla, un halo de humanidad casi inexistente alrededor del tubo de metal, una mutación de materia que en cierto modo tenía sentido. La silla parecía reemplazar el cuerpo de una manera natural, como si lo disipara o lo absorbiera, como si fuera lo más normal del mundo.

Me quedé petrificada. No dije nada.

Me agarré a su rodilla, al muñón de su rodilla carnosa.

El silencio reveló una enormidad para la que no había palabras. Las sillas de la abuela desperdigadas por su apartamento. Me imaginé que un día me presentaría por sorpresa y vería que había sacado a la terraza todos los demás muebles junto a la cama, y que allí solo quedarían las cuatro sillas Morehead, con los zapatos y los bolígrafos.

Me encantan, le había dicho a mamá cuando las sillas fueron llegando por correo. Son fantásticas, tan funcionales.

Muy rara vez le oíamos decir que

algo le encantaba. O que algo era fantástico. Cuando todavía iba al instituto, se sentó en el suelo del cuarto de estar con las piernas cruzadas, delante de la chimenea de ladrillo rojo, y se puso a plegar y a desplegar la última silla. A mí nunca me interesaron las sillas, ni buenas ni malas, pero a Joseph le fascinaban, como si apreciara de verdad la facilidad con que se plegaban. El repartidor empezaba a odiarnos.

A la abuela también le encantan, dijo mamá. Yo no las soporto: no tienen ningún estilo. Son sillas baratas.

Mamá estaba de pie al lado de mi

hermano, con las manos en las caderas. Las sillas hacen juego con una mesa plegable, dijo. Y la mesa llegó sin falta la semana siguiente.

Joseph llamó a la abuela esa misma noche para darle las gracias por la cuarta silla.

Gracias, le oí decir. Y lo dijo de corazón.

Yo estaba en el pasillo. Él se quedó un momento callado, escuchando.

Tú también, dijo después.

En cuanto colgó el teléfono me acerqué corriendo. No le dejaba en paz ni un momento. ¿Qué te ha dicho?, pregunté.

La verdad es que no tenía mucho sentido, contestó lanzando una mano al aire, como quitándole importancia. Algo de jugar a las cartas, dijo. ¿Al mah-jong?

Es que son sillas para jugar a las cartas, explicó mi madre.

¿Puedo llevármelas a mi habitación?, dijo Joseph.

¿Estás seguro?, preguntó mi madre tensando los labios. Echó un vistazo a una de las sillas, al tornillo de aluminio en un empalme, al asiento de plástico marrón.

Mi hermano volvía a mirar la pantalla del ordenador y a leer el

periódico como si yo no estuviera. Concentrado, congelado. El momento de ternura se había esfumado, la compuerta había vuelto a cerrarse, y con la misma certeza con que minutos antes algo me dijo que tenía que quedarme y prestar atención, en ese momento sentí que algo se había dado la vuelta como una tortilla, así de fácil, y que tenía que coger el teléfono y llamar a George para pedirle ayuda. Algo muy grave le estaba pasando a mi hermano, y yo a duras penas entendía lo que estaba viendo. Para llamar tendría que salir un momento de la habitación, pero muy despacio, no podía salir

atropelladamente; ya habíamos estado una vez en el hospital, y podríamos volver, y los médicos lo ingresarían y quizá sabrían qué hacer con él. Sería cuestión de veinte segundos, de diez, salir de allí, encontrar el teléfono y descolgarlo. No tenía elección: necesitaba que alguien más lo viera, alguien tenía que verlo, porque Joseph no iba a confirmarme nada, nadie podría confirmarme nada, y por eso primero llamaría a George, solo podía recurrir a George, solo a George, porque años atrás él me había creído cuando yo decía que la galleta estaba enfadada o el palito de queso cansado; solo en George podía

confiar. Salí del dormitorio, crucé el pasillo, busqué el teléfono, lo encontré, lo agarré con ansia, lo encendí y volví a la habitación de Joseph.

Diez segundos, ocho. La ventana seguía abierta; la habitación estaba oscura. Allí solo había una silla vacía, una mesa, un ordenador portátil con la portada del *New York Times* en la pantalla, llena de luz y color.

Antes de enloquecer de tristeza y de perplejidad, y de que George me encontrara en la calle llorando; antes de llamar a mi madre a Canadá y de decirle

que Joseph había vuelto a desaparecer, que se había esfumado, que estaba allí y de repente no estaba; antes de llamar a mi padre y soltarle a su secretaria una sarta de incoherencias sin poder parar de llorar; antes de todo eso, lo único que se me ocurrió fue marcar la silla. Fue mi único pensamiento lúcido, y me siento tan orgullosa de él como de cualquier cosa importante que haya podido hacer en la vida. Tuve el impulso de coger el único bolígrafo que encontré en la habitación, el que estaba en la mesilla, un bolígrafo negro, acercarme al respaldo de la silla plegable que estaba delante del ordenador, una de las cuatro,

y tazar una línea fina y temblorosa debajo del apellido Morehead. Mi abuela siempre firmaba igual. Esta silla, dije, mientras trazaba la línea. Él.

Tercera parte

Anochecer

Mi madre conservaba muchos álbumes de fotos de la familia y seguía actualizándolos. Con pegatinas y rótulos y signos de exclamación. En uno de ellos me enseñó una foto de grupo de un viaje que hicimos al norte de California para visitar a unos primos en Sausalito.

Observé atentamente al grupo: me fijé en mi madre, con un vestido de lino verde pálido, y en mi padre, que parecía especialmente alto y bronceado. ¿Quién es esa?, pregunté señalando a una niña de pelo castaño que llevaba una coleta y una camiseta roja parecida a una que yo tenía.

Eres tú, dijo.

Qué va. No soy yo.

Se rió. Eres tú, insistió. Creo que acababas de cortarte el pelo.

¿Sería el ángulo? O la luz, o quizá el hecho de que estaba rodeada de personas a las que no había vuelto a ver, pero lo cierto es que por unos segundos,

hasta que mi madre me lo dijo, me vi como a una extraña: una niña normal, simpática, con el pelo castaño claro, que llevaba una camiseta roja como la que yo tenía en el armario. Al saber que era yo, la cara cobró la forma que recordaba haber visto en todos los espejos de mi vida. Claro, dije riéndome, como si lo hubiera sabido desde el primer momento.

Lo que le ocurrió a Joseph se desarrolló de tal forma que pude contar la historia exactamente igual que si me hubiera ocurrido a mí, y todo el mundo se centró en los hechos. Lo había visto, sí. Sentado delante de su ordenador. Me había hablado, me había llamado Rosie.

Parecía preocupado, irritable, y de pronto, se volvió de lo más dulce. No tenía ningún arma, no parecía drogado, y me dijo, muchas veces, que estaba trabajando. No me abrió la puerta. Tuve que romper la cadena para entrar. Mi madre estaba preocupada. Me pidió que fuera a verlo. Me llamó desde Canadá. Nueva Escocia. Joseph estaba vestido. Lo vi delgado, pero tampoco demacrado. Más o menos como siempre. No tenía comida en la nevera: solo mantequilla, mermelada de uva y un pan tan viejo que al tocarlo se hacía polvo. La ventana de la habitación estaba abierta, y la teoría de mis padres era que

había saltado por allí, desde el segundo piso, incluso que tenía una bolsa preparada y escondida entre los arbustos, y en ese preciso instante se encontraba de viaje. Necesita tiempo para encontrarse a sí mismo, dijo mi madre entre lágrimas al día siguiente, cuando llegó con un jersey de lana canadiense que no venía a cuento en el mes de abril en Los Ángeles. ¿Notó en él intenciones suicidas?, me preguntó el policía con su uniforme azul marino, sus papeles, cuando fuimos a denunciar la desaparición el lunes siguiente. Miré a mi madre y dije que no. Y lo dije sinceramente. Repetí varias veces que

parecía muy solo.

Esa noche, después de trazar aquella línea en la silla, no podía dejar de temblar. Salí de su habitación y me senté en la escalera, junto al pasillo exterior de Bedford Gardens, temblando. Poco después me metí en la cama que mi hermano había sacado al pasillo. No entró ni salió nadie del edificio. El tiempo transcurrió como páginas en blanco.

Las sombras de las plataneras se

concentraban alrededor de la fuente de la sirena. Los faros de los coches arrojaban haces de luz al doblar la esquina. La almohada de Joseph, vieja y húmeda.

Seguía con el teléfono pegado a la mejilla como si fuera una manta. No había tono de llamada, tal como suponía mi madre. El impulso más fuerte era quedarme dormida en esa cama mucho tiempo, como si mi hermano la hubiera dejado precisamente para eso: para que yo pudiera acostarme al salir, como si el colchón fuera mi destino. Pero tenía que

hacer llamadas, informar de lo ocurrido. La cabina de teléfono más cercana que había visto estaba en la calle principal del barrio, Vermont, a un par de manzanas de allí.

Al cabo de un rato conseguí salir de la cama, dejé el teléfono encima del edredón y bajé las escaleras. El aire era fresco, y al salir a la calle noté la oscuridad del atardecer, más profunda, más densa. Tenía el cerebro completamente vacío, como si el viento se lo hubiera llevado todo. Como una manguera que limpia la basura de las calles. Ni bien ni mal; simplemente vacío.

Las calles empezaban a animarse con el bullicio del viernes por la noche, y Los Feliz se preparaba para recibir el fin de semana con sombrillas abiertas en las terrazas de los restaurantes, velas encendidas con una varita eléctrica. Las mesas estaban ocupadas por parejas con copas de vino dorado en las manos. Los cubiertos tintineaban en los platos blancos y limpios. En la puerta del supermercado Jons vi una cabina de teléfono empotrada en una esquina del aparcamiento. Allí me dirigí con paso firme. Alerta. Abrí la puerta plegable. En el interior de la cabina había un asiento y un teléfono viejo, muy usado,

con la carcasa de plástico negro. Me senté. Una madre de aspecto cansado salió del supermercado con su hijo, balanceando un par de bolsas marrones. En la acera de enfrente, junto a un puesto de tacos con un letrero de neón naranja, dos chicas adolescentes, con los brazos llenos de pulseras de oro, se tiraban del pelo mientras esperaban en la cola. Los coches iban y venían por Vermont. Todo eran paisajes que contemplar, no muy distintos de un cuadro.

Me quedé delante del teléfono y busqué una moneda en el bolsillo. Los botones plateados y cuadrados del aparato eran el único hilo que me unía a

los demás. Me recordaron que alguien había bajado a una mina para extraer el hierro, había tenido que sudar horas y horas para sacar a la superficie los materiales que la compañía telefónica necesitaba para fabricar una aleación, fundir el metal en botones cuadrados y grabarlos con una serie de números diminutos con los que podía formarse una secuencia que, conectada a un sistema de cableado eléctrico, emitía una señal a través de los postes y los cables forrados de goma para comunicarme con la única persona en el mundo con la que yo podía hablar.

Muy bien.

Me quedé mirando los botones.
ABC. DEF. GHI.

Seguramente George habría salido para asistir a alguna fiesta en el campus. Iría en su coche. Inundado de chicas. Muy contento, camino de lugares que a mí ya no me era posible alcanzar. Me sabía su número de memoria. Introduje la moneda en la ranura y marqué la secuencia correcta. Me quedé muy quieta en el banco mientras se establecía la conexión. El teléfono sonó varias veces.

¿Hola?

Sujeté el auricular con fuerza. Por un segundo, al oír que contestaba, me quedé

con el plástico clavado en la oreja. Me sentí abrumada y agradecida: *a)* porque George existiera, *b)* porque estuviera cerca y *c)* porque hubiera contestado.

Hola, dije. Soy Rose. Edelstein, añadí.

Rose, dijo. Conozco tu voz de sobra. Oye, me alegro mucho de que llames. Verás...

George, lo interrumpí. No es por lo de hoy.

He sido muy torpe, se disculpó. Yo solo; quiero que...

George, volví a interrumpir, subiendo la voz.

Debió de notar mi alteración, porque

se quedó callado.

¿Qué pasa?, preguntó. ¿Qué es? ¿Joe está bien?

Me quedé mirando a través del cristal la licorería de al lado, al empleado que atendía el mostrador donde se apilaban los estantes de caramelos. Tenía el pelo negro y ondulado, y estaba apoyado en la hilera de botellas relucientes y caras, leyendo la revista *Forbes*.

¿Puedes venir enseguida?, dije.
Estoy en la puerta de Jons.

¿Dónde?

En Vermont, dije.

¿Está bien Joe?

No contesté. Tenía un nudo en la garganta.

No lo sé, contesté al cabo de un rato. Voy a avisar a mi padre. Estoy en la puerta de Jons, repetí mientras el empleado de la licorería se frotaba un ojo y pasaba una página de la revista, la cerraba y la metía detrás de las demás.

¿Ha vuelto a desaparecer?, preguntó George.

Sí, dije en voz baja.

La puerta del supermercado se abrió para dar salida a una pareja de veinteañeros vestidos de motoristas, él cogido de la cintura de ella. La chica iba removiendo una pajita en el fondo de un

granizado.

George emitió una especie de hum y dijo que no me preocupara, que ya había pasado lo mismo otras veces, que todo saldría bien, que Joseph no tardaría en aparecer.

Tardo media hora, dijo.

¿Qué pasa?, oí que preguntaba una voz femenina en segundo plano.

Te espero aquí, respondí con voz débil. En la cabina de teléfono, añadí. Como Superman.

A continuación llamé a mi madre y dejé un mensaje en el contestador del taller para decirle que volviera, y después llamé a mi padre y hablé con su

secretaria. ¿Está ahí?, pregunté. Es por mi hermano. Dígale que llame a su hija.

Ya casi ha terminado, dijo la secretaria. ¿Estás en casa?

No. Estoy en el supermercado. Escudriñé el número de la cabina, que alguien había anotado con trazos muy finos en una pegatina rectangular y pegado debajo de un cristal al cuerpo del aparato. Aquel teléfono era un dinosaurio. Todo en él, incluso los frágiles y temblorosos números escritos con bolígrafo por una mano humana, parecía condenado a la extinción.

Dígame que venga a Bedford Gardens, concluí. Él lo entenderá.

Colgué y me volví hacia el aparcamiento dispuesta a esperar.

Ver a un ser querido en un mal momento es uno de los mejores barómetros de gratitud. Pasadena está a unos veinte minutos de Los Feliz; un poco más de tráfico, más ambiente de viernes. El aparcamiento de Jons se llenó y se vació cinco veces antes de que llegara George. De cada coche bajaba un desconocido con necesidad de comprar comida. Una mujer esbelta de pelo largo y gris. Un hombre corpulento con un traje azul de tres piezas. Un chico desgredado con toneladas de piercings. Ninguno de ellos era quien yo esperaba.

Mi nerviosismo aumentaba cada vez que aparecía un extraño. Intentaba desesperadamente ajustar mi recuerdo a los rostros que veía en el aparcamiento, y cada nueva combinación de nariz, ojos y boca era como una afrenta a mi angustia. Si hubiera visto a un vecino, o a mi antiguo profesor de flauta, o a la panadera, habría salido corriendo de la cabina para abrazarlos. Soy yo, Rose. Rose, diría. Rose.

Estaba sentada en la cabina, muy quieta, con las manos en el regazo. Notaba el olor a moho en las páginas amarillentas de la guía telefónica. Cuando George llegó por fin, en un

Volkswagen Escarabajo destartado y gris, despeinado, con sus gafas, una barba de varios días, sus vaqueros viejos y una camiseta y unas sandalias, me quedé mirando cómo aparcaba, echaba el freno de mano y abría la puerta del coche, y dejé que la sensación de alivio me inundara por completo, porque sabía qué aspecto tendría, y estaba allí, exactamente tal como yo esperaba.

Hola, dije saludando con la mano desde la cabina. Se acercó muy serio, a grandes zancadas. Nos abrazamos. Agradecí el regalo de los obreros siderúrgicos y de los operarios que

habían instalado los postes y tendido los cables de teléfono por toda la ciudad. George olía a manzanas recién cortadas y a seguridad, y hundí la cabeza en la base de su cuello. Pasado un instante me apartó, me sujetó de los hombros y me preguntó qué había pasado. No sabía cómo responder, así que me limité a decir que mi padre estaba en camino y que Joseph se había esfumado: que lo vi y que estaba muy raro, fui a coger el teléfono para llamar y, a los diez segundos, cuando volví, ya no estaba. George asintió. Dejamos su coche en el aparcamiento y fuimos andando hacia el apartamento. Cuando el semáforo de

Vermont se puso en verde para los peatones, George me dio la mano, y los espíritus de los niños que éramos siete años antes cruzaron la calle con nosotros.

Justo cuando llegábamos a la entrada de Bedford Gardens mi padre estaba aparcando en un hueco de la calle. Su despacho no estaba lejos, y para entonces ya había pasado la hora punta. Salió en cuanto su secretaria le dio el recado y vino por Sunset. Dejó el coche

bien encajado entre otros dos y salió con su indumentaria de trabajo, su traje azul marino de raya diplomática gris y su pelo canoso, tan imponente como siempre. Se pasó una mano por la frente como si tratara de ordenar sus pensamientos, saludó a George con un asentimiento de cabeza y me abrazó con más fuerza de lo normal, con las manos como palas en mi espalda.

No te preocupes, dijo al verme la cara.

Se ha ido, dije como una idiota.

Miró hacia las escaleras de Bedford Gardens. Todas las luces del edificio estaban apagadas.

No está ahí, dije.

Mi padre hizo ademán de buscar la cartera y dijo: Vamos a comer algo primero. Y nos cuentas qué ha pasado. No es la primera vez que pasamos por esto. Beth me dijo que estabas muy angustiada cuando llamaste. Me miró fijamente, bajando las cejas. No tienes buena cara, dijo. ¿Joseph se ha lesionado?, preguntó.

No, dije. No había sangre.

¿Drogas?

Tampoco.

Pero apenas me salía la voz, y mientras iba andando entre los dos, hombro con hombro, sentí como si

fueran guardaespaldas que me protegieran de los peligros de las calles. Seguía con los mismos vaqueros y la misma camiseta con que había ido a clase por la mañana, y como no llevaba jersey, a mitad del camino mi padre se quitó la chaqueta y me la dio sin decir nada.

Dejamos atrás restaurantes, librerías, bares de fumadores y cines.

Nos paramos al unísono en la puerta de un café francés cerca de Franklin y entramos. Era un local pequeño, con una fachada de piedra poco agraciada, pero

cálido y acogedor por dentro, con las paredes pintadas de granate, una araña dorada en el techo y cartas enormes para esconderme tras ellas. Había algunos clientes en los taburetes de la barra, disfrutando con la degustación de vinos que se ofrecía el fin de semana, según se anunciaba, escrito con tiza, en una pizarra que estaba detrás. Nos sentamos en un reservado.

Sentaos, dijo mi padre. Él fue a hablar con un camarero, que nos trajo un vaso de agua a cada uno. Bebe, me dijo papá. George esperaba, con las manos unidas sobre la mesa. Todo parecía indicar que los dos habían decidido no

preguntarme nada hasta que estuviéramos instalados. Papá volvió a levantarse para cuchichear con el camarero. Se movía con desenvoltura entre el reservado y la barra. Admiré su manera de andar; me pareció que al moverse doblaba el espacio como si fuera de papel. Rara vez lo veía tan concentrado en una situación como aquella: era el padre que elaboraba listas y que había sacado de la nada aquel taburete hacía tantos años.

Es resolutivo, dijo George observando a mi padre y asintiendo mientras se tiraba de la piel del pulgar. Metí la mano en el bolsillo, encontré un

coletero y se lo pasé.

Se puso colorado. Gracias, dijo. En cuestión de segundos se lo había enrollado en el dedo y estaba tirando del elástico.

¿Has llamado a mamá?, preguntó mi padre cuando volvió a la mesa.

Bebí un sorbo de agua fría. El camarero trajo una tetera marrón y una cestita de té variados.

Bebe eso también, dijo papá. Estás temblando.

Le dejé un mensaje, dije eligiendo una bolsa de té con menta. Allí es tarde. No creo que lo reciba hasta mañana.

Me alegro de que estuvieras allí,

dijo mi padre envolviendo con las manos la taza de café que acababan de servirle.

Mamá me pidió que fuera.

¿Tu madre?, preguntó George.

Me llamó esta tarde y me pidió que fuera a controlar a Joseph. Estaba preocupada.

Papá suspiró con fuerza. Cerró los ojos. La mitad de las veces tiene razón, dijo moviendo la cabeza. Es rarísimo.

Y en aquel rincón, mientras el camarero se acercaba con su bloc de notas, mi padre se rió un poco.

Cuando el camarero anotó el pedido les conté la historia con detalle, pero sin mencionar las patas de la silla. No lo expliqué porque me resultaba completamente inexplicable. Mi padre me escuchaba muy atento, sin dejar de calentarse las manos en su taza de porcelana.

Entonces es lo de siempre, concluyó. Se quedó mirando el café, pensativo, y añadió: ¿Verdad?

Supongo que sí, dije.

En ese caso, ¿por qué te has alterado tanto?, preguntó.

Buena pregunta, señaló George tañendo con mi coletero enrollado en el pulgar.

Enrollé la bolsa de té formando un tubo. El vapor ascendía de la taza formando volutas.

No lo sé, dije en un tono muy poco convincente.

George enarcó las cejas y pasó los dedos por la veta de la madera de la mesa, como si palpara las palabras ausentes, la laguna en mi relato, y me miró fijamente, como si pusiera un marcapáginas para más tarde.

Llegó un filete con patatas para George y un bocadillo de jamón para mi

padre. Yo esperaba una sopa de cebolla.

Empezad, dije.

Mi padre ladeó la cabeza, como si algo no encajara del todo. El bocadillo, con pan de baguette, iba envuelto en papel blanco de carnicero y cortado por la mitad. Lo dejó a un lado.

Vuelve a contarlo, dijo mientras vaciaba un sobre de azúcar en el café. ¿Cuándo llamaste a George?

Después, respondí.

¿Y la ventana estaba abierta?, preguntó papá.

Cuando salí de la habitación estaba abierta, dije.

¿Y cuando volviste?

Seguía abierta.

¿Y entonces llamaste a George?

Un poco después. Fui al supermercado y llamé desde allí. El teléfono de Joseph no funciona.

Creo que eran las siete y cuarto, dijo George metiéndose en la boca una patata frita. ¿Una patata?, ofreció.

Mi padre cogió una con aire distraído.

Estoy tratando de entenderlo, dijo. Y vació otros tres sobres de azúcar en el café. Lo removió. Solo tomaba tanto azúcar cuando quería concentrarse; una vez, mientras estaba investigando un caso muy complicado, se tomó catorce

chocolatinas en un fin de semana.

¿Qué hiciste exactamente en ese momento?, preguntó inclinándose hacia delante con ademán deliberado. Además de las series de médicos le gustaban mucho las de policías.

¿En ese momento?

Cuando volviste a la habitación. ¿Ya no estaba?

Exacto.

¿Te acercaste a la ventana?, preguntó papá.

Miré hacia la calle por la ventana del restaurante y me fijé en el leve resplandor del parachoques plateado de un coche aparcado a un metro de allí.

Veía borrosa a la gente que pasaba.

No, dije.

¿No?

No.

¿Por qué no?

No lo sé. Estaba alterada.

¿Lo buscaste en la habitación?

No.

¿De verdad?

No estaba en la habitación, dije
mirando a mi padre.

¿Cómo lo sabes?

Lo sé.

Yo habría buscado, dijo él. Y bebió
un sorbo de café.

¿Está bien dulce?, pregunté.

Bajó las cejas y dijo: ¿Perdona?

No se oía nada, dije. No estaba en la habitación.

Yo eché un vistazo alrededor del edificio, intervino George. No vi nada.

¿Qué hiciste entonces?, continuó mi padre.

Me agazapé en la esquina del reservado. No estaba allí.

Me parece raro que no miraras por la ventana, insistió mi padre, recostándose en el asiento y cruzando los brazos. Es lo primero que habría hecho cualquiera, dijo.

Es verdad, dijo George.

Miré después, dije.

¿Y?

Ni rastro, contesté envolviéndome en la chaqueta.

Papá desenvolvió el bocadillo.

Nadie parecía fijarse en que la ventana era muy pequeña y no habría sido fácil salir por allí. Nadie tenía en cuenta que la hiedra que crecía al pie de la ventana estaba intacta, sin indicios de haber soportado el impacto de un cuerpo. Como la ventana era la única explicación posible, mi padre dedujo que Joseph había logrado colarse por allí, flotar y caer como si fuera ingrávido. O bien evitó aterrizar en la hiedra o bien se tomó la molestia de

ahuecarla antes de salir disparado en la oscuridad. La imagen casaba con mi hermano. Un hombre vestido de negro, como un ladrón en la noche, capaz de saltar a un tren de mercancías en marcha y terminar en una isla remota convertido en rey.

Papá dio una palmada en la curva de la plancha de vinilo rojo que cerraba la cabina del reservado. A continuación probó su bocadillo. Está bien, dijo con la boca llena. No haré más preguntas. Lo siento.

Me puse a temblar otra vez. El terror me estremeció visiblemente, como un terremoto.

George me acercó la taza de té y me animó a beber un poco más.

Volverá, dijo papá acariciándome una mano. Siempre vuelve.

Me trajeron la sopa, con una corteza de queso gratinado y dorado en los bordes. El camarero la depositó con cuidado delante de mí y hundí la capa de queso con la cuchara para mezclarla con el caldo de cebolla y la miga de pan. El olor de la sopa se apoderó de la mesa, llenándola de tibieza. Y como las circunstancias rara vez coinciden, y una tarde puede ser una mezcla de alegría y de horror, el sabor de la sopa me produjo un inmenso placer: caliente,

amable, preparada con esmero, plena. Era sin duda la mejor sopa que había probado en mi vida, hecha por un chef que encontraba un buen refugio en la cocina y se sumergía por completo en su trabajo.

Muy buena, murmuré.

George seguía llenándome la taza de té y animándome a beber.

Comimos en silencio. Cuando fuimos a pagar, mi padre insistió en invitar a George. Los camareros nos dijeron adiós desde la cocina y nos dieron las gracias mientras cruzábamos la puerta giratoria blanca.

Había mucha animación en Prospect Avenue, ya era noche cerrada y la media luna lanzaba destellos de plata entre las nubes deshilachadas. George contestó someramente a varias preguntas sobre la universidad que le hizo mi padre y a continuación volvimos en silencio a

Bedford Gardens, pasando por delante de una cafetería que en ese momento estaba llena de gente ingiriendo cafeína para afrontar una larga noche. Dejamos atrás las hileras de viviendas construidas en los años veinte, con sus porches desvencijados y sus columnas de madera, sus patios solados al estilo español y sus tejados de teja roja. Pasamos por delante de la iglesia situada en la esquina de Prospect y Rodney, donde a veces yo espiaba a los grupos de chicos y chicas que se sentaban en la escalera con una taza de café. Y pasamos también junto a una familia de palmeras, bajas, medianas y

altísimas. Los demás árboles de la calle, higueras y ciruelos, extendían sus ramas enredadas y brillantes a la luz de la luna.

Cuando llegamos a la entrada del edificio mi padre me abrazó. Le pregunté si quería subir a echar un vistazo al apartamento, y me sorprendió que dijera que no. No es un hospital, dije. Pero en vez de contestarme le preguntó a George: ¿Estarás al tanto? George asintió. Lo acompañamos hasta el coche. Le dije que volvería a casa enseguida, en cuanto recogiera mis cosas. Estrechó con fuerza la mano de George y dijo: Muy bien, sin que viniera a cuento. George y yo nos quedamos

mirando mientras se marchaba. Los coches pasaban despacio, buscando aparcamiento, y en cuanto las luces de freno del coche de mi padre se iluminaron, otro conductor puso el intermitente para reclamar la plaza.

George, que había estado más callado de lo normal en el restaurante, esperó a que yo tomara la iniciativa y poco después entramos en el recinto de la urbanización. Yo no me sentía con fuerzas para enfrentarme a las escaleras, de manera que nos paramos junto a la fuente de la sirena que arrojaba un chorro de agua intermitente. La sirena de piedra descansaba sobre una roca, con

un cántaro inclinado, y de allí salía el agua: de su cántaro al mar. Nos sentamos en el muro que rodeaba la fuente rota. La piedra estaba húmeda, pero no me importó. La sensación de humedad en los vaqueros, aunque incómoda, me resultaba más llevadera que el rato que había pasado mientras cenábamos tratando de explicar lo sucedido.

Oye, Rose, dijo George pasados unos momentos, rasgando una hoja de una platanera cercana.

¿Sí?

Se volvió a mirarme. El patio estaba oscuro y solo las luces exteriores de

algunos apartamentos arrojaban un leve resplandor sobre el cemento. Un taconeo breve y seco resonó en la calle. George se puso a pelar minuciosamente las distintas secciones de la hoja, dejando las venas y el esqueleto intactos. Estaba muy concentrado en la tarea. Incluso con su habitual expresión de sorpresa en las cejas, incluso caviloso y cansado, me resultaba irresistiblemente atractivo.

Soltó un suspiro y dijo: Nada. Perdona.

¿Qué?

Noté que pasaba mentalmente a otro asunto. ¿Cuándo te teñiste el pelo?, preguntó.

Me toqué las puntas. Es un experimento, dije. El mes pasado.

Te queda bien, dijo. ¿Qué tal en el instituto?

Como siempre, contesté. ¿Y tú?

Bien, dijo mirando la hoja. Puede que este verano me vaya a Boston.

A Boston, repetí vagamente.

Al MIT.

Estábamos sentados frente a la entrada. La gente pasaba apresuradamente. Yo sentía el cuerpo de George, muy cerca del mío, cálido y lleno de vida, y de pronto me acordé de la invitación de Eliza y de que al final ni siquiera le había dicho si iría o no. Me

surgió un imprevisto, pensé, practicando la disculpa. George alargó la mano entre las frondas de los helechos que enmarcaban la fuente, los helechos que proliferaban con la humedad que producía el chorro intermitente del cántaro.

Gracias por venir, dije. De verdad. No sé cómo agradecértelo.

Por favor, dijo. Me alegro mucho de que me hayas llamado. Y también me alegré cuando llamaste la primera vez, de verdad...

Me acerqué un poco más a él. Sin llegar a rozarlo, solo un poco más cerca. Tenía unas ganas desesperadas de

abrazarlo, pero no en el buen sentido. Deseaba olvidarme de todo durante un par de horas.

Te echamos de menos en Pasadena, dije.

George asintió.

Todos, añadí. Yo.

...

Sí.

Sí.

A Boston, dije.

¿Puedes contarme lo que viste?, preguntó con delicadeza.

Bajé la cabeza y dije: No.

Inténtalo.

Puse cara de no saber qué decir. No

sé cómo explicarlo, dije.

Pero hay cosas que no has contado, señaló.

Me quedé mirando el suelo. Una grieta salía del muro de la fuente y cruzaba el patio como un relámpago petrificado.

George dirigió la vista hacia el apartamento de Joseph. Una ráfaga de sombras nos cubrió los pies cuando George pasó las manos entre los helechos. Las formas de las hojas se dibujaron en el suelo a la luz del resplandor que la lámpara de la escalera proyectaba en el patio.

¿Subimos a ver qué pasa?, propuso.

Me imaginé a mi madre recibiendo el mensaje a la mañana siguiente y saliendo de inmediato camino del pequeño aeropuerto de Nueva Escocia, rezumando preocupación y dispuesta a hacer varias escalas en el vuelo para llegar lo antes posible.

¿Por qué tiene un cántaro?, pregunté.

¿Quién?, dijo George.

La sirena. ¿Para qué necesita un cántaro?

George se levantó y dijo: Vamos.

Nos detuvimos en la puerta del apartamento de Joseph.

¿Qué es esto?, dijo George empujando el borde de la cama.

Su cama, dije. Lleva varias semanas aquí. Dijo que quería dormir en el suelo.

Vaya, dijo George.

El teléfono estaba encima de la cama. ¿Y esto?, preguntó.

Lo dejé yo, dije. No funciona.

No había cerrado con llave al salir, y la puerta se abrió con solo empujarla. Nos adentramos en la oscuridad. Las sombras de los muebles ocupaban los mismos lugares; todo estaba inerte, en silencio. El vacío era muy profundo. Nos habría alegrado muchísimo encontrar a Joseph tirado en la alfombra, como lo encontró mi madre un par de meses antes, pero el silencio hueco de la casa, como a la espera de producir un

eco, de aullar tras haber cultivado sus aullidos, hizo que me entraran ganas de dar media vuelta y salir de allí.

George entró con el teléfono en la mano con intención de hacer lo más evidente, lo que a mí no se me había ocurrido: comprobar el enchufe, junto a la cocina.

Está desconectado, dijo. Y enchufó el cable en la clavija. Volvió y me dio la mano.

¿Dónde está su cuarto?, preguntó.

De pronto parecía un poco nervioso.

¿No has estado aquí nunca?, dije.

Se encogió de hombros levemente.

Al principio, dijo, pero hace mucho que

no vengo.

Cruzamos juntos el pasillo. Salvo las tardes que pasaba con Eddie, rara vez estaba sola con un chico, y mucho menos con él. ¡Llevaba años soñando con ese momento, desde que era pequeña: el momento de estar con George en un apartamento vacío, cogidos de la mano! Y cuando por fin ocurrió me resultó todo muy lejano, como si hubiera visto la escena en una foto o la hubiera leído en el diario de otra persona. Era como si avanzáramos con cautela sobre los tablones de un puente colgante. Me apretó la mano, y me agarré con fuerza a la suya.

La puerta del dormitorio de Joseph seguía abierta al final del pasillo, de manera que solo nos quedaban unos pasos para entrar, y una vez dentro, al hilo de las conjeturas de mi padre, George me soltó la mano, fue derecho a la ventana y se puso a mirar por todas partes.

Yo me quedé en el umbral mirando la mesa, el ordenador abierto. La silla.

George cerró y abrió la ventana y empezó a registrar la habitación a fondo: el armario, con las camisas de cuadros y las botas; los lápices en la mesilla, la página del *New York Times*, que se iluminó al pulsar una tecla del

ordenador.

¿Por qué ha sacado la cama?, preguntó detenido en el espacio rectangular junto a la mesilla.

No lo sé, respondí. Dijo algo de la espalda.

No sé si ha llegado a dormir aquí, dijo George tirando del elástico enrollado en su pulgar. No hay señales de que nadie haya dormido en la alfombra.

Me acerqué a él. El peso de la habitación vacía me producía la misma extraña sensación que había tenido otras veces a lo largo de los años.

Bueno, dijo George. Me miró

fijamente, concentrado, tratando de facilitarme las cosas. ¿Por qué no intentas explicarme que pasó?

Me moví sin levantar los pies del sitio. Lancé un suspiro. Sintiendo que mi voz era demasiado invasiva, me limité a señalar la silla y la mesa.

Ahí, dije.

George me observó atentamente, dulce y hermoso. Se acercó a la silla, se sentó y me miró con aire expectante. ¿Qué otra cosa se le habría ocurrido a cualquiera? Si alguien señala una silla al tiempo que dice «ahí», lo más normal, como hizo George, es sentarse a la espera de lo que vendrá a continuación.

Todos decimos a veces: Será mejor que te sientes para escuchar lo que voy a decirte.

De manera que George se sentó sobre la prueba.

No, perdona, dije sonriendo levemente. Levántate.

Asintió. Se levantó. Vale. ¿Y?

Le tiré del brazo y lo acerqué a mí para que mirara la mesa de frente. Me cogí de su brazo con fuerza.

Ahí, dije. Ahí.

Es una silla, dijo George. Y una mesa.

Eso es lo que pasó, dije.

No te entiendo, dijo George.

Seguí señalando. Le tiré de la manga. Ahí, repetí.

¿La silla tiene algo que ver con Joseph?

Sí.

¿Puedes decir algo más?

No.

¿Por qué no?

Me llevé una mano a la frente. Allí vivían las palabras. Debajo de otras palabras.

No sé cómo decirlo, dije. Está ahí dentro.

¿Está sentado?

No.

¿Está en una silla de ruedas?

No, repetí.

¿Se ha convertido en una silla?, tuvo la genialidad de preguntar.

¡Ay!, exclamé. Me ardieron los ojos, me escocieron, y al oír mis lágrimas George me miró muy deprisa y me cogió de las manos.

¿Rose?, preguntó desconcertado.

No te muevas, dije. Solo un segundo. Por favor.

Los coches pasaban por la calle pitando. Cerré los ojos y apreté una de sus manos entre las mías, tan cálida, los dedos un poco más largos que los míos, para disfrutar de ese calor que recordaba de hacía muchos años, cuando

habíamos ido juntos a la tienda de galletas. Nos quedamos varios minutos mirándonos y respirando el uno frente al otro, más cerca de lo normal. Noté el olor familiar de su jabón de frutas y de la camiseta limpia, recién sacada de la lavandería.

No entiendo, susurró.

Me reí un poco, sin abrir los ojos.

Yo tampoco, dije. No entiendo nada.

Por favor, le rogué.

Todo mi ser estaba gritando: Ahora. Solo una vez. Olvídate de todo. No te vayas. Por favor.

Rose..., dijo.

Pero no se movió, ni para acercarse

ni para alejarse. Tampoco yo me moví, y entonces fue como si una brisa ligera entrara por la ventana y nos acercara los escasos centímetros que faltaban. Primero los codos, luego los hombros se rozaron; me abrazó y nos pegamos el uno al otro, y yo levanté la cara para posar la frente en su mejilla, y me convertí en una adolescente aterrorizada; nos dimos un beso desastroso, lleno de compasión o de preocupación, pero a la vez maravilloso, porque era George y yo quería besarlo desde que tenía uso de razón. Un beso suave, labios con labios, sin hacer fuerza. Su boca me supo a luz

del sol, a serenidad y a madurez.

Fue como si entre los dos transformáramos la habitación. Una habitación que no contenía nada y de pronto pasó a contener a dos personas que se conocían desde hacía muchos años. Hubo persuasión, invitación y una dulzura terrible en la manera en que despertó mi cara, en sus dedos, en cómo nuestras manos acariciaban hombros, mejillas y espaldas, y en cómo todos los caminos por fin convergían en el mismo punto. La ola cobró intensidad y altura: me apreté contra él y él se apretó contra mí, y sentí como si fuéramos en un coche y torciéramos en una esquina para

adentrarnos con urgencia por calles nuevas mientras la gravedad nos empujaba cada vez más hacia abajo, y de pronto los dos pisamos el freno, quisimos ralentizar. Separamos las caras. Nos besamos despacio, más despacio. Pausas. Adornos. Signos de puntuación. Me agarré con fuerza a sus brazos. Acuérdate de esto, me dije. Él me sostuvo la cara entre las manos, me acarició los hombros y el cuello, y estuvimos así casi una hora, con manos y labios y piel y silencio.

Gracias, dije sin abrir los ojos. Nadie ha visto nada. Ni siquiera yo.

Yo sí, dijo él.

Cuando mi madre llegó el domingo a Los Ángeles, tras doce horas de viaje desde Nueva Escocia, nos abrazamos en la puerta de casa. Ella no dejaba de enmarcarme la cara entre sus manos, como si quisiera asegurarse de que era yo. Intentó alisar las arrugas de

preocupación que surcaban mi frente, pero en lugar de borrarlas, pasaron de mi frente a la suya, como dibujadas por un rotulador invisible. Le preocupaba verme tan alterada. Normalmente yo hacía lo mismo que mi padre: me tomaba las desapariciones de Joseph con mucha calma y me limitaba a esperar a que volviera. A pesar de todo, mamá no parecía cansada tras el viaje, y traía las mejillas coloreadas por los enérgicos vientos del este.

Nos quedamos frente a frente en el pasillo.

Gracias por ir a verlo, dijo. Me apretó el hombro. Sus ojos cambiaron

de expresión. Escucha..., continuó.

Negué con la cabeza. No es necesario, dije. Hay cosas más importantes de las que preocuparse. No pienso decir nada.

Me besó en la frente con ardor, con agradecimiento, y allí dejó sus lágrimas. Cogió el bolso y dijo que iba directamente a Bedford Gardens, para cerciorarse.

Me quedé escuchando el ruido del motor hasta que el coche se alejó, y empecé a dar vueltas por la casa. No podía estarme quieta. Pensé en llamar a alguien —a Eliza, incluso a Sherrie—, pero la única persona con la que de

verdad quería hablar era George, y tenía la sensación de haberle pedido ya demasiado. No me apetecía llamar a Eddie. El caso es que mientras mamá estaba en casa de Joseph y papá se sentaba a ver el primer capítulo de una miniserie sobre la guerra de Secesión, me fui a la cocina. Las ventanas estaban abiertas; las superficies limpias. Ví una cabeza de ajo solitaria en la encimera y me puse a desgajarla con el pulgar. Aplasté los dientes uno por uno con la hoja de un cuchillo grande. La piel, como papel, se desprendió de la carne amarilla y firme. Triturada.

Mi madre no había visto hasta

entonces la cama de mi hermano en la terraza y volvió demasiado angustiada para cocinar, así que me ofrecí a preparar la cena. En realidad ya había empezado. Mientras papá hablaba con ella en voz baja en el cuarto de estar, llené una cazuela con agua para hacer espaguetis. Abrí una lata de tomate y doré el ajo y la cebolla en el aceite de oliva chisporroteante. Era la primera vez, que yo recordara, que preparaba un plato de principio a fin. Me concentré al máximo en la tarea y, mientras picaba el perejil, me limité a dejar que los ingredientes se fueran encontrando, como había detectado en la sopa de

cebolla.

La cena está lista, anuncié al cabo de una hora. Mi padre entró al momento, desperezándose, y mi madre lo siguió con ojos cansados y empezó a poner la mesa, con los hombros encorvados. Dejé en el centro un bol de queso parmesano y le serví a cada uno un plato de espaguetis con salsa marinara. Papá me alborotó el pelo como si fuera una niña; mamá abrió una botella de vino. Cogieron los tenedores y comieron en silencio, sin levantar la cabeza del plato. Los estuve observando unos minutos, hasta que mamá me preguntó si no pensaba probarlos. Su pregunta me

hizo sentir la estrechez del pasillo y me puse a remover la pasta con el tenedor. El primer plato que preparaba yo sola. Me tembló la mano ligeramente al probarlo.

La salsa estaba buena, sencilla y densa.

Tristeza, rabia, tanques, agujeros, esperanza, culpa, berrinches. Nostalgia, como flores marchitas. Una fábrica, fría.

Me apreté los ojos con la servilleta.

Ya verás como todo se arregla, dijo papá acariciándome la mano.

Solo una vez durante la comida mi

madre levantó la vista del plato. Tenía los ojos llorosos. ¿Lo has hecho tú?, dijo.

Sí.

Está muy bueno, Rose. ¿Dónde has aprendido a cocinar?

En ninguna parte, dije. No sé. ¿Viéndote a ti?

¿Has estado practicando?

La verdad es que no, dije.

Repitieron los dos. Yo no comí más que cuatro bocados.

Papá retiró su plato de la mesa, lo enjuagó y salió de la cocina.

Mamá no se movió. Notaba en sus ojos las oleadas de preocupación por

Joseph, mientras se estiraba los párpados con las yemas de los dedos.

Nos quedamos un rato allí. Yo intentaba conservar la calma después de haber probado la comida. No entendía la mayor parte de aquellas emociones.

Mi madre se levantó al cabo de un rato, con movimientos más lentos de lo normal, y entre las dos lavamos los platos; vimos teñirse el fregadero de rayas rojas y pasamos las sobras a un cuenco. Comprobé los ingredientes del paquete de pasta para ver de qué fábrica venían, pero seguía sin entender nada.

Mamá terminó de aclarar y empezó a secar los cubiertos. El jabón

lavavajillas olía a lavanda y era de color violeta claro. Al otro lado de la ventana, la cadena de un perro que paseaba al lado de un vecino lanzó un destello a la luz de la farola.

Escurrió la bayeta para que se secara y la dejó en el puente del fregadero, entre las dos cubetas. Me pareció que se había olvidado de mi presencia.

¿Dónde estás?, interrogó a la noche, murmurando a través de la ventana.

Cuarta parte

Aquí

Seguí viviendo con mis padres los que deberían haber sido mis años de universidad. Dejé los estudios. Primero trabajé como profesora particular para niños de primaria y luego como auxiliar administrativa en una empresa de publicidad para la televisión por cable.

Todas esas personas sonrientes que mi padre y yo veíamos en la pantalla cuando nos sentábamos a ver la tele pagaban mis facturas.

Mientras Eliza, Eddie y Sherrie cumplían su ciclo en la residencia y las cafeterías del campus, yo quité de mi habitación los pósters de artistas de cine y los sustituí por paisajes y reproducciones de arte. Guardé en el armario el ajado taburete conyugal, embale en cajas las muñecas y los libros del instituto y lo llevé todo al garaje. Tal vez fuera mejor para mí simplificar las cosas y evitar por completo el drama de los comedores universitarios, pero

principalmente me quedé en casa porque Joseph se había ido.

Tras mi visita a su apartamento regresó una vez más. Mi madre pasaba por su casa a diario, varias veces al día, y el sexto día volvió a encontrarlo tirado de bruces en el suelo de su apartamento, como una estrella de mar. ¡Ha vuelto!, nos anunció por teléfono con voz cantarina. ¡Está vivo! No se separó de él mientras estuvo en el hospital: le besaba las manos, abrumada de felicidad por la conmutación de la condena, y mi padre asintió como si lo supiera desde el principio, y se hicieron muchas llamadas, resonaron las trompetas, pero

yo no experimenté ningún alivio. Llegaron muchos médicos para hacerle toda clase de pruebas, y mi padre consultó con expertos y pidió favores, pero Joseph volvió a esfumarse a los pocos días de que le dieran el alta. En cuanto pasó una hora solo en su apartamento desapareció para no volver nunca más. Ni siquiera tuvimos tiempo de decidir si era buena idea que siguiera viviendo solo en Bedford: se fue allí con el pretexto de recoger sus libros mientras mamá hacía la compra y se esfumó. Para mí no fue una sorpresa: desde el día en que lo vi transformarse estaba preparada para el futuro

inevitable. Aunque regresara una, dos o tres veces más, ya estaba en camino hacia donde fuera, y lo que yo había visto ese día era un presagio inequívoco. El momento más aleccionador de mi vida.

Esa última vez, cuando reapareció pálido, exhausto, más seco y deshidratado que nunca y negándose a decir nada, un día fui a verlo al hospital, y nunca más lo vi.

Mi madre seguía pasando por su apartamento todos los días camino del trabajo. Para controlar. Le encantaba su

apartamento, decía cada vez que pagaba el alquiler, besando el sobre antes de echarlo al buzón. Volverá aquí, decía, cuando pasábamos por delante. No rescindió el contrato de alquiler, a pesar de que las filas y las columnas del libro de contabilidad de cuero rojo aconsejaban lo contrario. Pasados seis meses, mi padre trató de convencerla de que Joseph sabía dónde vivíamos —en Willoughby— y de que volvería allí, a la que había sido su primera casa, pero ella levantaba las cejas cada vez que él sacaba el tema y abandonaba la habitación sin decir palabra. A veces, cuando hablábamos de Joseph, se

marchaba en mitad de la conversación, no ya de donde estuviéramos sino de la propia casa, y oíamos alejarse su coche. Nunca la vi coger las llaves. Creo que tomó la costumbre de dejarlas puestas en el motor de arranque, preparadas para la huida.

Las noches que pasaba en casa, en el cuarto de la tele, acurrucada cerca de mi padre y ese libro rojo, con la televisión encendida pero en silencio, la alfombra convertida en una vidriera de colores proyectados desde la pantalla, él le decía al oído que deberían invertir el dinero del alquiler para el futuro, para el día en que Joseph volviera y

necesitara sus ahorros.

Todavía no, decía ella, incorporándose en el sofá. Tengo la sensación de que volverá pronto y necesitará ese apartamento. Hoy, cuando venía en el coche, lo he sentido con mucha fuerza.

Pasaba las yemas de los dedos por encima de los números anotados en el libro, como si pudieran arremolinarsse y convertirse en la clave que le indicara dónde buscar a Joseph.

Fue el casero el que finalmente quiso rescindir el contrato; quería

cambiar los electrodomésticos y, al descubrir que al parecer no vivía nadie en el apartamento 4 de Bedford Gardens, se enfadó y llamó a mi madre. Ella le contó la historia de que Joseph estaba estudiando antropología en la Costa Este, pero de vez en cuando venía a Los Ángeles y le gustaba mucho estar allí. ¿No era preferible tener un inquilino, aunque no viviera en la casa permanentemente? El propietario, que temía que mi madre pudiera subarrendarlo, le pidió que sacara sus cosas, y así fue como un lunes nublado y frío me tomé la mañana libre en el trabajo para acompañar a mi madre a

vaciar el apartamento y cargarlo todo en la misma furgoneta Ford verde que le habían prestado en el almacén de madera años atrás. No había mucho que embalar. Todo tenía el mismo aspecto que cuando estuve allí por última vez, incluso se notaba en la cocina el mismo vago olor a almidón.

Me sentía muy incómoda y me mantuve al margen, como un guardaespaldas, sin apartar la vista de las cosas de Joseph. Mi madre lloró en todas las habitaciones. Se acercó a la ventana de su dormitorio y tuvo que sujetarse al marco, como un cuadro para que los vecinos pudieran mirar desde

sus mundos y verla allí. Se quedó un buen rato delante del armario, como si buscara una trampilla secreta abierta por mi hermano en la pared que condujera a un nido que él hubiera hecho en la estructura del edificio. Como si fuera el rey de alguna ciudadela subterránea al frente de un ejército de topos y de ratas.

Anoche tuve un sueño, me dijo cuando cerramos la puerta y volvimos a la furgoneta cargada, al aire limpio y fresco. Se guardó la llave de repuesto en el bolsillo. Metí la mesa plegable y la silla detrás de los asientos en lugar de cargarlas detrás, para que no se deslizaran o se cayeran al tomar una

curva.

Soñé que estaba haciendo surf en Australia, dijo ya instalada al volante.

Encendió el motor. Su perfil era sereno, algo cansado, con pequeñas arrugas en las comisuras de los labios. Me miró y dijo: ¿Te parece ridículo?

Yo llevaba la vieja ensaladera de bambú de mi abuela en las rodillas. Con la otra mano sujetaba la mesa y la silla por detrás del asiento.

Seguro que le gustaría, dije. He oído que allí se ven millones de estrellas.

Se alejó del bordillo y condujo un rato en silencio. Me alegré de irme de allí. Mientras cruzábamos Sunset me

aprendí todos los detalles de la ensaladera de bambú, que empezaba a agrietarse por un lado. Pasamos por un bache al subir por la colina hacia el norte. Las cajas se movieron en la parte trasera de la furgoneta.

Nos paramos en un semáforo cerca de Western y mamá se volvió hacia mí, sin ninguna expresión en el rostro.

Rose, dijo. Escucha. Al final no terminamos aquella conversación. Quiero que sepas que romperé con él si tú quieres, dijo.

¿Con Joseph?, pregunté dando golpecitos a la ensaladera y esbozando una leve sonrisa.

Mi madre arrugó la frente con gesto desconcertado y dijo: Siento muchísimo que lo descubrieras. He intentado ser muy discreta...

Has sido muy discreta, dije.

Agachó la cabeza. Las lágrimas fluyeron desde las comisuras de los párpados, deslizándose bajo la montura de sus gafas de sol.

¿Crees que tu hermano se ha ido por eso?, preguntó. No puedo dejar de pensarlo. Tú lo descubriste, puede que él lo descubriera.

Pasé una uña por la grieta de la ensaladera.

Mamá, dije. No es nada nuevo. Lo sé

desde que tenía doce años.

Me miró sorprendida.

¿Doce?

Doce, repetí.

Se puso a contar en voz alta. No entendí qué significaban los números.

¡Pero ese fue el año en que empezó!, dijo.

Asentí dándole un toque a la ensaladera.

¿Te lo dijo alguien?

No.

¿Oíste algo sin querer?

No. Solo lo intuí, dije.

El semáforo se puso en verde.

Siempre has sido así, desde que eras

pequeña, observó pensativa. Siempre venías a abrazarme justo cuando yo necesitaba un abrazo. Como por arte de magia.

Mamá, dije.

Yo quiero a tu padre...

Mamá, no pasa nada.

Los coches que estaban detrás empezaron a pitar. Se inclinó para acariciarme la mejilla, la oreja, el pelo.

¡Arranca!, gritaron desde un coche.

Arrancó, y un conductor nos adelantó y nos sacó el dedo.

¡Matón!, le dije.

¡Qué hija tengo!, dijo mi madre.

¡Qué hija tan increíble y tan preciosa!

Fijé la vista en la carretera. Las manos en la ensaladera. Qué cómodo para ella interpretar como un acto de generosidad lo que para mí era cuestión de supervivencia.

No era magia, dije. Se notaba a la legua que necesitabas un abrazo. Oye, mamá, ¿te acuerdas de cuando pensaste que Joseph sería tu guía? ¿Cuando era un bebé?

Sujetó el volante con fuerza. Sí, dijo, con la voz quebrada.

¿Él también lo es?

Se secó las lágrimas de la mejilla y preguntó: ¿Qué quieres decir?

Larry, dije.

Larry, repitió. Era la primera vez que pronunciábamos su nombre.

Miré por la ventanilla, a la espera de su respuesta. Restaurantes y tiendas de comida rápida.

No es como tu hermano, dijo despacio. Pero me ha ayudado mucho.

En ese caso está bien, dije.

Es un buen hombre.

No quiero saber los detalles, dije. Pero está bien.

Sé que está mal, admitió ella. Y volvió a dejarse llevar por el pánico. Encogió los hombros. Sé que debería dejarlo, dijo.

Nadie te lo ha pedido, respondí.

Una vez en casa descargamos la furgoneta en el jardín. Varias cajas de ropa y de libros científicos. Los muebles viejos. La ensaladera y varios platos y cubiertos desparejados.

Levanté una caja y pregunté: ¿Dónde la pongo?

En su dormitorio, dijo mamá con un suspiro. Por favor.

Me costó entrar con la caja en brazos. Mi madre ocupaba ahora el dormitorio de Joseph a tiempo parcial; dormía allí muchas noches, para sentirse más cerca de él cuando lo echaba especialmente de menos, decía. Todo

estaba lleno de cosas de mamá: un montón de blusas, su albornoz turquesa, sus joyas en el escritorio de Joseph y el maquillaje en la mesilla.

Hicimos varios viajes para apilar las cajas contra la pared.

A mamá le gustaba mirar los pósters de Joseph, curiosear en los cajones de su escritorio, pero el dormitorio de mi hermano tenía otra ventaja: la puerta de roble que ella misma había instalado tantos años atrás. Eso no lo decía. La puerta tenía su propia cerradura y su propia llave, de manera que mi madre podía entrar y salir a su antojo, y desde que empezó a dormir allí, nunca supe

cuántas noches pasaba en casa. Si mi padre estaba molesto por ese nuevo grado de independencia, se cuidó mucho de decir nada. Yo los veía más cariñosos que nunca el uno con el otro: hablaban en voz baja y se sentaban muy juntitos en el sofá; pero, aun así, a veces, cuando me despertaba por la mañana, veía a mi padre agachado, dejando una bandeja con una taza de té en la puerta de la habitación de Joseph.

Él seguía mostrándose incomprensiblemente ajeno a todo, y a mí se me ocurrió que mi madre quizá albergara en su interior una especie de hospital en miniatura, un espacio que él

evitaba con el mismo celo con que daba un rodeo para no pasar cerca de los grandes hospitales que salpicaban el mapa de la ciudad.

No volví a hablar con él de dónde estaría mi hermano. No hubo más teorías sobre huidas por la ventana ni más comprobaciones. No hubo más afirmaciones alegres de que nos estábamos preocupando todos en exceso. Papá empezó a tomar la costumbre de salir a correr, para dar un propósito a esos pies que no podían estarse quietos, y a veces, un par de horas después de la cena, me asomaba a la puerta y lo veía dar vueltas por el

barrio en la oscuridad, con una camiseta vieja y harapienta y unos pantalones cortos. Cuando volvía empapado en sudor, al resplandor de la luz amarilla del porche yo veía alrededor de sus ojos una rojez más intensa que el acaloramiento de sus mejillas. Siempre dejaba una toalla en el borde de una maceta para secarse la cara y el pelo antes de entrar en casa.

Cuando terminamos de descargar la furgoneta, mamá me abrazó, me dio un beso en la mejilla y me inundó de agradecimiento; tantas veces y con tanto

énfasis me dio las gracias que la palabra terminó por subrayar una vez más lo mucho que necesitaba a Larry.

Yo me fui a trabajar y ella a devolver la furgoneta. Las cajas de Joseph estuvieron semanas donde las dejamos, arrimadas a la pared de su habitación. Mamá decía que era incapaz de abrirlas, y al final fui yo quien se ocupó de desembalarlas en una sucesión de atardeceres, cuando los días empezaban a ser más largos. Lavé la ropa, la doblé y la guardé en los cajones vacíos; coloqué los libros en las estanterías, y el único cazo que Joseph usaba para prepararse una sopa de

fideos terminó en la cocina con el resto de las cazuelas. Las cosas de la abuela —la ensaladera, el flexo— las dejé en el garaje, de donde habían salido. Tiré a la basura paquetes de arroz y de pasta. Dejé las sillas Morehead y la mesa plegable apoyadas en la pared, dentro del armario, temiendo el día en que mi padre o mi madre tuvieran un arretrato de pena o de terror y decidieran deshacerse de ellas.

Avisadme, dije mientras me limpiaba el polvo de las manos. Si pensáis tirar algo, avisadme primero, insistí.

No pienso tirar nada, dijo mi madre.

Por todo esto —porque las cosas de mi hermano habían vuelto a casa, por la nueva distribución de las habitaciones, por las conversaciones en el coche y las carreras nocturnas de mi padre— no era un buen momento para que la única hija que les quedaba se fuera de casa. Necesitábamos vivir juntos, como si la casa fuera un puesto de control o quisiéramos demostrar que nada había cambiado, y si mi padre no pasaba lista a la hora de la cena, si no marcaba la casilla correspondiente junto al nombre de mi madre y el mío, era solo porque de hacerlo daría la impresión de que no

sabía contar.

¡Todos juntos!, repetía a diario cuando empezábamos a pasarnos los platos.

Poco después de la última desaparición de Joseph, George también metió sus cosas en cajas, las cargó en su destartalado Escarabajo gris y recorrió cinco mil kilómetros hasta Boston. Iba a empezar un máster en el MIT y, durante los primeros meses, llamaba al menos

una vez a la semana.

¿Alguna noticia?, preguntaba al final. Y yo siempre decía: Ninguna.

Nos decíamos adiós, que duermas bien, hablaremos pronto.

Un día, cuando el verano dio paso al otoño, después de que me hablara del montón de trabajo que tenía y de las horas de laboratorio que le habían asignado, de oír cómo no paraba de revolver frenéticamente las cosas que tenía encima de la mesa mientras hablaba conmigo, incluso después de que sonara un despertador, me senté en el suelo de la cocina, junto al teléfono, y le dije que estábamos todos bien, que no

se preocupara, pensando que llamaba solo por obligación.

Al momento cesaron todos los ruidos de fondo.

¿Qué quieres decir?, preguntó. Si llamo es porque quiero.

Formé una torre con las guías de teléfono amarillas.

Quiero decir que no tienes por qué compadecerte de mí, dije mientras alineaba las esquinas de las guías. La compasión es un asco, dije. Me ayudaste mucho ese día. Gracias.

Rose, dijo en tono ofendido. Los ruidos se amortiguaron mientras se sentaba en una silla. No lo hago por

compasión, ni mucho menos. ¿Por qué dices eso?

Los vecinos encendieron los aspersores del jardín para regar el césped. Estaban intentando hacer crecer un aguacate a partir de un hueso.

Por favor, George. Nunca he esperado nada más de lo que pasó ese día, dije.

Tic, tic, en las ventanas.

¿Por qué no?, preguntó al cabo de un buen rato.

¿Por qué no qué?

¿Por qué no esperas nada más?

Gotas de agua que salpicaban las ventanas. Estaba sola en casa. Me lo

imaginé sentado en la silla, escuchando con aire atento y concentrado. Con las hojas de los árboles comenzando a teñirse de rojo a su alrededor. Ese día, cuando nos besamos, lo más elemental para mí era que aquello solo ocurriría una vez; así me lo dije mientras estaba ocurriendo: besar a George fue como revolcarme en caramelo tras años de subsistir a base de arroz.

Hablo en serio, dije en voz baja. ¿Vale?

Bueno, contestó en voz más alta, para mí fue importante, ¿sabes? No fue ninguna tontería.

No, dije. Me puse las guías en las

rodillas. Para mí también fue importante. No quería decir eso...

Lo que quiero decir es que yo estoy aquí, dijo. Y tú estás allí. Me parece bien que tengas tu vida. Yo también tengo la mía. Eso es lo más inteligente. Pero eres Rose, dijo. ¿Lo entiendes?

Apoyé una mejilla en la guía que estaba encima del montón. Las cinco y media. Las gotas de agua repiqueteando en los cristales. Mis padres a punto de llegar. Nunca me había resultado tan incómodo tener una conversación así en casa, cuando solo faltaba una hora para que mi madre empezara a hacer la cena.

George, dije con la mayor dulzura

posible.

Noté que su respiración se apaciguaba. Nos quedamos varios minutos unidos por la línea telefónica. Quietud en el lado de George. Me puse a mirar los libros de cocina colocados en una estantería enfrente del teléfono, y desplazé mentalmente el libro negro de platos con ajo para ponerlo encima del verde de pasta, que era más grande.

¿Sabes?, dije. He probado mis propios espaguetis. Me reí un poco. Por primera vez he comido algo preparado con mis propias manos.

¿Y?, dijo George.

Un cartel de neón enorme, dije. Con

letras naranjas. Me anunció que no estoy preparada para George.

No, dijo él.

Ni mucho menos, dije.

¿Nunca habías probado algo preparado por ti?, preguntó. ¿En todos estos años?

Nunca.

¿Y?

Sabe como una fábrica, dije pronunciando la palabra con desprecio.

¿De dónde?, preguntó.

No lo sé.

¿Te refieres a la pasta?, dijo.

Creo que no, respondí, deslizando mentalmente los libros colocados sobre

la estantería en posición horizontal para ponerlos en vertical.

¡Vaya!, exclamó elevando el timbre de la voz, como si se hubiera levantado. Si sigues pensando eso, dijo, a mí no me apetece tener una conversación con una fábrica. Ya tengo suficiente con el tío del cajero automático.

Los libros altos a los lados, los cortos en el centro. Los anchos en horizontal, sujetando los dispuestos en vertical.

Odio al tío del cajero automático, dijo. *Duus*, dijo. Así es como dice *dos*. *Duus*.

¿Vas a salir?, pregunté.

Supongo que sí, dijo. Hemos quedado para estudiar.

Una escalera inclinada de libros de cocina.

Muy bien, dije. Gracias. Me alegro de hablar contigo. Que lo pases bien.

Soltó un gruñido y protestó: ¡Decir que me das pena! ¡Qué cosa tan absurda!

Cuando colgamos me quedé un rato sentada en la silla, con las guías de teléfono en las rodillas. Un par de kilos de papel. La urgencia de ordenar los libros de cocina en las estanterías se esfumó por completo. Me sentía a gusto allí sentada, como clavada a la silla por el peso de todas esas páginas llenas de

números de teléfono.

El año en que desapareció mi hermano se me revelaron con absoluta claridad todas mis limitaciones. No soportaba la universidad, el dolor envasado en una hilera de bandejas. No podía irme de casa. No podía comprar un billete de avión para ir a ver a

George y pasear de su mano por un paisaje de arces encendidos de amarillo y rebosantes de sirope. No podía.

Pero había cosas que sí podía hacer, cosas más pequeñas, y así, por mi cuenta, pensé que iba siendo hora de conocer a distintos cocineros del condado de Los Ángeles para proporcionarme el alimento que necesitaba. Decidí comer fuera con la mayor frecuencia posible. Era casi lo único que estaba en mi mano, y estaba convencida de que era lo más importante que podía hacer mientras siguiera viviendo con mis padres. Tenía muchas cosas que analizar, y algunas requerían

un análisis muy riguroso.

Aparte de todo lo demás, ese domingo, tras la desaparición de Joseph, me llevé una sorpresa considerable cuando preparé los espaguetis para mis padres y los probé también yo. Comprendí que había muchísima información por procesar, pero de entrada me quedé con dos primeras impresiones particularmente inquietantes. Una fue la enfermiza dulzura de la nostalgia que aprecié en el sabor de una rabieta, el anhelo de una época más feliz, con un gusto comparable a un sucedáneo maligno del azúcar. Y la segunda fue la fábrica.

Detectar una fábrica no era nada del otro mundo; a esas alturas las había identificado todas. Conocía sus nombres y hasta su dirección. Lo cierto es que creía conocer todas las fábricas de Estados Unidos, y la inesperada aparición de aquella me pilló por sorpresa.

El día siguiente a esa cena, mientras mi madre iba y venía del apartamento de Joseph, mientras consultaba con la policía si debía interponer una denuncia, mientras mi padre se sentaba en el sofá y durante los anuncios repetía en voz alta que todo acabaría bien, fui al armario de la cocina y examiné los paquetes de

pasta. Pasta de Ames, de Iowa o de Fara San Martino, en Italia. Conocía tan bien su procedencia que podía identificarla al instante en cualquier restaurante: en los rigatoni, en los macarrones y en la lasaña. Repasé los ingredientes que figuraban en la etiqueta del queso parmesano, todos ellos frescos, y fui al supermercado para preguntar en el servicio de atención al cliente de dónde venían el ajo y las cebollas. Me pasé una hora en el almacén, que olía a verduras y a cartón frío, repasando la documentación de los pedidos. La mujer que me atendió me contó que su verdadera vocación era ser cantante de

ópera.

De vuelta en casa repetí los espaguetis. Mis padres los recibieron de buen grado y, mientras mi madre nos contaba, entre sorbos de vino, lo bien que se estaba portando todo el mundo con ella en la cooperativa, yo fingía comer, hacía ruido con el tenedor, vaciaba despacio el vaso de agua y apartaba una ración para comerla más tarde. Cuando mis padres se acostaron, cada cual en su cama, calenté las sobras en el microondas y me senté a la mesa.

Otra vez la misma fábrica desconocida. Alta y clara en la comida. Un matiz mecánico que no lograba

identificar. Y al lado la voz de una niña diciendo que quería volver, volver a una época con menos información. Volver, decía la niña. En blanco, decía la fábrica. Me armé de valor, me serví una cucharada de salsa pura y me adentré con mucho cuidado entre todas las capas de información, hasta que me pareció sentir las manos del agricultor que había recogido los tomates en Italia; casi llegué a oír las campanas de las iglesias de todos los pueblos próximos a San Marzano, pero el empalagoso sabor de la nostalgia seguía mezclándose con la frialdad de piedra de la fábrica en una especie de remolino metálico, y ninguno

de los dos coincidía con las fábricas archivadas en mi memoria, lo que parecía apuntar a la cocinera como única fuente del sabor.

Tuve la misma sensación que la vez en que vi aquella foto y no me reconocí. Como cuando levanté los pantalones de mi hermano y vi las patas de la silla.

No me gustó nada ese sabor. No.

Quizá no fuera tan llamativo como un letrero de neón que me anunciaba que no estaba preparada para George, pero se le parecía bastante.

Mientras Eliza estudiaba en la

universidad, tal como yo había imaginado, entre fiestas con barriles de cerveza, pérdidas de virginidad y llorosas conversaciones a medianoche con su compañera de habitación; mientras nuestros encuentros se iban espaciando con el paso de los meses y los años, yo trabajaba en la oficina, rellorando formularios y haciendo fotocopias, y cada día, a la hora de comer, exploraba las calles o consultaba las páginas amarillas en busca de algo nuevo.

Empecé por nuestro barrio, con un burrito de pastrami en Oki Dog, una hamburguesa vegetariana deluxe en

Astro Burger, una sopa de pan ácimo en Greenblatt's y unos rollitos de primavera en el Formosa. Todo entre raro, rígido, somnoliento y enfadado. Gente. A partir de ahí fui ampliando mi radio de acción en círculos concéntricos, pasando primero por Canter's, por Pink's, y alejándome progresivamente hasta probar el tofu de Yabu, el mole de Alegria y el sugok de Marouch, la ensalada de maíz dulce de Cabah, en Silver Lake, las hamburguesas carbonizadas de Rae's en Pico y el hummus con ajo de Carousel, en Glendale. Probé una enorme variedad de comidas y estados de ánimo. Fueron

apareciendo muchos favoritos: familias que venían desde muy lejos y en cuyos platos detectaba difíciles travesías. En la pierna de cordero de un café iraní, próximo al cruce de Ohio y Westwood, descubrí una pena tan generosa que conseguí comérmelo todo sin recurrir a ninguno de mis trucos habituales: masticar por un solo lado de la boca, rastrear y desglosar los ingredientes o tragar a toda prisa. Estar en ese café era como permitirse una buena llantina y ver cómo el aire se aclara al retirarse un peso. Le pregunté al camarero si podía dar las gracias al chef, y me condujo a la cocina, donde una mujer de lo más

normal, con el pelo gris cortado de una forma muy práctica, arrojaba a una sartén cebolla traslúcida. Me dio la mano. Parecía concentrada y ligeramente sudorosa por el calor de la cocina.

Me alegro de que te haya gustado, dijo mientras añadía un pellizco de azafrán a la sartén. Es una antigua receta familiar, explicó.

Ni le tembló la voz ni se echó a llorar.

Asentí con la cabeza. No sabía qué más decir. Gracias de nuevo, repetí.

En uno de los restaurantes de degustación de comida cantonesa de Hill Street, en Chinatown, fui consciente de

que ahí había mucha rabia, y probé plato tras plato hasta reventar y salir de allí rebosante de energía. Un local etíope de Fairfax, cerca del estadio olímpico, me hizo reír, como si el cocinero le hubiera gastado una broma a la comida, una broma que tenía que ver con trenes y calvicie. No entendí la broma, pero la camarera no paró de rellenarme el vaso de agua y de preguntarme si me encontraba bien.

Estoy bien, dije sosteniendo en la mano el esponjoso pan de injera relleno de lentejas. ¡Qué gracioso!, dije.

La camarera puso los ojos en blanco y me trajo la cuenta enseguida.

Mi favorito seguía siendo La Lyonnaise, el café francés de Vermont donde probé la mejor sopa de cebolla con George y con mi padre la noche en que desapareció Joseph. Los dueños eran franceses, emigrantes llegados de Lyon antes de que la ciudad se convirtiera en hermana gastronómica de París. Aunque tenía pocas mesas, los camareros lo servían todo a destiempo. El local exhibía en la ventana la calificación de notable, y normalmente me sentaban al lado de la puerta basculante de la cocina, pero nada de eso me molestaba.

Allí tomaba pollo a la Dijon o

ternera a la Bourguignon, o una simple ensalada verde o un sándwich de paté, y cuando la comida llegaba a la mesa me fundía con ella. Me deleitaba con un bocado de espinacas gratinadas, admirada por la equilibrada combinación de verdura y queso, y tenía la sensación de que la cocinera se había propuesto buscar el encuentro de ambos ingredientes, como una casamentera convencida de que no tardarían en enamorarse. Por supuesto que había pequeñas distracciones y preocupaciones en sus platos, pero yo encontraba en ellos el alimento, el alimento era la esencia, y la persona que

lo preparaba tenía una conexión tan profunda con él que por una vez podía disfrutar de verdad con la comida. Comía muy despacio. Todo a mi alrededor parecía cargado de propósito. Era la flora que crecía en el camino que me llevaba hacia George, y una puerta de cocina basculante no tenía ninguna importancia. Iba por lo menos un día a la semana, a veces más, y como mi vida transcurría presidida por las cenas silenciosas y tristes con mis padres, esas escapadas a La Lyonnaise eran una especie de huida al mundo. Me pareció curioso que hubiera descubierto ese restaurante la noche en que mi hermano

se marchó, que hubiera estado allí con George antes de volver juntos a casa de Joseph, que ese día llevara sobre los hombros la chaqueta de mi padre porque temblaba al intentar comprender lo que había visto. Los camareros me conocían cuando llegaba los viernes a las seis. Y los domingos, cuando los clientes degustaban los vinos en la barra del fondo, bajo la araña dorada.

Me compraba muy poca ropa y nada que tuviera que ver con aparatos tecnológicos, no tenía que pagar un alquiler, y me gastaba en comida la mayor parte de mi sueldo. Me permitía la extravagancia de marcharme de un

restaurante cuando no podía soportar lo que encontraba en el plato, y pedía, como mi padre, que me pusieran la comida en una bolsa, con un cuchillo y un tenedor de plástico, para ofrecérsela a algún indigente que no podía permitirse el lujo de tener un problema como el mío.

Una tarde, después de tomar un pollo asado que me impresionó especialmente, pagué la cuenta y rodeé el edificio para acercarme a la puerta de la cocina de La Lyonnaise, que daba a un callejón donde había un contenedor marrón y una familia de palomas. Tenía el día libre en

el trabajo. Mi madre era entonces vicepresidenta de la cooperativa y estaba muy ocupada con el traslado al nuevo taller de Beverly, más cerca del centro. Papá estaba en el despacho. Se había aficionado tanto a correr que terminó por unirse a un grupo de corredores nocturnos, que solo salían de noche para evitar el aire contaminado por el tráfico. Entrenaba en casa a diario.

Llegué a la puerta de la cocina sin intención de llamar; solo quería estar cerca, pero al cabo de diez minutos una mujer mayor que la que yo conocía, bajita y con el pelo teñido de negro,

salió con una bolsa de basura en la mano. Echó a andar con cuidado por el asfalto, con unas babuchas de raso de color rosa, y tiró la bolsa en el contenedor. Sus facciones, marcadas por las arrugas, denotaban cierto cansancio, pero los ojos no habían perdido frescura. Se detuvo al verme.

Hola, dijo. ¿Vienes a traer un pedido?

No. Lo siento. Solo soy una cliente feliz.

Ah, dijo. La entrada está al otro lado.

Asentí. Sí, sí. Ya lo sé.

Regresó por el callejón hasta la

puerta. Las palomas zureaban a mis espaldas. También esta mujer parecía de lo más normal, con los pies en la tierra: distendida, serena, sencilla. Pero ese pollo, bañado en tomillo y mantequilla..., nunca había probado un pollo tan cálido y sabroso, en el que solo era posible identificar el sabor del pollo. Por alguna razón, la comida se sentía agradecida en las manos de aquella mujer. Las espinacas se convertían en espinacas: con los buenos cuidados del agricultor, la sal, el calor y la atención de la cocinera, parecían relajarse plenamente para revelar su frondosa y amplia identidad. El ajo

contenía su esencia más pura. Los tomates tenían un sabor tan contundente como la carne.

Se quedó un momento en la puerta, contemplando el suave balanceo de la palmera que crecía en la casa de enfrente.

¿Es usted madame Dupont?, pregunté al recordar los nombres de madame y monsieur Dupont impresos en la carta, propietarios y cocineros.

Parpadeó y dijo: Sí.

Me encanta su cocina, dije. Sus espinacas saben a espinacas. Me atasqué, porque me daba vergüenza. Perdón, dije. Podría decirle mil cosas.

No sé cómo expresarlo.

Lo has expresado muy bien, respondió. Gracias. Toqueteó el pomo de la puerta y preguntó: ¿Qué estás haciendo en el callejón?

Miré alrededor. Las palomas picoteaban en la basura. ¿Podría trabajar aquí?, pregunté. En lo que sea. ¿Los fines de semana?

Estiró el cuello, como si no me hubiera oído bien, y apartó algo del suelo con la punta de la zapatilla.

¿De camarera?, dijo. Los camareros entran por la otra puerta.

Negué con la cabeza: No. Quiero entrar por aquí. Trabajar en la cocina.

Me vino a la memoria una imagen de Sherrie años atrás. Me habían contado que cantaba clásicos antiguos en los bares de San Francisco.

Bueno, podrías sacar la basura, dijo. Se asomó a la cocina y sacó otra bolsa blanca.

Muy bien, dije dando un paso al frente.

¿Muy bien?, preguntó madame con la bolsa en la mano. Se dio una palmadita en la mejilla y añadió: Y necesitamos a alguien para lavar los platos, los domingos y los miércoles. Nuestro lavaplatos acaba de encontrar trabajo en una película. Hace el papel de

lavaplatos.

Permítame, dije. Cogí la bolsa y la tiré en el contenedor. Me encantaría, dije.

¿Te encanta lavar platos?

Estar aquí, dije limpiándome las manos.

La abuela falleció. En Washington. Ingresó en el hospital al presentir que llegaba el momento. Su último envío postal fue un paquete urgente que entregó a la enfermera jefe con instrucciones detalladas y nuestra dirección escrita con tinta negra en

letras muy grandes.

Llegó al hospital con una maleta en la que llevaba un camión, sus pastillas y unas zapatillas de franela azul claro. Murió con noventa y un años. Mamá asistió al funeral, dio por sentado que las cenizas se quedaban en Washington y volvió a casa más o menos a la misma hora a la que llegó el paquete: las zapatillas de franela, un frasco de pastillas vacío y una caja de teca con elefantes tallados en el borde que contenía un motón de ceniza suave y gris.

Al ver la caja, mi madre pasó los dedos por los semicírculos que

formaban los pies de los elefantes. ¿Elegió esta caja?, murmuró. Esta caja la hice yo, añadió. Le dio la vuelta y, al moverla, un polvillo gris cayó sobre la alfombra. En la base estaba su firma: L.M.E., tallada en una esquina. Era lo más parecido a un abrazo de mi abuela que yo había visto nunca, un abrazo a su hija.

Mamá estaba muy ocupada en el taller, y no volvió a hablarme de Larry. Hacía bancos, taburetes y baúles. Cajas, mesas y estanterías. Nadie podía quitarle las astillas como Joseph, y

cuando la veía volver a casa con las manos limpias me preguntaba si Larry se ocupaba de esa tarea o si ella ponía más cuidado al trabajar con la madera; nunca lo supe. Nunca me gustó ver a mi hermano quitándole las astillas de los dedos, acurrucado con ella en el sofá y limpiando las pinzas en ese cuenco de agua. Los había visto así durante años, y a veces me parecía imprescindible quedarme en el cuarto de estar, como si necesitaran una carabina. Y mientras troceaba los alimentos, mientras horneaba, removía y paseaba, esas astillas volvían a flotar en mi memoria. Joseph nunca trabajó la madera, pero

tenía una relación con las cosas materiales más profunda de lo que yo imaginaba, y con los años llegué a pensar que quitarle las astillas de las manos era para Joseph como desprenderse de ella, de su piel. Que al tiempo que ejecutaba un acto de concentración tan íntimo, tan atento a los detalles de la palma de la mano de nuestra madre, eliminaba todo rastro de las partes más diminutas, y de repente un ritual que siempre me había parecido incestuoso y soez se me reveló como un acto desesperado por parte de mi hermano para salir, marcharse, extraer hasta la última partícula y sacarla al aire

libre.

Encontré en el botiquín las pinzas de doce dólares con las puntas biseladas y finas. Las desinfecté con agua oxigenada y las llevé a un local de belleza y maquillaje de Melrose. Por si necesitáis unas de repuesto, dije. La mujer me miró con recelo, pero al ver lo buenas que eran las pinzas se encogió de hombros y las guardó en una caja.

Mientras mis compañeros de instituto cursaban sus últimos años de universidad yo seguía trabajando en la productora de publicidad y en el restaurante en mi tiempo libre, deslizándome entre los sutiles cambios de estación de Los Ángeles, en un

progresivo vaivén que llegaba a alcanzar los cuarenta grados antes de emprender el movimiento inverso. Seguía frecuentando las cocinas de la ciudad, desde Artesia hasta Palisades. Mi antiguo rival, Eddie Oakley, me llamó una tarde de verano después de mucho tiempo sin dar señales de vida. Salimos varias veces y terminamos acostándonos en su apartamento de estudiante, entre sábanas azules. Qué bien, dijo acariciándome el brazo cuando terminamos. Hemos completado el círculo, señaló.

Me quedé media hora dormida en su cama, para imaginar la sensación de

vivir allí, con el ruido del tráfico en la calle, entre vecinos de su misma edad que llenaban los pasillos de gritos y carreras sobre alfombras manchadas de cerveza. En La Lyonnaise al parecer nunca habían tenido un lavaplatos tan agradecido como yo. Me encantaba el trabajo; me concentraba en lavar los platos, aclarar los cuencos, absorta en los olores de la cocina, en los montones de cebolla cortada y los rodillos para amasar, envuelta en los vapores de las cazuelas y el crepitar de las sartenes, y disfrutaba del mero hecho de estar, de pasar el mayor tiempo posible allí.

Mi madre dejó de levantarse en

mitad de la noche, quizá porque ya no dormía en casa, y si la luz del cuarto de estar se encendía a las dos de la madrugada era mi padre el que estaba allí, a veces recién llegado de una de sus carreras nocturnas. En lugar de un té se servía un vaso de agua y se sentaba en la misma butaca de rayas naranjas, que era el vórtice del pensamiento nocturno de nuestros padres. Alguna vez le oí pasar las páginas de un libro muy grueso y, envuelta en la muda neblina del sueño, me preguntaba qué estaría leyendo.

George siguió llamando más o menos una vez al mes. Primero dijo que tenía una amiga, que era un encanto, luego la amiga se convirtió en novia, y al parecer tenía muchas ganas de conocerme, y poco después la novia se convirtió en prometida, y un día recibí por correo un sobre de invitación opalescente, con una caligrafía muy delicada. Respondí con una pequeña tarjeta rectangular en la que dibujé un amago de cara feliz al lado de mi nombre: Allí estaré.

Peter, un hombre flaco de mi oficina, me invitó a salir. Trabajaba en el departamento de marketing. ¿Qué?, dije cuando me lo pidió. Lo cierto es que apenas me había fijado en él; tenía unas cejas muy pobladas y una voz muy seria. Repitió la invitación. Esperó junto a mi mesa sin saber dónde meterse y frotándose la barbilla. No sabía qué hacer, y sentí en la boca un incomprensible sabor a industria siderúrgica, pero me mordí el carrillo y le dije que sí.

Cuando me preguntó qué me apetecía cenar le propuse mejor un paseo.

¿Un paseo?, dijo. Estupendo.

Esa misma semana, salimos un día juntos de la oficina y paseamos por Gower, cruzamos Fountain, subimos por Vine hasta Franklin, dejando atrás lugares emblemáticos de Hollywood, iglesias, edificios de piedra, parques en miniatura. En muchos momentos no teníamos nada que decir. No fue un desastre; en el trabajo, cuando empecé a fijarme más, vi que en general no era capaz de establecer contacto visual con las personas, y cuando se le hacía una pregunta personal la interpretaba mal sin siquiera darse cuenta. Dedicó los primeros diez minutos del paseo a contarme, muy nervioso, su experiencia

la última vez que fue a comprar unos zapatos, y después seguimos andando sin hablar. A mí no me molestaban esos silencios. Era como si explorásemos la idea de estar juntos. Nos mirábamos de vez en cuando, pero no se burló de mí por seguir viviendo en casa de mis padres ni por no haber ido a la universidad, y cuando me preguntó por mis intereses y no me resultó fácil encontrar la respuesta, señaló que la pregunta era más complicada de lo que parecía. Mientras íbamos por Franklin tuvimos una buena conversación sobre abuelos pintorescos. Entramos en el vestíbulo del hotel Roosevelt y oímos

las viejas columnas de piedra. Le dije que me gustaría volver a verlo. Al final, cuando nos despedimos cerca de mi coche, le tendí la mano y le di las gracias, y él se acercó torpemente para besarme. Me abrazó y, por un segundo, medio segundo, toda su torpeza se esfumó por completo, y sentí algo que solo puedo definir como confianza. Balbuceamos un adiós entrecortado y nos alejamos en direcciones opuestas.

La semana siguiente, en La Lyonnaise, tras liquidar una enorme pila de platos con restos de deliciosa

comida, me sequé las manos con un paño. Me apoyé en la puerta de la cocina y me asomé al salón del restaurante. Había gente en la barra, degustando vinos. Un hombre introdujo la nariz en la copa y disertó pormenorizadamente sobre el sabor a cuero de un burdeos. Lo escuché desde el pasillo. Monsieur Dupont, que era bajito y con bigote blanco, rellenaba las copas. ¿Ha probado el vino de mora?, preguntó. Y una mujer que estaba sentada en otro taburete, con los tacones altos apoyados en el reposapiés, asintió y dijo: Mora, sí, sí.

Falté a todos los preliminares de la boda de George y cogí el último vuelo nocturno del viernes, para llegar con el tiempo justo a la ceremonia principal, a mediodía. En la iglesia, antes de que entraran los novios, una mujer que conocía el protocolo me empujó para

que me sentara en el lugar exacto, y me abrí camino entre los bancos ocupados por personas bien vestidas para acomodarme junto a un grupo de hombres a los que no reconocí. Todos eran nuevos amigos de George, gente a la que había conocido después del instituto, mayoritariamente ataviados con corbatas y trajes estrafalarios, y posé la mirada en el ramo de flores violetas y azules de la novia, una botánica pelirroja de elegantes muñecas, mientras desfilaba por el pasillo de la iglesia enfundada en un vestido que realzaba su aspecto etéreo, sus movimientos sencillos y naturales como

el flujo y el reflujo de la espuma del mar.

Irradiaba felicidad por los cuatro costados. George no dejaba de mover las manos, de tirarse del pulgar; casi se le cae el anillo.

Sí quiero. Sí quiero. Un beso.

Un remolino de polen revoloteó en el aire cuando cruzaron el pasillo, esta vez juntos.

Durante el banquete, en un jardín de rododendros decorado con farolillos, me senté al lado de la abuela Malcolm, que se pasó todo el rato ajustándose el chal de flecos amarillos y entrechocando su copa de vino blanco con la mía. La

orquesta empezó con una pieza pegadiza. Levanté mi copa, me tomé un diminuto pastel de cangrejo y estuve muy atenta al reloj, para no perder el avión de vuelta esa misma noche.

Justo antes del postre, cuando llegó el momento de hacer la ronda por las mesas, George se separó de la novia y corrió a saludarme. Con tanto ajetreo, no habíamos tenido ocasión de hablar hasta ese momento.

¡Estás aquí!, dijo acercándose para darme un abrazo.

Habían pasado al menos tres años. Lo noté cambiado, pleno: más redondo, favorecido. Como si la Costa Este le

sentara bien, como si le diera cierta forma y cierto formalismo a su desenfadada persona. Llevaba unas gafas de montura metálica más ovaladas y un cinturón, y hasta me pareció normal verlo con cinturón. Había engordado un par de kilos.

Formulé las felicitaciones de rigor y me interrumpió con un ademán de la mano. Vamos, dijo. Me debes un baile. Y me arrastró a la pista.

Las guirnaldas de farolillos emitían entonces una luz más tenue, anaranjada, y en las mesas todo era risa y animación. Me apoyé en su hombro, rígida. La cantante se acercó al micrófono y su voz

fluyó como un arrullo. En mitad de la canción, George se separó un poco para mirarme a la cara.

¿Qué?, dije.

¿Te acuerdas de la tienda de galletas?

¿Y del bocadillo del empleado?, dije. Claro. ¿Y tú te acuerdas de cuando empapelabas la pared con los errores de tus planos?

Me miró radiante de alegría. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí!, dijo apretándome el hombro. Eres única, dijo. ¿Sigues siendo una fábrica? Estiró el brazo para hacer un giro.

Titubeé cogida de su mano. Solo se

lo había dicho una vez.

Voy mejorando, respondí mientras giraba.

Tarareó la melodía de la trompeta y me estrechó un poco más, y lo sentí familiar y extraño a la vez, tan mío y nada mío.

Oye, dijo. ¿Te acuerdas de esa vez que entraste en la habitación de Joe y me preguntaste qué hacer con la comida?

No recuerdo qué dijiste.

Dije que terminarías por acostumbrarte.

Olí su hombro. Un esmoquin nuevo, la tela impecablemente planchada, el mismo aroma a jabón de frutas.

¿Me estás preguntando si me he acostumbrado?

No sé, dijo. ¿Te has acostumbrado?

Nos reímos con torpeza.

Trabajo lavando platos en un restaurante, dije sintiendo el calor de su mano en la mía. Es un sitio fantástico. Lo conoces. ¿Te acuerdas de la noche en que desapareció Joe? ¿Con mi padre? ¿De ese restaurante francés donde pediste patatas fritas?

¿Trabajas lavando platos?, preguntó. ¿Cómo no te han contratado para probar la comida?

Me gusta estar allí, dije. Como gratis.

No hay nada malo en lavar platos, dijo flexionando una rodilla. Solo creo que no es lo tuyo. ¿Lo saben?

Me ayudó a levantarme tras la flexión y le guiñó un ojo a su novia, que estaba bailando con el padrino.

Ella le lanzó un beso.

¿Si saben qué?

Puso los ojos en blanco.

¡Ay, los Edelstein!, dijo. Vamos. Ese don tuyo no debería ser un secreto. Sé que Joe estaba trabajando en un asunto muy serio... Una vez me enseñó unos papeles, hace años, unos gráficos que había hecho. Era un trabajo increíble. De verdad. Increíble. ¿Y qué ha sido de

tanto esfuerzo?

Lo miré fijamente.

Perdona, dijo. Perdona. No pretendía ser frío.

No es frío, dije. Es verdad.

Quiero decir que...

George, lo interrumpí. Le apreté el hombro con fuerza. Enhorabuena, dije. De verdad.

La canción estaba a punto de acabar. Me miró casi con ternura y me dio las gracias, pero mi felicitación fue más bien inoportuna, sonó como una fórmula de cortesía, y él estaba pensando sobre todo en mi hermano.

Quiero decir que Joe es tan

inteligente como cualquiera de los que están aquí, dijo abarcando el jardín con un brazo. Su voz se encrespó de rabia.

Debería estar aquí, añadió.

La orquesta desgranó las últimas notas de la canción. Desde las mesas aplaudieron con desgana. Alguien anunció que llegaba la tarta, y George me dio un beso en la mejilla, me estrujó la mano, me dio las gracias y me ofreció todo lo que podía ofrecerme en ese momento antes de que el tiempo y el sucederse de las cosas se lo llevaran definitivamente. Volvió junto a su novia, que lo acogió en sus brazos como si regresara de un largo viaje por mar.

Llegué a casa esa noche, tarde, de alguna manera serena por el hecho de que George se hubiera casado. Pasé varias horas en el avión mirando por la ventanilla, ajena a la película que pusieron, con la frente apoyada en el cristal, y vi ponerse el sol varias veces

entre racimos de nubes, como si el avión le siguiera los pasos en su desplazamiento hacia el oeste. Me perdí los últimos momentos de la fiesta para tomar un avión que me permitiera llegar con tiempo de hacer mi turno en el restaurante al día siguiente, y aunque había sido importante para mí estar presente en la boda de George, en el taxi, camino del aeropuerto, sentí que el papel arrugado en que se habían convertido mis pulmones durante todo el día se expandía como si un puño dejara de apretarlo.

Eran más de las once cuando volví a casa. Encontré a mi padre sentado en la

butaca de rayas naranjas, con su vieja camiseta de California y sus pantalones cortos. La luz estaba apagada. Tenía en la mano un vaso de agua que no había probado, un vaso que solo servía para devolverle una imagen cilíndrica de la habitación.

¿Dónde está mamá?, dije.

Durmiendo. Señaló con la mano hacia la habitación de Joseph.

¿Estás bien?

No contestó. Se limitó a hacer una especie de ademán de bienvenida. Y me acerqué para darle la mano.

¿Qué tal la boda?

Bien, dije.

¿Una chica agradable?

Lo parece, dije. Es guapa. Dejé la maleta en el suelo y me apoyé en la repisa de la chimenea.

Papá tenía en las rodillas un álbum de fotos en el que identifiqué los ruidos que a veces oía desde mi cuarto. Me sorprendió. Aparte de la historia del taburete y el rastrillo, mi padre no solía apegarse al pasado, y descubrir que había sido el protagonista de *Brigadoon* era una de las pocas cosas que me recordaban que había sido joven antes de ir a la universidad.

¿Qué estás mirando?

Ah, dijo. Fotos de la familia. No

podía dormir.

Me acerqué a mirarlas. Al resplandor de una farola de la calle, en la sala a oscuras, apenas se distinguían las fotos en blanco y negro de la infancia de mi padre. Su madre, la mujer del pelo oscuro que no desperdiciaba ni una pizca de pollo para alimentar a su familia. El tío Hirsch, con un balón de fútbol en la mano. El abuelo, que viajaba mucho, con algo en la cara.

¿Estaba enfermo?

Es la mascarilla, dijo papá. Ya lo sabes.

¿Qué mascarilla?

Ya te he contado la historia de la

mascarilla.

No, dije. Miré la foto con más atención. Una pieza de tela blanca le cubría la mitad inferior del rostro hasta debajo de la barbilla.

Yo le decía que parecía que llevara unos calzoncillos en la cara, dijo papá moviendo la cabeza.

¿Tenía alguna alergia?

¿Nunca te lo he contado?

¿Qué?

¿Que conocía a la gente por su olor?

¿Que hacía qué?, pregunté.

¿Seguro que no te lo he contado?

Carraspeé ligeramente. Seguro, dije.

Segurísimo.

Acarició la foto con las yemas de los dedos.

Mi padre, explicó papá, entraba en una tienda, olfateaba y descubría un montón de cosas sobre la gente que estuviera allí. Quién era feliz, quién no lo era, quién estaba enfermo, en qué trabajaba. Lo juro por Dios. Por eso llevaba la mascarilla, ¡mi padre! Salía a pasear por Michigan Avenue con un trapo en la cara para poder soportarlo.

Dio un golpe a la foto, como si no se creyera que era una foto.

Era un buen hombre, dijo, un hombre excelente. Generoso de verdad. Pero ¿te imaginas lo que era ir de compras? Una

vez le dije que no quería que me vieran con él, y me pasé dos días encerrado en mi habitación.

El viento rumoreaba en las ramas de los árboles. Se me hizo un nudo en la garganta.

Nunca más volvió a decir nada, continuó papá.

¿Contaba lo que olía?, pregunté en voz muy baja.

Dolor, dijo mi padre. Se encogió de hombros.

Yo lo quería mucho, dijo recostándose en la butaca. Lo quería mucho, sobre todo cuando no llevaba la mascarilla.

Me acerqué el álbum a los ojos y observé a mi abuelo: sus ojos oscuros y serios por encima de la mascarilla. A mi abuela de rostro bondadoso. A papá con cinco años y corbatín de lazo.

Murió a los cincuenta y cuatro años, dijo papá. Olió su propia muerte y murió.

Pasó un dedo por el borde cuadrado de la foto.

Yo también puedo hacerlo, dije.

¿Hacer qué?, preguntó.

Alisé la página, como si al hacerlo pudiera verterlo todo en ella.

¿Oler a la gente?, preguntó.

Con la comida, dije.

¿Adivinas el sabor de la gente?

Sí, dije sin mirarlo. Algo así.

¿Lo dices en serio?, exclamó. Nunca me lo habías contado. ¿Lo pasas mal?

Me eché a reír. A veces, dije.

Cerró los ojos y se frotó las cejas. ¡Vaya!, soltó. Él también lo pasaba muy mal a veces, dijo, evocando algún recuerdo. Lo detestaba, pero gracias a eso también conoció a gente estupenda; una vez fuimos a Sears y se quitó la mascarilla al detectar el olor de un hombre que era una joya. Irv. El hombre más dulce del mundo, amigo de la familia durante muchos años. ¿Y tú adivinas el sabor de las personas?

¿Necesitas morderlas?

Sonreí sin levantar la vista del álbum. No, dije. Lo noto en la comida que preparan. El sabor de quien prepara la comida.

Asintió, aunque seguía con los ojos cerrados y expresión de desconcierto. Parecía sopesar distintas permutaciones y montones de preguntas posibles.

¡Qué familia!, dijo.

Volví a las fotos, por hacer algo. Papá diminuto, con aquel corbatín de lunares, las manos abiertas y tendidas al cielo.

Qué mono, dije.

Inclinó la cabeza para mirarse y

dijo: Aj, esa corbata.

Nos quedamos mirando la corbata de lunares como si fuera la prenda más fascinante del mundo.

Yo no tengo ningún don especial, dijo.

Sí, ya me acuerdo.

Apretó los labios antes de añadir: Nada parecido al de mi padre o al tuyo.

Pasé la página.

Solo tengo una corazonada, dijo. ¿Te imaginas qué significó esa mascarilla..., tantos años? ¿Tú saldrías por ahí con un padre que lleva puesta una mascarilla a todas horas?

Se estiró la manga de la camiseta.

Lo vi en otra foto, de pequeño, a hombros de mi abuelo, intentando arrancar una ciruela de la rama de un árbol. En un columpio, pequeñito y sonriente.

¿Qué corazonada?, pregunté.

En realidad es una fantasía, dijo cruzando los brazos. La idea de que podría hacer algo en un hospital. No sé qué. Y no puedo soportarlo. La idea de que si entrara en un hospital podría ocurrir algo, descubrir que tengo un don. Solo eso. Y prefiero no saberlo. Así todo es más fácil. Más sencillo.

Me quedé muy quieta.

¿Qué quieres decir con que podría

ocurrir algo?, pregunté despacio.

No contestó. La luna apareció en el marco de la ventana para extender un brazo de luz pura a través del cristal.

¿No tienes ni idea de qué podría ser?, insistí.

Ni idea, dijo tranquilamente.

¿Y es solo una corazonada?

Es un impulso, dijo cambiando de postura en la butaca. Cuando veo un hospital. La sensación de que tengo que entrar. Entrar, entrar, entrar.

Hundí los dedos en la costura del reposabrazos. Mi padre empezó a cobrar forma a partir de la nada.

¿Lo has hecho alguna vez? ¿Has

entrado?, dije.

No.

¿Nunca?

No me interesa, dijo. Una vez cuidé de una vecina enferma y tuve suficiente.

¿Mejoró?

Habría mejorado de todos modos, dijo dándose una palmadita en el brazo.

Pero tú la ayudaste.

Lo dudo mucho. Tomaba un arsenal de medicamentos.

Le cogí de la mano y dije: ¡Vamos! Tenemos que probarlo. Es tarde y no habrá mucha gente. No me separaré de ti ni un segundo, ¿vale? Podría ser una gran ayuda, ¿te das cuenta? Podría ser

información útil para el mundo.

Cuanto más tiraba de él, más pesado se volvía, mayor era su inercia.

No, dijo. Lo siento, Rose. No quiero que me pase lo mismo que a mi padre. No voy a ir.

Pero yo estaré a tu lado, dije, implorante. Entraremos y estaremos juntos en todo momento. No es más que una prueba. No me separaré de ti.

Tiré con más fuerza.

¿Y si fuera un prodigio?, insistí.

No, dijo. Gracias, pero no. Me miró con los ojos como piedras. Me cogió de la mano para soltarme los dedos. Yo seguía notando la resistencia de su

cuerpo.

Pero podría ayudarme a mí, dije.

Frunció el ceño. No veo cómo, dijo. La comida y los hospitales no son lo mismo.

Volvió a fijarse en el álbum, tratando de sobreponerse con ayuda de sus fotos de cuando era niño. Tuve que hacer un esfuerzo para no arrancarlo de la butaca. Tenía ganas de empujarlo, de moverlo aunque fuera con una grúa, de forzar. Me parecía un lujo increíble que tuviera esa alternativa, que pudiera elegir entre distintos caminos: seguir sentado, pensar y tomar la decisión de no saberlo nunca, de no querer descubrirlo.

Tú puedes permitirte no saberlo,
dije con cierta impotencia.

¿Y?

Acaricié la tela de la butaca.

Que tienes suerte, dije.

Apretó los labios. Comprendí que la
palabra «suerte» estaba fuera de lugar,
que no significaba nada.

Rose, dijo con voz cansada. Ni
siquiera fui capaz de ir a ver a tu
hermano.

Y una vez más posó la mirada en las
fotos.

Era cierto. Cuando ingresaron a mi
hermano para hacerle todas esas
pruebas, papá estuvo casi una hora en la

puerta, intentando dar un paso. Lo intentó de verdad. Me encontré con él en la entrada. Tenía un libro en la mano, para aparentar que estaba ocupado.

No sabías que sería la última vez, dije en voz baja.

No habría podido, aunque lo hubiera sabido, dijo.

Seguimos un rato juntos, en compañía de la noche puntuada por el ruido sordo del tráfico propio de un sábado en Santa Monica Boulevard. Recordé mi ingreso en urgencias, tantos años atrás, rodeada de médicos que me decían que no podía arrancarme la boca.

Apoyé la cabeza en el reposabrazos

y dije: Supongo que si yo pudiera evitarlo también lo haría.

Sentí su mano en mi brazo, su palma fría.

Hay que aceptarlo, ¿de acuerdo?, dijo.

De acuerdo, asentí.

Y entonces la imagen de mi hermano surcó mi mente como un pájaro, y aunque el pensamiento no llegaba a cobrar una forma definida, pensé que las comidas seguían siendo comidas, que los alimentos seguían teniendo un principio y un fin, que podía elegir y comer lo que pudiera y rechazar lo que no pudiera. Y que mi padre podía dar un

rodeo para evitar los hospitales, y que el olfato de mi abuelo al parecer se activaba especialmente en las tiendas, pero ¿y si lo que mi hermano sentía a diario no fuera nada concreto? ¿Y si no pudiera evitarlo o modificarlo de ninguna manera? ¿Si fuera constante?

Me incliné para acariciar la mano de mi padre y nuestras miradas se cruzaron.

Lo siento, dijo con ojos tristes.

Me apretó la mano con fuerza, y vi que la luz del miedo cobraba intensidad en sus ojos por espacio de un segundo, ardía como una llama y se apagaba a continuación. Se frotó la cara con la mano libre y suspiró.

Es tarde, dijo con una voz distinta. Se soltó de mi mano y se apoyó firmemente en mi hombro.

A la cama, dije arrodillada en el suelo.

Cerró el álbum sin dejar de apoyarse en mi hombro, y yo tampoco me moví. Noté en su mano que quería decir algo más, como si pensara que, tras haber confesado algo importante, era mejor contarlo todo. Percibía en la mano la urgencia del atleta, el impulso por desprenderse en un instante de todo lo aterrador, irse a la cama y dejar que el sueño se lo llevara todo.

Solo una cosa más, dijo. Tú ese día

viste algo, ¿verdad?

El rayo de luna iluminó su rostro.

¿Cuándo?, pregunté aunque sabía perfectamente de qué me estaba hablando.

No contestó. Mi cabeza seguía apoyada en el reposabrazos.

Sí, dije.

No quiero que me lo cuentes, dijo mientras dejaba el álbum encima de la mesa. Solo quiero saber una cosa, ¿de acuerdo?

De acuerdo, dije.

¿Volverá Joseph?, preguntó.

No.

Asintió con la cabeza enérgicamente,

como si estuviera preparado para esa respuesta, y continuó asintiendo unos segundos.

Lo suponía, dijo. Ya ha pasado demasiado tiempo.

Se apretó la frente como si quisiera fijar la idea.

¿Te dijo algo? ¿Ese día en su apartamento? ¿Te preguntó algo? ¿O en el hospital?

No, dije.

Movió los pies sobre la alfombra. Las tiras plateadas de sus zapatillas de correr brillaron a la luz de la luna.

¿Está bien?, preguntó.

No lo sé, dije. No sé cómo

responder a eso.

¿Él también tiene un don?, dijo.

Cerré los ojos y respondí: Sí. Él también.

Siguió cerca de media hora apretándose la frente y moviendo los pies. Asintiendo con la cabeza. Tratando de digerir la noticia, de alojarla en algún lugar de su cuerpo, como si se hubiera tragado una bola que no paraba de rodar entre los huesos y los tendones. No soportaba verlo en ese estado y tampoco era capaz de pensar en nada, así que cerré los ojos y me quedé dormida.

Cuando me desperté, la luna estaba

más baja y en ese momento su luz caía directamente sobre la butaca y el borde de la mesa, iluminando las letras doradas de la cubierta del álbum de fotos: *Álbum de fotos*. Mi padre seguía sentado, alerta, callado, otra vez tranquilo.

Me incorporé y le di las gracias por la conversación. Le di un beso de buenas noches. Creo que voy a dar un paseo, dijo. Desde la ventana lo vi salir por la puerta principal y alejarse por el sendero blanco que la luna dibujaba en el jardín.

El domingo por la mañana fui andando al restaurante.

Era un luminoso día de mayo y en la atmósfera más limpia de lo normal se perfilaban los montes de San Fernando en el horizonte, como si los coches jamás se hubieran inventado. Llegué

temprano, cuando las puertas de La Lyonnaise aún no se habían abierto.

Rodeé la fachada de ladrillo rojo observando a los pájaros que picoteaban en los cables del teléfono y llamé a la puerta trasera hasta que monsieur salió a recibirme.

Alrededor de las diez, unas siete personas hambrientas ya esperaban a las puertas del café para disfrutar del brunch. Una ligera brisa marina limpiaba el aire de las calles y, al abrirse las puertas, el mismo aire entró con los clientes para limpiar el local.

Estuve tres horas lavando platos, sin dejar de pensar en mi padre y en George, en hospitales y en mascarillas, y cuando terminé de fregar el montón de vajilla sucia, le pregunté al camarero si podía tomarme media hora para almorzar. Dijo que sí, y para variar salí de la cocina y me senté a la barra de degustación de vinos, entre un hombre grande, de mejillas carnosas, y una mujer menuda y morena envuelta en un fular rojo. Monsieur salió de la cocina limpiándose la boca con el dorso de la mano.

¿Mimosa?, propuso, sacando una copa de champán.

Perfecto, dijo el hombre.

Me gustaría probar una degustación de platos, dije.

Monsieur ladeó la cabeza. Un haz de arrugas irradiaba de las comisuras de sus párpados.

¿Una degustación de platos?

Una copa de Chardonnay, por favor, pidió la mujer del fular rojo. Monsieur cogió otra copa de la pared.

¿Podría comer aquí y describir el sabor de los platos?, pregunté con voz algo temblorosa.

Monsieur se encogió de hombros. Supongo que sí, dijo. ¿No eres tú quien lava los platos?

Sí.

Buen trabajo, dijo monsieur.

Suena divertido, terció el hombre de las mejillas carnosas. ¿Podría probarlos yo también?

Monsieur descorchó la botella de vino blanco y llenó la copa de la mujer.

Una quiche, por favor, dije.

Quiche, repitió el hombre.
Deliciosa.

La mujer pasó un buen rato concentrada, con la nariz en el borde de su copa de vino. Madame salió de la cocina, y con ella un dulce olor a cebolla caramelizada llegó flotando hasta la barra. Su marido se acercó a

ella y estuvieron unos minutos cuchicheando, la mano de él apoyada en la nuca de ella. Un camarero entró en la cocina y volvió con dos porciones de quiche dorada y crujiente. Monsieur sirvió otra copa de vino para una mesa, sacó el crucigrama del *New York Times* y un lápiz muy gastado y se sentó en un taburete detrás de la barra.

El hombre de las mejillas carnosas cogió su plato. Los coches circulaban despacio por Vermont en busca de aparcamiento. Me quedé mirando los bordes tostados de la quiche.

Cogí el tenedor.

Mi vecino se llevó un pedazo a la

boca y lo engulló a toda velocidad.

Entonces, ¿decimos qué sabores notamos?, preguntó.

Eso es, respondí.

Huevos, dijo. Sabe a huevos.

Me reí.

Sin apartar la vista del crucigrama, que seguía en blanco, monsieur dijo: Sí, la quiche lleva huevos.

¿Y este vino tiene un aroma a rosas?, preguntó la mujer que estaba a mi lado.

Probé un bocado de la quiche, tibia y perfectamente equilibrada.

Solo quiero añadir que los huevos vienen de Michigan, dije.

El hombre apretó los labios. No

estamos hablando de lugares, protestó.
Probó otro bocado y dijo: Nata.

Acerqué el taburete a la barra.
Madame apareció en la puerta de la
cocina.

Sí, dijo. La quiche lleva nata.

Yo creo que es mitad y mitad, dije.

No, respondió madame,
sonrojándose un poco. Ah, eres tú, dijo
al reconocerme. Monsieur levantó la
vista del crucigrama.

Estoy en mi tiempo de descanso,
dije.

Asintió con aire distraído y se quedó
mirando la pared.

Creo que hay dos leches distintas,

expliqué. Yo diría que una es de Nevada, porque tiene un sabor ligeramente mentolado, pero también lleva leche normal, de Fresno.

Madame entró en la cocina. Oí que abría el frigorífico y sacaba un tetrabrick.

Monsieur anotó cuatro letras en sus casillas correspondientes. Quiche Lorraine, dijo, sin levantar la vista del periódico. Lleva el nombre de la región donde se inventó, en el noroeste de Francia. Se comía ya en el siglo XVI. De influencia alemana.

Jamón, dijo la mujer del fular rojo.
Bebí un sorbo de agua.

Cerdos de ganadería ecológica, añadí. Del norte de California.

Se lo está inventando, dijo el hombre.

¿Lo he adivinado?, pregunté.

Monsieur se puso a dar vueltas al lápiz.

¿Cómo sabes que son de ganadería ecológica?, preguntó.

Por el sabor. Más veteado. Creo que vienen del este de Modesto, dije.

De Fresno, corrigió monsieur. Igual que la leche. Son de Ben, un granjero que nos gusta mucho.

La mantequilla es mantequilla francesa, continué. Sin pasteurizar. El

perejil es de San Diego. Y el que lo cultiva es un hombre muy brusco.

¿Lo notas en el sabor?, preguntó la mujer del fular rojo.

Noto que lo han recogido con mucha brusquedad, dije.

Madame se acercó a la barra. Has acertado con la leche, dijo. ¿Lo has mirado en la nevera?

¿Y la nuez moscada?, preguntó la mujer del fular rojo.

Madame asintió con la cabeza, y la mujer se puso colorada. Esa es difícil, dijo madame, pasándose la cinta del delantal por la comisura de los labios. La gente nunca se lo espera.

Monsieur me miró directamente, a la espera de mi dictamen.

Viene de lejos, dije. ¿De Indonesia? Es de cultivo tradicional.

¿La masa?, preguntó el hombre.

Local, dije. Creo que es de elaboración propia.

La hice yo anoche, dijo monsieur.

Deliciosa, dije.

¿Por qué están comiendo en la barra de los vinos?, preguntó madame.

Sal marina, dijo la mujer del fular rojo.

Usted no está comiendo, señaló el hombre.

Estoy degustando platos en vez de

vinos, respondí a madame.

El hombre probó la corteza y se quedó pensativo. La corteza..., empezó a decir.

Probé otro bocado y dejé que la información fluyera despacio. Monsieur se había olvidado del crucigrama y noté que me miraba muy atento. Alerta. Con sensación de sentirse observado.

El cocinero está un poco desilusionado, dije.

Hum, murmuró madame inclinándose sobre las botellas de vino.

El hombre que estaba a mi lado se pasó una servilleta por la frente y objetó: La desilusión no es un

ingrediente.

Pero madame me miró a los ojos y le sostuve la mirada.

De todos modos le gusta mucho mezclar, añadí. Le encanta la armonía de ligar los ingredientes exactos. Le encanta combinar.

Eso es verdad, asintió monsieur.

La mujer del fular rojo dejó de olisquear su copa para prestar atención.

Y noto un poco de apresuramiento en la mezcla, observé. Yo diría que ocho minutos de menos.

El hombre levantó una mano en señal de protesta.

Ocho minutos, repetí. ¿Tenía prisa?

Puede que fueran cuatro, dijo madame.

Monsieur se quedó mirando al techo, pensativo.

Mi mujer estaba pensando en llamar a Edith mientras hacía la quiche. A nuestra hija, señaló. ¿Te acuerdas, Marie?

Madame estaba recolocando las botellas de vino detrás de la barra: sacaba una y la cambiaba por otra de la misma marca.

Sabe a ocho minutos de menos, dije.

Edith estaba en crisis, explicó monsieur. Ha suspendido el examen de japonés.

Madame dejó una botella y dijo: No fueron ocho.

Fueron ocho, insistí.

Le cuesta escribir los *kanji*, continuó monsieur, refiriéndose a su hija.

Fueron cinco, dijo madame.

Monsieur se encogió de hombros y esbozó una leve sonrisa.

Y también noto un poco de tristeza en la cocinera, proseguí.

Esta vez, monsieur soltó el lápiz y dobló el periódico.

En todos nosotros, dijo.

Cambié de posición en el taburete y me puse a enrollar la servilleta. Era la primera vez en mucho tiempo que

comunicaba plenamente mis sensaciones. Quería acercarme a las personas a las que me interesaba conocer. Esa era la clave de todo.

La mujer del fular rojo se quedó mirando mi plato.

La masa lleva harina, mantequilla y azúcar, dijo.

¡Pues sí!, dijo madame, dando un paso adelante.

La atención se dispersó, madame invitó a la mujer a una copa de vino, y el hombre terminó la quiche y entabló una animada conversación con monsieur sobre las distintas variedades de beicon. Yo seguía en el taburete. Mientras los

hombres charlaban, madame se acercó a mí.

¿Cómo lo has hecho?, me preguntó en voz baja.

No lo sé, dije. Me sale así.

Tendió los brazos por encima de la barra. Alguien los llamó a su marido y a ella desde la cocina y se fueron a atender a otros clientes, pero sabía que aquello no había terminado. Mientras esperaba, la mujer del fular rojo me tocó en el hombro y me sonrió.

Qué tal, dijo.

La felicité por haber adivinado los ingredientes de la masa sin siquiera probarla.

Dime una cosa, ¿has consultado toda la información sobre la comida?, preguntó mientras rebuscaba en su bolso. Tenía una expresión muy despierta, los ojos brillantes como un pajarillo.

No, dije.

Estás muy bien informada, dijo, apartando bolígrafos y envolturas de chicle. Me miró parpadeando. El fular rojo daba a sus mejillas un tono muy saludable.

Gracias, dije, apartando la servilleta. Tengo esa facilidad.

La mujer respondió con un ajá, sacó del bolso una tarjeta de visita y la

deslizó sobre la barra. Llevaba su nombre y una descripción de su trabajo en colegios.

Entonces, ¿percibes cosas en la comida?, preguntó mirándome a los ojos.

Sí, dije sin apartar la mirada.

¿Muchas cosas?

Muchas.

En ese caso, ¿por qué no me llamas? Abandonó su actitud atolondrada, me miró fijamente y de pronto me pareció simpática, más simpática. Creo que podrías ayudarme.

Cogí la tarjeta por los bordes.

Trabajo con adolescentes, explicó.

Y se fue sin decir más. No se volvió a mirar atrás, pero la tarjeta era una pequeña parte de ella. Me la guardé en un bolsillo.

Me quedé sola en la barra. El hombre de las mejillas carnosas ya se había marchado, sumándose al tráfico del día. Monsieur y madame estaban atareados clasificando pedidos y retirando copas. Madame seguía atenta a las mesas, pero su expresión había cambiado. La distancia anterior había dado paso a la incomodidad y la timidez de quien asiste por primera vez a una cita con alguien que sabe que puede gustarle.

Monsieur se acercó desde el otro extremo de la barra y me tendió la mano. Se la estreché.

¿Cómo has dicho que te llamas?

Rose, dije. Rose Edelstein.

Muy bien, Rose Edelstein, dijo. Creo que vamos a salir a tomar un café todos juntos.

Entonces, ¿quieres ser cocinera?, me preguntó madame cuando íbamos hacia su coche.

No estoy segura, dije.

¿Quieres que te dé clases de cocina?

Tal vez, contesté. Solo quiero estar cerca mientras usted cocina. ¿Le parece

bien? Eso es lo principal.

¿Crítica gastronómica?

Solo quiero aprender más. No he ido a la universidad.

Eso no me importa, dijo. ¿Cuántos años tienes?

Veintidós.

¿Sabes cortar cebollas?

Creo que sí.

Muy bien, dijo, sacando una malla de cebollas del maletero del coche. Empezaremos por ahí.

Cuando alguien le preguntaba a mi madre por Joseph, decía que estaba de viaje. Le gustaba esa palabra, tan llena de búsqueda, de literatura y de nobleza de espíritu. Unas veces decía que estaba en los Andes, estudiando culturas antiguas. Otras veces, que estaba

buceando en Australia, o haciendo surf: según cuál fuera su propio estado de ánimo, Joseph surcaba las olas o se sumergía en las profundidades del mar. Trasladó los ahorros de mi hermano, herencia de nuestro abuelo, a una cuenta corriente de alta rentabilidad donde el dinero pudiera crecer.

Seguía pasando la mayor parte del tiempo en el taller, y sus proyectos se volvieron durante algún tiempo pequeños y complicados: canicas de madera o pastilleros con flores talladas. Delicados trípodes para colocar pequeños marcos de madera. Se hizo amiga de una niña que vivía en nuestra

calle con la sola intención de construir una casa de muñecas, pero abandonó el proyecto porque la niña era poco femenina y un día destruyó el perfecto dormitorio en miniatura con una pelota de baloncesto.

Empecé a cocinar para ella dos días a la semana. Hojeábamos juntas los libros de cocina, y mientras ella me preguntaba por el restaurante y me hablaba de las innovaciones en el campo de la carpintería, yo iba elaborando una por una todas las recetas de *Joy of Cooking*. Siempre insistía en que no hiciera nada y le decía que no necesitaba ayuda, que ya había cocinado

suficiente en su vida. Quien no nos conociera pensaría que mi ofrecimiento era el gesto de una hija buena y generosa. Estuvimos varios meses comiendo aperitivos, hasta que empecé con las sopas, las ensaladas y los entrantes. Me saltaba las recetas que me parecían demasiado complicadas, y ella me pedía sus platos favoritos.

Ella encontraba consuelo en mis platos. Y yo los preparaba para ella. Yo comía más bien poco, dependiendo de lo que fuera capaz de soportar en cada momento. Notaba que el equilibrio de los ingredientes se iba modificando poco a poco, día tras día. Cuando llegó

su cumpleaños, preparé una tarta de coco con cobertura de crema de queso y nos sentamos juntas con una buena porción cada una. Ocho, susurraba mi pedazo de tarta. Sigues queriendo volver a los ocho años, cuando apenas sabías nada de nada.

Le serví la tarta con una taza de manzanilla. Me dio las gracias. Seguía siendo guapa, aunque empezaba a tener patas de gallo. No volvimos a hablar de Larry y, con el tiempo, el pánico constante que le causaba el recuerdo de Joseph se fue mitigando, aunque noté cómo arrugaba la frente cuando se acercaba la hora a la que mi hermano

solía llamar y el teléfono no sonaba. ¿Dónde estará?, adiviné que se preguntaba al ver cómo se estiraba los párpados y cómo temblaba su tenedor, pero yo solo podía ofrecerle esa tarta: medio vacía, medio llena, llena de mis propias alegrías, faltas y deseos. Y compartimos la tarta entre los rayos de sol posados sobre la mesa.

La mejor que has hecho hasta el momento, suspiró, lamiendo el tenedor.

Nos tomamos dos porciones cada una y nos servimos otra taza de manzanilla, solo por alargar el momento.

Ninguna de las dos mencionó que habíamos llegado a la sección de

postres del libro de cocina, y que después ya solo estaba el índice.

Cuando terminamos lo recogimos todo, como de costumbre. Lavamos los cuencos. Guardamos la espátula con los cubiertos. Dijo que la próxima vez me haría un pastel de limón y chocolate, pero le puse una mano en el hombro y le dije que ya no me gustaba.

¡Pero si te encantaba!, dijo.

Me encantaba. Hace mucho tiempo.

Limpió el fregadero con la bayeta. No me miró, pero noté la vibración de las lágrimas, una especie de sacudida de dolor que cobraba fuerza dentro de ella. Mientras dejaba los cuchillos y los

tenedores en el escurridor. Mientras escurría la bayeta. Al cabo de un rato levantó la vista y miró por la ventana.

A veces, dijo principalmente para sí. A veces tengo la sensación de que no conozco a mis hijos.

Yo estaba a su lado, escuchando. Cerca. Se lo dijo a la ventana. A las jardineras rebosantes de pensamientos y de narcisos que empezaban a doblar sus tallos al atardecer. A esa ventana había dirigido todas sus súplicas y sus preguntas sobre su hijo a lo largo de los últimos años. Fue una declaración fugaz. No me gustaba que pudiera aferrarse a esa idea. A fin de cuentas, nos había

dado a luz sola, nos había cambiado los pañales y nos había alimentado, nos había ayudado con los deberes, besado, abrazado y colmado de amor. Que pudiera no conocernos me pareció la mayor confesión de humildad por parte de una madre. Se secó las manos con un paño y regresó al mundo real, donde aquella sensación era absurda, ridícula, pero yo la había oído, y fue lo único que realmente pude entender de todo lo que ella había dicho en mucho tiempo.

Me acerqué y le di un beso en la mejilla.

De parte de los dos, dije.

Un día, en la pausa de la comida, salí de la oficina y cogí el coche para ir a ver a la mujer del fular rojo en un viejo edificio de piedra situado más allá de Franklin, casi al borde de la autopista. Trabajaba con adolescentes en situación de riesgo social, y fue tomando

notas de todo lo que le dije en un bloc amarillo. Me dieron ganas de reír por el formalismo de la entrevista y por el rigor con que escribía *galletas, vainilla y emociones en la comida*. Acordamos que la semana siguiente los chicos harían galletas y yo las probaría. Le advertí que no podría hacerlo muy a menudo. Cuando puedas, dijo anotando también eso. *No muy a menudo*.

Peter me invitó a dar otro paseo y recorrimos la ciudad en zigzag.

Esa noche fui al café. Madame y monsieur estaban atareados elaborando

los menús del restaurante, y madame me preparó un bocadillo de paté y pepinillos con pan de baguette. Los pepinillos picantes, que normalmente me resultaban demasiado ácidos, ese día fueron como diminutos signos de exclamación en el paté: ¡Paté! ¡Paté!

¿El pato?, preguntó arrugando la nariz.

Estupendo, dije.

¿La ensalada?

He probado la lechuga, dije. Umm.

¿Es orgánica?

Sí.

Bien, aplaudió madame. No estaba segura de que el vendedor me dijera la

verdad. Tiene buenos precios.

Cuando estaba terminando de cenar, monsieur llegó del almacén con un candado en la mano.

Queremos que tengas un armario para guardar tus cosas, dijo.

Para tus materiales, añadió madame. Y tendrás que dejar aquí un delantal y una muda, para cuando salgamos al centro o al mercado.

Muy bien, dije.

Monsieur me entregó el candado junto con un folleto de instrucciones.

No recuerdo cómo funciona, dijo.

Giré la rueda para introducir la clave.

Elige tres números que te resulte fácil recordar, propuso.

Seguí dando vueltas a la rueda. Era un candado corriente, con la esfera negra y muescas entre los números.

¿Puedo guardar otras cosas en el armario?, pregunté sin dejar de toquetear el candado.

Claro, dijo encogiéndose de hombros. No hay problema. Todo lo que necesites. Queremos que te sientas como en casa.

Entré en el almacén. El restaurante tenía tres espacios: el comedor

propiamente dicho, con reservados, mesas y la barra de vinos; la cocina, y un almacén donde se guardaban las provisiones. Vacieron el armario más pequeño para mí. Tenía el tamaño típico de un armario de vestíbulo, con una barra de madera en la parte superior y un pequeño estante encima. En la manilla de la puerta había una anilla de metal para colgar el candado. Introduje la clave en la rueda mientras iba hacia el coche: Nueve, doce, diecisiete.

En casa, mientras cenábamos, les conté a mis padres que iba a trabajar a tiempo parcial en el restaurante, para aprender cocina. Que me habían

ofrecido mi propio espacio. Y les pedí las cosas que iba a necesitar. Los dos asintieron. No me voy de casa, dije, pero es un primer paso.

Me ayudaron a cargar el coche. Mi madre dijo que quería ser la primera en probar mi primera comida oficial preparada fuera de casa. Estamos muy orgullosos de ti, dijo, y se quedaron mirando mientras me alejaba en el coche, con las sonrisas cosidas con un sedal de pesca.

Toqué la bocina y mi padre levantó una mano.

No me costó mucho descargar el coche una vez llegada al restaurante.

Guardé en el armario mi monedero, una chaqueta de chef blanca y una caja con libros e instrumentos de cocina que había comprado por mi cuenta. La caja de teca con las cenizas de mi abuela. El joyero de roble que me regaló mi madre. Uno de sus delantales, el de cerezas gemelas que me ofreció como trofeo por un asado. Un taburete de mimbre y terciopelo que no quería que volvieran a tapizar. Un póster de una cascada. Una borla de plástico del día de mi

graduación.

En el rincón, una silla plegable.

Joseph regresó y se quedó dos semanas esa misma primavera que yo lo encontré. Gravemente deshidratado. Más flaco que nunca. Con la piel amoratada y enormes bolsas bajo los ojos. Callado cuando los médicos trataban de sacarle información.

Mamá lo encontró tirado en el suelo de su dormitorio y fue ella quien avisó a la ambulancia para llevarlo al Cedars-Sinai, el hospital donde habíamos nacido los dos. Pasó los primeros días en la unidad de cuidados intensivos y, cuando sus constantes vitales se estabilizaron, lo trasladaron a la planta séptima para que terminara de recuperarse allí. Mi padre no cruzó la puerta del hospital, pero llamó a todos los especialistas a los que conocía, antiguos clientes, amigos de amigos, compañeros de tenis, y a todos les pidió que fueran a ver a su hijo, para ver qué

tenía. El día que fui al hospital vi el coche de mi padre aparcado en una de las calles laterales, fuera del recinto hospitalario. No estaba en el coche, sino a unos metros de las puertas, de pie, absorto en la lectura de un libro. Yo tenía una razón concreta para ir ese día. No me paré a saludar a mi padre.

Había estado muy ocupada el fin de semana y no pude ir a ver a mi hermano, así que decidí faltar a clase ese día. Camino del hospital pasé por delante de la tienda donde hicimos el experimento con las galletas y de casa de Eliza y hasta de la sala de urgencias donde me ingresaron el día en que quería

arrancarme la boca. En el vestíbulo pregunté a un enfermero de gafas enormes por la habitación de Joseph: 714, dijo. Llegué poco antes del mediodía, y el hospital me causó una sensación difusa, como si no fuera un hospital sino simplemente un lugar donde se hacían negocios relacionados con la salud. Sin demasiada urgencia. Entre pitidos y chasquidos leves. Subí en el ascensor hasta la planta séptima con una mujer que llevaba un traje chaqueta magenta. Sus uñas, del mismo color, eran demasiado largas y curvas para pulsar los botones, y me pidió que pulsara su planta.

Claro, dije.

El seis y el siete se iluminaron al roce de mis dedos.

En la planta séptima pasé por el control de enfermería y dije que quería ver a mi hermano. La enfermera, una mujer negra con una nariz perfecta y el pelo teñido de rojo, dijo que en ese momento le estaban haciendo pruebas, pero me invitó a esperar si quería. Me indicó un asiento en el pasillo, junto a la puerta de su habitación, y allí esperé muy callada, observando a las enfermeras atareadas con sus

ordenadores y mirando el tablón de anuncios que informaba de cambios de política sanitaria en tinta roja junto a alegres dibujos de familias hechos por pacientes aburridos. Me quedé un rato dormida. Los médicos entraban y salían de la habitación de Joseph. Me acerqué a una ventana y vi que el coche de mi padre seguía en el mismo sitio, casi debajo de la habitación de mi hermano.

Llegó mi madre, me dio un beso, no me riñó por no haber ido a clase, se quedó un rato con la oreja pegada a la puerta de Joseph y se marchó precipitadamente, lanzándome un beso. Iba a verlo varias veces al día.

Pasó otra hora. A la una me subí la comida de la cafetería, una hamburguesa mediocre preparada por un pirado que quería ser famoso. Me la comí en el pasillo.

Cuando terminé de comer la enfermera de la nariz perfecta vino a hablar conmigo.

Puedes entrar aunque estén los médicos, dijo. Eres de la familia.

Negué con la cabeza. Tenía la boca llena de gaseosa.

No, gracias, dije. Prefiero estar a solas con él.

La enfermera volvió a su puesto y consultó el horario. Regresó. Llevaba

unos pendientes muy bonitos, dos colgantes de oro retorcido que se movían al compás de sus movimientos como un carillón. Me explicó que cuando saliera el médico que estaba dentro, Joseph estaría media hora solo, hasta la siguiente prueba programada.

Gracias, le dije. Y añadí que me gustaban sus pendientes. Me ofreció una revista y dijo: Eres muy paciente.

Me leí la revista de moda desde la primera hoja hasta la última y aprendí cuál era el corte de pelo más favorecedor para la forma de mi cara: con flequillo. Aprendí también a ser asertiva en el trabajo, para ganar puntos.

Hacía calor en el pasillo; el aire de la tarde era seco y denso y la brisa del este traía consigo un susurro de Santa Ana. Dentro solo había un ventilador de techo que giraba fatigosamente en un rincón para distribuir la desgana corriente que emitía el aparato de aire acondicionado. Cerré los ojos y traté de concentrarme en todos los sonidos que oía alrededor: a las enfermeras, a los demás enfermos, encerrados en sus habitaciones, a los especialistas que analizaban la información sobre mi hermano. La corriente del aire acondicionado; el ventilador.

Por fin oí que la médico que estaba

con mi hermano levantaba la voz en un tono que indicaba el momento de la despedida; primero salió la auxiliar de enfermería y enseguida fueron saliendo los demás profesionales para atender a otros pacientes. Cuando se fueron todos, me levanté y entré en la habitación de Joseph. La cama estaba orientada al oeste, y el sol entraba a raudales por una ventana formando un charco de luz en el suelo. Joseph estaba mirando al otro lado, pero al oír que una silla se acercaba al borde de la cama volvió la cabeza y, al ver que era yo, me miró con dulzura. Nunca había esperado que me mirara así. Nos quedamos callados. Un

avión surcó el cielo al otro lado de la ventana. Los barrenderos arrastraban las hojas con sus aspiradores hacia las alcantarillas. Llegaba el rumor del tráfico de la Tercera con San Vicente. Al cabo de un rato, decidí llenar el silencio y le hablé de los informes policiales, de las reacciones de todos, de las teorías familiares sobre lo que le estaba pasando, de la bolsa de viaje preparada para la fuga, de cómo había saltado por la ventana entre los arbustos, y mientras hablaba, Joseph se inclinó para darme la mano.

Tenía el brazo lleno de tubos. Era la primera vez que me daba la mano en

nuestra vida, y noté que lo hacía de verdad, apretando con los dedos, con esos dedos de pianista, fuertes y cálidos. Acerqué la silla hasta rozar el borde de la cama. Siguió apretándome la mano mientras charlábamos, y poco a poco fue bajando la voz. Aquella conversación solo podía tenerse en voz muy baja.

Eres la única que lo sabe, dijo.

Tuve que acercar el oído a su boca para poder oír lo que decía. Me susurró que esa silla era su favorita, la que mejor lo sostenía. Que otras veces había sido la cama, la cómoda, la mesa o la mesilla de noche. Le llevó mucho tiempo; necesitó una práctica casi

constante. Al esfumarse se encontraba bien, pero regresar era durísimo. He probado con muchas cosas, dijo. He probado distintas opciones. Pero la silla es la mejor.

Cerré los ojos para concentrarme en sus palabras. Palabras casi ininteligibles. El sol en nuestras manos. Las sábanas, muy estiradas y tensas, desprendían un leve olor a desinfectante.

¿Duele?, murmuré.

No, dijo.

Sentí sus dedos delgados y frágiles bajo los míos.

¿Eres consciente mientras estás fuera?

No, dijo. Cuando me voy no soy consciente de nada.

¿Notas el paso del tiempo?

Negó con la cabeza y dijo que no.

La colcha de la cama se calentó con el sol que entraba por la ventana, con el neblinoso sol de la tarde de verano en Los Ángeles. Abrí los ojos. Advertí en su piel el mismo peso de otras veces, como si viviera en una brecha entre el tiempo de la tierra y el tiempo del universo. No nos quedaba mucho rato; no tardaría en entrar el equipo de especialistas reclutado por mi padre, con sus carpetas, sus bolígrafos de metal y sus estetoscopios.

Joseph, dije. Quiero pedirte un favor.

Los aparatos zumbaban alrededor de la cama. Una enfermera pasó junto a la puerta con leves pisadas de goma.

Joseph respondió apretándome la mano.

No era fácil pedirle algo a mi hermano. La verdad es que nunca le había pedido nada. Solo aquella vez accedió a enviar a George a verme en el recreo a la hora de comer, pero me había pasado años suplicándole que jugara conmigo, y solo aceptaba si mi madre lo sobornaba con un nuevo libro de ciencias. La única vez que me dio un

abrazo fue el día en que volví a casa después de haber estado en urgencias, cuando me entró ese ataque con la boca. Nunca habíamos salido ni comido juntos por gusto, ni hablábamos por teléfono. A veces yo estaba segura de que ni siquiera recordaba mi nombre. Pero apreté su mano, bajé los ojos, los clavé en el borde de la almohada y, siguiendo la línea de la costura, le hablé de la raya que había dibujado en la silla. Le pedí que en el futuro solo eligiera esa silla. Ninguna otra cosa. Esa. Así, pasara lo que pasara, yo lo sabría.

Solo hice una raya con un bolígrafo, dije. Pero se ve bien. Me acerqué un

poco más. Los latidos de su corazón trazaban un gráfico ascendente y descendente en el monitor verde.

Por favor, le pedí.

Siguió mirándome con dulzura.

¿Me has oído, Joe?, pregunté.

Sí.

¿Tiene sentido lo que te pido?

Sí.

¿Lo harás?

Volvió a apretarme la mano y dijo:

Sí.

De vuelta a casa pasé junto al coche de mi padre. Estaba sentado en el

asiento del conductor, dormido, con la cabeza apoyada en el pecho. Cogí una camelia de un arbusto y la dejé en el parabrisas.

Volví a casa sola.

Una vez leí un reportaje en una revista sobre una pequeña isla, en la costa central de California, en la que solo vivía un puñado de personas. La isla estaba bordeada por una barrera de árboles con una corteza sabrosa y elástica. Al parecer, a los pájaros les gustaba especialmente esa corteza, y los árboles se estaban muriendo. Una de las

víctimas fue una elegante y añosa variedad de palmera, un ejemplar de gran belleza. Crecía justo en la orilla de la isla y, a pesar de sus voraces raíces y su enorme tronco, no pudo resistir el continuo picoteo de los pájaros, sus excrementos, la acción de la intemperie y las madrigueras que construían las tortugas de tierra entre sus raíces. Se derrumbó y cayó al mar. El reportaje hablaba de la isla, de su fauna, sus árboles y sus fiestas. Lo leí en la sala de espera del dentista, un día que fui a hacerme una limpieza.

Muchos de los árboles que formaban el segundo anillo de la isla, un poco más

alejados de la costa, también estaban invadidos por los animales, pero por alguna razón mostraban una mayor resistencia: un favorable equilibrio de sol y de sombra que permitía a las raíces hundirse más en la tierra, sumado a una menor concentración de aves. Uno de los árboles de esa zona había sobrevivido y crecía inclinado con las ramas entrelazadas. Era un árbol interesante, un árbol que merecía la atención de los isleños. Lo convirtieron en un símbolo de la supervivencia, por cómo había logrado resistir creciendo drásticamente hacia un lado, y celebraban la fiesta del verano bajo su

enmarañado dosel, y bajo su rama principal se habían oficiado muchas bodas, entre lágrimas de emoción salpicadas de promesas de permanencia y firmeza.

¿Solo a veinte metros del mar? Los demás árboles crecían en vertical, con espacio suficiente para desarrollar sus raíces. Los pájaros aterrizaban y despegaban en sus ramas. Las tortugas no construían allí sus madrigueras. Eran árboles fuertes, funcionales. Aportaban sombra y oxígeno.

¿Era eso tan distinto del hecho de que a mí siquiera encantándome la comida de las fábricas y de las

máquinas expendedoras? Recuerdo que una vez, en mis primeros años de secundaria, me pillaron literalmente arrodillada delante de una máquina, en posición de oración, con la cabeza en el pecho, dando las gracias a la pequeña ranura metálica por donde salían las bolsas. El guardia de seguridad, que estaba haciendo su ronda por los pasillos del instituto, se rió de mí. ¡Y yo creía que a mí me gustaban las galletas Oreo!, dijo sin poder parar de reírse. A mí me encantan, respondí solemnemente mientras cogía mi paquete. Estoy enamorada de ellas, añadí. Creo que tenía doce años. Era incapaz de soportar

el día sin ayuda de esa máquina; por eso, todas las noches les rezaba y les daba las gracias a ella, a quien se ocupaba de abastecerla y a quien la hubiera comprado.

¿Era lo mío tan distinto de elegir una silla plegable, aun cuando mi elección significara que yo podía seguir en el mundo y la de Joseph no?

Agradecimientos

Gracias al Immaculate Heart Center y a la Comunidad de Artistas de Yaddo. Y gracias por su ayuda y su sabiduría a: Bill Thomas, Henry Dunow, Melissa Danaczko, Alice Sebold, Glen Gold, Miranda Jung, Mike Jung, Suzanne Bender, Clifford Johnson, Harold

Meltzer, Meri Bender y su «Cuarteto» de danza, David Bender, Karen Bender, Brian Albert, Phil Hay, Julie Reed, Lori Yeghiayan, Helen Desmond y Mark Miller.



AIMEE BENDER se dio a conocer en Estados Unidos con una novela titulada *An Invisible Sign of My Own*. Tiene además en su haber dos volúmenes de cuentos titulados *The Girl in the Flammable Skirt* y *Willful Creatures*. Muchos de sus relatos han sido seleccionados por las revistas *Granta* y

McSweeney y su primer volumen de relatos fue elegido libro del año por el periódico *Los Angeles Times*.

La insólita amargura del pastel de limón es su novela más reciente y la primera que se traduce al castellano.